

Herbie Brennan



El portal  
de los  
elfos

Lectulandia

Las vacaciones de verano de Henry empiezan con un sorprendente descubrimiento: en el jardín del señor Fogarty aparece Pyrgus Malvae, el Príncipe Heredero del Reino de los Elfos, que ha huido de su tierra para escapar de un serio peligro. Con la ayuda del viejo y excéntrico señor Fogarty, los dos muchachos se enfrentarán a un difícil reto: crear un portal que permita a Pyrgus volver a su reino, amenazado por los terribles elfos de la noche y los demonios del príncipe Beleth.

Mediante una sorprendente combinación de fantasía, mitología y ciencia, Herbie Brennan ha escrito una increíble historia de aventuras y suspense. Elegido en 2004 «el mejor libro para adolescentes» en Estados Unidos, ha sido traducido a 18 lenguas.

**Lectulandia**

Herbie Brennan

# **El portal de los elfos**

**El portal de los Elfos - 1**

ePub r1.0

OZN 07.08.14

Título original: *Faerie Wars*  
Herbie Brennan, 2003  
Traducción: Raquel Vázquez Ramil  
Retoque de cubierta: OZN

Editor digital: OZN  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

Henry se levantó temprano el día en que su vida iba a cambiar. Estaba haciendo una maqueta de cartón, que había dejado preparada la noche anterior para que el pegamento se secase, y lo único que le faltaba para acabar el cerdo volador era colocar un palillo de dientes como eje y añadir algunos adornos. Le había costado tres semanas de trabajo, pero, cuando girara el resorte, el cerdo despegaría batiendo las alas de cartón. En la base de la maqueta decía: «Los cerdos vuelan».

Se levantó a las siete; tardó tres minutos en vestirse, y al minuto siguiente comprobó que el pegamento se había endurecido. Y ¿cómo no iba a endurecerse si lo había dejado toda la noche? Ése era el secreto de las maquetas de cartón: no tener prisa. Había que dedicar tiempo a recortar, y después ir paso a paso. Así se indicaba en las instrucciones: «Ir paso a paso». Y esperar un montón a que el pegamento se secara. Si uno hacía estas tres cosas, conseguía maquetas de cartón tan sólidas como el Taj Mahal. Henry tenía ya siete en su habitación, y entre ellas una que era realmente el Taj Mahal. Pero el cerdo volador era la mejor de todas: en su interior tenía un mecanismo, hecho de ruedas dentadas y ejes de cartón, que hacía que el cerdo se elevase y se le desplegaran las alas.

Al menos eso era lo que decían las instrucciones, y Henry estaba a punto de averiguarlo.

Con un clavito hizo un agujero muy ajustado, en el que insertó el palillo de dientes. Era lo último que le faltaba por hacer, sin contar los adornos. Pero resultaba difícil asentar bien el palillo; y el problema era que no se sabía si estaba correctamente sujeto hasta que se probaba. Y si se probaba y no ajustaba con precisión, podía estropearse el mecanismo. En las instrucciones había una indicación en rojo sobre ese punto. Si se colocaba mal, había que empezar de cero; pero el que lo ponía adecuadamente era un genio.

Henry creía que lo había puesto bien.

El chico contempló su trabajo. La base era un cubo negro en el que sólo había el resorte y la frase: «Los cerdos vuelan». El cerdo, rosado y gordinflón, se encaramaba sobre el cubo, y tenía las alas dobladas con tanta habilidad que no se veían. La maqueta ya estaba terminada, y sólo quedaban por añadir unos cuantos adornos sin importancia, pero Henry podía prescindir de ellos, pues no tenían nada que ver con el mecanismo. Había llegado el momento de la verdad.

Henry contuvo la respiración, alargó el brazo y giró el resorte.

El cerdo despegó suavemente del pedestal, se elevó hacia delante y desplegó las alas de cartón. Cuando llegó al extremo de la base, un eje oculto se encajó para que se mantuviese en alto batiendo las alas. Y así seguiría hasta que se girase el resorte hacia atrás, pero Henry no lo giró, sino que dejó que el cerdo aletease sin parar.

«Los cerdos vuelan».

—¡Sí! —exclamó Henry dando un puñetazo en el aire.

La madre de Henry estaba en la cocina, sentada ante la mesa con la vista fija en una taza de café. Parecía triste.

—¡Buenos días, mamá! —dijo Henry en tono alegre, y se dirigió a la despensa en la que estaban los cereales—. Funciona —añadió, mientras echaba los cereales en su tazón amarillo; lo llevó a la mesa y se sirvió leche de la jarra.

\* \* \*

La madre hizo un esfuerzo para apartar los ojos, grandes, acuosos y totalmente inexpresivos, de la taza y posarlos en Henry.

—¿Qué? —le preguntó.

—Funciona —repitió Henry—. El cerdo volador. He conseguido que funcione. Creía que el mecanismo no resistiría, el mecanismo de cartón, ya sabes; pero es guay. Si quieres, te lo enseño después.

—¡Oh, claro! —contestó la madre con un aire soñador y distante que a Henry le hizo dudar de que supiese de qué le estaba hablando. La mujer forzó una sonrisa y dijo—: Estupendo.

Martha Atherton era una mujer guapa. Hasta Henry se daba cuenta. Comenzaban a asomar en su cabello las primeras canas, pero ni el FBI ni la Inquisición habrían sido capaces de conseguir que lo reconociese. Ante el mundo era morena con reflejos de color caoba. En su figura abundaban las curvas: no resultaba gorda, pero tampoco tenía el aspecto de estar a punto de morir de hambre. A Henry le gustaba así, aunque pareciera ausente. ¿Quién no lo estaba a primera hora de la mañana?

Henry removió los cereales con la cuchara.

—¿Dónde está papá? —preguntó—. ¿Vino a casa anoche?

A veces, cuando trabajaba hasta tarde, el padre de Henry pasaba la noche fuera. La noche anterior aún no había regresado cuando el muchacho se durmió, pero éste se había acostado antes de lo habitual. El señor Fogarty lo había cansado tanto que le costó mucho trabajo pegar el último pedacito del cerdo volador.

A Henry le pareció ver un brillo fugaz en los ojos de su madre, pero desapareció enseguida, y ella volvió a tener la mirada inexpresiva mientras respondía con tono despreocupado a su hijo:

—¡Ah, sí! Supongo que bajará dentro de un minuto.

Henry así lo esperaba. Su padre tenía que tomar el tren y no soportaba las prisas.

—¿Qué has planeado para hoy, mamá?

Su madre era directora de la escuela de niñas de la localidad, que estaba cerrada por las vacaciones de verano.

—Poca cosa —respondió su madre.

Henry se preguntó si también él se convertiría en un zombi cuando tuviese la edad de sus padres. Acabó de comer los cereales, se sirvió más y alcanzó un plátano del frutero. Le esperaba otro día ajetreado con el señor Fogarty, y para afrontarlo necesitaba hidratos de carbono de fermentación lenta.

Oyó los pasos de su padre y, cuando levantó la vista, lo vio en el descansillo de la escalera, camino del cuarto de baño.

—¡Hola, papá! —gritó Henry, y recibió un gruñido como respuesta.

Cuando su padre cerró la puerta del baño, Henry inclinó la silla y buscó un cuchillo en el cajón. Luego cortó el plátano en rodajas gruesas (¡qué raro que el tamaño de las rodajas influyera tanto en el gusto!), y troceó también una manzana.

—¿Hay más plátanos? —le preguntó a su madre.

—¿Qué?

—Plátanos, mamá. ¿Hay más en casa?

La madre lo miró fijamente un momento, y luego respondió:

—Sí, creo que sí.

—¿Te importa si tomo otro? —le preguntó Henry pensando que a su madre le pasaba algo raro.

Aquello era peor que el estado habitual de Martha como personaje de «La mañana de los muertos vivientes».

Los ojos de la mujer se posaron en el rellano de la escalera.

—Come los que te apetezca —respondió la madre, con el tono despreocupado que Henry asociaba a la desaprobación.

¿A qué venía ponerse así por un miserable plátano? Henry sintió una punzada de culpabilidad, pero peló el plátano y lo cortó en rodajas. Después se levantó y fue hasta el frigorífico a ver si había yogures de fresa.

Estaba haciendo los honores a la mezcla que acababa de preparar cuando su padre salió del cuarto de baño, tras ducharse, afeitarse y ponerse su elegante traje de raya diplomática azul y gris. De pronto, a Henry se le ocurrió una cosa: cuando su padre se había dirigido hacia el baño, no venía del dormitorio que compartía con su esposa, sino de donde estaba la habitación de invitados.

¿O tal vez no? Henry frunció el entrecejo ante los cereales, mientras intentaba recordar. Creía que su padre había salido de la habitación de invitados, pero no estaba seguro. Y además, ¿por qué iba a dormir su padre en aquella habitación? A menos que hubiera llegado tan tarde la noche anterior que su madre ya se hubiera acostado y él no hubiera querido despertarla. Claro que su padre había llegado tarde cientos de veces y nunca se había preocupado de esas cosas. Quizá Henry estuviera equivocado; al fin y al cabo, sólo lo había visto de refilón.

—¿Qué hay, papá? —dijo Henry cuando Timothy Atherton entró en la cocina—.

He conseguido que mi nueva maqueta funcione.

Pasaba algo raro, aunque Henry no se imaginaba qué podía ser.

—¿Volverás tarde esta noche? —preguntó con tono cortante y sin ningún preámbulo la madre de Henry.

Tal vez estuviese enfadada porque su padre había llegado tarde a casa por la noche.

—No lo sé aún —respondió el padre—. Es posible.

—Tim, tenemos que...

Su madre se detuvo, y Henry habría jurado que la razón era que su padre le había lanzado una mirada de advertencia.

—Te llamaré por teléfono, Martha —contestó el padre con firmeza.

No era lo que decían, pues en realidad no decían gran cosa, sino el tono de voz que empleaban. Y no sólo su madre, sino los dos. Henry volvió a fruncir el entrecejo. Quizás habían discutido por la noche cuando su padre había regresado a casa. Henry había dormido como un tronco, y aunque hubieran gritado como locos, no los habría oído. Entonces retrocedió mentalmente hasta el detalle que se le había ocurrido antes. Cabía la posibilidad de que su padre hubiese dormido en la habitación de invitados porque su madre lo había mandado allí. Debía de ser algo grave porque, por lo que Henry recordaba, hasta entonces nunca habían dormido separados.

De pronto, a Henry se le ocurrió que tal vez su padre tuviese otra mujer. Muchos ejecutivos la tenían: se acostaban con las secretarias. Seguramente habían reñido por eso. Henry sintió un escalofrío repentino. La existencia de otra mujer era una mala noticia porque los matrimonios se divorciaban por culpa de las otras mujeres.

Henry miró a su padre con disimulo. Últimamente parecía más delgado y viejo, y tenía arrugas de cansancio en la frente y alrededor de los ojos. Si se acostaba con Anaïs, no se le veía muy contento. Pero no podía acostarse con Anaïs, su padre no. Él no era de esos.

—¿Vas a ver a Charlie esta tarde? —preguntó su madre.

Al principio, Henry no se dio cuenta de que le estaba hablando a él; luego reaccionó y respondió:

—Sí. Sí, creo que iré.

—Seguramente la señora Severs te dará de cenar; suele hacerlo.

—Sí, supongo...

Pero su madre ya se había vuelto para hablar con su padre.

—He pensado que tal vez puedas volver un poco antes; podríamos comer juntos y salir a algún sitio. Me refiero a salir a comer. Aisling no regresa del Poni Club hasta el fin de semana, y Henry estará fuera. Así que estaremos los dos solos. —La mujer se dirigió de nuevo a su hijo—: No te importa, ¿verdad? ¡Como vas a cenar con los Severs...!



—No —contestó Henry—. Y me puedo quedar a dormir si quieres.

Muchas veces se quedaba a dormir en casa de los Severs, pero su madre no le hizo caso, lo cual quería decir que no deseaba que lo hiciera. ¡Qué cosas!

Henry observó que su padre miraba el reloj. Tenía media hora para tomar el tren.

—Me parece una idea excelente. Te llamaré después. —La voz de Tim sonaba tensa.

La tirantez se había extendido por la cocina como una alfombra. Henry intentó disiparla.

—¡Vaya, qué mañana tan bonita! —exclamó alegremente mirando el sol que daba en la ventana—. Es una lástima que tenga que ir a casa del señor Fogarty.

—Creo que deberíamos hablar —comentó su madre—, sobre... las cosas.

—Es mejor que me vaya —repuso el padre de Henry después de cerrar los ojos un instante.

—No has desayunado —dijo la mujer.

—He tomado café —repuso el padre; y era cierto, aunque sólo había tomado una taza.

—Te prepararé algo —se ofreció la madre, y arrastró la silla sobre las baldosas al levantarse—. Tienes tiempo de sobra.

—No tengo tiempo de sobra —replicó el padre con indiferencia—. Si no me voy, perderé el tren. —Se levantó, y durante un instante ambos quedaron cara a cara, muy juntos. Luego el padre apartó la vista y murmuró—: Es mejor que me marche.

—¿Puedes dejarme en casa del señor Fogarty, papá? —se apresuró a preguntar Henry procurando no mirar a su madre; por alguna extraña razón, se sentía culpable, como si estuviese tomando partido por alguien.

—Creí que no irías a casa del señor Fogarty hasta la tarde —comentó su madre en tono cortante.

—No, es esta mañana, mamá —repuso Henry sin mirarla.

—Tampoco tú has desayunado.

—Sí, claro que sí. —Señaló el tazón de cereales vacío.

—Eso no es suficiente.

—He añadido plátanos, mamá —explicó Henry—. Además, puedo tomar algo con el señor Fogarty. Le gusta que lo acompañen.

—El señor...

—Si quieres que te lleve, ven —los interrumpió el padre.

—Adiós, mamá —se despidió Henry, y sin prestar atención a la mirada afligida de su madre, le dio un beso en la mejilla.

El padre de Henry se fue sin darle ningún beso a su mujer.

\* \* \*

—¿De qué va todo esto, papá? —le preguntó Henry a su padre mientras se ajustaba el cinturón de seguridad.

En vez de responder, su padre salió del camino de la casa demasiado rápido y sin mirar. Henry reparó en que su madre no estaba en la puerta para decirles adiós con la mano, como solía hacer siempre.

El chico se acomodó en su asiento con una sensación de nerviosismo. No aguantaba que sus padres se peleasen: se podía cortar la tensión con un cuchillo, y su padre se ponía de mal humor. Sin embargo, no se peleaban a menudo, y por eso aquella situación resultaba tan preocupante. Henry se dijo a sí mismo que seguramente no pasaba nada, pero no consiguió aplacar la preocupación. En el colegio conocía a cinco chicos cuyos padres se habían divorciado.

Su padre dijo algo, pero Henry no lo entendió. Tuvo que desviar la atención de sus propios pensamientos.

—Lo siento, ¿qué has dicho, papá?

—Ese señor Fogarty..., ¿cómo es?

—Un señor mayor. Ya sabes...

Henry se encogió de hombros. No quería hablar del señor Fogarty; lo que quería era saber qué les había pasado a sus padres.

—Pues no, no sé —repuso el padre, tajante—. ¿Por qué no me lo cuentas?

Su padre estaba así porque su madre lo había puesto nervioso.

—Está jubilado. Tendrá setenta, ochenta años... No sé. Un viejo. Su casa es un desastre.

—¿Y tú vas a limpiársela?

Si hubiese sido su madre, a esa pregunta seguiría el comentario: «¿Y cómo es que nunca arreglas tu habitación?», pero con su padre todo era claro como el agua, o casi. Ya habían hablado antes del asunto; la cuestión era que su padre estaba enfadado por culpa de su madre. Y, además, conducía demasiado rápido.

—Algo así —contestó Henry—. Limpio un poco, pero algunas veces lo que quiere es hablar.

Y otras veces no hablaba nada. El señor Fogarty era raro, creía en los fantasmas y en los elfos, pero Henry no pensaba decirlo. Raro o no, el señor Fogarty pagaba a tocateja, y Henry estaba ahorrando para comprarse un reproductor de MP3.

—¿De qué?

—¿Cómo?

—¿De qué habla? Has dicho que algunas veces sólo quiere hablar. ¿De qué?

—De cosas —contestó Henry.

Toda la frustración reprimida de su padre explotó de repente.

—¡Oh, por Dios, Henry! ¿Te ha obligado a firmar la Ley de Secretos Oficiales? Sólo quiero saber de qué habláis. Eres mi hijo. Me interesa.

—Deberías conducir más despacio, ¿no crees, papá? Te acompaña tu heredero.

El padre lo miró un instante, luego esbozó una sonrisa por primera vez esa mañana, y la tensión que reinaba en el coche desapareció.

—Perdona, hijo mío —dijo con ternura—. No debería desquitarme contigo.

El padre de Henry levantó el pie del acelerador.

Henry se reclinó en su asiento y contempló los árboles y los setos que iban dejando atrás.

\* \* \*

El señor Fogarty vivía en una casita de dos plantas al final de una calle sin salida, en las afueras del pueblo. El padre de Henry paró en la esquina.

—Ya llegamos —dijo—. No trabajes mucho.

—Tú tampoco —comentó Henry.

Alargó la mano para abrir la puerta, pero se detuvo.

—A lo mejor nos vemos esta tarde, hijo, antes de que vayas a casa de Charlie —dijo su padre.

—¿Tienes una aventura con Anaïs, papá? —repuso Henry.

El silencio era tan profundo que casi ahogaba el zumbido del motor del coche. Henry permaneció quieto en su asiento, con la mano en el tirador de la puerta, mirando a su padre. Creyó que su padre iba a enfadarse, pero en vez de eso adoptó un aire distante, como si estuviese concursando en «¿Quién quiere ser millonario?».

¿Tiene usted una aventura con Anaïs?

A. Sí.

B. No.

C. Ahora no.

D. Sólo somos buenos amigos.

Una de estas respuestas vale sesenta y cuatro mil libras, señor Atherton, pero perderá mucho si se equivoca.

—Si no te marchas, voy a perder el tren —dijo su padre al cabo de un rato.

—¡Vamos, papá! —insistió Henry—. ¿No crees que tengo derecho a saberlo? —Henry se calló cuando estaba a punto de añadir: «Tienes tiempo de sobra para llegar al tren», porque se dio cuenta de que era el tipo de comentario que haría su madre. Pero en vez de eso afirmó—: Si tienes una aventura, no se lo contaré a mamá.

Cuando lo hubo dicho, le pareció que no era suficiente, y prometió que tampoco se lo contaría a su profesora.

El padre continuó callado. Cuando el silencio se hizo tan agobiante que no lo

pudo aguantar, Henry abrió la puerta del coche.

—Muy bien —dijo.

Al salir Henry del coche, su padre murmuró algo. El chico estaba cerrando la puerta en ese momento y no lo oyó, así que la volvió a abrir y se inclinó.

—No soy yo el que tiene una aventura con Anaïs. Es tu madre —le dijo su padre en voz baja.

## 2

La cafetería estaba en una antigua cochera reformada, situada en un laberinto de callejuelas tan estrechas que el padre de Henry tuvo que aparcar el coche sobre el bordillo de la acera.

—¿Tienes espacio para salir?

Henry abrió la portezuela del coche con cuidado.

—Hay sitio de sobra, papá. —Henry se las arregló para salir, aunque con aprietos. Cuando su padre cerró el coche, le preguntó—: ¿No perderás el tren?

—¡Al diablo con el tren! —respondió su padre.

Tras bajar tres escalones, entraron en un local enmoquetado y acogedor donde había unas mesas ante las que se sentaban unos cuantos clientes. Al entrar, percibieron el olor del beicon frito. El señor Atherton guió a Henry hasta una mesa situada junto a una puerta en que ponía «PRIVADO», bastante lejos de las otras, y Henry se sentó bajo una ventana que daba a un patio, pequeñísimo y vacío. En el centro de la mesa había un expositor de plástico con el menú.

—¿Te apetece beicon con huevos y salchichas? —le preguntó su padre sin mirar la carta.

Henry sintió que se le encogía el estómago.

—No tengo hambre.

—Voy a tomar el desayuno completo, lo necesito —dijo el señor Atherton dando un suspiro—. ¿Estás seguro de que no quieres nada? ¿Huevos revueltos? ¿Tostadas? ¿Una taza de té?

—Un té —respondió Henry con una débil sonrisa para hacerlo callar.

Ojalá nunca hubiese hablado de Anaïs. El repentino cambio de su padre le daba verdadero miedo. Henry no quería saber nada de Anaïs. Sólo le había hecho una pregunta esperando que le contestase: «¿Anaïs? Pues claro que no; no seas tonto». Y eso era más o menos lo que él le había dicho. Sólo que Henry no quería saber nada de la aventura de su madre. Que ella tuviese una aventura era tan malo como que la tuviese su padre, o aún peor. ¿Y con quién la tenía? Henry nunca había visto a su madre mirar dos veces a un hombre, salvo a su padre. Y quizás éste estuviese equivocado y seguramente todo sería un malentendido.

La puerta giratoria se abrió, y salió una joven camarera con dos platos de huevos.

—¿Qué hay, Tim? —dijo al pasar junto a ellos.

—Buenos días, Ellen —contestó Tim secamente.

Henry pestañeó. Parecía como si su padre fuese con frecuencia a aquel lugar, y sin saber muy bien por qué eso le resultó inquietante. Por lo visto había demasiadas cosas que ignoraba sobre sus padres.

La camarera, Ellen, regresó y sacó una libreta de notas del delantal. Era una

hermosa morena, unos ocho años mayor que Henry, que llevaba una ceñida falda negra, blusa blanca y cómodos zapatos. A Henry los zapatos le recordaron a Charlie, que insistía en que prefería la comodidad al diseño y que pensaba seguir así, incluso cuando fuese adulta.

—¿Lo de siempre, Tim? —preguntó la joven, muy animada. Cuando el señor Atherton asintió, la chica miró a Henry y sonrió—. ¿Quién es este buen mozo?

Henry se puso colorado.

—Mi hijo Henry. Henry, ésta es Ellen —contestó Tim.

—¿Qué tal, Henry? ¿Tú también quieres que te dé un infarto?

—Sólo un té —murmuró Henry, que se daba cuenta de que estaba colorado y de que cada vez se ponía más rojo.

—Tenemos unos bollos buenísimos —comentó Ellen—. ¿Te apetece uno?

—Sí, muy bien —respondió Henry para librarse de ella.

Pero el truco no dio resultado.

—¿Sencillo o con pasas?

—Sencillo —contestó Henry, impaciente.

—¿Con mantequilla o nata cuajada?

—Mantequilla.

—¿Mermelada de fresa o de naranja amarga?

—De fresa.

—Listo —exclamó Ellen quien, por fin, cerró la libreta de notas y se marchó.

—Buena chica —observó Tim.

—¿Vienes mucho a este sitio, papá?

Tim se encogió de hombros.

—Bueno, ya sabes... —respondió sin entrar en detalles.

Henry miró hacia la ventana.

—¿Quieres hablarme de mamá?

Seguramente tenían el beicon, los huevos y las salchichas al baño María, porque Ellen apareció enseguida con ellos por la puerta giratoria. En la otra mano llevaba la tetera. Colocó el plato frente a Tim y le dijo a Henry:

—Ahora te traigo el bollo.

Esperaron en silencio a que la chica volviese, casi inmediatamente, con un bollo que compartía el plato con una porción de mantequilla y una minúscula tarrina de mermelada de fresa. Henry contempló el desayuno de su padre, y dio gracias a Dios por no haber pedido lo mismo. El beicon tenía mucha grasa y los huevos estaban duros. Y sintió asco al ver un riñón escondido tras el tomate frito. ¿Era eso lo que tomaba siempre su padre?

Ellen le ofreció el bollo y colocó las tazas y los platillos.

—La leche está en la mesa —les dijo al marcharse.

Tim miró su plato y luego a Henry.

—¿Estás seguro de que no quieres un poco?

Henry se estremeció y tomó el cuchillo para cortar el bolla. Cuanto antes empezaran, antes acabarían.

—Quiero que me lo cuentes, papá.

—Sí —asintió su padre—. Lo suponía.

\* \* \*

Tim Atherton no quería contarle nada a su hijo, pero habló. Revolvió su desayuno y habló, y una vez hubo empezado, parecía que no podía parar.

—Ya sabes que tu madre y yo hemos tenido... problemas... ¿verdad, Henry? — Henry no lo sabía. Al menos, antes de aquella mañana. Abrió la boca para decirlo pero su padre lo interrumpió—: Claro que lo sabes, no eres tonto; y tampoco eres un chiquillo. Tienes que haber visto señales... Bien sabe Dios que eran inconfundibles.

A Henry no le habían resultado inconfundibles. Con profunda vergüenza vio que una lágrima brotaba del ojo derecho de su padre y se le deslizaba por la mejilla, pero lo peor de todo fue que él ni siquiera se dio cuenta. Como no se le ocurría nada que decir, Henry esperó. Por fin el señor Atherton habló:

—No sé si eres demasiado joven para escuchar esto, pero nuestra... relación empezó a deteriorarse hace un par de meses. Bueno, tal vez algo más que un par de meses. Ella... parecía distinta. Resultaba bastante claro que su corazón ya no estaba volcado en el matrimonio. Eso... se nota. No es difícil. Fue cuando empecé a enfadarme con Aisling y contigo. Lo siento mucho, pero no podía evitarlo.

«Muy bien —pensó Henry—, esto era lo que yo quería». Henry no se había dado cuenta de que su padre se enfadaba con Aisling y con él, al menos no más de lo normal y sólo cuando ellos se lo merecían. El chico mantuvo la vista clavada en el plato.

—En fin, ya ves —dijo su padre.

¿Y eso era todo? «En fin, ya ves».

—Tienes que hablarme de la aventura de mamá —afirmó Henry en voz baja. Su padre suspiró. Parecía triste, pero al mismo tiempo aliviado.

—Es difícil de creer, ¿verdad? Yo aún no he podido quitármelo de la cabeza.

Se enderezó en la silla y apartó el plato. Henry observó que no había comido los huevos cuajados ni el asqueroso riñón.

—¿Quién es el hombre? —Henry había tomado aliento para hacer la pregunta.

—¿Qué hombre? —preguntó su padre sin entenderlo.

—El hombre con el que mamá tiene una aventura.

La intensidad de la mirada de su padre era casi espeluznante.

—Ya te lo he dicho, Henry. ¿No me has escuchado? No es un hombre. Tu madre tiene una aventura con mi secretaria, Anaïs.

Las palabras permanecieron allí, extendidas sobre ellos como una mortaja.

\* \* \*

Su padre se ofreció a llevarlo en el coche, pero Henry dijo que prefería caminar. Vagó por las callejuelas; estaban tan desiertas que daba miedo. Mientras caminaba, pensaba. Se sentía como si estuviese dando vueltas sobre una isla de uno o dos metros, más allá de la cual se acababa el mundo. En esa isla, que se desplazaba a su paso, repasó la conversación que había tenido con su padre.

—¿Estás diciendo que mamá tiene una aventura con otra mujer? —preguntó Henry.

El rostro de su padre reflejaba tanto dolor que daba pena.

—Sí. Ya sé que es... es...

—Pero mamá y tú... Bueno, ella ha tenido hijos: Aisling y yo. Si ella... ya sabes... entonces querría decir que es lesbiana. ¡Eso es absurdo, papá! —exclamó Henry.

Su padre se movió, incómodo. Era evidente que aquella situación le resultaba aún más dolorosa que a Henry.

—No es tan sencillo, Henry. No se es lesbiana de nacimiento. En fin, puede ocurrir, pero no siempre. Y las cosas no son blancas o negras. A veces pasan años hasta que las personas se dan cuenta de que se sienten atraídas por gente de su propio sexo.

—Sí, pero mamá ha tenido hijos —repitió Henry porque la explicación no le resultaba convincente.

Su padre esbozó una pálida sonrisa.

—No es tan difícil tener hijos —afirmó, y la sonrisa desapareció—. Me temo que no hay ninguna duda. Martha y Anaïs... Martha y Anaïs... —Parecía a punto de llorar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —insistió Henry.

Su padre se lo contó.

\* \* \*

En cuestiones de negocios se podía saber qué hora era si se trataba del bueno de Tim Atherton. Si decía que llegaba a las nueve, llegaba a las nueve. Si decía que iba salir media hora, se podía contar con que volvería al cabo de treinta minutos, ni un minuto antes, ni un minuto después. El día anterior había anunciado que regresaría a



las cinco a la oficina, pero la cita que tenía planeada se había suspendido debido a una emergencia, y como no había motivos para no volver al despacho, regresó un poco antes de las tres.

La oficina estaba en uno de esos altos edificios que los promotores inmobiliarios habían construido en Inglaterra en los años ochenta. La empresa de Tim ocupaba la tercera planta completa. Cuando el señor Atherton entró, el portero esbozó un saludo, y la recepcionista de la planta baja le dedicó una bonita sonrisa. A los visitantes ocasionales se les entregaba una etiqueta de identificación que servía como pase de seguridad, pero Tim se dirigió directamente a los ascensores.

Tuvo que esperar un poco a que bajase uno, y subió él solo. Se tardaba unos cincuenta segundos en llegar al tercer piso. Tim salió a la recepción de la empresa Newton-Sorsen y saludó a Muriel, que le informó de que su esposa acababa de llegar y que estaba en su despacho. Tim no esperaba la visita de Martha, pero a veces ella pasaba a verlo cuando iba de compras. Naturalmente, Anaïs le habría dicho que él estaría ausente hasta las cinco, pues no se había molestado en llamar para decir que la reunión se había suspendido. Pero tal vez encontrase a Martha antes de que se fuera.

Recorrió el alfombrado pasillo que conducía a su despacho. En ese momento apareció Jim Handley en una puerta y lo abordó para preguntarle por la nueva presentación. Cuando acabó de hablar con Jim y de recorrer el trecho restante, eran las tres y siete minutos.

Para llegar a su despacho tenía que atravesar el despachito en el que Anaïs Ward montaba guardia, como hacen casi todas las secretarias con sus jefes. Le sorprendió un poco, pero sólo un poco, no encontrar a Anaïs ante su mesa: podía haber ido a la máquina de café que estaba al final del pasillo o al cuarto de baño. Le resultó más sorprendente que Martha tampoco estuviese allí. Tendría que haberla encontrado si hubiera bajado en el ascensor, aunque quizás hubiese bajado por la escalera de servicio; a veces la utilizaba para hacer ejercicio.

Tim cerraba su despacho con llave cuando no estaba en él, pues tenía ciertos documentos importantes; así que sacó las llaves del bolsillo y atravesó la oficina de Anaïs. Tardó un segundo, dos como mucho, en introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta. Su esposa y su secretaria estaban dentro. Sobresaltadas, se separaron al oír la puerta. Se estaban besando.

—Tal vez fuera sólo... bueno, algo cariñoso —sugirió Henry con el estómago revuelto—. Las mujeres se besan continuamente.

—No era sólo un gesto cariñoso —repuso Tim con firmeza.

—¿Y no lo supiste hasta ayer? —le preguntó Henry, después de una pausa.

\* \* \*

Estaban a punto de divorciarse. A Henry no se le ocurría otra posibilidad después de lo que su padre le había contado. Lo más gracioso era que él en ningún momento había dicho ni una palabra sobre divorcio, o sobre marcharse, separarse o algo por el estilo, aunque tal vez la situación cambiara cuando sus padres hablasen por la noche. Evidentemente, Henry no podía pasar por alto lo que había sucedido, a menos que su madre se curara, como él esperaba, pero ¿acaso se puede curar alguien de ser lesbiana? Henry sintió que se ahogaba al meterse en semejantes honduras.

Por una vez el señor Fogarty abrió la puerta tan rápido que parecía que estaba esperando tras ella.

—Llegas tarde —comentó—. Y tienes muy mala cara.

—Lo siento —masculló Henry—. He tenido que hacer algo con mi padre.

—¿Quieres hablar o prefieres ponerte manos a la obra?

El señor Fogarty tenía el cuerpo enjuto de un anciano, estaba totalmente calvo, y cuando llovía le dolía la cadera una barbaridad. Parecía que el rostro estaba tallado en granito y los ojos eran tan penetrantes que casi daban miedo.

Henry ya había tenido bastante charla aquella mañana.

—Me gustaría empezar ya —afirmó—, en vista de que he llegado tarde.

—Me parece bien —respondió Fogarty—. No puedo entrar en el cobertizo del jardín, así que tira la porquería y arregla lo demás, pero no toques el cortacésped.

El jardín del señor Fogarty era una tira de césped polvoriento con una budleya marchita y poco más, rodeado por un elevado muro de piedra. El cobertizo era una choza de madera destartada, que había conocido épocas mejores. El anciano había sacado del cobertizo tres cubos de basura vacíos y, al parecer, quería que Henry tirase un montón de porquerías.

Henry se enderezó. Le esperaba un trabajo pesado y sucio, pero no le importaba porque ese tipo de trabajo le alejaría de la mente otras cosas durante un buen rato. Cuando abrió el pestillo de la puerta del cobertizo, una mariposita de color marrón surgió de la budleya y revoloteó unos instantes en el alféizar de la minúscula ventana antes de caer al suelo. *Hodge*, el gato del señor Fogarty, que estaba muy gordo, apareció de improviso para apoderarse de ella.

—¡Oh, vamos, *Hodge*! — exclamó Henry—. ¡Las mariposas no se comen! —Le gustaban los gatos, incluso *Hodge*, pero no soportaba que matasen pájaros y hermosos insectos. El problema era que, cuando se apoderaban de algún animalillo, como una mariposa, no se podía recuperar la presa sin matarla—. ¡Déjala, *Hodge*! — gritó muy serio, aunque sin muchas esperanzas.

Entonces se dio cuenta de que la criatura que se debatía en la boca de *Hodge* no era una mariposa.

### 3

Lo que más apreciaba Pyrgus Malvae en el mundo era su cuchillo halek. Desde el enfrentamiento con su padre, había tenido que trabajar para conseguir hasta las cosas más insignificantes, y para lograr el cuchillo de hoja de cristal se había jugado la paga de seis meses en una apuesta.

La culpa de un gasto tan tremendo la tenían los halek. Se empeñaban en hacer sólo diez cuchillos al año, ocho de los cuales eran reparaciones de viejas hojas rotas o en mal estado. Las hojas nuevas se obtenían tallando frías agujas de cristal de roca en el país de los halek, y luego se bruñían hasta que despedían un brillo azul y transparente. Tras lijar al máximo las estrías de cada lado, la hoja se insertaba en un mango con incrustaciones. Por último, un mago halek cargaba de energía el cuchillo y lo consagraba.

El resultado era un arma con la que se tenía la garantía de matar.

No había nada parecido a una pequeña herida producida por el filo de un cuchillo halek. Cuando penetraba en un cuerpo vivo (y era capaz de atravesar todo tipo de pieles, cueros o armaduras), feroces energías se apoderaban de la víctima y provocaban que su corazón se detuviera. Nadie sobrevivía a su impacto: ni los hombres ni los animales. Pero existía la posibilidad de que la hoja se rompiera, y cuando ocurría tal cosa, las energías retrocedían y mataban a quien empuñaba el cuchillo. Por eso, estas armas se utilizaban más para amenazar que para atacar, aunque siempre resultaba reconfortante tener una de ellas cuando las cosas se ponían difíciles.

Pyrgus acarició el mango de su cuchillo. Tenía la impresión de que alguien perverso lo observaba.

Era raro tener semejante impresión en un lugar como aquél. Estaba en el puente de Loman, la inmensa y chirriante construcción que, con sus casas y tiendas antiguas, se extendía sobre el río, al norte de Highgrove. La multitud atestaba día y noche el puente, que atraía a los campesinos como si fuese un imán. Mientras éstos merodeaban boquiabiertos ante las tiendas y las casas, los abordaban prostitutas, ladrones, carteristas, alborotadores, trileros y todo el despliegue de individuos de los bajos fondos, por no hablar de las manadas de codiciosos mercaderes, que eran los peores. Allí se vendían productos de todo tipo, pero había que saber regatear... y distinguir lo que no tenía valor. Los mercaderes eran tan hábiles como los ladrones a la hora de sustraer el oro de las bolsas.

—¡Cuidado! —gritó alguien desde arriba.

Pyrgus se apartó ágilmente para esquivar el contenido sólido de un orinal que alguien vació desde una ventana, y Pyrgus se refugió bajo el toldo del carro de un boticario. Entonces la sensación de que lo vigilaban se agudizó. Pyrgus echó un

cauteloso vistazo a su alrededor: lo rodeaban cientos de caras, casi todas sucias y ninguna conocida.

—¿Un pequeño cuerno del caos? —susurró el dueño de la botica. Pyrgus le lanzó una mirada tan feroz que el hombre retrocedió—. Lo siento —dijo—, disculpa mi intromisión. —Pero la avaricia lo dominó y suavizó su expresión—. ¿Alguna otra cosa? ¿Captadores de oro? ¿Un homúnculo de color morado?

Pyrgus no le hizo caso y volvió a entremezclarse con la multitud. Su instinto lo arrastraba y confiaba en él, así que apretó el paso y se abrió camino a codazos. Un hombre robusto, con la cabeza afeitada, soltó una maldición e intentó agarrarlo por el chaleco, pero Pyrgus lo esquivó. Siguió adelante a empujones, sin prestar atención a las protestas, hasta que llegó al extremo opuesto del puente y abandonó el río. Allí había menos gente, pero aun así se sentía vigilado. Se dirigió hacia Cheapside, con los pelos de punta esperando que una mano se posase en su hombro.

Naturalmente, sabía lo que pasaba. A Pyrgus lo habían pillado saliendo de la mansión de lord Hairstreak a horas intempestivas. Bueno, no lo habían capturado exactamente, pero lo habían visto. Lo que hizo sospechar a los guardias fue que escapara por una ventana del piso superior. O tal vez fuese porque se había llevado el fénix dorado de lord Hairstreak. Éste no era de los que consienten que alguien quede impune sin más, pero tampoco era partidario de acudir a los tribunales. Si sus hombres encontraban a Pyrgus, el chico pagaría con su vida por haberse llevado el fénix.

Pyrgus no sabía si estaba más seguro entre la gente o solo. En medio de la multitud no se distingue al amigo del enemigo, al menos hasta que ya es demasiado tarde. Y los hombres de Hairstreak lo aplastarían antes de que alguien tuviese el valor de intervenir. Cheapside estaba abarrotado: era un laberinto de burdeles y guaridas de músicos que atraían a lo mejor y a lo peor de la ciudad. El instinto le dijo a Pyrgus que estaría más seguro en un lugar donde pudiese ver si se acercaba un atacante, de modo que avanzó como un cangrejo hasta Seething Lane, que a aquella hora estaba casi vacía por culpa de los olores. Recorrió a toda prisa la callejuela, se apostó en un portal y esperó.

Desde allí divisaba la entrada del callejón y a las apiñadas muchedumbres de Cheapside. No lo había seguido nadie, pero, mientras estaba recuperando la calma, una enorme silueta se recortó en el cruce. El hombre parecía gigantesco, y lo acompañaban otros tres de mayor tamaño aún. Entonces los cuatro empezaron a recorrer el callejón.

Existía la posibilidad de que no estuviesen buscándolo, pero Pyrgus no estaba dispuesto a arriesgar su vida. Se preguntó si había sido buena idea meterse en Seething Lane porque no tenía forma de esquivar a los cuatro hombres y volver a Cheapside, y si escapaba hacia el sur, iría a parar a una calle sin salida. En tiempos no

muy lejanos, la callejuela conducía a Wildmoor Broads, pero desde que Chalkhill y Brimstone habían construido la nueva fábrica de pegamento, el camino estaba cortado.

A Pyrgus lo asaltó un pensamiento: en las mejores novelas de aventuras, los protagonistas atrapados en los portales empujaban una puerta, que siempre se abría. Entonces entraban, cautivaban con su encanto a la hermosa hija del dueño de la casa, y la convencían para que los ocultase hasta que el peligro hubiera pasado. Podía intentarlo. Empujó la puerta, pero estaba cerrada.

Los cuatro hombres, que caminaban hombro con hombro, ocupaban Seething Lane de lado a lado. Sus movimientos parecían fortuitos, pero registraban cuidadosamente los portales ante los que pasaban. Llegarían al suyo al cabo de unos minutos. Pyrgus llamó a la puerta con suavidad, rezando en silencio para que la hermosa hija del dueño tuviese buen oído. Tras unos momentos, llamó de nuevo un poco más fuerte. Los cuatro hombres estaban tan cerca que podía oír su respiración, lo cual significaba que ellos también oírían sus llamadas. Cuando apretaron el paso, Pyrgus le dio una violenta patada a la puerta, pero como no consiguió astillarla, se volvió y echó a correr.

—¡Es él! —gritó uno de los hombres, y los cuatro emprendieron una torpe carrera.

Pyrgus era veloz, pero eso sólo le serviría para llegar antes a la calle sin salida. Desde que Chalkhill y Brimstone habían construido su apestosa fábrica, Seething Lane moría ante las elevadas verjas metálicas, profusamente decoradas con terribles letreros que alertaban sobre los guardias y las fuerzas letales que allí había. Pyrgus no tenía ni idea de por qué necesitaban semejantes medidas de seguridad en una asquerosa fábrica de pegamento, aunque sabía que Chalkhill y Brimstone eran elfos de la noche, una estirpe tremendamente desconfiada. Aparte de esa particularidad, armaban mucho jaleo con el procedimiento secreto de fabricación del pegamento. Pyrgus agarró la cancela, que estaba cerrada, mientras pasos apresurados se acercaban a su espalda.

Sobre la cerradura de la verja había un cuerno acústico, pero a Pyrgus se le ocurrió algo mejor que entablar conversación con uno de los guardias de la fábrica. Sin molestarse en mirar atrás, trepó por la verja y saltó. La camisa que llevaba bajo el chaleco y los pantalones militares le daban un aspecto de gran insecto verde.

\* \* \*

A pesar de los temibles avisos, lo único que había al otro lado de la verja era un espacioso patio adoquinado, rodeado por los edificios de la fábrica. Aunque el lugar era nuevo, pues lo habían inaugurado hacía uno o dos meses, parecía como si fuese

viejo: la mugre se adhería a todas las superficies. Más allá de las oficinas, Pyrgus vio las rechonchas chimeneas del horno de pegamento, que vomitaban el fétido humo negro. El pegamento milagroso de Chalkhill y Brimstone lo pegaba todo.

Los perseguidores no tardarían mucho en llegar a la verja. Pyrgus no creía que saltasen, pero tal vez sobornasen a un guardia para que los dejase entrar. De todas formas, no podía permitirse el lujo de quedarse a ver qué pasaba. Estaba a punto de cruzar el patio corriendo cuando una rata salió como una flecha de un edificio; la rata apenas había recorrido dos metros cuando explotó un adoquín.

Pyrgus se quedó inmóvil mientras lascas de piedra y pedazos de rata llovían sobre él. ¿Acaso Chalkhill y Brimstone habían rodeado la fábrica con minas? Se echó a temblar porque había estado a punto de pisar los adoquines.

¿Qué querían esconder Chalkhill y Brimstone? Un campo de minas era una exageración, aun tratándose de los desconfiados elfos de la noche, y también resultaba excesivo como medida de protección de la fórmula del pegamento. ¿Qué debía de pasar dentro de la fábrica?

Un guardia uniformado, que se estaba abrochando los pantalones, apareció en una puerta. Pyrgus estaba completamente a la vista y el miedo le impedía moverse, pero el hombre observaba el cráter que se había formado en el patio al explotar la mina, aunque no tardaría en mirar hacia donde se hallaba Pyrgus. ¿Adonde podía ir? ¿Qué iba a hacer? Los hombres de Hairstreak estaban en Seething Lane, así que no podía volver atrás saltando la verja. Y si intentaba cruzar el patio adoquinado se arriesgaba a volar por los aires en pedazos, como la rata.

De repente, retumbó el cuerno acústico.

—¡Ya voy! —gritó el guardia bruscamente, pero no se volvió.

Se acercó al cráter y miró en su interior, como si esperase encontrar algún indicio sobre lo que había hecho explotar la mina. No parecía tener mucha prisa. Sin embargo, Pyrgus no podía quedarse donde estaba porque en cuanto el guardia se volviese, lo vería. No sabía qué sería peor: la furia de Chalkhill y Brimstone al descubrir que alguien había entrado en la fábrica o la justicia cruel de los hombres de Hairstreak por haberse llevado el fénix.

El cuerno volvió a sonar con mayor estruendo.

—¡Sí! ¡Vale! —exclamó el guardia, impaciente.

Entonces a Pyrgus se le ocurrió una idea terrible: quizá no todos los adoquines estaban minados, pues la rata había corrido unos dos metros antes de saltar por los aires. Si él lo intentaba, tal vez tuviese suerte.

O quizá no.

Pyrgus tuvo otra idea espeluznante: suponiendo que no corriese, sino que saltase, es decir, que fuese dando saltos como un canguro, no tocaría tantos adoquines y, por lo tanto, disminuirían las posibilidades de hacer explotar una mina.

Echó un vistazo y calculó que se encontraba a unos nueve metros de la puerta más cercana. Si recorría casi dos metros en cada salto, sólo tendría que tocar cinco adoquines. ¿Cuántos estarían minados? No podía saberlo, pero no parecía probable que Chalkhill y Brimstone hubiesen colocado trampas explosivas en uno de cada cinco adoquines.

¿O sí?

No, claro que no. Si rozaba sólo cinco adoquines, Pyrgus tenía una oportunidad, una oportunidad muy buena, en realidad, una gran oportunidad de llegar entero hasta la puerta. La rata debía de haber pisado al menos diez adoquines antes de saltar por los aires, y seguramente se trataba de una rata con mala suerte. Una rata con suerte podría haber pisado quince, veinte o incluso treinta adoquines sin peligro alguno. Pyrgus se preguntó si él era una rata con suerte, y si la puerta a la que quería llegar estaría cerrada con llave.

El cuerno resonó y siguió zumbando. Era el momento ideal para intentarlo, pues ese ruido ocultaría cualquier sonido que Pyrgus pudiera ocasionar, así que saltó.

El mundo se movió a cámara lenta mientras observaba, fascinado por el miedo, cómo su pie alzado se aproximaba a un adoquín, lo tocaba, y por fin lo pisaba con firmeza. Pyrgus se estremeció, pero el adoquín no explotó.

Luego saltó otra vez y contempló horrorizado cómo su pie aterrizaba con fuerza sobre un segundo adoquín... que tampoco explotó. En medio del tercer salto reparó en que el color del adoquín que tenía debajo era diferente al de los demás y cerró los ojos al acercarse a él. Aterrizó, tropezó y pisó otros tres adoquines (¡Tres!), pero sin saber cómo volvió a saltar.

Después la cámara lenta se detuvo, todo se borró y en cuestión de segundos se encontró ante la puerta. El guardia se dirigía hacia la verja, pero, sorprendentemente, no demostraba ninguna preocupación por los adoquines que pisaba; cuando el cuerno dejó de sonar, se oyeron los refunfuños del hombre. Pyrgus empujó la puerta. Estaba abierta.

\* \* \*

Se encontraba en un pasillo encalado y vacío. A mano derecha había varias puertas y, al abrir la primera, la suerte de Pyrgus cambió radicalmente. Estaba ante un armario lleno de batas blancas, como las que utilizaban los trabajadores de la fábrica de pegamento. Pyrgus observó que las batas llevaban una etiqueta electrónica y entonces comprendió por qué el guardia podía caminar sin miedo sobre el campo de minas: las etiquetas impedían que las minas explotasen. Era lo único que tenía sentido: debían de haber dispuesto algo así para que no muriesen los empleados. Pyrgus descolgó una bata y se enfundó en ella.

Luego cerró la puerta del armario y reflexionó durante unos minutos. Con etiqueta electrónica o sin ella, no tenía intención de regresar sobre sus pasos, así que debía encontrar otra salida.

Mientras la buscaba, dio con el secreto del pegamento milagroso de Chalkhill y Brimstone.

\* \* \*

Vestido con la bata blanca y su correspondiente etiqueta electrónica, Pyrgus se dio cuenta de que podía recorrer la fábrica sin que nadie le prestase la menor atención. Aun así, tuvo la precaución de mantenerse a distancia y no hacer nada que pudiese resultar sospechoso. Procuró caminar con aire confiado, como si supiese muy bien lo que hacía y adonde iba. El problema era que, en realidad, no tenía ninguna pista y, en lugar de encontrar una salida, se introdujo cada vez más en el laberinto de edificios de la fábrica.

Al fin llegó a lo que debía de ser la planta de producción.

El calor era tan horrible y el hedor tan espantoso que estuvo a punto de vomitar en el suelo, pero logró controlarse y miró a su alrededor.

El suelo estaba atestado de cubas malolientes, llenas de un burbujeante líquido, que se comunicaban por medio de tuberías empotradas. Unas pesadas máquinas dispuestas en hilera movían las bombas, cuya presión conducía los viscosos fluidos hasta un frasco gigante que estaba dentro del enorme horno abierto, situado en el lado sur del recinto. Una masa amarilloverdosa de algo asqueroso se agitaba y hervía en el interior del frasco. El lugar estaba abarrotado de trabajadores que llevaban las batas manchadas de residuos y de sudor. Algunos atendían las máquinas, mientras otros removían los burbujeantes líquidos en las cubas. Unos pocos, más fuertes físicamente, rondaban junto al horno abierto, con las caras encendidas por efecto del calor.

Reprimiendo las ganas de vomitar, Pyrgus avanzó con mucha cautela. A unos cuatro metros y medio de altura sobre la planta baja, había una tribuna de vigilancia desde donde unos cuantos guardias, apoyados en la barandilla, miraban hacia abajo con expresión aburrida, aunque casi todos los que estaban en la galería eran inspectores, que aprovechaban el elevado punto de observación para controlar los fluidos de las cubas. Entre ellos se abrían paso uno o dos trabajadores, que eran parte de un desfile continuo de personas que subían y bajaban por la escalera metálica que estaba cerca del horno. Una oleada de alivio invadió a Pyrgus cuando vio al final de la tribuna una puerta en la que destacaba un letrero que indicaba «SALIDA».

Pyrgus avanzó entre el enjambre de trabajadores, confiando en que los aburridos guardias no lo descubriesen. Con paso decidido, se dirigió hacia la escalera metálica,



deteniéndose de vez en cuando para fingir que ajustaba una máquina o inspeccionaba el contenido de una cuba. Nadie le hizo caso.

Al acercarse a la escalera, el calor del horno abierto era tan intenso que Pyrgus empezó a sudar a raudales. Junto al horno, algunos trabajadores se habían quitado las batas y trabajaban desnudos de cintura para arriba. Pyrgus observó una jaula que colgaba muy cerca de allí: no era mucho mayor que la de un pájaro, pero dentro había una pequeña gata que amamantaba pacientemente a cinco robustos gatitos.

El chico se detuvo. A Pyrgus le gustaban los animales: al fin y al cabo, los hombres de Hairstreak lo perseguían porque había rescatado al fénix de este personaje. Y aunque era agradable comprobar que Chalkhill y Brimstone tenían animales de compañía, los gatitos se encontraban demasiado cerca del horno para estar cómodos. Pyrgus dudó un momento al pie de la escalera, y luego se dirigió a uno de los trabajadores del horno.

—Aquí hace demasiado calor para esos gatos —dijo bruscamente señalando con la cabeza la jaula—. Deberías colocarlos más lejos del horno.

El hombre se volvió hacia él con un semblante de pocos amigos. Se secó el sudor de la frente con el reverso del brazo, y contempló la limpia bata de Pyrgus.

—¿Eres nuevo aquí o qué? —preguntó.

—Sí —respondió el muchacho—. ¿Qué pasa?

—Entonces no lo sabes, claro —repuso el trabajador.

—¿Qué es lo que no sé? —exigió Pyrgus, impaciente.

Al parecer había encontrado al tonto del pueblo. El hombre tenía la expresión torpe y engreída de un niño que le arranca las alas a las moscas.

—Pues que no importa que tengan un poco de calor ahora porque dentro de un minuto tendrán mucho más... al menos uno de los pequeñitos.

En el tono de voz del hombre había algo que a Pyrgus le produjo un desagradable hormigueo en la columna.

—¿A qué te refieres?

—Es el ingrediente secreto, ¿sabes? Eso es lo que hace que el pegamento milagroso sea, precisamente, milagroso. —El hombre esbozó una picara sonrisa.

—¿Cuál es el ingrediente secreto? —preguntó Pyrgus con el entrecejo fruncido.

La sonrisa del trabajador se hizo más pronunciada.

—¡Los gatitos! —respondió, muy satisfecho—. «¡Un gato al día hace maravillas con el pegamento!». ¿No te lo dijeron cuando te contrataron? Añade un gatito vivo y obtendrás las mejores remesas de pegamento en barra del mercado. Nadie sabe por qué. El señor Brimstone lo descubrió por casualidad una vez que tenía que ahogar una carnada y no podía perder el tiempo bajando al río. —El trabajador se inclinó hacia delante dándose golpecitos en la nariz—. Naturalmente, es un secreto. Mucha gente no usaría el pegamento si supiera que está hecho con gatitos.

En ese momento, se produjo un alboroto a lo lejos, junto a la puerta por la que Pyrgus había entrado, pero el chico lo ignoró.

—Así que vosotros... ¿echáis gatitos al pegamento?

—Uno al día —respondió el hombre con orgullo—. Deben de estar a punto de echarlo, así que puedes mirar si te apetece. La madre está tranquila, pero después maullará durante horas porque sigue llamando al gatito muerto, la muy estúpida. Es para partirse de risa.

El alboroto era cada vez más ruidoso y cercano. Pyrgus echó un vistazo por encima del hombro y vio, horrorizado, al grupo de guardias que avanzaban entre los trabajadores en dirección hacia donde él se encontraba. Luego miró a lo alto de la escalera: no había nadie entre él y la puerta de salida.

—¿Sabes qué te digo? —comentó el hombre—. Como eres nuevo, puedes tirar tú al gatito. Es lo más divertido que se hace aquí.

Pyrgus le dio un golpe en la boca. El hombre se tambaleó hacia atrás, más por la sorpresa que por el golpe; pero al moverse para recuperar el equilibrio, posó una mano sobre la resplandeciente superficie del horno.

—¡Aaay! —aulló, presa de un agudo dolor.

Pyrgus lo empujó y agarró la jaula. Al principio no pudo soltarla, pero enseguida la arrancó de la cadena. La gata lo miró recelosa, pero siguió amamantando a sus gatitos. Pyrgus se volvió y vio a un robusto guardia entre él y la escalera.

—¡Ah, no! ¡No lo conseguirás! —exclamó el guardia con una mueca, y extendió los brazos para bloquearle el paso.

El objetivo estaba tan a mano que no podía fallar. Pyrgus le dio una fuerte patada entre las piernas y saltó sobre él mientras el guardia se doblaba, dolorido.

Luego sin soltar la jaula con la gata y los gatitos, Pyrgus se precipitó escalera arriba hacia la puerta en la que ponía «SALIDA».

Silas Brimstone cerró la puerta con llave. Tenía una sonrisa burlona en su rostro, viejo y arrugado, y un libro entre sus viejas y arrugadas manos. El libro parecía aún más viejo que él: era un enorme mamotreto polvoriento de pergamino, encuadernado en gruesas tapas. Los viejos y arrugados dedos de Brimstone acariciaron la desgastada cubierta dorada con el título en relieve: *El Libro de Beleth*.

¡*El Libro de Beleth!* Casi no creía que hubiera tenido tanta suerte. ¡*El Libro de Beleth!* Todo lo que siempre había querido se encontraba entre aquellas pesadas tapas. Todo.

Brimstone estaba en el desván: un cuartucho sombrío, de techo bajo, con pocos muebles y más mugre que la fábrica de pegamento. Pero tenía todo lo que necesitaba. ¡Oh, sí, allí tenía todo lo que necesitaba! Brimstone rió socarronamente y se arrancó una costra de la calva cabeza. Todo lo que necesitaba para conseguir lo que quería.

Brimstone acercó el libro a la única ventana, llena de suciedad, y lo abrió ante la luz. En la cubierta había un símbolo, tosco y negro, realizado a base de espirales y de lazos, como el garabato de un niño tonto. Bajo el símbolo, un escribiente, muerto mucho tiempo atrás, había escrito seis escuetas palabras: «Beleth guarda las llaves del infierno».

—Sí. —Brimstone soltó una risita—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! El placer relucía en sus viejos ojos legañosos.

Ese libro era lo que siempre había querido, y no le había costado nada. ¡Qué gran ventaja! ¡Qué inesperado placer! ¡Qué extraño y profundo giro del destino! Había buscado *El Libro de Beleth* durante años, contando con que tendría que pagar una pequeña fortuna cuando lo encontrase. Pero había llegado a sus manos con facilidad, ¡y sin que le costase nada! Bueno, nada que se pudiese considerar un gasto: una miseria para el alguacil que había desalojado a la viuda de su casa y había embargado sus miserables pertenencias a cuenta de la renta.

¡Qué divertido había resultado! Brimstone había presenciado el desahucio, pues procuraba asistir a todos sus desahucios porque disfrutaba con los ruegos y con las súplicas de los inquilinos. La viuda no era distinta a los demás, aunque un poco más joven y de mejor aspecto, lo que incrementaba la diversión. El marido de la mujer había muerto sólo tres horas antes; el muy cretino había tropezado y había caído a una cuba de pegamento, con lo que se había arruinado toda la remesa. Siempre había sido un agitador, un blandengue de buen corazón que se negaba a cocer garitos. Brimstone se apresuró a comunicárselo a la viuda (le encantaba dar malas noticias), y luego le había reclamado el alquiler mientras ella aún estaba llorando conmovida. Como él había supuesto, la mujer no podía pagar tras la muerte de su marido. De modo que a los veinte minutos ya estaba allí el alguacil.

Fue un desahucio tremendamente entretenido. La mujer protestó, gritó, luchó y berreó. En un determinado momento, incluso se lanzó a los pies de Brimstone, tirándole de la pernera del pantalón entre ruegos y súplicas. Él tuvo que hacer un esfuerzo para no reír en alto, pero, naturalmente, mantuvo la dignidad. Con más pesar que enojo le echó un sermón sobre la rectitud fiscal y sobre las responsabilidades de los inquilinos. ¡Oh, cómo disfrutó con el estricto sermoncillo! El alguacil conocía el procedimiento y no levantó a la mujer del suelo hasta que Brimstone acabó. ¡Maravilloso! Si no hubiera sido por el perrito de la mujer, aquél habría sido su mejor desahucio. Pero el perrito se le había meado en los zapatos.

Los hombres del alguacil llevaron las posesiones de la mujer al despacho de Brimstone. No tenía gran cosa, pero a Silas le gustaba curiosear entre las propiedades de sus inquilinos y destruir lo que pudiese tener valor sentimental. La joven viuda era como todos: poseía unos jirones de ropa miserables, unas cuantas ollas y cazuelas bien parcheadas, y uno o dos adornos baratos. Pero había un cofre de madera que parecía de mejor calidad que el resto de las cosas; estaba atado con tiras metálicas y cerrado con candado.

—¿Qué es esto? —preguntó Brimstone, intrigado, al ayudante del alguacil.

—No lo sé —respondió el hombre con indiferencia—. Ella dijo que no podíamos llevárnoslo porque no era suyo. Se lo guardaba a un tío o algo así, pero nos lo llevamos igual.

—Bien hecho —comentó Brimstone mientras acariciaba el candado con repentino interés.

El candado le dio mucho que hacer cuando el ayudante del alguacil se fue. Era demasiado bueno para poder abrirlo a la fuerza, y las tiras de metal que rodeaban el cofre no eran de hierro, como había pensado al principio, sino de un material mucho más duro. La madera tenía incluso un revestimiento de seguridad que impedía que se pudiera romper el cofre para abrirlo, a menos que uno se arriesgara a hacerse daño. Brimstone tuvo que eliminar el revestimiento antes de enfrentarse en serio al cofre. Por supuesto, se había dado cuenta de que contenía algo valioso, porque nadie se tomaba tantas molestias para guardar la ropa sucia.

Tras intentar abrir el cofre por todos los medios, Brimstone utilizó un trozo de pedernal con el que hizo trizas la cerradura mientras que el cofre permanecía intacto. Tardó casi media hora en recuperar la calma, y cuando al fin palpó el cofre, el corazón le latía desenfrenadamente. ¿Qué había guardado la viuda? ¿Oro? ¿Joyas? ¿Secretos familiares? ¿Obras de arte? Fuera lo que fuese, Brimstone lo deseaba. Pero, antes de retirar la tapa, no tenía ni idea de cuánto lo deseaba.

Cuando miró lo que había en el cofre, no dio crédito a sus ojos. El libro estaba sobre un lecho de paja, cerrado y atado con una cinta de color ámbar, pero aun así leyó el borroso título: *El Libro de Beleth*.

A Brimstone le temblaban las manos cuando las introdujo en el cofre, y tuvo que tomar aliento varias veces para tranquilizarse. Tal vez fuese una falsificación, pues circulaban un montón de ellas: él mismo había comprado dos a mercaderes que habían resultado ser unos ladrones. Pero nada más quitar la cinta y abrir el libro, supo que tenía ante sí el verdadero. El pergamino se había oscurecido y estaba manchado por el paso del tiempo. Las letras, manuscritas, eran de estilo arcaico, y la tinta original había perdido el color. Pero lo más importante era el contenido, y Brimstone sabía lo suficiente de magia para reconocer el auténtico ritual. ¡Por fin lo había encontrado! ¡Había hallado *El Libro de Beleth*!

Brimstone estudió el libro durante tres días y tres noches. Se negó a comer nada, salvo unas gachas, y rechazó las bebidas alcohólicas. Por primera vez dejó que Chalkhill llevase el negocio sin que él interviniera. No era probable que el muy idiota perdiese demasiado dinero en tan poco tiempo, y aunque lo perdiese, Brimstone lo compensaría enseguida, pues tenía *El Libro de Beleth*. Era la puerta del infierno, la llave de la riqueza. El hombre a quien perteneciera ese libro poseía todo el oro del mundo. ¡Qué estúpida había sido la viuda! Si hubiera sabido lo que tenía guardado, podría haber pagado más de mil alquileres, adueñarse de la fábrica de Chalkhill y Brimstone, ¡e incluso derrocar al Emperador Púrpura! Pero no lo sabía, ni tampoco el idiota de su marido, y ahora el libro pertenecía a Silas Brimstone.

\* \* \*

Brimstone se puso manos a la obra en el desván.

Dejó el libro junto a la ventana y empezó a revolver en el armario apoyado en la pared que daba al oeste, de donde sacó una bolsa de clavos de ataúd, un martillo y una cabra muerta. El animal olía un poco mal porque hacía ya cuatro días muy calurosos que lo había sacrificado, pero nadie lo notaría cuando quemase incienso. Colocó un balde en una esquina para recoger los restos, sacó la daga y empezó a desollar la cabra.

Era un trabajo agotador, pero a Silas se le daba bien. Toda su vida había matado animales, y cuando era joven solía despellejarlos. Tras quitar la piel, tiró el cuerpo desollado al balde y comenzó a cortar el pellejo en estrechas tiras. Con los clavos de ataúd las sujetó al suelo de madera y formó un círculo. El ruido de los martillazos resonaba en el desván, pero había dado órdenes de que no lo molestasen, y los criados sabían que desobedecer les costaría la vida. El círculo debía tener dos metros setenta de diámetro. Brimstone golpeó el último clavo y se echó atrás para admirar su obra.

El anillo de piel de cabra tenía un aspecto siniestro. En algunas partes parecía como si del suelo saliese una fiera. Brimstone hizo una mueca y rió a carcajadas. Era perfecto. Perfecto. A Beleth le encantaría.

Tras descansar un poco, fue hasta el balde, abrió el estómago de la cabra y extrajo los intestinos con mucho cuidado. Como el libro no especificaba qué tripas había que utilizar, y el que guarda siempre tiene, resultaba más barato que salir a matar otro animal. Empleó los últimos clavos en sujetar los intestinos formando un triángulo equilátero en el exterior del círculo de piel, en la parte que miraba hacia el sudeste. Quedaba bien. Quedaba pero que muy bien.

Se dirigió de nuevo al armario y sacó el equipo de energía que había hecho siguiendo las indicaciones del libro: consistía en tres relampagueantes globos de metal, cada uno de ellos colocado en la parte superior de una torre de acero y unidos por cables a una pequeña caja de control. Aquel montaje pesaba una barbaridad, pero los cables eran largos, y Brimstone se las arregló para trasladarlo por partes. Colocó una torre en cada vértice del triángulo, y la caja de control, entre el triángulo y el círculo. La fabricación del aparejo le había costado más de cinco mil piezas de oro, lo cual era un gasto exorbitante y un lío enorme porque había tenido que malversar el dinero de la fábrica y falsificar los libros de cuentas para que su socio no se enterase. Pero todo habría valido la pena cuando invocara a Beleth.

Brimstone se estaba poniendo nervioso y tenía ganas de empezar el ritual, pero sabía que los preparativos eran fundamentales. Un paso en falso, y Beleth se liberaría. ¡Ni hablar! No había nada tan latoso como un príncipe de los demonios desbocado: comían niños, arruinaban las cosechas y provocaban huracanes y sequías. Resultaban mucho más problemáticos que los escualidos diablillos de ojos grandes con los que solía tratar. Además, un demonio en libertad jamás concedía deseos. Así que revisó el círculo y el triángulo con cuidado, pues ambos eran muy importantes. Beleth tenía que aparecer en el triángulo, y el círculo serviría de protección a Brimstone si el demonio se escapaba. Estaba oscureciendo y se había desatado una tormenta, como siempre que se invocaba a un demonio. Silas encendió una vela para efectuar la revisión: en el círculo no había huecos, y los intestinos que perfilaban el triángulo brillaban húmedos a la luz de la vela y tampoco mostraban huecos.

Brimstone fue de nuevo hacia el armario y se hizo con las otras cosas que necesitaba: carbón, un brasero metálico, un gran manojo de asa fétida, una tosca piedra de hematites, varias guirnaldas de verbena, dos velas con sus candeleros, una botellita de brandy de Rutania, alcanfor y lo más importante de todo: su varita explosiva.

Ésta era una preciosidad: medía casi cincuenta centímetros, la habían tallado en madera de granadillo de primera calidad y la habían lustrado al máximo, de forma que las minúsculas vetas resultaban claramente visibles. Un mago del norte (que había muerto hacía tiempo; ¡maldito fuera su malvado e insensible corazoncillo, lleno de egoísmo y de avaricia!), había aceptado, como un favor, un enorme donativo por tallar las microscópicas runas que actuaban como canales por los que fluían las

energías. La diosa de la primavera la había adaptado a la armonía personal de Brimstone. Todo había resultado muy caro, pero había valido la pena, sobre todo porque el gasto estaba camuflado en los libros de cuentas de la fábrica.

Lo último que Brimstone introdujo en el círculo fue *El Libro de Beleth*.

Silas se aseguró de que lo tenía todo porque, una vez comenzado el ritual, no podría ir a buscar nada que se le hubiera olvidado. El que invoca a los demonios sabe que es conveniente quedarse dentro del círculo hasta que ellos se han marchado. Así que era mejor cerciorarse de que las cosas estaban a mano antes de comenzar.

Cuando Brimstone comprobó que no le faltaba nada, tomó la piedra de hematites y la utilizó para grabar un segundo triángulo dentro del círculo, que tocaba la circunferencia en tres puntos. Luego colocó las dos largas velas negras en los candeleros y puso uno a la izquierda del triángulo y otro a la derecha. Rodeó las velas con las guirnaldas de verbena antes de encender la mecha con un ligero roce de su varita. Todo iba bien, de maravilla.

Los truenos retumbaron a lo lejos cuando dibujó la inscripción protectora, para lo cual volvió a utilizar la piedra de hematites, inclinándose con mucho cuidado hacia el borde del círculo para escribir la palabra «Aay» en el suelo, en dirección hacia el este. Después se dirigió a la base del triángulo interior y escribió sobre ella «JHS». Cuando acabó de escribir la ese, ambas inscripciones empezaron a emitir ligeros destellos, cosa que era buena señal.

A continuación, llenó el brasero con el carbón empapado en brandy de Rutania, y al aplicarle la varita se encendió con mucha fuerza. Cuando las llamas perdieron intensidad añadió el alcanfor, y un aroma embriagador se extendió por el desván. Brimstone tomó aliento. ¡Estaba preparado!

Tomó *El Libro de Beleth*, se irguió todo lo que pudo y cerró los ojos.

—Este incienso, oh, Ser Único, es el mejor que he podido elaborar —exclamó con una voz que sonaba como el susurro de las hojas muertas—. Es puro como este carbón vegetal, hecho de la madera más delicada. —Esperó unos momentos antes de continuar—: Éstas son mis ofrendas, Ser Único, desde lo más profundo de mi corazón y de mi alma. Acéptalas, Ser Único, acéptalas como un sacrificio de mi parte.

*El Libro de Beleth* empezó a brillar ligeramente en sus manos.

Brimstone continuó invocando al Ser Único con monotonía, aunque éste, según recordaba Silas, nunca había hecho gran cosa por él. Pero *El Libro de Beleth* insistía en ello, así que supuso que debía insistir, al menos de boquilla y por si acaso. Tras recitar, muerto de aburrimiento, todas las oraciones que el libro recomendaba y después de añadir más alcanfor al brasero, fue al meollo de la cuestión.

—Príncipe Beleth —invocó, con los ojos bien abiertos para poder leer el conjuro del libro—, señor de los espíritus rebeldes, te pido que dejes tu morada, dondequiera

que esté, para venir a hablar conmigo. Te ordeno y mando, en nombre del Ser Único, que vengas sin producir malos olores, en forma agradable y con buena cara, para responder punto por punto en voz alta e inteligible a lo que deseo preguntarte... —«Para empezar, cómo puedo conseguir más oro, pensó, y cómo puedo conseguir más poder.»— Te ordeno y te obligo, príncipe Beleth, y juro que si no apareces inmediatamente te pegaré con mi varita explosiva para que se te caigan los dientes, se te arrugue la piel, te salgan forúnculos en el trasero y sufras sudores nocturnos, zumbidos en los oídos, vértigo, caspa escamosa, artritis, lumbago, babeos incontrolables, sordera, mocos y que se te incrusten las uñas en la carne. Amén.

Hasta allí llegaba el rollo de siempre. Naturalmente, nunca se decían las mismas palabras, pero era el tipo de invocación que Brimstone había utilizado para convocar a una docena de demonios menores en alguno que otro momento. Lo que venía a continuación era diferente. ¡Oh, sí, muy diferente!

Brimstone contuvo la respiración. Tras unos instantes, la primera chispa crepitó en el globo más lejano. Casi inmediatamente, un relámpago formó un arco al saltar de globo en globo y originó un triángulo que, colocado sobre el del suelo, coincidía con él. Un fuerte olor a ozono impregnó el aire, y el equipo de energía chisporroteó y rugió.

—¡Ven, Beleth! —gritó Brimstone por encima del estruendo—. ¡Ven, Beleth, ven!

El libro emitía cegadores destellos y le temblaba entre las manos. Había leído en algún lugar que el mamotreto era lo que hacía funcionar las invocaciones demoníacas, lo tuviese uno consigo o no. Si es que existía, el camino del infierno estaba abierto para quien conociera los hechizos.

Brimstone calló para escuchar mejor. Tras el chisporroteo y el rugido del relámpago, percibió el débil sonido de una orquesta lejana, seguido de un destello dentro del triángulo. Silas agitó su varita y apuntó con ella como si fuera un mosquete.

—¡Ven, Beleth! —repitió.

La música se intensificó y el destello se convirtió en una figura encapuchada que, gradualmente, tomó forma ante los ojos de Brimstone. La criatura del triángulo medía más de dos metros y medio de altura, tenía una constitución robusta y los ojos saltones e inyectados en sangre. Cuando se quitó la capucha aparecieron unos imponentes cuernos de carnero en la frente.

—¡Basta! —rugió Beleth.

\* \* \*

Brimstone tragó saliva. Había algo en Beleth que lo ponía nervioso. Bueno, en



realidad, todo lo que veía en Beleth lo alteraba. Había convocado a los demonios otras veces, pero todos habían sido de poca monta. En cambio, ésta era la primera vez que se enfrentaba a un príncipe. Se humedeció los labios y le dirigió la palabra:

—¡Oh, poderoso Beleth! —empezó—. Te suplico... No, te ordeno que permanezcas en el interior del triángulo de tripas de cabra un rato mientras yo...

—¿Ordenar? —gruñó Beleth—. ¿Te atreves a darme órdenes?

Tenía una voz increíblemente penetrante, que retumbó como los truenos del exterior.

—Te o... ordeno que permanezcas en el triángulo de tri... tripas el tiempo que yo diga y...

La mayoría de los demonios fanfarroneaban. Había que ser duro con ellos si uno no quería que lo avasallasen.

—¡Cállate! —tronó Beleth.

Brimstone se calló de inmediato. Confiaba en que el monstruo no viese cómo temblaba. De pronto, pensó que tal vez todo lo que había organizado no fuera una idea tan brillante. Circulaban historias horribles sobre lo difícil que resultaba dominar a los demonios grandes. Claro que muchas eran producto de la propaganda de los elfos de la luz, pero sin duda algo de verdad había en ellas. Espantado, Brimstone vio cómo Beleth se inclinaba hacia delante, de forma que la mitad superior de su cuerpo sobresalía de los límites del triángulo y rebasaba el borde del círculo. Eso no era lo que estaba previsto, así que Brimstone apuntó a la cabeza de Beleth con su varita explosiva.

El demonio contempló el arma y sonrió.

—Cuidado, Beleth —amenazó Brimstone apretando la mandíbula para impedir que le castañetearan los dientes—. Te golpearé con mi temible varita y tus dientes...

La sonrisa de Beleth se acentuó, y en el desván empezó a sonar un extraño pitido discordante, que penetró en la cabeza de Brimstone de tal forma que le borró las ideas y provocó que un misterioso velo rojo como la sangre le cubriese los ojos. La varita se inclinó en la temblorosa mano de Silas hasta que se derritió. Pero, a pesar del miedo, Brimstone soltó un aullido de protesta. ¡El dinero!

Beleth contempló cómo la varita se disolvía por completo, y luego miró a Brimstone a la cara.

—No es necesario que me amenaces.

—¿Ah, no? —se extrañó Brimstone.

—Un sencillo contrato para que realices un sacrificio te proporcionará lo que quieres —afirmó Beleth, displicente.

El alivio envolvió a Brimstone, como si fuera un bálsamo. Todos los demonios pedían sacrificios.

—¿Palomas? ¿Gatos? ¿Perros? ¿Hermosas ovejitas? —preguntó—. No querrás un

toro, ¿verdad? —Los toros eran caros, por no hablar de lo complicado que resultaba matarlos. De pronto, lo asaltó una idea—: Un momento... Se trata de una especie rara, ¿verdad? Algo de la lista de especies en peligro de extinción.

—No, no es nada de eso. Sólo quiero que sacrifiques a la segunda persona que veas después de salir del círculo.

—¿Te refieres a un sacrificio humano? —Brimstone tenía los ojos como platos.

—¡Exactamente! —retumbó Beleth.

—¡Está chupado! —exclamó Silas soltando un tremendo suspiro de verdadero alivio.

\* \* \*

Alguien llamó a la puerta del desván cuando Brimstone estaba entonando la solicitud ritual de despedida. Tenía el contrato, debidamente firmado con sangre por ambas partes, pero Beleth rondaba aún por el triángulo.

—Os he dicho que no quiero que me molestéis —chilló Brimstone—. ¡Fuera! ¡Fuera! —Bajó la voz y continuó susurrando la solicitud entre dientes—: Te imploro y te suplico que abandones este lugar, absolutamente y sin vacilar, y que vuelvas al sitio de donde has venido y permanezcas allí hasta...

Una parte de la mente le preguntaba cómo iba a desconectar la caja de los relámpagos sin la varita, que había sido destruida.

—Ha ocurrido algo que deberías ver, amigo mío... —Era la voz de Jasper Chalkhill.

Brimstone dejó el ritual y tiró un manojito de asa fétida al fuego. Beleth reventó como si fuera un globo cuando el humo lo envolvió. El asa fétida siempre producía el mismo efecto en los demonios, tanto si eran plebeyos como si eran príncipes. El hedor era tan asqueroso que, en comparación, el sulfuro quemado olía a perfume.

—¡Ya voy! —gritó Brimstone.

Apagó las velas a toda prisa y salió del círculo rebuscando la llave. A su espalda, el relámpago atrapado siseó y saltó de un globo a otro, pero ya encontraría una forma de extinguirlo después. Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta con un crujido. La primera persona que vio fue a Chalkhill, que sonreía de oreja a oreja: le había hecho algo a sus dientes para que chispeasen y lanzasen destellos a la luz.

La sonrisa desapareció cuando Chalkhill olisqueó.

—¿Has despedido a algún demonio?

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que quieres que vea? —le preguntó Brimstone sin hacerle caso.

Chalkhill hizo un gesto con la cabeza y recobró la sonrisa.

—A un joven encantador —respondió—. Lo sorprendimos escondido en la

fábrica.

Brimstone abrió la puerta un poco más para ver quién acompañaba a Chalkhill.

El alboroto que se había producido a espaldas de Pyrgus Malvae subió de tono hasta sonar como una sublevación, pero el muchacho estaba concentrado en lo que sucedía delante de él. Los guardias de la plataforma de observación ya no parecían aburridos, sino que corrían hacia Pyrgus desde todas partes, y dos de ellos se habían situado entre el chico y la puerta de salida.

Pyrgus se hizo a un lado. Uno de los guardias lo atacó por detrás, pero él le puso la zancadilla. Un segundo guardia fue mucho más precavido: sacó del cinturón una varita paralizante, se colocó a su vez entre Pyrgus y la puerta, y esperó.

Pyrgus estaba indeciso. Se oían pasos atropellados en la plataforma y también en la escalera que quedaba a su espalda, y el tiempo no jugaba a su favor. Intentó engañar al guardia con un falso movimiento hacia la derecha, pero el hombre no se movió; tenía los ojos clavados en el muchacho y no pestañeó. No se trataba de un tipo de gran estatura, pues tan sólo era un poco más alto que el propio Pyrgus, que podría haberlo vencido en una pelea igualada; pero no podía decirse, precisamente, que ésta lo fuera: el guardia tenía una varita paralizante, mientras que a Pyrgus le estorbaba la jaula de los gatos.

Ambos se miraron mientras los perseguidores rodeaban a Pyrgus por todas partes. Los ojos del muchacho se apartaron del guardia un segundo, y vio que los gatitos habían dejado a su madre y apretaban el hocico contra los alambres, al tiempo que observaban a Pyrgus con sus grandes ojos redondos llenos de confianza. Pyrgus hizo lo único que podía hacer: sacó el cuchillo halek.

Al guardia se le pusieron los ojos como platos cuando vio la transparente hoja del cuchillo, y por primera vez le dirigió la palabra a Pyrgus:

—Tengo una vara paralizante —le dijo.

—Y puedes aturdirme con ella —afirmó Pyrgus—. Pero es mejor que lo hagas a la primera; de lo contrario, eres hombre muerto.

El guardia lo observó: su mirada iba del rostro de Pyrgus al cuchillo que el chico llevaba en la mano. Las energías cargadas en el arma se retorcían como serpientes bajo la superficie de cristal. Pyrgus extendió el brazo que sostenía el cuchillo y agitó éste hasta que se extinguieron los destellos que despedía la punta.

—Sólo un toque —explicó—. Es lo único que hace falta, sólo un toquecito.

Pyrgus creyó ver una sombra de miedo en los ojos del guardia y tomó una decisión repentina. Si no conseguía escapar en unos segundos, todos los guardias caerían sobre él en avalancha.

Pyrgus se lanzó hacia delante, pero hizo una finta con el cuerpo para no tocar al guardia con el cuchillo. El hombre se mantuvo en su lugar apenas un momento, luego perdió el valor y saltó hacia un lado agitando sin parar la varita paralizante. Pyrgus

atravesó la puerta de salida antes de que el hombre reaccionase.

Cerró la puerta de golpe y corrió por el pasillo.

Pyrgus sabía que no tenía escapatoria. Los guardias lo perseguían por el pasillo, por todas partes sonaban las sirenas de las alarmas, y hasta un idiota se daría cuenta de que lo primero que iban a hacer era cerrar las salidas. No tardarían ni un minuto en capturarlo y en devolver la gata y los gatitos a la apestosa planta de producción. A Pyrgus no le importaba gran cosa lo que pudiera pasarle a él, pues se había escabullido de aprietos peores, pero no podía dejar que matasen a los gatitos. Dobló un recodo del pasillo y perdió de vista a sus perseguidores durante un momento. Del techo colgaba un letrero que decía «RETRETES», con una flecha que señalaba hacia la derecha.

Sin la menor vacilación, giró hacia allí. Un rápido vistazo le sirvió para cerciorarse de que los retretes estaban vacíos (y no demasiado limpios). Entonces dudó: cabía la posibilidad de que los guardias pasasen de largo sin darse cuenta de que estaba allí, pero no iba a tener tanta suerte. Entró para ver si la puerta tenía cerrojo, pero era de muelles y sin cerradura, y oyó cómo los guardias se acercaban por el pasillo. Como los pomos de la puerta eran curvos, Pyrgus miró alrededor por si veía una escoba o algo que pudiese encajar entre ellos para obstruir la puerta, pero no había escobas ni nada parecido. El ruido se oía cada vez más cerca. ¿Pasarían de largo?

—¡Mirad en los retretes! —oyó que alguien gritaba.

Se había acabado todo, a menos que pudiese encontrar algo para atrancar la puerta. Entonces se le ocurrió una idea, pero la desechó. Sin embargo, al ver a los gatitos en la jaula, intentó ponerla en práctica.

Pyrgus dejó la jaula en el suelo y sacó el cuchillo halek: le había costado seis meses de ahorros y lo había ganado en una apuesta. Nunca tendría otro. Sorprendido, oyó el ronroneo de la madre de los gatitos.

—¡Oh, cállate! —susurró Pyrgus.

Pero le daba igual que hiciera ruido; no podía dejarlos morir, así que encajó el cuchillo halek entre los dos pomos curvos.

Naturalmente, el cuchillo se rompería al primer empujón, pero cuando se rompiese, una carga de energía atravesaría la puerta. La madera la absorbería casi toda, pero aún quedaría un poco para atontar a los que estuviesen más cerca, lo que serviría para que los demás se detuvieran momentáneamente. Este hecho no les impediría seguir adelante, pero él ganaría tiempo. Pyrgus se inclinó para agarrar la jaula cuando la primera oleada de guardias golpeó la puerta. Ni siquiera se molestó en mirar, pero oyó un clamor cuando la hoja del cuchillo halek se rompió, seguido de gritos y de una refriega en el pasillo. Se lanzó entonces hacia una pequeña ventana que había en un extremo de los aseos.

Tuvo que subirse a un lavabo para llegar hasta ella, y en un primer momento creyó que no podría abrirla, pero la desesperación le dio fuerzas. La ventana daba a un tejado inclinado que era lo bastante grande para que él saltase. Levantó la jaula y abrió la cerradura. La jaula se balanceó una vez abierta, pero la gata y los gatitos se limitaron a mirarlo.

—¡Vamos! —siseó Pyrgus—. ¡Salid de ahí! ¡Fuera de ahí ahora mismo! ¿Acaso no sois gatos? Se supone que los gatos se sienten a sus anchas en los tejados.

El chico oyó estallidos a su espalda cuando los guardias recobraron el valor y se lanzaron al ataque. La gata se irguió, miró un instante a Pyrgus y luego saltó al tejado. Los gatitos siguieron sus pasos sin dudar. Pyrgus se deshizo de la jaula vacía y se retorció como una culebra para salir por la ventana, pero unas callosas manos lo agarraron por los tobillos.

—¡Oh, no, no lo harás! —gruñó una voz, enojada.

Entre patadas y manotazos apartaron a Pyrgus de la ventana. Lo último que vio fue la jaula, que se ladeaba sobre el alero del tejado y caía al suelo.

\* \* \*

Pyrgus se tranquilizó. Al menos los gatitos estaban a salvo, y los guardias no lo iban a matar por haber liberado a un gato.

—¡Está bien! ¡Ya vale! —exclamó—. Iré por las buenas.

—Matémoslo —susurró un guardia.

Lo rodeaban más de una docena, y dos de ellos lo sujetaban por los brazos. Un hombre robusto, con una insignia de sargento en el uniforme, se adelantó.

—Eso, ¡vamos a matarlo! —siseó mientras le daba un puñetazo en el estómago a Pyrgus, que se dobló boqueando para recuperar el aliento.

—Gran idea —afirmó uno de los hombres que lo retenía—. Podemos golpearlo hasta que muera y decir que se resistió a ser arrestado.

El hombre agarró a Pyrgus por el pelo y le dio un tirón, mientras que el robusto sargento le daba otro puñetazo.

El chico gimió, y la espantosa escena se le borró hasta convertirse en una mancha negra. Movié la cabeza con desesperación al sentir una especie de tamborileo. Entonces recobró la conciencia y comprendió que se trataba de tres guardias que le daban puñetazos en el pecho y en el estómago. Tenía los brazos inmovilizados, así que no podía hacer nada para defenderse. Intentó darles patadas a sus agresores, pero las piernas no lo obedecían: era como si se moviese en medio de melaza. Cuando su cuerpo se desplomó, Pyrgus pensó que era cierto que lo iban a matar a golpes. Los guardias tenían pinta de duendes, típica de los elfos de la noche, como casi todos los hombres de Chalkhill y Brimstone. Y no se sabía hasta dónde podían llegar.

El dolor le recorría todo el cuerpo y una nube de sangre le velaba los ojos, cuando un hombre de ojos negros, con uniforme de capitán, se abrió camino hasta él.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó en tono airado—. ¿Qué pretendéis hacerle a ese chico?

Los guardias que golpeaban a Pyrgus retrocedieron rápidamente, y los dos que lo sujetaban se pusieron firmes, levantándolo al hacerlo.

—Nada, señor. Lo sentimos, señor.

—¿Quién es? ¿Uno de nuestros trabajadores?

—Un intruso y un ladrón, señor. Esa bata no es suya —respondió un guardia rápidamente—. Ha entrado en la fábrica y ha robado nuestra gata.

—Y cinco gatitos destinados para el pegamento —añadió el segundo guardia.

—¿Y por eso lo estabais apaleando? —preguntó el capitán frunciendo el entrecejo.

—No, señor. No era por eso, señor. Lanzó a los gatitos por la ventana, y seguramente los pobrecillos habrán muerto.

«¿Pobrecillos?». A pesar del aturdimiento que le producía el dolor, aquello tenía gracia. Pyrgus intentó hablar, pero sólo articuló un quejido.

—¡Tú, cállate! —le siseó el guardia al oído.

—¡Soltadlo! —ordenó el capitán fríamente.

—¿Señor?

—Ya me habéis oído. ¡Soltadlo de una vez!

Los guardias dejaron de sujetar los brazos de Pyrgus que se deslizó, agradecido, hacia la aterciopelada oscuridad.

\* \* \*

Cuando Pyrgus recobró el conocimiento, el capitán se hallaba inclinado sobre él, con una expresión de profunda preocupación en el rostro.

—¿Te encuentras bien? Durante un momento pensé que te habían matado.

Pyrgus se movió con cuidado. El cuerpo le dolía y le escocía, pero no tenía nada roto. Supuso que al día siguiente estaría lleno de magulladuras.

—Estoy perfectamente —gruñó, con una voz que apenas era un susurro.

—Tómalo con calma —dijo el capitán—. Esos idiotas te han apaleado de mala manera.

Pyrgus luchó por incorporarse.

—Estoy perfectamente —repitió, con una voz más fuerte.

Se encontraba en un despacho pobretón, que seguramente pertenecía al capitán. El mobiliario consistía en un escritorio, un archivador y un par de sillas, y la mugre se había incrustado en la madera, al igual que en el resto de la fábrica.

El capitán se echó hacia atrás para dejarle sitio a Pyrgus que, tembloroso, se puso en pie, aunque estaba seguro de que no iba a aguantarse derecho. Así que se sentó en una silla. Una oleada de náuseas lo invadió, pero, a pesar del dolor que sentía, puso la cabeza entre las piernas. Cuando se incorporó de nuevo, el capitán le dijo con tono amable:

—¿Todo bien? ¿Estás mejor ahora? —Pyrgus asintió—. Soy el capitán Pratellus —le explicó el capitán—, y antes de nada quiero disculparme por el comportamiento de esos imbéciles. Lo que te han hecho es imperdonable.

Pyrgus lo miró con recelo y no dijo nada. El capitán Pratellus era casi una cabeza más bajo que los guardias que lo habían golpeado, y habría sido incluso guapo si no hubiera tenido el cutis en un estado lamentable.

La expresión de pena del capitán se agravó.

—El caso es que has entrado ilegalmente en la fábrica y debo hacerte algunas preguntas. Lo entiendes, ¿verdad? —Pyrgus hizo un gesto afirmativo—. ¿Te encuentras en condiciones de responder o prefieres que espere un rato?

—No, mejor ahora —contestó Pyrgus tragando saliva.

Cuanto antes lo interrogaran, antes saldría de aquella casa de locos. Una voz le susurraba obstinadamente en la cabeza que procurase acabar lo antes posible. Ya que se había enterado de lo que hacían con los gatos, bajo ningún concepto permitiría que continuasen las actividades de la fábrica. Si hacía falta, se dirigiría al propio emperador y le contaría la historia. Chalkhill y Brimstone podían tener uno o dos empleados honrados, como el capitán, pero eso no justificaba lo que estaban haciendo. A Pyrgus le extrañaba que hubiesen podido mantener en secreto para qué servían los gatos, aunque la fábrica llevase abierta tan poco tiempo. Lo más normal era que algo así se difundiese.

—Bien, supongo que deberíamos comenzar con tu nombre.

—Pyrgus —respondió el joven—. Pyrgus Malvae.

—¡Un nombre regio! —exclamó Pratellus, y Pyrgus esbozó una leve sonrisa—. Bueno, Pyrgus, no te voy a retener un minuto más de lo estrictamente necesario. ¿Podrías contarme qué hacías en la fábrica?

Pyrgus lo miró un instante y decidió decir la verdad.

—Me estaban persiguiendo, por eso salté la verja.

La expresión de preocupación volvió a ensombrecer el rostro de Pratellus.

—¿Quiénes te perseguían?

—No estoy seguro —respondió Pyrgus—. Me parece que eran los hombres de Black Hairstreak.

Pratellus tomó aliento entre dientes.

—¡Ese degenerado! Sí, claro, ya veo que te advirtieron que no debías permitir que te pusiese las garras encima. ¿Por eso saltaste la verja?



—Sí, señor.

—Crambus, Pyrgus; llámame Crambus. Tengo la impresión de que, cuando esto acabe, podríamos ser amigos. —Pyrgus asintió, y Crambus Pratellus añadió—: ¿Sabías que era peligroso hacerlo?

—Lo sé ahora —dijo Pyrgus asintiendo de nuevo.

—Discutí con el señor Brimstone por culpa de las extremas medidas de seguridad. —Pratellus alzó los ojos unos instantes—. Pero ¿crees que me escuchó? Algún día alguien morirá, y entonces, ¿adonde iremos a parar? Aunque a ti no te han matado.

—No, señor... A mí no, Crambus.

—Claro que habría sido mucho más peligroso permitir que Black Hairstreak te hubiera capturado.

Pyrgus asintió. Seguramente era verdad. Sobre todo, porque le había robado el fénix, pero decidió no decirle nada sobre este asunto al capitán Pratellus.

—¿Así que no has entrado en la fábrica con ninguna intención especial? Dio la casualidad de que era tu... vía de escape.

—Sí.

—¿Y qué ha pasado con los gatitos? Los guardias dicen que los has robado.

—No los he robado; los he salvado —aclaró Pyrgus, después de unos momentos de duda.

Pratellus lanzó un suspiro.

—Te gustan los animales. A mí también. Me espanta lo que hacen aquí con los gatos.

—Entonces, ¿por qué no lo impide? —le preguntó Pyrgus con repentina pasión.

—No es ilegal —explicó Pratellus, extendiendo las manos en un gesto de impotencia—. Créeme, lo he consultado y no se puede hacer absolutamente nada.

—¡Puede contárselo a la gente! —exclamó Pyrgus—. ¡Cuando se sepa lo que ocurre, le pondrán remedio!

—Me temo que a la gente no le importaría nada —contestó el capitán Pratellus sonriendo con tristeza—. Ya sé que resulta difícil aceptarlo a tu edad, pero es cierto. No discutamos; tal vez podamos hacer algo por los gatitos más tarde, pero debo presentar un informe, ¿entiendes? De momento, ¿te parece bien que diga que te dan pena los gatos (le pasa a mucha gente) y que eso fue lo que sucedió en realidad? ¿Qué los niños hacen niñerías y cosas por el estilo? Seguramente, era la mejor explicación. Pyrgus asintió agradecido.

De repente, el capitán Pratellus dejó de sonreír.

—¡Debes de haberme tomado por un cretino! —siseó, lleno de furia.

\* \* \*

El despacho de Jasper Chalkhill olía a perfume. Una magnífica alfombra tapaba el suelo, y las paredes estaban cubiertas por gruesas cortinas de terciopelo. Ante el enorme escritorio había dos extrañas pieles de tigre blanco, y varias piezas de escultura oriental se exhibían en decorativas vitrinas de cristal. Pero el elemento más exótico era el propio Chalkhill: llevaba un sombrero de plumas, una túnica de color azul pavo real y zapatillas recamadas en oro, pero, por otra parte, pliegues de grasa le colgaban de la cara y de los brazos.

—A ver, Pratellus, querido Pratellus, ¿qué me has traído? —Caminó por la habitación con sorprendente ligereza para un hombre tan grueso, y examinó a Pyrgus minuciosamente—. ¡Un chico! ¡Qué amable, Pratellus, qué amable!

Cuando se acercó a él, Pyrgus observó que el hombre llevaba carmín.

—Lo sorprendimos colándose en la fábrica, señor Chalkhill —explicó Pratellus en tono zalamero—. Nos ha robado una gata con todos los gatitos. Sospecho que iba detrás... —bajó la voz y miró hacia atrás antes de completar la frase— de la fórmula.

—¡Un ladrón! ¡Un encantador ladronzuelo! —Chalkhill parecía realmente feliz—. Bueno, tenemos que castigarlo, ¿no? ¿Qué hacemos, Pratellus? ¿Le pegamos? ¿Le damos una buena lección? ¡Oh, qué bien lo vamos a pasar!

Se inclinó hacia delante en medio de una nube de perfume y, por primera vez en su vida, Pyrgus sintió que de buena gana habría utilizado el cuchillo halek contra aquel hombre.

A Pyrgus se le ocurrió la fugaz idea de escupirle a Chalkhill en un ojo, pero se contentó con espetarle agriamente:

—¡Aléjate de mí, apestosa masa de sebo!

—¡Uy! —exclamó Chalkhill sonriendo a Pratellus—. ¡Qué carácter! ¡Qué ferocidad!

—Tiene muy mal genio, señor Chalkhill. Estaba pegando a mis guardias cuando lo encontré. ¡Vaya usted a saber cuánto daño podría haber hecho si no llego a aparecer!

Pyrgus miró al capitán con asco, pero no dijo ni una palabra. Empezaba a comprender que el mundo de Chalkhill y Brimstone estaba lleno de mentirosos.

—Entonces hay que felicitarte, capitán Pratellus —afirmó Chalkhill, y cuando le sonrió a Pyrgus sus dientes resplandecieron con destellos multicolores—. Bueno, y ahora, mi pequeño terrier, ¿qué vamos a hacer contigo?

—¡Vais a dejar que me vaya inmediatamente! —respondió Pyrgus—. De lo contrario, mi padre...

—Ah, un niño de papá, ¿verdad? Yo siempre quise mucho más a mi madre, pero sobre gustos no hay nada escrito. Me temo que no me impresiona mucho tu padre, muchacho. ¿Es grande? ¿Tiene mucho músculo? ¡Uy, qué miedo! —Se volvió hacia Pratellus—. Capitán, doy por supuesto que lo habéis interrogado.

—Sí, señor Chalkhill. Es reservado, señor; no ha dicho nada. Por eso lo he traído ante usted. He pensado que tal vez le gustaría torturarlo.

—¡Oh, sí! —respondió Chalkhill, entusiasmado—. Me encantaría torturarlo, claro. Pero antes de llegar a esos... extremos, podría preguntarle algunas cosas. Me he dado cuenta de que hay bastante gente dispuesta a hablar conmigo tras negarse a hablar con los demás. —Se volvió hacia Pyrgus—. ¿Qué hace un chico tan encantador como tú invadiendo las instalaciones de una empresa respetable?

—¿Respetable? —jadeó Pyrgus que, presa de una furia repentina, abandonó la decisión de permanecer callado—. ¿Qué clase de fábrica es la que ahoga gatitos en pegamento?

—Nos preocupan los gatitos, ¿verdad? —Chalkhill abrió los ojos con gesto compasivo—. Pero ¿no te das cuenta, pobrecillo, de que hay demasiados gatos desperdigados por toda la ciudad? Casi todos tienen una vida terrible: enfermedades... hambre... Matar unos pocos es una buena obra.

—Y muy rentable —se burló Pyrgus.

—No hay nada malo en obtener beneficios —repuso Chalkhill alegremente—. Los jóvenes no valoran esas cosas, pero supongo que tu adorado padre estaría de acuerdo conmigo. Gana una miseria, ¿no? ¿O acaso él también trabaja para una empresa rentable? —Levantó una mano—. No, ahórrame los sermones, muchacho. El capitán tiene toda la razón. Si no nos dices por qué estás aquí, te sacaremos la verdad a la fuerza.

—¡Ya le he contado por qué estoy aquí! —gritó Pyrgus, mientras se preguntaba si podría llegar hasta la puerta. Chalkhill estaba demasiado gordo para dar caza a una tortuga, pero tenía que contar con Pratellus y con los dos guardias que se hallaban fuera—. ¡Me perseguían unos hombres enviados por lord Hairstreak!

—Ahora entiendo por qué no le crees. —Le comentó Chalkhill a Pratellus, y luego se dirigió a Pyrgus—: Lord Hairstreak es amigo mío, íntimo amigo. Tiene cosas mejores que hacer que mandar a sus hombres a correr detrás de los chicos. Se trata de Paphia, ¿verdad?

—¿Paphia? —repitió Pyrgus parpadeando.

—Argynnis Paphia —espetó Chalkhill—. Hace años que nos tiene manía, al pobre del señor Brimstone y a mí. No te molestes en negarlo; veo la verdad en tus ojos y conseguiré que salga de tus labios, ¡te lo advierto! —Apoyó el dorso de la mano en la frente—. Pero he pasado la noche en blanco y estoy demasiado nervioso para torturarte. Capitán Pratellus...

—¿Sí, señor? —se apresuró a decir Pratellus.

—Se lo llevaremos al señor Brimstone, capitán. Los demonios del señor Brimstone le sacarán la verdad.

«La segunda persona que veas...».

Chalkhill había sido el primero, lo cual era una lástima en cierto modo; pero cuando Brimstone volvió a abrir la puerta, apareció ante él un rostro desconocido: pertenecía a un chico pelirrojo que llevaba los ridículos pantalones militares que estaban tan de moda entre los jóvenes en esa época. No era guapo, aunque Chalkhill proclamase lo contrario, pero tenía unos rasgos bastante agradables a pesar del aspecto desastrado que ofrecía. A Brimstone no se le daba bien calcular edades, pero dedujo que el muchacho no podía tener más de catorce años.

Un sacrificio interesante para Beleth.

El idiota servil de Pratellus estaba tras el chico, y a ambos los escoltaban dos guardias. Todos tenían caras inexpresivas, excepto Chalkhill, a quien le encantaba enseñar sus increíbles dientes mágicos.

—¡Ah, Silas, querido amigo, necesitamos a tus amiguitos! —Chalkhill movió la cabeza intentando echar un vistazo sobre el hombro de Brimstone, puesto que el relámpago cautivo crujía y chisporroteaba en el desván—. ¿Hay alguno ahí? ¿O los has enviado de regreso con esa apestosa hierba tuya?

—¿Qué pasa? —preguntó Brimstone. Había que tener cuidado con Chalkhill.

—Lo que pasa, Silas, es que Argynnis Paphia ha mandado a este chico a arruinar nuestro último proyecto. Por suerte, Pratellus lo ha capturado en el momento preciso.

—¿En qué preciso momento? —saltó Brimstone.

Chalkhill parecía desconcertado y sacudió las manos débilmente.

—En el preciso momento de... de... arruinar nuestro último proyecto.

—Te ha dicho él eso, ¿sí o no?

—¿Decirme qué?

—Si te ha dicho que Argynnis lo ha mandado —respondió Brimstone dando un suspiro.

—No, claro que no, Silas, ¡pero mira que eres tonto! Lo ha negado todo. Naturalmente, lo ha negado todo. Pero ahí es donde intervienes tú. Tú con tus amiguitos.

—¿Quieres que le saque la verdad?

—Sí —respondió Chalkhill.

—De acuerdo —dijo Brimstone.

El nuevo cariz de los acontecimientos le venía de perlas. Aquel chico era la segunda persona a la que había visto después de salir del círculo, por lo tanto tenía que ofrecérselo a Beleth en sacrificio. Una vez realizado éste, Brimstone podría justificarse diciendo que el muchacho había muerto durante el interrogatorio. Chalkhill lo aceptaría, pues él era el primero en matar gente. Entre otras razones, por

eso se habían dedicado a elaborar pegamento: la fábrica resultaba perfecta para deshacerse de los cadáveres.

—¿Lo vas a hacer? —preguntó Chalkhill con un parpadeo.

—Sí.

—¿Lo vas a entregar a tus pequeños demonios?

Brimstone asintió. No tan pequeños, pero...

—Sí.

—¿Harás que lo torturen?

—Sí.

—Van a... —Chalkhill se humedeció los labios—. Van a hacer experimentos médicos, ¿verdad?

—Seguramente —contestó Brimstone, y se encogió de hombros. Los demonios solían hacerlos.

—¿Cuándo empezamos? Quiero ayudar —afirmó Chalkhill.

¡Maldición! Tendría que haberlo visto venir. Aquel gordo idiota quería participar. Siempre estaba metiendo las narices en los trabajos demoníacos de Brimstone. Bueno, pues no lo haría, no lo haría de ninguna manera.

—No lo voy a hacer —respondió Brimstone secamente.

—¿Que no lo vas a hacer? —Chalkhill parecía apenado—. ¿Cómo que no lo vas a hacer? ¿Por qué no quieres? Yo debo ayudarte. Dile que tengo que ayudarlo, Pratellus. No te dejaré al chico si no me permites colaborar, Silas.

—Mi querido Jasper —comenzó Brimstone, intentando dar cierta calidez a su voz—, no intento aguararte la fiesta, tú me conoces y sabes que no haría eso. No, no, sólo quiero decir que no podemos empezar inmediatamente. Hay que hacer una serie de preparativos, y debo asegurarme de que invoco a los demonios correctos. Lo que te sugiero —continuó muy relajado— es que dejes al muchacho aquí conmigo. El capitán Pratellus puede quedarse para comprobar que no sufre ningún daño. Vete a descansar; convendría que bebieses algo. Luego, cuando todo esté listo, enviaré a Pratellus a buscarte para que te unas a la fiesta. ¿Qué te parece?

Brimstone contuvo la respiración, no muy seguro de que Chalkhill se tragara el cuento. Tal vez pareciese una ballena varada con el coeficiente intelectual de una lechuga, pero tenía cierta astucia animal cuando se trataba de sus placeres.

Chalkhill había fruncido el entrecejo.

—¿Pratellus puede quedarse con él? —preguntó con desconfianza.

—¡Naturalmente! —afirmó Brimstone.

Los dientes de Chalkhill lanzaron destellos y resplandores.

—¡Estupendo! —exclamó—. ¡Genial! Un descanso, un trago, y ¿luego enviarás a Pratellus a buscarme en el momento en que todo esté a punto?

—Pues claro que sí —respondió Brimstone amablemente.

—¡Entonces dejo a mi hombrecito en tus expertas manos! —declaró Chalkhill en tono grandilocuente, y bajó la escalera con aire majestuoso.

\* \* \*

Brimstone despidió a Pratellus y a los dos guardias en cuanto ataron bien al chico y lo colocaron dentro del círculo. Ninguno de ellos profirió la menor protesta, y Brimstone sabía muy bien por qué. En particular, Pratellus se daba perfecta cuenta de dónde apretaba el zapato: adulaba a Chalkhill cuando se trataba de pequeños favores del trabajo, pero Brimstone era el que tenía el poder, aunque Chalkhill era el dueño del dinero. Había que estar a bien con Brimstone a toda costa; él despedía a la gente y la tiraba a la basura. Además, era el único capaz de lograr que un demonio se colase en los sueños de quienes lo molestaban demasiado.

Y era el único que tenía que ofrecer un sacrificio.

Mientras contemplaba al chico, Brimstone se preguntó por qué a Beleth le interesaba tanto aquel muchacho. Tenía la absoluta certeza de que el demonio había preparado la situación de alguna forma, pues todo resultaba demasiado calculado y bien organizado para que encajara otra explicación. Recordó que el chico había llegado en el mismo momento en que él había salido del círculo, mejor dicho, incluso un poco antes de que saliera; recordó también que se hallaba detrás de Chalkhill para que fuera la segunda persona que él viera, así como la manera en que su socio se lo había ofrecido y la conformidad que éste había demostrado a la hora de dejarlo en sus manos. Esa actitud no era propia de Jasper, en absoluto; de modo que tenía algo que ver con Beleth. Cuando se llama a un demonio, se le da ocasión de intervenir en el mundo, y si bien los demonios pequeños sólo hacían travesuras, los príncipes, en cambio, eran más sutiles y sus actos tenían gran repercusión.

¿Por qué Beleth había escogido a aquel chico para el sacrificio y no a otro? Es más, ¿por qué había elegido a un chico y no había preferido a alguien importante, alguien rico y poderoso? El chico que le había llevado Chalkhill parecía de lo más corriente y ni siquiera iba bien vestido: daba la impresión de haberse remendado él mismo los pantalones, bastante mal por cierto.

Brimstone apartó la mente de aquel rompecabezas. La verdad era que no le importaba por qué Beleth quería al muchacho, mientras el demonio cumpliera su parte del contrato. Sí, eso era lo único que importaba. Atravesó la habitación para hacerse con *El Libro de Beleth* y buscó las páginas que describían el sacrificio. Parecía bastante sencillo: había que llamar a Beleth en la forma acostumbrada y luego cortarle la garganta a la víctima. El demonio absorbía entonces la esencia de la vida, sellaba el contrato y se llevaba el alma del chico al infierno. Era pan comido. Cuando Beleth se marchara, lo único que Brimstone debía llevar a cabo era deshacerse del

cuerpo, lo cual resultaría muy fácil puesto que las cubas de pegamento estaban en plena producción. Ni siquiera tendría que preocuparse más por Chalkhill, porque con el contrato de Beleth en el bolsillo su socio era agua pasada.

Brimstone fue al armario y encontró un cuchillo afilado. Regresó con él y se puso a reforzar el círculo para preparar la llamada a Beleth. ¡Dos invocaciones en un solo día! Seguramente batiría un récord.

Pyrgus observó al anciano que revoloteaba por la habitación como si fuera una cucaracha reseca, e intentó calcular cuánto tiempo le quedaba. Le parecía increíble que nadie lo hubiese registrado. Los guardias habían estado muy ocupados pegándole; el capitán Pratellus había estado muy ocupado representando el papel de poli bueno; Chalkhill había estado muy ocupado pasándose lo bien, y aquel viejo, Brimstone, tenía la mente ocupada con otras cosas. En consecuencia, Pyrgus podía serrar tranquilamente sus ataduras con la pequeña cuchilla que había sacado del bolsillo de la pernera del pantalón. No era muy cortante, pero serviría, siempre que tuviese tiempo de hacerlo.

¡Ojalá supiese qué tramaba Brimstone en realidad! Chalkhill quería que convocase a unos demonios para que lo torturasen, y parecía, en efecto, que aquel lugar estaba preparado para un conjuro; el propio Pyrgus se hallaba dentro del círculo mágico. Pero el chico nunca había visto un triángulo de relámpagos cautivos y no le gustaba nada la pinta del cuchillo que Brimstone había llevado hasta el círculo. El viejo iba a lo suyo, y Chalkhill no sabía de qué se trataba. Pyrgus supuso que no sería nada bueno: había cosas peores que ser torturado por unos cuantos demonios menores, y aquel cuchillo parecía una de ellas.

Si lograba cortar las cuerdas a tiempo, estaba seguro de que podría escapar. Brimstone tenía un aspecto decrepito, y aunque poseía bastante energía para ser un viejo, era endeble. Pyrgus estaba convencido de que correría más que él y que incluso podría arrebatarse el cuchillo sin dificultad, pero para eso necesitaba tener los pies y las manos libres. Hasta que lo consiguiese, estaría indefenso.

El chico redobló sus esfuerzos con la pequeña cuchilla.

Brimstone volvió a dibujar los símbolos, encendió las velas y miró a Pyrgus.

—Estamos acabando —comentó alegremente.

—¿Qué me vas a hacer? —le preguntó Pyrgus.

No esperaba una respuesta sincera, pero si lograba entretener a Brimstone para que hablase, ganaría tiempo.

—No tienes que preocuparte por eso —le respondió enseguida.

—¿Y de qué tengo que preocuparme entonces?

A Pyrgus le era muy difícil saber cuánto trozo le faltaba para cortar las cuerdas. Aún no lo había logrado, pero al menos había conseguido que Brimstone hablase.

—De nada —repuso Brimstone—. Absolutamente de nada. No sentirás nada.

Bueno, casi nada. —Se alejó de Pyrgus y tomó un libro enorme—. Y ahora, estáte quieto, por favor; tengo que trabajar.

Quedó claro que Brimstone no podía seguir hablando, y Pyrgus observó con inquietud cómo el hombre iniciaba la invocación.

\* \* \*

Pyrgus no daba crédito a lo que se estaba materializando dentro del triángulo. Como la mayoría de los chicos, había visto dibujos de demonios y había leído sobre ellos en los libros, pero esos seres eran criaturas pequeñas, de menos de un metro de altura, aunque sin duda tenían mal carácter, resultaban peligrosos y si se reunía un buen número de ellos podían arrancarle a uno la piel con sus afilados dienteillos. Había especies que incluso tenían poderes mágicos: reseaban las plantas y provocaban toda clase de enfermedades. Además, si un tonto los miraba directamente a los ojos se le metían en la mente. Sin embargo, aunque uno no los quisiera como mascotas, tampoco parecían tan horribles.

Pero lo que había en el triángulo era otra cosa.

Se trataba de un ser enorme. Era feísimo, chillón, apestoso, y rezumaba malevolencia y verdadero poder. Y lo peor de todo, estaba sonriendo.

—¡Ajá! —exclamó—. Has encontrado al chico.

—Sabías que se trataba de él —afirmó Brimstone—. Lo sabías, ¿no es cierto? Toda esa historia sobre la segunda persona que viese... sabías quién sería.

—Pues claro que lo sabía —gruñó Beleth—. ¿No pensarías que iba a dejar una cosa así al azar?

—¿Por qué él? —preguntó Brimstone, a quien la criatura ponía nervioso, pues no paraba de saltar, primero con un pie y luego con el otro.

—Muéstrame la cláusula de nuestro contrato en la que se dice que tengo que darte explicaciones —siseó Beleth.

—Era curiosidad, mera curiosidad. —Brimstone se retractó inmediatamente—. No me importa, no me importa nada. El trato sigue en pie, ¿verdad?

—Firmado con sangre —corroboró Beleth—, y sellado cuando tú cumplas tu parte del acuerdo. Y hablando de eso...

Brimstone entendió la indirecta.

—Sí, sí. Ahora mismo lo hago. No tiene sentido demorar estas cosas. —Alzó el cuchillo y se inclinó sobre Pyrgus—. No te muevas, chico —ordenó.

Pyrgus rompió las cuerdas que le amarraban las muñecas.

Tenía los pies atados y, por lo tanto, no podía correr, pero blandió la cuchilla y la clavó en la mano de Brimstone, que chilló y soltó su propio cuchillo.

—¡Me has apuñalado! —exclamó con sorpresa, y luego se miró la mano—.



¡Estoy sangrando!

Pyrgus rodó para apartarse de él y hacerse con el cuchillo de Silas, aunque no sabía si tendría que utilizarlo contra Brimstone o para cortar las cuerdas que le mantenían las piernas sujetas. Y nunca lo sabría, porque Brimstone se movió con extraordinaria ligereza para alguien de su edad, y le arrebató el arma a Pyrgus cuando éste estaba a punto de agarrarla.

—¡Oh, no, no lo harás! —exclamó Brimstone.

Pyrgus comenzó a dar patadas con los pies atados y alcanzó a Brimstone en la espinilla. Durante un momento, Silas permaneció en pie agitando los brazos, luego perdió el equilibrio y cayó, con medio cuerpo dentro del círculo y el otro medio fuera.

—¡Ajá! —gritó Beleth—. ¡Libertad!

—No... —chilló Brimstone, y Pyrgus se dio cuenta de que el viejo había soltado el cuchillo otra vez.

Pyrgus no cometió errores en esa ocasión. Con los pies aún atados, rodó de nuevo y atrapó el arma. Por el rabillo del ojo, vio la enorme figura del demonio que salía de su triángulo. Como no podía luchar contra los dos, decidió prescindir de Brimstone, se puso patas arriba y cortó las cuerdas que le ataban las piernas. El cuchillo debía de tener iones en el filo porque cortó las cuerdas como si fueran de mantequilla.

—¡Aléjate de mí! —aulló Brimstone.

Pyrgus se puso en pie de un salto y se abalanzó sobre Brimstone cuando éste corría hacia la puerta. No recordaba si había visto al viejo cerrarla con llave, pero era su única oportunidad.

—¡Estoy de tu parte, idiota! —refunfuñó el demonio dirigiéndose aparentemente a Brimstone, y atravesó la habitación con un par de zancadas.

Pyrgus estaba a punto de abrir el pomo de la puerta cuando la enorme mano con garras se posó en su hombro.

La oleada de poder que atravesó su cuerpo fue como la del relámpago cautivo. Pyrgus dio un salto al tiempo que los músculos se le inmovilizaban. El impulso lo arrastraba hacia delante, pero tenía el cuerpo agarrotado, como si el rigor mortis se hubiese apoderado de él; se tambaleó y cayó de bruces sobre el suelo. Le sangraba la nariz a chorros y sentía un terrible golpeteo en los oídos. Oyó que Brimstone se quejaba como un niño detrás de él. Entonces el demonio rugió, y luego todo quedó envuelto en la quietud de la muerte.

Durante una eternidad, Pyrgus esperó a que el demonio lo matase. El golpeteo se reanudó, pero el chico se dio cuenta de que no lo sentía dentro de la cabeza, sino que provenía de la puerta. Intentó mover un brazo. Le dolía el cuerpo de la cabeza a los pies, pero los músculos comenzaban a funcionar de nuevo. Rodó sobre sí mismo saboreando la sangre que tenía en la boca, y se puso en pie lentamente. La habitación estaba hecha un desastre: desperdigados por el suelo había pedacitos del equipo de

atrapar relámpagos, y un segmento entero del círculo se había roto y se había deshecho; el brasero era sólo un pedazo de metal retorcido, y Brimstone estaba apoyado contra la pared, con una expresión aturdida en el rostro. Parecía una muñeca de trapo a la que hubieran arrojado en aquel lugar. Mecía su enorme libro en los brazos.

Los golpes se convirtieron en martillazos, y la puerta del desván se abrió violentamente al romperse los goznes. Entraron entonces cuatro hombretones con precisión militar, y Beleth se desvaneció al instante. Brimstone intentó levantarse a gatas.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¿Quiénes os creéis que sois?

Pyrgus miró fijamente. Él sabía quiénes eran aquellos hombres. Todos llevaban uniformes con las insignias de Su Suprema Majestad, el Emperador Púrpura.

\* \* \*

—¿Dónde está mi chico? —se quejó Jasper Chalkhill.

—¡Cállate! —murmuró Brimstone, que contemplaba el desastre del desván, incapaz de asimilar la rápida sucesión de los acontecimientos.

Un minuto antes había estado a punto de ejecutar con éxito su plan más ambicioso, y de pronto sus esperanzas se habían derrumbado. Su costoso equipo de energía estaba roto y le llevaría semanas sustituirlo por otro. ¡Semanas! ¡Por mucho que pagase, tardaría semanas! Pero aún tenía el libro, que ya era algo, y también conservaba el contrato, aunque no le apetecía pensar en él porque contenía una cláusula de castigo.

—¡Exijo que me lo digas! ¡Te lo exijo, Silas! ¡Te lo exijo rotunda y categóricamente! —Chalkhill, presa de la frustración, dio una patada en el suelo.

—Se lo han llevado —suspiró Brimstone.

—¿Quién se lo ha llevado? ¿Por qué no lo has impedido?

—No pude impedirlo porque eran cuatro contra mí. No pude impedirlo porque pertenecían a la guardia del emperador. Por eso no lo he impedido.

—¿La guardia del emperador? ¿La guardia del Emperador Púrpura? —preguntó Chalkhill parpadeando.

—¿Es que hay otro emperador? —repuso Brimstone deseando que aquel gordo idiota se marchase.

Necesitaba tiempo para pensar y para maquinar planes, y tenía que decidir lo que convenía hacer a continuación.

—¿Para qué quiere el Emperador Púrpura a ese chico?

—¡Y yo que sé! ¿Por qué no le escribes y se lo preguntas?

—Eres muy antipático, Silas. Imagínate lo decepcionado que estoy.

—Estamos, Jasper, estamos. —Brimstone optó por ser diplomático—. Yo también lo estoy. Pero ¿qué podía hacer yo? ¿Desobedecer una orden del Emperador Púrpura?

—¿Traían una orden? ¿Del emperador en persona?

—No sé si era del emperador en persona. A lo mejor las redactan por docenas. Lo que sé es que me pasaron un pedazo de pergamino ante las narices, y luego se marcharon.

—¿Lo leíste? —preguntó Chalkhill.

Brimstone lo miró como si lo tuviese por loco.

—¿Te crees que soy jurista? ¡Eran los hombres del emperador!

En realidad Brimstone lamentaba no haberlo leído. Tal vez le habría dado alguna pista sobre la extraordinaria valía del chico. Primero lo quería Beleth, y luego el Emperador Púrpura.

Brimstone atravesó la habitación, sujetó a Chalkhill por el brazo e hizo un enorme esfuerzo por hablar con un tono de comprensión y confianza.

—Por favor, Jasper, dame tiempo para que arregle este desastre, y luego encontraré la forma de recuperar al muchacho.

—¿De verdad?

—Ese chico ha invadido nuestra propiedad. Nos ha robado varios gatos. ¡Vete a saber qué otros daños puede haber provocado! —Brimstone asintió con seriedad—. Ha quebrantado la ley, Jasper; y eso nos da derechos prioritarios. No sé por qué lo reclama el emperador, pero nosotros tenemos nuestros derechos. Ni siquiera Su Suprema Majestad está por encima de la ley. Me gustaría, Jasper, que me concedieses media hora para que arregle las cosas, y luego diles a Glanville y a Grayling que vayan a mi despacho...

—¿Nuestros juristas?

—Sí. —Brimstone asintió pacientemente—, glanville y Grayling en persona. Quiero que redacten una demanda, una demanda legal. —Miró a Chalkhill para ver si lo comprendía—. Una demanda para el emperador, ¿lo entiendes? Con un poco de suerte, recuperaremos al chico dentro de un día.

—¿Tú crees, Silas? ¿En serio?

—Claro que sí, Jasper —mintió Brimstone.

\* \* \*

El despacho de Brimstone no se parecía en nada al de su socio. Era mucho más pequeño, sombrío, sucio y desordenado. Las paredes estaban cubiertas con libros antiguos de brujería y demonología, que había coleccionado durante toda su vida. El escritorio de Brimstone parecía un mar de pergaminos, y el viejo suelo de madera, una carrera de obstáculos salpicada de expedientes y de abultadas carpetas.

Brimstone estaba jugando con una Mano de Gloria cuando entraron Glanville y Grayling.

Los juristas podrían muy bien haber sido gemelos. Ambos eran bajos, semicalvos y tenían panza. Ambos llevaban temos y los zapatos relucientes. Ambos portaban maletines de piel de elefante con la letra «G» mayúscula grabada en oro, usaban anteojos e intentaban, sin éxito, que les creciese el bigote. Echaron un vistazo a su alrededor en busca de un sitio donde sentarse y suspiraron al no encontrarlo.

—Jasper Chalkhill afirma que desea usted vernos —dijo Glanville.

—Asegura que tiene usted un trabajo para nosotros —continuó Grayling.

—Hemos entendido, sin adelantar acontecimientos, que se trata de un chico —intervino Glanville.

—Un sinvergüenza —indicó Grayling.

—Un trapisondista —añadió Glanville.

—Ratero.

—Intruso.

—Y desaparecido —concluyó Brimstone secamente para hacerlos callar.

—¡Ah, sí! —admitió Glanville—. ¡Desaparecido! Se lo han llevado los hombres del emperador, según nuestras informaciones y por lo que sabemos y entendemos.

—Secuestrado, más bien —precisó Grayling astutamente.

—Y al señor Chalkhill le gustaría que el chico volviese —sonrió Glanville.

—Al señor Chalkhill le gustaría que volviese —repitió Grayling con otra sonrisa.

—Eso no importa ahora —dijo Brimstone—. Quiero que echéis un vistazo a un contrato.

—¡Un contrato legal! —exclamó Glanville sin sorprenderse en lo más mínimo—. Tengo entendido que es su especialidad, señor Grayling.

—Quiero que lo reviséis los dos —refunfuñó Brimstone—. Quiero que me deis el mejor asesoramiento legal.

Brimstone movió con inquietud el pulgar de la Mano de Gloria, y en las puntas de los dedos se encendieron unas llamas, que se apresuró a apagar.

—Lo tendrá —afirmó Glanville.

—Lo tendrá —confirmó Grayling.

Brimstone sacó una hoja de pergamino del cajón de su escritorio y se la tendió. Glanville la tomó, la leyó y luego, sin hacer comentarios, se la pasó a Grayling. A Grayling le llevó un poco más leerla, pero al fin alzó la vista.

—¿Es vinculante? —preguntó Brimstone.

—Sí —respondió Grayling.

—Sí —coincidió Glanville.

—Se trata de un demonio —puntualizó Brimstone.

—Es lo mismo —dijo Grayling—. Los contratos demoníacos tienen fuerza de ley.

Glanville se estiró para apoderarse de nuevo del pergamino, y siguió hablando.

—Sé que todo el mundo intenta librarse de ellos, pues los demonios son muy chapuceros cuando se trata de asuntos legales...

—Prefieren matar —explicó Grayling con una brillante sonrisa.

—... Pero hemos de considerar un hecho —continuó Glanville—: Si éste tal... — se quitó las gafas y acercó los ojos al pergamino—. Beleth quisiera entablar un proceso basándose en este documento, los tribunales no dudarían en admitirlo. Salvo que, naturalmente, su firma sea falsa y que demuestre que usted se encontraba bajo presión, lo cual significa que el demonio lo obligó a usted a firmar —explicó Glanville amablemente.

Brimstone hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo firmé voluntariamente, sin ningún tipo de presión. —Como la Mano de Gloria estaba empezando a sudar, la dejó a un lado—. Hay una cláusula de castigo...

—Ya me he dado cuenta —comentó Grayling con discreción.

—Doy por sentado que este contrato aún no se ha ejecutado —dijo Glanville.

Brimstone volvió a negar con la cabeza.

—Todavía no. —La Mano de Gloria comenzó a escabullirse; Brimstone la clavó al escritorio con un abrecartas y los cinco dedos se agitaron un poco—. Quiero saber las posibilidades que tengo de librarme.

—Mi querido Brimstone, esto está firmado con sangre —aclaró Grayling mientras jugueteaba con las gafas.

—Está claro lo que dicen las palabras —intervino Glanville—. Usted se ha comprometido a ofrecerle un sacrificio determinado a Beleth, y él se ha comprometido a concederle a usted un deseo concreto.

—La cláusula de castigo también está clara —habló Grayling—. Si usted no presenta el sacrificio en el plazo de un mes, ese tal Beleth se queda con su alma.

—No hay forma de librarse —dictó Glanville.

—No hay ninguna forma de librarse —concluyó Grayling.

Pyrgus no veía más que el trasero del guardia imperial que caminaba tres pasos por delante de él. Era un hombre tan grandullón que ocupaba casi todo el espacio. A cada lado de Pyrgus se había colocado un guardia de rostro pétreo, y un tercero iba detrás. Si el chico hubiera intentado escapar, no habría llegado a dar dos pasos. Aquellos tipos eran expertos.

Pero tenía que intentarlo.

—Tengo una piedrecilla en el zapato —anunció en voz alta. Si se paraban para dejarle que se la quitara, tendría una oportunidad de distraerlos. Sin embargo, no le hicieron caso—. Me quedaré cojo si sigo caminando con una piedra en el zapato. Vuestros jefes no os felicitarán si lleváis un prisionero herido.

Por lo visto, a los jefes les importaba un comino porque los guardias siguieron sin hacerle caso.

Al llegar al puente, seis guardias más se unieron a los cuatro hombres que escoltaban a Pyrgus. Llevaban cascos y uniformes antidisturbios con varas paralizantes enfundadas. Aquello parecía una verdadera detención.

Los nuevos guardias formaron filas, y Pyrgus se preguntó qué iba a pasar. Cuando los cuatro primeros habían asumido su custodia, el chico se había sentido tan aliviado por escapar de Brimstone y del demonio que no se le ocurrió cuestionarse por qué lo perseguía la guardia del emperador.

—¿Adonde me lleváis? —quiso saber—. ¡Tengo derecho a saber adonde me lleváis! —Esperó inútilmente una respuesta, y luego añadió con resentimiento—: ¿O no?

De todas formas, era igual, porque Pyrgus ya tenía una ligera idea acerca del lugar al que se dirigían.

Cruzaron el puente a lo grande. La multitud se dispersaba ante el desfile de la falange de la guardia imperial, pero no tardaba en volver a concentrarse para observar al prisionero. Al llegar al otro lado, siguieron el curso del río hasta el embarcadero autorizado. Cuando se detuvieron para esperar la barcaza imperial, Pyrgus confirmó sus sospechas: iban al palacio. Aquellos hombres tenían la misión de llevarlo ante el emperador. El chico suspiró. ¿Qué demonios querría su padre?

\* \* \*

El palacio imperial estaba en una isla situada en la zona más ancha del río. Había casi cinco kilómetros cuadrados de jardines, rodeados por un bosquecillo en el que el emperador practicaba la caza del oso. El palacio tenía más de cuatrocientos años de antigüedad y era de piedra de color púrpura. El paso del tiempo había deteriorado la

piedra, que parecía casi negra, aunque al amanecer y al atardecer arrojaba un ligero resplandor del primitivo color. El colorido, combinado con el arcaico estilo arquitectónico, daban un aspecto colosal y siniestro al edificio, de modo que a casi todos los visitantes los atemorizaba. No obstante, para Pyrgus se trataba tan sólo de su casa.

El muchacho atravesó la entrada principal marcando el paso con los guardias, que hicieron un alto cuando el guardián de palacio, Tithonus, salió a recibirlos. El anciano llevaba su traje verde reglamentario y tenía más aspecto de lagarto que nunca.

—Yo lo acompañaré a partir de aquí —anunció.

—Tenemos órdenes de llevarlo directamente ante el emperador.

—Vuestras órdenes han cambiado —dijo Tithonus, muy serio. El anciano sostuvo la mirada del guardia y Pyrgus percibió que el aplomo del soldado se desmoronaba.

Por fin el guardia acertó a murmurar:

—Sí, señor.

Hizo un gesto a sus compañeros y dieron la vuelta marcando el paso.

—Ya veo que no has perdido el control, Tithonus —se burló Pyrgus.

—Y yo veo que tu gusto para vestir ha empeorado —le contestó Tithonus en tono irónico—. ¿Quieres cambiarte antes de ver a tu padre?

—Creo que voy a quedarme con esta ropa; que vea a lo que me ha reducido. —La sonrisa de Pyrgus desapareció—. ¿Qué pasa, Tithonus? ¿Por qué ha enviado mi padre al pelotón armado?

—Se trata de Blue —respondió Tithonus—. Ven conmigo. Iremos dando un rodeo por el camino más largo porque tengo que contarte un montón de cosas.

—¿Qué le sucede a Blue? —preguntó Pyrgus enseguida. Holly Blue era su hermana. Y era a quien el muchacho más había echado de menos de todo lo que había en el palacio—. ¿Está enferma?

—Ni mucho menos —contestó Tithonus—. Pero ha vuelto a sus viejas travesuras.

—¿Qué le ha dicho a mi padre esta vez? —refunfuñó Pyrgus.

—Que te habías puesto a malas con lord Hairstreak. ¿Es cierto?

—Algo por el estilo —repuso Pyrgus.

¿Cómo diablos se había enterado su hermana? Era un año más joven que él, y ya tenía una especie de red de espías que provocaban la envidia del propio Servicio de Espionaje Imperial.

—¿Qué significa «algo por el estilo» en este caso concreto? —preguntó Tithonus.

—Lord Hairstreak me sorprendió robando su fénix dorado.

Tithonus cerró los ojos un instante.

—¡Demonios! —Abrió los ojos otra vez—. Tenía la esperanza de que no fuese verdad. ¿Tienes idea de las consecuencias?

—¡Lo maltrataba! —protestó Pyrgus.

—Sí, claro que lo maltrataba. Estamos hablando de Black Hairstreak, que maltrata a su propia madre. ¿Supongo que no la secuestrarías también a ella? —Pyrgus sonrió sin querer y dijo que no con la cabeza—. ¿Qué has hecho con el pájaro? —preguntó Tithonus.

—Lo dejé en libertad en plena naturaleza, pero antes le di de comer.

—Antes le diste de comer —repitió Tithonus mirando a Pyrgus al tiempo que asentía lentamente—. Pyrgus, ¿sabes lo difícil que es atrapar un fénix dorado?

—No.

—Claro que no. Pero sí sabes que lord Hairstreak es un hombre poderoso.

—Eso no significa que tenga derecho a maltratar...

—No me vengas con sermones. —Tithonus lo interrumpió con un susurro—. Da la casualidad de que estoy de acuerdo contigo, pero eso no importa. Lo que importa es que Hairstreak pertenece a una familia noble...

—¡Es un elfo de la noche!

—Es un elfo de la noche perteneciente a la nobleza, y tiene relaciones muy importantes y grandes ambiciones políticas. De hecho, es el representante principal de esa calaña de rebeldes.

—Por cierto, ¿cómo está Comma? —se interesó Pyrgus en tono irónico—. Ya que hablamos de rebeldes.

—No intentes distraerme, por favor —repuso Tithonus, muy serio—, y menos de esa manera tan poco considerada. Comma es Comma. Tu hermanastro no tiene ninguna enfermedad terminal, que yo sepa, y lo demás no me importa. Estamos hablando de Hairstreak. No deberías haberle robado el pájaro, porque ahora intentará hacerte daño por todos los medios.

—Puedo defenderme solo —afirmó Pyrgus con gran seguridad.

—No me cabe duda de que es eso lo que le vas a decir a Su Majestad Imperial —se quejó Tithonus—. Pyrgus, creo que ha llegado la hora de que te des cuenta de quién eres, porque no eres un joven soldado aventurero, ni el hijo de un mercader o de un artesano, por mucho que te guste disfrazarte. Eres Su Alteza el príncipe heredero, lo que conlleva ciertas responsabilidades, aunque ya no vivas en palacio.

—Es un asunto grave, ¿verdad?

—Sí —asintió Tithonus—. Este enfrentamiento entre lord Hairstreak y tú ha interrumpido unas negociaciones políticas muy delicadas. Tal vez la mayoría de la gente no reconozca al príncipe heredero si va desprovisto de sus ropas de gala, pero los hombres de lord Hairstreak no tienen problemas de ese tipo. Casi al instante de que hubiera sucedido, Hairstreak tenía un informe completo. Quizá no tratase muy bien a su fénix, pero sabe lo que vale. De modo que va a ser difícil satisfacer sus exigencias, y mientras tanto sus hombres te buscan. Dadas las circunstancias, tiene derecho a arrestarte si te encuentra, a arrestarte y a retenerte. ¿Te imaginas el



escándalo que se desataría? El príncipe heredero en poder de un elfo de la noche. Es impensable. Tu padre está muy, pero que muy enfadado.

Pyrgus sintió que se le encogía el corazón, como siempre que hablaban de su padre.

—¿Qué piensa hacer conmigo? —preguntó.

—Prefiero que te lo diga él en persona —respondió Tithonus—. Además, tengo instrucciones muy claras sobre esa cuestión. Pero puedo darte un consejo: no pierdas los estribos con tu padre, como haces siempre.

\* \* \*

Pero Pyrgus perdió los nervios con su padre.

—¡No me marché por las malas! —gritó, furioso—. ¡No he huido de mis responsabilidades! ¡No he abandonado a mi hermana, como si ella necesitara que yo la cuidase! ¡Tú me has obligado a marchar! ¡Me resulta inconcebible que sigas cazando animales y que tengas un zoológico! ¡Y tampoco entiendo que te aferres a costumbres medievales...!

—Por lo visto, te importan más los animales que las personas —repuso el emperador fríamente—. Pero no se trata de los animales, Pyrgus, por mucho que tú te empeñes. Se trata del futuro del imperio.

—¡Oh, no seas tan melodramático! —se burló Pyrgus adoptando el tono de voz que más enfurecía a su padre.

Estaban en el invernadero, detrás del salón del trono, envueltos en el aroma embriagador de las orquídeas. El Emperador Púrpura no era alto, pero sí robusto, y Pyrgus se le parecía en esa característica. En la cabeza llevaba rasurada la parte que correspondía a la tonsura pontifical, puesto que, como emperador, era el supremo representante de la iglesia de la Luz, y vestía una camisa desabrochada que dejaba al descubierto las mariposas de sus tatuajes oficiales. Daba la impresión de que las mariposas revoloteaban mientras el emperador se esforzaba en controlar su indignación.

Por una vez consiguió dominarse mejor que Pyrgus, de modo que su voz sonaba casi tranquila cuando afirmó:

—Esto no es un melodrama, Pyrgus. Es la vida real; tu vida y la mía. Supongo que Tithonus te ha recordado quién eres.

—Supongo que tú se lo ordenaste.

—Sí, lo hice. Sé que estás más dispuesto a escucharlo a él que a mí. Confiaba en que Tithonus conseguiría que tuvieses un talante razonable antes de venir a hablar conmigo, pero ya veo que era demasiado esperar. Pyrgus...

—¿Sabías que hay una fábrica en Seething Lane que hace pegamento con gatos?

—le preguntó Pyrgus, enfadado—. ¿Sabías que hay elfos de la noche que invocan a los demonios más importantes? ¿Sabías que uno de ellos ha estado a punto de matarme? ¿Sabías que Black Hairstreak entra en la jaula del fénix tres veces a la semana y que...?

—Todo el mundo sabe que el comportamiento de los elfos de la noche deja mucho que desear, pero...

—¿Mucho que desear? —repitió Pyrgus—. ¿Mucho que desear? Padre, ¡tú haces negociaciones con esa gente! ¡Los tratas como iguales!

—Los trato como súbditos del imperio que son, te guste o no te guste. Son problemáticos, es cierto...

—¿Problemáticos? —estalló Pyrgus—. ¡Quieren acabar con todo lo que nosotros representamos!

—Sí, en efecto —reconoció su padre—. Claro que sí. Y por eso tenemos que manejar las cosas con especial cuidado. He negociado con los líderes de la noche, incluyendo a lord Hairstreak, durante meses. Y esas negociaciones están en un punto crítico. ¡Lo que menos me conviene en este momento es que el idiota de mi hijo se meta donde no lo llaman y les sirva el triunfo en bandeja!

—¡Mi madre nunca habría aplaudido lo que estás haciendo! —dijo Pyrgus entre dientes.

Su padre se volvió furioso.

—¡No metas a tu madre en esto! No tienes ni idea de lo que ella hubiese querido. ¡Ni siquiera sabes qué sucede! ¡He intentado que te preocupes por la política, pero en lo único que piensas es en ti y en tus malditos animales! ¡Oh, eres muy sensible, Pyrgus, muy sensible con las criaturas pequeñas! Pero, si no llegamos a un acuerdo, no sólo matarán pájaros y criaturas pequeñas sino que... ¡matarán a las personas!

—Esos tipos de la noche ya han matado a algunas personas —repuso Pyrgus utilizando el insulto a propósito.

Su padre lo miró colérico, pero consiguió controlar los nervios.

—¡Basta! —exclamó—. Ya estoy harto. No te he hecho venir para discutir de política ni para explicarte mis decisiones. Soy el emperador y se acabó. Cuando tú llegues al trono, podrás construir refugios para todos los perros y gatos callejeros del reino, pero hasta entonces...

—No quiero...

—¡Cállate! —le gritó su padre—. ¡Escúchame por una vez en tu vida! Estoy hablando de tu futuro, ¡del tuyo! ¿Tendrás la amabilidad de escucharme?

Pyrgus lo miró con expresión huraña, pero se calló.

Su padre clavó los ojos en las manos: había destrozado una preciosa orquídea sin darse cuenta. Tiró al suelo los restos de la flor y volvió la vista hacia Pyrgus.

—Estás en peligro —le dijo en voz baja.

—Blue no sabe lo que...

—Pensé que ibas a escucharme —lo interrumpió su padre.

—Lo siento —se disculpó Pyrgus.

—No es una información de Blue. Sí, ella me ha contado tu aventura con Hairstreak, pero esto procede directamente del Servicio de Espionaje: es algo comprobado y fiable al máximo. Por lo visto, has sido su objetivo desde el mismo momento en que dejaste el palacio. —Alzó la mano para que Pyrgus no volviera a interrumpirlo—. Sé que has mantenido tu identidad en secreto y que has vivido como... —contempló la ropa de Pyrgus con una expresión de profundo disgusto— una especie de cantor de baladas. Afortunadamente, tu cara no es muy conocida, pero no somos los únicos que tenemos espías. Sería ingenuo pensar que nuestros amigos de la noche no lo saben todo sobre nuestras... diferencias. Y aún sería más ingenuo pensar que no sabían que te habías marchado, porque nuestro servicio de información asegura que te han perseguido de forma sistemática. El plan consistía, mejor dicho, consiste, en secuestrarte y exigir un rescate por ti. No en dinero, por supuesto, sino para que yo ceda a sus exigencias políticas. Tu aventurilla con el fénix de Hairstreak...

—Padre... —empezó Pyrgus, que por primera vez se mostraba apenado.

Su padre continuó hablando en voz baja.

—La verdad es que no te culpo —reconoció, y dio un suspiro—. Ese hombre es un reptil. Trata a todos de mala manera: a los criados, a los animales, a sus seguidores... Nada tiene importancia. Es lógico que, a tu edad, hicieras exactamente lo que has hecho. Pero lo cierto es que les has servido tu cabeza en bandeja. Ni siquiera tienen que secuestrarte; Hairstreak puede retenerte legalmente. Y si crees que trataba mal a su fénix dorado... —El emperador hizo una pausa antes de continuar—: Él sabe que yo estoy al corriente, y lo utilizará para lograr concesiones.

—Pero también deben de saber que jamás me antepondrías al bienestar del imperio —protestó Pyrgus.

—Claro que lo haría, porque te quiero —afirmó su padre.

\* \* \*

Caminaron juntos por el amplio corredor que era el eje principal del palacio. Por primera vez en su vida, Pyrgus se fijó en que la alfombra de color granate que pisaban estaba un poco raída en algunas partes.

—¿Qué...? —Dudó. Había estado a punto de preguntar: «¿Qué vas a hacer conmigo?», pero en vez de eso dijo—: ¿Qué quieres que haga?

Los sirvientes se inclinaban a su paso, como las olas en la playa.

—Quiero que te mantengas alejado durante un tiempo —respondió su padre.

—Entiendo —afirmó Pyrgus.

Se dirigieron a los aposentos privados. El inalterable silencio que allí reinaba significaba que podían hablar a sus anchas, sin miedo a que los oyesen.

—No hay ningún lugar seguro para ti dentro del imperio —aseguró el padre de Pyrgus. El muchacho no dijo nada—. Así que he tomado medidas para trasladarte —continuó.

—¿Al Mundo Análogo? —Pyrgus ya lo había sospechado.

El emperador asintió.

—Naturalmente, no irás solo. Tithonus es demasiado viejo, pero Lulworth y Ringlet irán contigo como sirvientes y guardaespaldas. Blue también quería ir, pero le he dicho que no venía a cuento. Confío en que estés tranquilo, pues hemos localizado una remota isla del Pacífico completamente deshabitada. El clima es bueno y hay frutas exóticas, aunque tendrás provisiones de nuestros almacenes, por supuesto. —Sonrió lánguidamente—. Está en plena naturaleza, así que te sentirás mejor que en casa. Regresarás cuando concluyan las negociaciones que, como mucho, se alargarán un mes. Puedes considerarlo unas pequeñas vacaciones.

—¿Cuándo me voy? —preguntó Pyrgus tras unos instantes.

—Lulworth y Ringlet ya se han trasladado y te esperan en la isla —respondió su padre poniéndole una mano sobre el hombro—. El portal se encuentra en la capilla. Me gustaría que te fueras inmediatamente.

—¿Durante un mes?

El emperador asintió, y Pyrgus suspiró profundamente.

—No te enfades, pero tengo que hacer una cosa... —Su padre lo miró expectante, y Pyrgus tragó saliva—: Hay una fábrica...

El emperador asintió de nuevo.

—Chalkhill y Brimstone. Me preguntaba cuánto tardarías en descubrirla.

Pyrgus sintió que la furia lo dominaba otra vez, aunque en esa ocasión no iba dirigida contra su padre.

—¡Matan animales! ¡Matan...!

—Lo sabemos y estamos intentando hacer algo al respecto —lo interrumpió su padre levantando una mano—. El problema es que lo que hacen no va contra la ley. Durante generaciones se han sacrificado animales para elaborar pegamento.

—Pero...

—Sí, lo sé. En este caso hay sacrificios humanos. La cuestión está en demostrarlo.

—¡Yo puedo demostrarlo! —exclamó Pyrgus—. ¡Lo he visto! ¡He visto lo que pasa!

—Me temo que es tu palabra contra la de ellos. Pero no te preocupes, haremos algo. Mis juristas se están empleando a fondo para encontrar la manera de clausurar

la fábrica. Es la única solución posible. Sé cómo te sientes, Pyrgus, pero tienes que dejar este asunto en mis manos. ¿Confías en mí?

—Sí, claro —respondió Pyrgus en voz baja.

Le parecía que se había hecho mucho mayor desde que había empezado el día.

\* \* \*

Su hermana Blue y su hermanastro Comma se hallaban en la capilla. Blue se lanzó a los brazos de su hermano.

—¡Creí que ese asqueroso de Hairstreak te había matado! ¡Durante tres días no he sabido nada de ti!

Pyrgus la apartó con delicadeza.

—Hairstreak no me ha puesto la mano encima. Ha sido otra persona la que ha estado a punto de matarme.

Nada más terminar la frase, se arrepintió de haberla dicho.

Afortunadamente, su padre no lo había oído: estaba enfrascado en plena conversación con el sacerdote especializado en el funcionamiento del portal. Pero Blue se dio cuenta al momento.

—¿Quién ha estado a punto de matarte? —preguntó, muy enfadada—. Si no quieres decírselo a nuestro padre, yo puedo encargarme del asunto, ya lo sabes.

Pyrgus no dudaba que su hermana pudiese hacerlo. No era la primera vez que se preguntaba cómo sería su hermana pequeña cuando creciese porque, para la edad que tenía, era una de las personas más increíbles que conocía. Hasta Tithonus la trataba con respeto.

—No es nada, Blue, sólo una broma. —Pyrgus hizo un gesto negativo con la cabeza.

Blue lo miró con desconfianza, y el muchacho comprendió que, en cuanto se fuese, su hermana empezaría a hacer sondeos para saber dónde había estado y qué había hecho antes de que lo encontrasen los guardias de su padre. En ese momento, intervino Comma:

—A nuestro hermano le gustan las bromas, Blue, ¿no es así, hermano? —preguntó con una maliciosa y retorcida sonrisa—. Pero ahora es mejor que lo dejemos emprender su viaje. Cuanto antes se vaya, antes estará a salvo...

Los ojos de Comma lanzaron destellos como los dientes de Jasper Chalkhill.

El portal se había instalado entre las columnas próximas al altar, como si fuera una impetuosa hoguera azul. Si Pyrgus no hubiera estado bien enterado, no habría creído posible sobrevivir después de introducirse en ella. Pero, a pesar de las apariencias, allí no había llamas. Si las había en algún lugar (y los filósofos no estaban muy seguros de ello), tendrían que estar entre ambos mundos. Y por lo tanto,

no eran más que una separación visible, una línea demarcadora que indicaba el tránsito de una dimensión a otra. El verdadero poder del portal estaba en la capacidad de aumento que tenían unas máquinas, terriblemente caras, que distorsionaban el espacio y el tiempo en aquel lugar concreto. En el imperio de los elfos todo el mundo sabía que existía esa tecnología, pues había alimentado las leyendas durante siglos, pero sólo la familia imperial podía permitírsela. Y así, el Mundo Análogo, al que conducía el portal, era la última vía de escape para la realeza en peligro. Nadie podía encontrarlos allí.

Cuando el emperador se reunió con sus hijos, escuchó la última observación.

—Comma tiene razón —dijo—. Cuanto antes te vayas, antes sabré que estás a salvo. ¿Te has vacunado?

Un sacerdote médico apareció con una aguja hipodérmica.

—Estamos preparados, Majestad.

Pyrgus se remangó y apartó la vista para no ver cómo la aguja le penetraba en la piel. Sintió un leve pinchazo, pero la sensación desapareció enseguida.

—¿Estás listo para marchar? —le preguntó su padre.

—Creo que sí.

—No hace falta que lleves nada —le aseguró su padre—. Hemos equipado la isla con las cosas que te gustan, y Lulworth y Ringlet lo tendrán todo dispuesto y estarán esperándote.

—Gracias, padre.

Blue abrazó a Pyrgus y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Te voy a echar mucho de menos —susurró—. Cuídate.

Pyrgus esbozó una sonrisa y respondió a su hermana con un beso menos efusivo.

—¿No vas a darle un beso a tu hermano pequeño? —preguntó Comma—. Tal vez pase mucho tiempo antes de que volvamos a vernos.

Pyrgus, sin hacerle caso, entró en el portal.

Al principio, Henry Atherton se quedó boquiabierto y parpadeó como un loco mientras intentaba distinguir lo que tenía delante. *Hodge* había cazado una mariposa, sí, pero lo que él veía no era una mariposa, sino una figurita con alas, y éstas parecían las de una mariposa, pero la figura...

Henry hizo un gesto de incredulidad. ¡Era un elfo!

El problema era que no creía en los elfos ni conocía a nadie que creyese en ellos. «Excepto el señor Fogarty», le dijo una voz en su interior. ¡El señor Fogarty creía en los elfos! Sin saber por qué Henry se detuvo en seco. El señor Fogarty creía en los elfos, y también en los fantasmas y en los platillos volantes, y según él, el mundo estaba dominado por una conspiración secreta de banqueros, con sede en Zúrich, la ciudad suiza. Pero que este señor creyera en algo no significaba que existía en realidad.

Sin embargo, lo que veía Henry era un elfo. En un momento de insensatez, se preguntó si podía haberlo inventado el señor Fogarty, pero enseguida reaccionó.

—¡*Hodge*, idiota! —gritó.

Henry se abalanzó sobre el gato y lo agarró por el cogote, como hacen las gatas con sus crías. *Hodge* gruñó, enfadado, y soltó al... soltó al... *Hodge* soltó lo que tenía en la boca. Entonces Henry dejó en libertad al gato, que miró al chico con resentimiento y se alejó, muy ofendido, uno o dos metros para luego detenerse y sentarse. Henry puso las manos en forma de cuenco y sostuvo al elfo en ellas con mucho cuidado para no aplastarle las alas.

Mientras *Hodge* se lamía para recuperar su dignidad, Henry abrió las manos cautelosamente para echar otro vistazo a la criatura, que parecía aturdida: tenía la cabeza inclinada hacia un lado, quizá porque el gato le había hincado el diente. En uno de los hombros del elfo había algo similar a sangre, pero no estaba seguro.

Henry hizo un esfuerzo por examinar lo que tenía en las manos; le resultaba muy difícil. Se podía decir que era un hombrecillo con alas. Bueno, en realidad, un niño. Sin embargo, no se trataba exactamente de un niño, pues aparentaba la misma edad que el propio Henry, sino de un muchacho minúsculo. Iba vestido con una chaqueta y unos pantalones de cierto color verde oscuro, aunque no se distinguía bien. Las alas eran de color pardo con manchas, como las de una mariposa ajedrezada.

—¿Quién eres? —le preguntó Henry haciendo un esfuerzo por tragar saliva.

El elfo (tenía que ser un elfo) se tapó los oídos e intentó escaparse de las manos de Henry, que se apresuró a cruzar los pulgares para impedirselo. Luego abrió una pequeña rendija y volvió a preguntar, en tono más bajo:

—¿Quién eres?

De pronto, se le ocurrió que daba por supuestas demasiadas cosas. En los libros

de cuentos, los elfos hablaban, pero ¿qué ocurría en la vida real?, ¿qué diablos era un elfo? Parecía una persona pequeñita, pero como no estaba claro que fuese humano, podía tratarse de una especie de animal. Le resultaba extraño pensar en los elfos como animales (o como insectos, aunque se le metió la idea en la cabeza porque los elfos tenían alas como esos bichos), aunque tal vez lo fuesen. Ni más ni menos que criaturitas tontas. Criaturitas tontas y muy raras...

¿Y si no lo eran, por qué iban a hablar el mismo idioma?

El hueco que formaban las manos de Henry estaba muy oscuro, pero a él le dio la impresión de que la boca del elfo se movía. No oyó ningún sonido. Entonces decidió dar por supuesto que hablaría su mismo idioma, y le dijo con mucha suavidad:

—No voy a hacerte daño. Te he salvado del gato. —Tuvo una inspiración repentina y añadió—: Mueve la cabeza si me entiendes.

La cabeza del elfo asomó entre las manos de Henry y se movió afirmativamente.

—¿Me prometes que no saldrás volando si abro las manos?

El elfo volvió a asentir con entusiasmo. Henry empezó a abrir las manos, y el elfo intentó escurrirse otra vez. Así que Henry las cerró de golpe.

—¡Oh, no, de ninguna manera! —Entró con el elfo en el cobertizo y echó un vistazo hasta que encontró un tarro de mermelada vacío. Metió a la criatura en el tarro con mucho cuidado y cubrió la abertura con la mano mientras cerraba la tapa. Tras enroscarla bien, levantó el tarro para observar qué ocurría. El elfo se agarraba la garganta y se retorció, como si se estuviese ahogando—. ¡Ah, muy bien! —exclamó Henry—. No te acerques.

Henry no tenía intención de aflojar la tapa, pero hizo unos cuantos agujeros en ella con su navaja para que entrase el aire. El elfo lo observó y se mantuvo bien alejado. Resultaba obvio que no se trataba de un animal tonto.

Y después ¿qué? ¿Qué hacía la gente cuando capturaba a un elfo?

A Henry se le ocurrió una idea, pero la descartó. Sin embargo, la idea persistía y, tras unos momentos en los que se sintió absolutamente idiota, le preguntó muy bajito:

—¿Puedes conceder tres deseos? —El elfo hizo bocina con la mano en la oreja, y Henry se humedeció los labios con la lengua—: ¿Puedes conceder tres deseos? —preguntó de nuevo, en voz más alta.

El elfo asintió vigorosamente, y luego le indicó con gestos que desenroscase la tapa.

—¡Ni hablar! —exclamó Henry, rotundo.

Tenía la impresión de que lo estaban presionando. Sólo los niños pequeños creían en los tres deseos. Del mismo modo que sólo los niños pequeños creían en los elfos. Se rascó la cabeza. ¿Qué podía hacer?

Tal vez el señor Fogarty lo supiera, puesto que tenía una gran ventaja sobre Henry: creía de verdad en la existencia de esos seres. Seguramente los había



estudiado. A lo mejor nunca había visto ninguno, pero como había leído muchos libros sobre los elfos, quizás en alguno decía qué hay que hacer si te encuentras uno de ellos. Cuanto más lo pensaba Henry, más sensato le parecía enseñarle aquella criatura al señor Fogarty. Antes de arrepentirse, tomó el tarro y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

Encontró al señor Fogarty en la cocina, preparando una taza de café instantáneo.

—¿Has terminado?

Henry dijo que no con la cabeza.

—La verdad es que aún no he empezado.

—¿Quieres un café?

—No. Yo...

—Estupendo —dijo el señor Fogarty—, porque éste es el último. Lo he puesto en la lista del supermercado para mañana. Un bote grande de porquería instantánea con aditivos tóxicos. ¿Tiendas de comestibles? Deberían clausurarlas.

Henry no quería entrar en ese tema, así que se limitó a decir:

—¿Puedo enseñarle algo, señor Fogarty?

De repente, Fogarty adoptó una actitud suspicaz por algún extraño motivo.

—¿Has encontrado algo en el cobertizo?

—No, no exactamente en el cobertizo. En realidad estaba fuera.

El tarro se le atascó en el bolsillo cuando quiso sacarlo, pero al fin lo consiguió.

Fogarty se inclinó con el entrecejo fruncido, y miró a través de sus gafas llenas de manchas.

—¿Es un juguete de niños? —El elfo se movió—. ¡Válgame Dios! —exclamó Fogarty, sobresaltado, y luego sonrió—. ¡Es genial! Durante un minuto me ha engañado. ¿Cómo funciona, por control remoto?

—Es un elfo —respondió Henry.

\* \* \*

Se sentaron uno enfrente del otro, y pusieron el tarro con el elfo dentro, sobre la mesa de la cocina entre ambos.

—¿Crees que sabe hablar?

—Mueve los labios, pero no oigo nada —repuso Henry.

—Tal vez sea por el tono —explicó Fogarty—. Una criatura así tendrá unas cuerdas vocales pequeñísimas, y los sonidos que emite deben de ser muy agudos, como los de los murciélagos. ¿Tú oyes a los murciélagos?

—¿Cuándo gritan? —preguntó Henry—. Sí, claro.

—Cuando seas viejo no podrás porque el sentido del oído se va perdiendo. Hace cincuenta años que no oigo a un murciélago. —Volvió a mirar al elfo—. También

podría ser cosa del volumen, pues no parece que tenga mucha capacidad pulmonar.

—A mí me oye —saltó Henry—, y también me entiende.

—¡Oh, entiende de maravilla! Todo el mundo dice que estos holgazanes son inteligentes, y también peligrosos.

—¿Cómo va a ser peligroso algo de ese tamaño? —preguntó Henry, ceñudo.

—Astucia animal —respondió Fogarty muy serio—. Ellos te llevan al país de los elfos y luego se apoderan de ti.

No era posible que se estuviera refiriendo a lo que Henry pensaba.

—¿Como si fuera magia... o algo así?

—Es que son muchos... —se burló Fogarty—. Algunos tienen agujijones venenosos, como las abejas africanas.

—¿Usted cree de verdad en la existencia del país de los elfos? —se interesó Henry—. Una especie de lugar mágico...

—¿Por qué insistes en lo de la magia? —le preguntó Fogarty agriamente—. Estoy hablando de otra realidad. ¿No te enseñan física en el colegio?

—La verdad es que...

Pero Fogarty no lo escuchaba.

—Einstein, ¿sabes quién era Einstein? —Henry asintió—. Einstein calculó que había casi un billón de universos paralelos al nuestro. Los tipos que estudiaron la teoría cuántica dicen lo mismo; bueno, algunos de ellos. ¿No has oído hablar de la teoría de Hoyle sobre las esposas diferentes? Verás: todas las mañanas uno se despierta junto a una esposa distinta porque se ha trasladado a un nuevo universo, aunque no se da cuenta, pues en ese nuevo universo también tiene recuerdos diferentes. —Se fijó en la expresión de Henry y añadió—: Bueno, da igual. Quería decir que este personaje viene de un universo paralelo. ¿Hay rastros de ovnis?

Henry dijo que no con la cabeza, desconcertado.

El elfo se había sentado con las piernas cruzadas y los miraba, pero no daba muestras de estar escuchando la conversación.

—Destápalo —indicó Fogarty.

—¿Qué? Y ¿qué ocurrirá si sale volando?

—Y ¿adonde va a ir? Las ventanas están cerradas y la puerta trasera también. Además, si lo intenta le atizo con el matamoscas. —Fogarty sonrió de pronto—. Lo ha oído, ¿verdad? El muy zorrillo lo oye todo. Fíjate en su expresión. Te ganarás el matamoscas, muchacho, como intentes alguna estupidez. ¿Lo entiendes? ¿*Understand?*

El elfo hizo un gesto afirmativo.

—¿No te lo dije? —le comentó Fogarty a Henry—. Destápalo.

Henry desenroscó la tapa de mala gana y la dejó sobre la mesa, junto al tarro. Tras unos instantes, el elfo trepó hasta el borde del frasco y saltó al exterior. Henry se fijó

en que apenas había utilizado las alas. El elfo se posó en la mesa y miró a Fogarty con recelo.

—Y ahora, presta atención —dijo Fogarty—. Creo que deberíamos charlar un poco, jovencito. El problema es que tú me oyes, pero yo no puedo oírte a ti, aunque lo voy a arreglar. Si es cuestión del tono o del volumen, lo solucionaré. No será una maravilla, pero servirá. Y tú puedes aceptarlo por las buenas o por las malas, pero si intentas escabullirte o salir volando o lo que se te ocurra, no llegarás muy lejos. No usaré el matamoscas; era una broma. Eres demasiado valioso. No obstante, puedo atraparte con un cazamariposas en un abrir y cerrar de ojos. Y entonces volverás al tarro. Eso es lo que hay. ¿Serás bueno? —El elfo asintió—. De acuerdo —dijo Fogarty—. No tardaremos mucho.

El elfo se sentó con la espalda apoyada en el frasco de mermelada y observó cómo Fogarty bajaba una vieja caja de zapatos de un estante. La caja estaba llena de cables enredados y de polvorientos aparatos eléctricos, entre los que rebuscó y sacó una serie de cosas que dejó sobre la mesa de la cocina. Henry se fijó en un altavoz pequeñísimo, que había pertenecido a un transistor. El anciano encontró un tubo a medio usar de soldadura instantánea y lo destapó para comprobar su estado.

—Ya nadie utiliza esto —explicó—. Ahora todo se hace con esos malditos microchips y placas de circuito impreso.

Henry observó, fascinado, cómo Fogarty montaba algo en el extremo del altavoz. Sus viejas manos estaban salpicadas de manchas debido a la edad, pero eran increíblemente hábiles, como si el anciano estuviese acostumbrado a los mecanismos complicados. Al cabo de un rato, el elfo se levantó y se acercó a Fogarty para pasarle las cosas que necesitaba. Por lo visto, la diminuta criatura sabía instintivamente cómo funcionaba el aparato.

Cuando colocó la última pieza, Fogarty le dijo a Henry:

—Mira si hay una pila en el cajón que está debajo del fregadero. Una pequeña y cuadrada, de nueve voltios.

Lo que había en el cajón eran cuerdas, pero Henry encontró al fin la pila en el fondo.

—¿Es ésta?

Fogarty estaba dando los toques finales y apenas la miró.

—Sí, es ésa. —Alcanzó la pila que le daba Henry y conectó los cables a los bornes—. Habla a través de esto —le dijo al elfo señalando un pequeño micrófono más grande que la cabeza de la criatura.

El elfo se agachó ante el micrófono, miró primero a Fogarty y luego a Henry; sus labios se movieron y el altavoz emitió una vocecita:

—Fuiste muy duro con el gato.

—¡El gato quería comerte! —protestó Henry, perplejo—. Creía que eras una

mariposa.

De todas formas, Henry esbozó una sonrisa. También a él le gustaban los gatos, incluso los grandullones como *Hodge*.

—Podía mantenerlo a raya —dijo la vocecita.

—El gato es lo de menos —interrumpió Fogarty—. Tenemos cosas más interesantes de que hablar. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—Naturalmente.

—¿Así que comprendes nuestro idioma?

—Sí, si es el que estás hablando.

—Pues claro que sí. ¿Dónde lo has estudiado?

—No me hizo falta —respondió el elfo.

—Entonces, ¿es tu lengua nativa? —preguntó Fogarty frunciendo el entrecejo.

—Yo no diría tanto —comentó el elfo.

—¿Intentas pasarte de listo conmigo? —le espetó Fogarty.

El elfo le lanzó una mirada digna de una esfinge.

—No sé a qué viene todo esto del idioma. Tú me entiendes, y yo te entiendo. Necesito ayuda.

—No vamos a hablar de espionaje, no, sino que...

—¿Qué tipo de ayuda? —interrumpió Henry.

Tal vez el elfo podría hacer algo en agradecimiento. Seguía pensando en sus padres y en el tema de los tres deseos. Pero no podía pedirlos delante del señor Fogarty, ni tampoco hablar de sus padres.

—Para regresar al lugar de donde procedo.

—¿Algo así como... el país de los elfos?

—Sí, si así lo llamáis.

—¿Y tú cómo lo llamas? —le preguntó Fogarty en tono agresivo.

—No le doy un nombre especial —contestó el elfo encogiéndose de hombros—. El reino, tal vez. O el mundo.

—Pero ¿no es este mundo?

—Es una especie de dimensión paralela, ¿verdad?

—Sí.

—Te lo dije. Estamos ante un extraterrestre —afirmó Fogarty mirando a Henry.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Henry.

—Pyrgus —respondió el elfo—. Pyrgus Malvae.

\* \* \*

El señor Fogarty volvió a insistir en el asunto del idioma, con el que parecía dispuesto a jugar como si fuera un hueso. Pyrgus, el elfo, lanzó un suspiro que se

oyó a través del altavoz.

—Bueno —empezó—, yo no entiendo mucho de física, pero Tithonus me explicó...

—¿Quién es Tithonus? ¿Vuestro líder?

—Fue mi profesor cuando yo era niño. Él me explicó que este mundo es análogo al mío. O el mío es análogo a éste. O los dos son análogos entre sí; viene a ser lo mismo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Henry—. ¿Análogos entre sí?

—Quiere decir que están relacionados —respondió Pyrgus—. Según Tithonus, es como un sueño, aunque sin abandonar el cuerpo. El mundo de los sueños puede ser muy raro, pero siempre se habla el mismo idioma, ¿verdad?

Henry no entendió nada, pero el señor Fogarty se mostró satisfecho.

—¿Así que has viajado hasta aquí desde ese otro mundo?

—No es exactamente un viaje —precisó Pyrgus—. Nosotros lo llamamos «traslado». En realidad no se va a ningún sitio, sino que se entra en otra existencia. Pero parece como si uno fuera a algún lugar —añadió para que quedase claro.

—Hace siglos que los tuyos se trasladan aquí, ¿no es así? —preguntó Fogarty de pasada.

—Algunos —respondió Pyrgus.

Su voz sonó recelosa a través del altavoz.

—¿Quieres decir que no todo el mundo puede hacerlo? —inquirió Henry.

—Algo así. —Aunque Pyrgus cambió de postura, el micrófono recogía su voz perfectamente—. En fin, no sé quiénes sois...

—Yo soy Henry Atherton —anunció Henry enseguida.

Le gustaba Pyrgus. Aquel hombrecillo era de lo más divertido.

Pyrgus no le hizo caso.

—... Y no voy a contestar a más preguntas hasta que prometáis que me ayudaréis a regresar.

—¿No puedes volver a tu propio mundo? —le preguntó Fogarty.

Pyrgus no respondió.

—¿Cómo vamos a ayudarte si no contestas a las preguntas?

Pyrgus se dedicó a contemplar el techo con los brazos cruzados, y Fogarty cedió.

—Muy bien, de acuerdo, te ayudaremos. Pero nadie da nada por nada.

—¿Qué queréis, los tres deseos?

—Ya discutiremos eso más tarde —refunfuñó Fogarty—. Pero que sepas que a nadie le regalan nada.

—¿Y cómo sé que puedo fiarme de vosotros? —le preguntó Pyrgus con desconfianza.

—¿Hay alguien más por aquí que esté dispuesto a ayudarte? —Pyrgus le lanzó

una mirada de odio—. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Pyrgus continuó fulminándolo con la mirada durante un rato, hasta que murmuró algo que sonó como:

—No puede ser peor que Brimstone. —Y en voz más alta añadió—: Vale, haremos un trato. Vosotros me ayudáis y yo os enviaré oro cuando regrese.

—¡Ja!

—Bueno, ¿qué quieres entonces? —le preguntó Pyrgus de mal humor—. ¿Cuánto oro crees que puedo transportar con este tamaño que tengo?

Había algo en el tono en que lo dijo que impulsó a Henry a preguntarle:

—¿No has tenido siempre este tamaño?

Pyrgus hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ni tampoco estas estúpidas alas.

—Creo que es mejor que nos cuentes qué ha sucedido —dijo Fogarty.

\* \* \*

Una vez que Pyrgus empezó el relato, parecía que no podía parar. Había detalles que no tenían sentido y datos que pasó por alto, pero aun así la historia era fascinante.

—Los elfos de la luz descubrieron el Mundo Análogo hace unos cinco mil años, cuando tres familias de mercaderes de semillas naufragaron en una remota isla volcánica del país de los elfos. Era un lugar árido, y habrían muerto de hambre si no hubiera sido porque una de las niñas encontró algo muy extraño: dos columnas de basalto que ardían violentamente sin despedir calor. La niña, que se llamaba Arana, pasó entre las columnas y fue a parar a un lugar distinto al resto de la isla: no era árido, sino que estaba lleno de vegetación, había agua en abundancia y lo poblaba una verdadera jungla de plantas y de flores enormes. Pero lo más emocionante fue que la niña se había convertido en una criatura con alas, y podía volar de flor en flor.

»Arana jugó un buen rato en aquel mundo deslumbrante, hasta que empezó a echar de menos a su familia y, tras armarse de valor, atravesó las ardientes columnas otra vez. Regresó entonces a la isla desierta, y sus alas desaparecieron.

»Al contar a su familia lo que había sucedido, no la creyeron, pero ella convenció a su hermano mayor, Landsman, para que la acompañase a ver las columnas que ardían. Antes de que Landsman pudiese impedirlo, Arana se metió entre las llamas. Landsman se lanzó a rescatarla y ambos se convirtieron en criaturas aladas que volaban por el bosque. Landsman tenía edad suficiente para darse cuenta de que no lo rodeaban flores y plantas gigantes, sino que era él quien había encogido de tamaño. Cuando él y su hermana volvieron a cruzar entre las columnas, perdieron las alas y recuperaron su tamaño normal.

»El descubrimiento del portal salvó a los naufragos porque en la isla desierta no

había alimentos, pero en el mundo que estaba más allá de las columnas sí. Como eran mercaderes de semillas, sabían mucho de plantas e incluso dieron a conocer unas cuantas especies nuevas procedentes del reino de los elfos, al utilizar las semillas que habían conseguido rescatar del naufragio.

—¿Cuáles? —preguntó Fogarty.

—Las campánulas... las dedaleras... Casi todas las flores con campanillas proceden de mi reino.

»En los primeros meses, Landsman atravesó las columnas varias veces con la esperanza de encontrar un barco que los rescatase, pero, a medida que pasaba el tiempo, fue espaciando sus desplazamientos. Al final dejó un relato escrito sobre su experiencia en un lugar de la isla, que estaba a salvo del mal tiempo, y dibujó un gran letrero en una roca próxima a las columnas, en el que explicaba dónde se encontraba el relato. Landsman esperaba que si alguien desembarcaba en la isla, encontraría la narración e iría a buscar a su familia al Mundo Análogo para llevarlos de regreso a casa.

»Pero no apareció nadie. Al principio, Landsman actualizaba aquella especie de diario cada seis meses, luego lo hizo cada año, y por último dejó pasar varios años, hasta que dejó de actualizarlo. Por aquel entonces, era ya un hombre de mediana edad, y la pequeña Arana, una mujer madura. Los miembros más jóvenes de las familias se casaron entre sí y alumbraron criaturas aladas al otro lado de las columnas. Las nuevas generaciones no habían conocido el reino de los elfos (salvo una pequeña parcela de isla desierta) y tampoco les interesaba gran cosa. Su hogar estaba entre las plantas y las flores del Mundo Análogo.

«Pasaron casi cuatrocientos años sin que nadie desembarcase en aquella isla perdida, hasta que al fin recaló en ella un mago llamado Arión, que tenía problemas con el motor de su barca de pesca.

—¿Hay magos en el reino de los elfos? —preguntó Henry con ansia.

—Sólo son personas que ponen las cosas en funcionamiento —respondió Pyrgus mirando asombrado a Henry—. Como hace el señor Fogarty.

—Continúa —refunfuñó el señor Fogarty.

—Arión encontró el letrero en la roca, borroso pero aún legible. Siguió las instrucciones y dio con el diario de Landsman, que se conservaba bastante bien. Pero, por más que buscó, no encontró las columnas de basalto entre las que ardía el fuego ni ningún rastro del naufragio. Llegó a la conclusión de que el diario era una falsedad, pero como se trataba de una falsedad centenaria, tenía valor como algo curioso, así que donó el documento a la biblioteca del gremio de los magos.

—¿Tenéis un gremio de magos? —interrumpió Henry, pero Fogarty lo hizo callar.

—El diario de Landsman pasó desapercibido durante más de sesenta años, hasta que lo encontró un noble aventurero que se llamaba Urticae. —Pyrgus dijo que éste

era un elfo de la noche, sin explicar en qué consistía.

—¿Tenéis nobles?

—¡Cállate, Henry! —gruñó Fogarty.

—Como no tenía nada mejor que hacer, Urticae se dedicó a buscar la isla. Tampoco logró encontrar las columnas de basalto, pero halló rastros de un antiguo terremoto que tal vez las había derribado. No tardó mucho en convencerse de que el portal había existido realmente, y se dio cuenta de que el acceso a otro reino suponía muchas ventajas políticas y militares. También estaba convencido de que el portal debía de haber tenido algo que ver con las condiciones naturales de la isla. Ante el asombro de su familia y de sus amigos, se pasó los tres años siguientes visitando volcanes en activo, con la esperanza de encontrar otro portal. La víspera del día en que cumplía treinta y tres años, lo encontró.

»El nuevo portal, el segundo que se descubría en el reino de los elfos, se hallaba en las propiedades de otro noble (aunque nunca había estado allí); era un elfo de la luz que se llamaba Iris. Urticae intentó comprar el lugar, pero Iris empezó a sospechar algo y no se lo vendió. Entonces, la Casa de Urticae atacó a la Casa de Iris, y comenzó un enfrentamiento entre los elfos de la luz y los elfos de la noche que no ha dejado de causar problemas hasta el momento.

»La Casa de Iris ganó la guerra, y después de vencer a las fuerzas de Urticae, Iris se enteró al fin del motivo de tanta agitación. Registró la polémica propiedad hasta que encontró el portal. Aunque en principio no reconoció de qué se trataba, la investigación no tardó en aclararle las cosas. Así descubrió el fundamento del enorme poder y de las abundantes riquezas que llegó a acumular su familia.

—Entonces, ¿sólo queda un portal entre nuestros dos mundos? —preguntó Fogarty inclinándose hacia delante.

Pyrgus negó con la cabeza.

—No, se han descubierto dieciocho en total. Pero no se encuentran abiertos. Algunos están enterrados, como ocurre con el primero. Otros ya no funcionan, y nadie sabe realmente por qué. De vez en cuando aparece alguno nuevo. En este momento se conocen unos cinco, incluyendo el del empe... —Pyrgus se interrumpió, y a continuación dijo—: Incluyendo el que Urticae perdió contra Iris.

Los duros y viejos rasgos de Fogarty no expresaban nada, pero en sus ojos brillaba un destello de curiosidad.

—¿Y cómo es que ése ha durado tanto? —quiso saber—. Según lo que has dicho, debe de tener miles de años.

Pyrgus dudó antes de responder.

—Es que lo han... modificado.

Fogarty esperó que continuase, pero, como no lo hizo, le preguntó:

—¿Modificado en qué sentido?



—El empe... el, bueno, unos magos hicieron un estudio. Te estoy hablando de antes de que yo naciera. ¿Sabes? El portal fue un portal corriente durante siglos hasta que la Casa de Iris fabricó unas máquinas para consolidarlo y cambiar su funcionamiento. Los demás portales conducen a un lugar concreto, pero dos de ellos ni siquiera resultan útiles. Otro se abre bajo el mar, en el fondo de un océano, y el quinto, dentro de un volcán en actividad. Sin embargo, sólo llevan a un lugar y están únicamente en un punto de los dos mundos. Pero el portal de la Casa de Iris se abre donde uno quiere.

—Y ése es el que tú has utilizado, ¿no?

Pyrgus asintió.

—¿Cómo lo sabes?

—Supongo que me habría enterado si hubiera habido un portal precisamente al fondo de mi jardín —respondió Fogarty en tono irónico—. Tiene que ser uno que se abriese a propósito para la ocasión. ¿Y por qué querías venir aquí?

—No quería —dijo Pyrgus dudando antes de hablar—. Lo cierto es que no tenía que haber venido aquí, ni disminuir de tamaño, ni tener alas. En el portal de la Casa de Iris hay un filtro que evita que uno encoja cuando se traslada, pero por lo visto no ha funcionado.

—Me da la impresión de que te han saboteado —dijo Fogarty sorbiendo por la nariz.

—¿Cuántas cosas te has creído? —preguntó el señor Fogarty.

Henry pestañeó porque se lo había creído todo.

—¿Usted piensa que no dice la verdad?

—No absolutamente —respondió Fogarty—. Todo ese rollo de encoger de tamaño y de tener alas...

—¡Pero es pequeño y tiene alas! —exclamó Henry.

—Ya lo sé —repuso Fogarty—. Aunque eso no significa que haya disminuido de estatura ni que le hayan crecido las alas. Tal vez haya sido siempre así.

Se encontraban en la desordenada sala de estar del señor Fogarty, tras dejar al elfo Pyrgus Malvae en la cocina comiendo una patata frita que era casi tan grande como él.

—¿Y para qué iba a contarnos eso si no fuese cierto?

—Para pillarnos desprevenidos —afirmó Fogarty, muy serio—. ¿Acaso hay algo más inocente que un precioso elfo pequeñito con alas de mariposa... y en peligro?

—¿Pillarnos desprevenidos cuándo? —le preguntó Henry.

Fogarty frunció los labios, se inclinó hacia delante y bajó la voz:

—En la invasión de los extraterrestres.

—¿La invasión de los extraterrestres? —repitió Henry—. ¿La invasión de los extraterrestres?

—Bueno, para empezar abandona esa actitud —le ordenó Fogarty de mal humor—. ¿Sabes cuántos norteamericanos fueron abducidos por los extraterrestres el año pasado? ¡Seis millones!

—Señor Fog...

—Y eso sólo en Norteamérica. Imagínate cuántos serán en todo el mundo. Créeme, algo pasa y este suceso puede ser parte del asunto. Ha reconocido que viene de un universo paralelo. ¿Qué crees que significa? ¿Que es un osito de peluche? ¿Te fiarías de él si fuese verde y tuviese tentáculos? ¿O si fuese como aquella cosa que salía del pecho de John Hurt en *Alien*?

Henry no había visto *Alien*, pero se imaginó que lo que salía del pecho de John Hurt debía de ser algo horrible. Abrió la boca para contestar, pero Fogarty estaba lanzado.

—No, no te fiarías, ¿verdad? Estarías en guardia. Piénsalo. Si parecieras un demonio y soltaras baba a chorros, ¿no sería mejor que tomaras la forma de algo mucho más inofensivo? Utilizarías la avanzada tecnología extraterrestre para cambiar de aspecto... Tal vez con un adaptador molecular. ¿Y en qué te transformarías? ¡En un elfo, claro! ¡Un elfo!

—¿Por qué? —preguntó Henry.

Ya había visto al señor Fogarty en aquel estado antes, y la única manera de pararlo era plantarle cara.

—¿Por qué? ¿Cómo que por qué? ¿Por qué un elfo? Porque un elfo resulta familiar... aunque bastante extraño. —El señor Fogarty entrecerró los ojos—. Cualquier niño del planeta ha visto elfos en los libros ilustrados, pero ¿cuántos han visto uno de verdad? A todo el mundo le encantan los elfos; van de puntillas sobre las campánulas, como mosquitas muertas, pero al mismo tiempo hacen una advertencia: «No te metas conmigo si quieres obtener oro cuando se desvanezca el arco iris». Has oído cómo hablaba del oro esa cosa, ¿verdad?

—Eso es cosa de duendes —dijo Henry.

El señor Fogarty detuvo su discurso.

—¿Qué es cosa de duendes?

—Lo del oro al desvanecerse el arco iris. Eso es lo que hacen los duendes irlandeses: prometen oro, pero no lo dan. Los elfos sólo hacen crecer las plantas. —Antes de que el señor Fogarty recuperase el aliento, Henry continuó—: De todos modos, si formase parte de la invasión extraterrestre, ¿para qué iba a contarnos que había disminuido de tamaño?

—¿Cómo?

—¿Por qué iba a decírnoslo? ¿Por qué no se limitó a fingir que era un elfo normal?

—Para darnos pena...

—No necesitaba darnos pena, si pensábamos que era un elfo de verdad —explicó Henry con paciencia—. Lo habríamos querido enseguida. A todo el mundo le cae bien los elfos, como ha dicho usted.

Esperó mientras el señor Fogarty reflexionaba. El viejo podía estar chalado, pero no era estúpido.

—¿Crees que puedo confiar en él? —preguntó por fin el señor Fogarty.

—¡Sí! —respondió Henry, totalmente convencido.

—¿Y crees que nosotros deberíamos ayudarlo?

—Sí —afirmó Henry, aunque menos convencido que antes a causa del «nosotros».

Él quería ayudar a Pyrgus, el elfo. En realidad él quería ayudarlo a toda costa, pero una vocecita le susurraba en su interior que tal vez no pudiese hacer gran cosa. Henry tenía otros problemas en su vida.

—De acuerdo —aceptó Fogarty encogiéndose de hombros—. Vamos allá.

\* \* \*

—Hemos estado discutiendo —dijo Fogarty con energía—, y hemos decidido...

—¿Qué era esa cosa? —interrumpió Pyrgus.

—¿Qué cosa?

—Lo que me habéis dado para comer.

—Una patata frita —respondió Fogarty—. No estaba envenenada, si es eso lo que te preocupa.

—Ni se me ha ocurrido —repuso Pyrgus, sorprendido—. Sabía muy bien.

—Patata frita —repitió Fogarty—, con queso y cebolla.

—¿Nunca las habías probado? —le preguntó Henry.

Pyrgus negó con la cabeza.

—En mi reino no las hay.

—¿En serio? —Henry estaba asombrado. Era incapaz de imaginarse un mundo en el que uno no podía comprar una bolsa de patatas fritas—. ¿Qué tomáis para picar?

—Piñones —respondió Pyrgus—. Le gustan a todo el mundo. Supongo que también las burbujas de humo. Y las hormigas para los golosos. Y las rebanadas de hordio. Y luego está el cuerno del caos, pero eso es algo para el sexo. En Cheapside venden retináculos en el mercado.

—Oye, ese cuerno del caos... —empezó a decir Henry.

—¿No podéis hablar de eso en otra ocasión? —terció Fogarty, mirando primero a Henry y luego a Pyrgus—. Como iba diciendo, hemos estado hablando el joven Henry y yo, y hemos decidido concederte el beneficio de la duda...

—¿Qué duda? —preguntó Pyrgus.

—¿Qué duda? —repitió Henry.

Fogarty no les hizo caso.

—Creemos que tal vez seas quien dices ser, aunque lo cierto es que aún no lo has dicho, ¿verdad? Pero tenemos que hacerte unas cuantas preguntas. —Fogarty esperó y, como Pyrgus no decía nada, continuó—: ¿Dices que no es normal esa forma que has adoptado, ese rollo de los elfos (el tamaño, las alas, la delgadez)? ¿Es algo que os sucede cuando atravesáis un portal?

—A menos que haya un filtro. —Explicó Pyrgus, y añadió en tono irónico—: O que el filtro no funcione.

—Lo que voy a preguntarte ahora es importante —anunció Fogarty—, así que piénsalo bien. En todos los países del mundo, de nuestro mundo, se conocen leyendas sobre los elfos, personajillos como tú, parecidos a los insectos palo con grandes alas. En todos los países.

—¿Y cuál es la pregunta? —quiso saber Pyrgus.

—Cuando el río suena —dijo Fogarty entrecerrando los ojos—. Cuando el río suena... Se refieren a eso, ¿verdad? ¿Pretendes decirme que esas historias sobre los elfos son mera coincidencia? ¿No tienen nada que ver con vosotros?

—No, no pretendo decir tal cosa —respondió Pyrgus, desconcertado.

—Un verdadero enjambre de los tuyos, criaturas extraterrestres que no tienen nada de humanas, debe de estar pululando por los portales, sin filtros de ningún tipo.

—Señor Fogarty... —empezó Henry, que pensaba que ya habían aclarado el asunto de los extraterrestres.

—No estoy diciendo nada de eso —lo interrumpió Pyrgus—. Son pocos los que cruzan las puertas que conducen a vuestro mundo. ¿Por qué iban a hacerlo? Aquí llueve muchísimo. ¿Y a quién le apetece encoger de tamaño y que le salgan alas? ¿Crees que es divertido que lo coman a uno los gatos y que lo pongan en un tarro de mermelada? Sólo hay una puerta con filtro y resulta muy caro ponerla en funcionamiento. Mi pa... Los dueños no paran de quejarse de lo que cuesta, y por eso sólo se utiliza cuando hace mucha, mucha falta. Ahora mismo sólo hay una puerta utilizable que conduce a vuestro mundo. Créeme, no hay nadie pululando por ahí.

Fogarty tenía la misma mirada que *Hodge* cuando estaba a punto de abalanzarse sobre un ratón.

—Entonces, ¿de dónde salen nuestros elfos? —preguntó en tono triunfal.

—Son descendientes de Landsman y de los náufragos que comerciaban con semillas.

—¡Oh! —Fogarty se quedó boquiabierto, pero reaccionó enseguida—. De acuerdo. Respóndeme a esto: ¿cuál es tu aspecto cuando no eres un elfo?

—Guapo —respondió Pyrgus con una sonrisa.

Siguieron así durante un rato. Pyrgus respondía a las preguntas del señor Fogarty y le daba explicaciones convincentes. A la hora de comer, el señor Fogarty ya tenía suficiente confianza en Pyrgus para dejar que saliese de la cocina y para comer juntos en la desordenada salita. Henry había preparado tostadas con alubias, que era lo que solían comer el señor Fogarty y él. A Pyrgus le ofreció una alubia cocida, cortada en pedacitos, y el elfo la comió con las manos como si fuera una sandía. Cuando acabó, se limpió la boca con la manga y le hizo un gesto de aprobación a Henry, con los pulgares hacia arriba. Entonces se sentó en el hombro de Henry, y regresaron a la cocina. Henry se hizo con una silla y Pyrgus voló hasta su micrófono.

—Eso estaba aún más rico que la patata frita. ¿Qué era?

—Alubias cocidas —respondió Henry.

—Eres un cocinero estupendo, Henry —le dijo Pyrgus—. ¿Cómo has hecho esa maravillosa salsa?

—Viene en lata —confesó Henry, avergonzado.

—Mira si hay una cajita en el cajón, Henry. Tenemos que lograr que el micrófono sea portátil —intervino el señor Fogarty, y se levantó—. Déjalo, lo haré yo. Voy a buscar otro micrófono. —Revolvió en el cajón y sacó una lata oxidada en la que se había guardado tabaco allá por 1918—. Esto servirá. Ah... —Fogarty encontró, entre el lío de cables y piezas, un micrófono de cuello más pequeño aún que el que tenían

conectado a los altavoces—. Así será más fácil.

Mientras Henry y Pyrgus lo observaban con curiosidad, el señor Fogarty guardó los fragmentos del altavoz en la lata y sustituyó el diminuto micrófono por el otro, aún más pequeño, extendiendo el cable al mismo tiempo.

—Ya está —dijo cuando hubo acabado—. Más o menos portátil. —Volvió a rebuscar en el cajón y encontró dos gomitas, con las que amarró el micrófono—. Muy bien, joven Pyrgus, ¿crees que puedes llevar algo de este tamaño a la espalda?

Pyrgus examinó el micrófono.

—Supongo que sí —respondió cautelosamente.

Plegó las alas, deslizó los brazos bajo las gomas y se colocó el micrófono como si fuera una mochila. Probó a desplegar las alas otra vez y se sentó con toda comodidad.

—Di algo —le ordenó Fogarty.

Tras unos momentos, Pyrgus dijo:

—¿Qué quieres que diga? —Su voz salía un poco apagada de la lata, pero perfectamente audible.

—Perfecto —comentó Fogarty con energía—. Llévate a Pyrgus y la lata, Henry. ¡Tenemos que hacer investigaciones!

Henry extendió la mano para que Pyrgus pudiese trepar por su brazo hasta el hombro.

—¿Adonde vamos, señor Fogarty?

—Al fondo del jardín —respondió Fogarty—. Antes de que encontremos la manera de enviar de vuelta a este tipo, quiero examinar el lugar donde apareció.

Henry sonrió para sí. Parecía que al fin el señor Fogarty había decidido que Pyrgus no formaba parte de la invasión extraterrestre.

\* \* \*

Salieron juntos de la casa. Pyrgus, sentado en el hombro de Henry, se agarraba a la oreja del chico. El cable del micrófono que llevaba a la espalda colgaba hasta la pequeña lata que Henry había atado a su muñeca.

—Espero que el gato no siga allí —dijo la voccecita de Pyrgus.

—Ya le ajustaré las cuentas con una patada en el trasero —afirmó el señor Fogarty, a quien le gustaba dar a entender que no compartía la ternura de Henry hacia los animales—. Era por aquí, ¿no? —preguntó Fogarty cuando llegaron al cobertizo.

—Junto a la budleya, me parece —comentó Henry.

—En realidad, era un poquito más allá —explicó Pyrgus—. No lo sé con seguridad porque estaba aturdido. Me refiero a que no esperaba acabar aquí ni convertirme en un renacuajo con alas, así que me quedé un poco pasmado. Luego el arbusto me atrajo...

—¿El arbusto de budleya? —le preguntó Fogarty.

—Si es así como lo llamáis... Era ése —señaló Pyrgus.

—¿Qué quieres decir con que te atrajo?

—Era... No sé... Como si me apeteciese tocarlo. Por el olor o algo así. Sentí que ahí estaría seguro.

—Pues es extraño —contestó Fogarty haciendo un gesto dubitativo—. Las budleyas atraen a las mariposas.

Cuando se acercaron al arbusto, Henry se fijó en que había varias mariposas sobre él y las examinó detenidamente por si alguna de ellas resultaba ser un elfo. Pyrgus debió de darse cuenta de lo que Henry estaba haciendo, porque le dijo en voz baja:

—He venido solo.

Henry asintió, pero siguió analizando el resto de las mariposas. Empezaba a comprender lo extraño que resultaba todo aquel asunto. El día anterior no creía en los elfos, pero en aquel momento estaba hablando con uno de ellos, y sabía que había muchos más, generaciones de descendientes de Landsman y de su gente, que tal vez habían olvidado de dónde procedían originariamente. De pronto, se le ocurrió una idea y le preguntó a Pyrgus:

—¿A qué lugar de nuestro mundo llegaron Landsman, Arana y los demás cuando atravesaron el portal de la isla?

—No lo sé —respondió Pyrgus.

—Se distribuyeron por todo el mundo —afirmó Henry—. Por lo tanto, debió de ser un lugar desde el que les resultara fácil dirigirse a otros sitios. Quiero decir que no podía tratarse de otra isla, por ejemplo, porque entonces nunca habrían salido de allí.

—No lo sé —repitió Pyrgus—. Me contaron ese rollo cuando era pequeño, pero lo he olvidado casi todo. Sin embargo, nadie sabe a ciencia cierta adonde llegaron los primeros. Ten en cuenta que pasaron cientos de años hasta que otros utilizaron el portal y otros cientos de años antes de que alguien estableciese contacto con los descendientes de los primeros. Pero entonces ya no tenían mucho en común con la gente de mi mundo, y el cuento ese del portal se había convertido en un mito. Tal vez sucedió en Inglaterra.

—¡Esto es Inglaterra! —exclamó Henry, entusiasmado.

—Ya lo sé —dijo Pyrgus con una sonrisa burlona—. Me lo ha dicho el señor Fogarty.

—¿Me estás tomando el pelo? —se quejó Henry, pero no le importaba porque Pyrgus le caía bien.

—Tal vez —respondió Pyrgus—. Aunque es cierto que he oído hablar de Inglaterra. Me refiero a antes de venir aquí. Seguramente la mencionaron en clase, pero no me acuerdo por qué.

Se alejaron de la budleya y fueron hasta un rincón lleno de matorrales y de malas

hierbas. El señor Fogarty había dejado abandonados allí un par de bidones de petróleo podridos y varias piezas de maquinaria oxidadas, entre ellas el cárter del motor de un coche, que sobresalían entre la hierba como si fueran tumbas.

—Fue aquí —aseguró Pyrgus inmediatamente.

—¿Estás seguro?

—Sí —respondió Pyrgus—. Creí que me había vuelto loco cuando vi esos trastos. —Se volvió hacia Henry como pidiéndole disculpas—: Ten en cuenta que yo no esperaba encoger de tamaño. Tardé un par de minutos en asimilar lo que había ocurrido.

—¿Recuerdas exactamente dónde? —le preguntó Fogarty mirando a su alrededor, como si creyera que iban a atacarlo.

—No estoy seguro —dijo Pyrgus—. Me parece que fue por allí.

Se dirigieron al lugar que Pyrgus había señalado. Antes de llegar, Henry distinguió un anillo de hierba descolorida y aplastada.

—¿Es un anillo mágico? —le preguntó al señor Fogarty.

Fogarty tenía el entrecejo fruncido.

—Más bien parece uno de esos misteriosos círculos de las cosechas, pero en pequeño. Los aterrizajes de los ovnis dejan ese tipo de marcas.

—¿Es lo bastante grande para que sea de un ovni? —se interesó Henry, que también tenía el entrecejo fruncido.

—Qué va, es demasiado pequeño. A menos que los extraterrestres viajen en naves minúsculas. Pero fíjate en el color de la hierba: hay algún tipo de radiación. —Entonces, dirigiéndose a Pyrgus, le preguntó—: ¿Cómo funciona ese portal vuestro?

—No lo sé muy bien —respondió Pyrgus.

—¿Cómo que no lo sabes bien? —Fogarty se enfrentó con él—. ¿Has utilizado una cosa que te traslada de una dimensión a otra y ni siquiera sabes cómo funciona?

Henry intervino para calmar los ánimos.

—Tal vez sea como el televisor, señor Fogarty. Me refiero a que yo sé enchufarlo y todo eso, pero no sé cómo funciona realmente.

—Pues yo sí —repuso Fogarty—. Lo sé con total exactitud, y podría hacer uno si tuviese las piezas.

—Sí, usted sabe todas esas cosas —afirmó Henry.

No era la primera vez que se preguntaba en qué especialidad de ingeniería había trabajado el señor Fogarty antes de jubilarse. Parecía capaz de montar cualquier aparato.

—Es cuestión de energía —dijo Pyrgus que seguía sentado en el hombro de Henry—. El portal es un tipo de energía que se adapta a la actividad volcánica... —Pyrgus dudó—: En realidad, no estoy seguro de eso. Todos los portales naturales han aparecido cerca de volcanes o, al menos, en lugares en los que hay actividad



volcánica, como las fuentes de aguas termales y sitios similares. Pero hace más de quinientos años que no hay ningún volcán junto al portal que yo he atravesado. El que había antiguamente se extinguió y, no sé cómo, lo aplanaron o algo parecido.

—Tal vez sólo necesites el volcán para partir —sugirió Henry con optimismo—. Seguro que después de iniciar su actividad, la continúa por su propio impulso.

Ni Fogarty ni Pyrgus le prestaron atención.

—El filtro funciona por medio de relámpagos cautivos —afirmó Pyrgus.

—¿Relámpagos cautivos? —se extrañó Fogarty—. ¿Te refieres a la electricidad?

—No sé.

—Quiero decir, el mismo invento que pone en marcha tu altavoz.

—No sé —repitió Pyrgus.

—Tiene que ser eléctrico —murmuró Fogarty—, y el portal debe de funcionar como una especie de campo. Las llamas que viste no quemaban, ni siquiera calentaban, ¿verdad?

—Cierto.

—Henry, husmea por ahí. A ver si encuentras algo raro. Y tú, Pyrgus, intenta acordarte de todo, de cualquier cosa que pueda resultar útil.

El anciano se agachó para examinar mejor el círculo de hierba descolorida.

Henry se abrió paso con cuidado entre la maleza, y miró a su alrededor en busca de algo que pareciese extraño. Pero era difícil andar por allí porque aquel rincón estaba lleno de piedras, además de los trastos que el señor Fogarty tenía desperdigados.

—No te haces a la idea de lo raro que resulta tener este tamaño, Henry —le comentó Pyrgus, encaramado al hombro del chico—. Tengo la impresión de que todo está al revés y de que me pierdo cada cinco metros. Me parece que llegué al lugar en el que está el círculo de hierba, pero no estoy seguro.

—No te preocupes —comentó Henry—. Encontraremos la forma de que regreses. ¡Ojalá lo hubiera tenido tan claro como lo había dicho!

Dieron la vuelta para reunirse con el señor Fogarty, que seguía contemplando la hierba. Henry iba a decir algo cuando un sonoro timbrazo le hizo dar un salto.

—¡Cuidado! —susurró Pyrgus.

Fogarty sacó un minúsculo teléfono móvil del bolsillo, lo puso en marcha torpemente y se lo puso al oído como si fuera una bomba.

—¿Qué desea? —Tras un momento murmuró—: Bien. —Y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo—. Produce cáncer en el cerebro si se utiliza demasiado. —Observó a Henry y le dijo—: Tu madre —comentó con sequedad—. Quiere que vayas a casa. Ahora mismo.

A Henry se le cayó el alma a los pies. En medio de tanta emoción, casi había conseguido olvidar lo que sucedía en su casa.

Su Alteza Serenísimas la princesa Holly Blue se dio cuenta de que pasaba algo cuando, al salir de sus aposentos, vio a un sacerdote que corría por el pasillo del palacio. Los sacerdotes jamás iban corriendo a ningún sitio, ni siquiera los sacerdotes ingenieros, sino que desfilaban con toda dignidad y paso majestuoso, y si uno quería adelantarlos, debía fastidiarse y esperar. Pero aquél corría con las faldas de su traje de ceremonia levantadas, que le dejaban al descubierto las peludas piernas. Giró por la esquina ruidosamente, y a los pocos segundos Blue oyó cómo sonaban los pasos en la escalera principal.

Blue regresó a su habitación y fue hasta la ventana. El apresurado sacerdote apareció entonces en la entrada del edificio, dispersó a un grupo de sirvientes y continuó corriendo por el patio hasta que desapareció tras un arco que estaba al otro lado. Quizá se dirigiera a la capilla o a las cocinas, o tal vez a la entrada principal del palacio. Pero ¿por qué corría?

Blue se mordió el labio inferior. Últimamente, sucedían demasiadas cosas que ignoraba. Le había llevado su tiempo hallar a Pyrgus, y nadie sabía qué podía haber ocurrido si lo hubiese encontrado otra persona antes que ella. Aunque la culpa no había sido del todo de la princesa; Pyrgus resultaba increíblemente estúpido a veces y esa idea que se le había metido entre ceja y ceja de vivir como un plebeyo pasaba de castaño oscuro. ¡Un plebeyo! Blue se estremeció. La formación de un príncipe costaba una vida entera de sacrificios a muchas personas, y Pyrgus estaba dispuesto a tirarlo todo por la borda. Además, él no era un príncipe cualquiera: era el príncipe heredero y tendría que estar aprendiendo a gobernar en vez de mezclarse con la plebe. Por suerte, la tenía a ella para que lo aconsejase cuando se convirtiera en emperador, pero aun así...

Pero no se trataba sólo de Pyrgus. Pasaba algo entre su padre y los elfos de la noche, y no eran las discusiones recientes, sino alguna otra cuestión. Lo olfateaba: demasiadas idas y venidas; demasiadas charlas a escondidas; demasiados rostros desconocidos en palacio. Por otro lado, su padre había dejado de hablar con ella. Bueno, no es que hubiese dejado de hablar, pero cuando Blue intentaba discutir de política, su padre cambiaba de tema. Si se le ocurría nombrar a los elfos de la noche, el emperador casi salía corriendo, e incluso pareció incómodo, en vez de mostrarse agradecido, cuando le contó que Black Hairstreak perseguía a Pyrgus. Pero al menos había entrado en acción, que ya era algo.

Blue se apartó lentamente de la ventana y se sentó ante su tocador. Durante largo rato contempló el joyero ricamente decorado... Nunca le había hecho una cosa semejante a su padre, pero no quedaba más remedio. Extendió la mano y acarició el broche del joyero. Tal vez era un poco excesivo, mas ¿acaso no era también un poco

excesivo que su padre hubiese dejado de confiar en ella? ¿Qué otra cosa podía hacer una chica? Entonces abrió el broche, pero no levantó la tapa.

¿Qué mal hacía? No era que no se pudiese confiar en ella ni que fuera una especie de espía del bando de la noche, sino al contrario, pues tenía muy presentes las intenciones de su padre. Todos lo sabían, y hasta él lo sabría, si se tomara la molestia de reconocerlo. Además, ella era una princesa de la Casa de Iris, la tercera en la línea de sucesión al trono. ¿No contaba eso para nada? ¿No significaba que no debían ocultarle los acontecimientos?

Blue se levantó bruscamente, atravesó la habitación y cerró la puerta con llave. Aunque fuese una princesa de la Casa de Iris, lo que estaba a punto de hacer era ilegal, y tendría un verdadero problema si su padre se enteraba. Por suerte, no parecía muy probable.

Regresó al tocador y abrió el estuche. Al poco rato salió arrastrándose la araña psicotrónica, y sus grandes ojos parpadearon ante la luz. La criatura tenía el caparazón multicolor, como si fuera una superficie manchada de petróleo bajo el reflejo de la luz del sol. Caminó sin rumbo por el tocador durante unos momentos, examinó el cepillo y el peine y merodeó en torno a los frascos de perfume. Luego se dirigió con decisión hacia Blue, se detuvo al borde del tocador y esperó.

Blue tomó su pequeño costurero de mimbre. No le gustaba nada aquella parte de la operación, pero tenía que hacerlo: sacó una aguja de plata, se humedeció los labios con nerviosismo y se pinchó la yema del dedo. Luego limpió la aguja y la guardó otra vez en el costurero. La araña estaba temblando.

Sin prestar atención al dolor, Blue se apretó el dedo hasta que brotó una gota de brillante sangre roja que cayó sobre el tocador, junto al insecto. La araña se dirigió hacia la sangre rápidamente y empezó a alimentarse. En un segundo el tocador quedó limpio. Blue se sentó y esperó procurando relajarse. Pasaron unos minutos interminables hasta que, al fin, sintió el conocido arañazo en torno a la mente. La sangre era el vínculo, naturalmente. La sangre, la mente de Blue. Si no fuera por este pequeño sacrificio, la araña resultaría tan inútil como un vulgar gusano.

Blue cerró los ojos y abrió la mente, y enseguida sintió la presencia ajena de la araña psicotrónica, alerta, desconfiada y curiosamente familiar. La joven extendió una especie de zarcillo mental y la acarició con ternura. La araña se retorció y ronroneó como si fuera un gato. Estaba preparada para aceptar a Blue quien, mentalmente, la tocó, la sostuvo y sintió cómo se fundía con ella.

Era como si se hubiera abierto una contraventana y la luz lo hubiera invadido todo. Las percepciones de Blue se expandieron de pronto. Se quedó sin aliento y tuvo que reprimir la emoción cuando abarcó no sólo su habitación, sino todo el piso superior del palacio, luego el propio palacio, después la isla, más tarde...

«¡Refrénate!», se dijo a sí misma.

Era el momento más peligroso. Si sus percepciones seguían extendiéndose, se volvería loca en cuestión de minutos. Y aunque lo sabía, quería que la expansión continuase. El sentimiento que la embargaba era diferente de todo lo que había experimentado antes, una emoción que rayaba con el éxtasis. Por eso era ilegal utilizar arañas psicotónicas, incluso en el Servicio de Espionaje Imperial. Muchos magníficos agentes habían acabado convertidos en vegetales, y canturreaban felices cuando examinaron mentalmente lejanos rincones del universo.

«¡Refrénate!».

A Blue se le daba muy bien. Su curiosidad, su necesidad de saber, siempre habían sido más fuertes que la atracción del placer. En aquel momento se concentró en un punto para desviar su atención de todo lo demás y hacerla volver al palacio, a su habitación. Con un extraño parpadeo vio el cuarto a través de los ojos de la araña: había planos y ángulos torcidos, muebles gigantescos y extensiones de tejidos estampados. Blue aflojó un poco su control mental y se expandió otra vez, pero no mucho. Sólo sentía que había abandonado su cuerpo y corría por un túnel, azotado por el viento, hasta su destino.

Poco después se encontraba en los aposentos privados de su padre, Apatura Iris, el Emperador Púrpura.

Había dos hombres en la habitación forrada de libros: su propio padre y el Guardián Tithonus. Llevaban ropa informal y sostenían dos copas de brandy, pero la expresión de la cara manifestaba que no era una reunión fortuita.

—... Perdió los nervios. Los dos los perdimos —decía su padre—. Pero al menos me escuchó. Creo que debo agradeceréte.

—Ahora se encuentra a salvo. Es lo único que importa —respondió Tithonus encogiéndose de hombros.

—Desde luego —reconoció el emperador—. Aunque, por desgracia, eso no solucionará nuestros problemas.

—No, Majestad, pero los simplifica un poco —dijo Tithonus con gran habilidad.

Luego dejó a un lado su copa y se volvió para mirar directamente a Blue.

La sensación parecía tan auténtica que pensó que debía agacharse tras algo que la ocultara y esconderse, aunque sabía que no era necesario. Por mucho que sintiese que estaba allí, su cuerpo físico seguía en su habitación. Sólo su conciencia había ido de visita y resultaba totalmente invisible.

—¿Hay nuevas indagaciones sobre los movimientos de tropas? —preguntó su padre.

Blue prestó atención. ¿Movimientos de tropas? No había oído nada sobre ese tema. ¿Quién estaba movilizand tropas? ¿Su padre? Ella se habría enterado. Estaba segura de que se habría enterado. Además, su padre no utilizaría la palabra «indagaciones» para hablar de sus propios soldados. Las indagaciones eran

informaciones recogidas por el Servicio de Espionaje Imperial sobre los movimientos de tropas de otra persona.

Aunque su cuerpo físico no estaba allí presente, sintió un escalofrío. Entre su padre y Black Hairstreak se habían entablado negociaciones que debían cerrar la antigua desavenencia entre los elfos de la luz y los elfos de la noche, y por lo que ella sabía hacía meses que esas negociaciones estaban en marcha. Hasta entonces, Blue había supuesto que era el típico toma y daca, en el que cada uno buscaba obtener el mayor provecho, y que concluiría con un acuerdo que calmaría la situación durante unos años. Pero los movimientos de tropas indicaban algo mucho más serio: significaban la guerra. O, al menos, la amenaza de guerra. No era de extrañar que su padre pareciera tan preocupado.

—Lord Hairstreak insiste en que se trata sólo de maniobras y que no tienen nada de ver con las negociaciones normales. Pero la concentración de fuerzas es demasiado grande para unas prácticas rutinarias, y continúan llegando refuerzos —dijo Tithonus.

—¿Será un alarde militar? —sugirió el emperador—. ¿Una manera de arrancar unas cuantas concesiones al margen de las negociaciones?

—Es posible —respondió Tithonus—. Sin embargo, he tenido la precaución de poner nuestras tropas en estado de alerta.

—¿Crees que Hairstreak se arriesgaría a un ataque generalizado?

—Me cuesta creerlo —respondió Tithonus, ceñudo—. Pero lo que tiene en mente puede ser parte de un plan más amplio. No olvidéis que quería asesinar a Pyrgus.

¿Asesinar? Blue pestañeó con ojos imaginarios. ¡No sabía nada de eso! ¿Por qué quería Hairstreak matar a su hermano? Si lo asesinaba ganaría mucho menos que haciéndolo prisionero, pues de esa forma podría utilizarlo para negociar.

—Sigo sin entender qué habría ganado con eso —dijo su padre haciéndose eco de los pensamientos de su hija.

—Yo también —admitió Tithonus—, pero no hay duda de que era lo que planeaba.

—Tal vez... —El emperador se detuvo cuando oyó un fuerte golpe en la puerta, y miró a Tithonus.

Tithonus no dijo nada, pero abrió un poco la puerta y le susurró algo a alguien que estaba fuera. Blue se cambió de lugar para escuchar de qué se trataba, pero, sin darle tiempo a llegar a la puerta, Tithonus dio un paso atrás y entró un sacerdote de la capilla. El hombre avanzó muy nervioso y se arrodilló ante el emperador.

—Majestad, hay malas noticias.

Blue no estaba totalmente segura, pero le parecía que se trataba del mismo sacerdote que había visto correr por el pasillo.

Su padre esperó, con el rostro impasible.

—Majestad, yo...

—Vamos, hombre —dijo el emperador con suavidad—. ¡Habla!

El sacerdote era incapaz de mirarlo a los ojos. Tragó saliva, dudó y luego dijo de un tirón:

—Majestad, el príncipe heredero no ha llegado a su destino.

Al principio, el rostro del emperador solamente reflejó confusión.

—¿Qué estás diciendo?

—Señor, el traslado parecía normal. Vos lo visteis. No teníamos motivos para... ningún motivo para... —Alzó los ojos hacia el soberano con gesto implorante—. Señor, hemos establecido un contacto rutinario con Lulworth y Ringlet. El príncipe Pyrgus no se ha reunido con ellos.

—¿Qué? —explotó el emperador.

—Yo mismo lo vi entrar en el portal —comentó Tithonus con aspereza.

El sacerdote lo miró con expresión abatida.

—Todos lo vimos, Guardián.

—Entonces, ¿adonde ha ido?

—No lo sé.

—¿Adonde puede haber ido? —insistió Tithonus.

—A cualquier parte —murmuró el sacerdote bajando de nuevo la vista.

\* \* \*

La conciencia de Blue se retiró de forma tan violenta que su cuerpo sufrió un espasmo en la habitación. La joven jadeó y se estiró para desentumecer los músculos. El corazón le latía desbocado. ¡Pyrgus había desaparecido! Agarró la araña psicotrónica y la guardó en el joyero. Luego salió corriendo de su habitación.

La capilla era un caos. Docenas de sacerdotes ingenieros corrían de un lado a otro, sin propósito fijo. Los ojos de Blue se clavaron en el portal: las habituales llamas no lucían en el espacio que había entre las columnas gemelas, y en su lugar flotaba una niebla sucia y gris, que era todo lo que quedaba del portal natural propiedad de la Casa de Iris. A un lado, en parte enterradas en el suelo de la capilla, estaban las grandes máquinas que lo mantenían y lo hacían funcionar. Pero habían retirado las cubiertas metálicas y las piezas estaban diseminadas.

Cuando Blue intentó acercarse, un sacerdote medio histérico le cerró el paso.

—¡Prohibido pasar! —gritó bruscamente—. Nadie puede... —La reconoció cuando ya era tarde y se hizo a un lado—. Lo siento, Alteza. Perdonadme.

Blue pasó ante él sin decir palabra. Estaba intentando controlar sus emociones. Pyrgus tenía que estar bien. Pyrgus estaba bien. Se trataba de un simple fallo técnico, un error o un absurdo malentendido. Lo que había salido mal se podía arreglar.

Pyrgus seguía a salvo. Miró a su alrededor hasta que vio a Peacock, el ingeniero jefe del portal, y se dirigió directamente hacia él, pues le había hablado en alguna ocasión y le había complacido. Como era un sacerdote, deberían de traerle sin cuidado los cumplidos, pero en cambio lo que le fascinaba era la mecánica de transporte del portal. De modo que era el hombre que Blue necesitaba en ese preciso instante.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Blue.

Peacock parecía preocupado y distraído.

—Vuestro hermano se ha perdido. No ha llegado al portal de destino.

—Ya lo sé —afirmó Blue—. Quiero saber qué ha sucedido.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar. —Señaló con la cabeza las piezas dispersas.

—¿Hubo algún fallo en el equipo?

Peacock dudó, se mordió el labio y al fin dijo:

—Tal vez. Pero apuesto el cuello a que se trata de un sabotaje.

Blue se esforzó en combatir el pánico que sentía y consiguió hablar con voz serena:

—¿Por qué piensas eso?

—Bueno, sabemos que el portal no funciona bien porque no lo ha enviado a donde tenía que ir. Pero el filtro tampoco funciona. Lo he desmontado yo mismo. Por fuera parece que está perfectamente, incluso pasa un control rutinario sin ninguna dificultad, pero no sirve. El mecanismo del filtro y el del portal son diferentes, y funcionan de forma independiente. En mi opinión, hay muy pocas probabilidades de que se produzcan dos fallos tan importantes al mismo tiempo. Creo que alguien se ha entrometido.

—¿El filtro está completamente estropeado? —preguntó Blue.

—Sólo hasta un punto determinado, Alteza.

—¿Qué significa eso?

—Cuando él atravesó el portal, se trasladó al pequeño Mundo Análogo con alas, como si hubiese cruzado el portal natural. —Le explicó Peacock muy serio. Al darse cuenta de la expresión de la princesa, añadió—: Pero no durará mucho. En el filtro había carga suficiente para que recupere la forma y el tamaño normales tarde o temprano.

—¿Cuánto tardará?

—Es difícil saberlo.

—¡Pues calcúlalo! —le exigió Blue.

—Unos días... Una o dos semanas. Un mes como mucho. Es difícil decirlo.

—¿Días? ¿Semanas? ¿Un mes? —repitió Blue—. Cualquier cosa puede matarlo. Un ratón. ¡Incluso una libélula!

—Sí, pero no creo que lo hagan.

Era un consuelo inútil, y Blue no lo tuvo en cuenta.

—¿Sabes...?

Se calló porque su padre acababa de entrar en la capilla, seguido de Tithonus. Cuando vieron al ingeniero jefe del portal, se dirigieron hacia él. Los apresurados sacerdotes se quedaron inmóviles alrededor de ellos, con una expresión llena de temor.

—Holly Blue —dijo su padre—, me gustaría que fueras a tu habitación. Debo hablar con el ingeniero jefe del portal sobre...

—Sé lo que ha pasado, padre —repuso Blue—, y prefiero quedarme.

El emperador dudó una milésima de segundo y luego se volvió hacia Peacock.

—¿Sabemos si está vivo?

—No, Señor.

—Suponiendo que lo esté, ¿sabemos adonde ha ido?

—Aún no, Señor. Pero estamos intentando averiguarlo.

—¿Cuánto tiempo tardaréis?

—Una semana más o menos, Señor.

—¡Una semana! —estalló el emperador—. ¡No puedo esperar una semana para averiguar si mi hijo está vivo o muerto!

—Señor, tenemos que desmontar y analizar todas las piezas de la maquinaria. Después hay que hacer comprobaciones. Tal vez tengamos suerte y consigamos una respuesta antes de ese plazo, pero... —Su rostro decía claramente que no había muchas posibilidades.

—Alguien ha manipulado el filtro —afirmó Blue.

—¿Manipulado? —El emperador se encaró con el ingeniero jefe—. ¿Te refieres a que no ha sido un mero accidente?

—Tal vez no haya sido un accidente —dijo Peacock con cautela.

—Me temo que no ha sido un accidente —precisó una voz nueva.

Cuando se volvieron, se encontraron con el médico jefe de los sacerdotes. Era un hombre bastante atractivo, de pelo canoso, pero en ese momento tenía los ojos enrojecidos y el rostro tenso.

—Majestad, ¿puedo hablaros en privado?

Blue dio un paso con la intención de seguir a su padre cuando los dos hombres se alejaron, pero el emperador le indicó con la mano que no se acercase. La joven contemplaba cómo conversaban en secreto con creciente frustración: la expresión de ambos no le decía nada. Tras unos momentos, los dos hombres se separaron, y su padre regresó con el rostro como una máscara.

—Holly Blue, acompáñame, por favor. Tithonus, quiero que busques a Comma y que lo lleses a mis aposentos, para que se reúna con nosotros.

—Sí, Señor —respondió Tithonus, y se marchó sin especificar nada más.



Blue sabía que no se debía presionar a su padre en aquel momento, aunque en esa ocasión no tuvo que esperar mucho. Tithonus, tras llamar discretamente a la puerta, anunció con gran formalidad:

—El príncipe Comma, Majestad.

Comma entró mirando furtivamente, como si esperase que lo acusaran de algo; pero, como siempre estaba metido en líos, era la actitud que solía adoptar cuando lo llamaba su padre.

—Quiero que te quedes, Tithonus —dijo el emperador—. Sentaos, por favor. — Los miró de uno en uno con expresión seria—. Comma, he pedido que vinieras porque eres el que sigue al príncipe heredero en la línea de sucesión al trono. Y tú, Holly Blue, perteneces por consanguinidad a la Casa de Iris, y por lo tanto lo que voy a decir también te afecta. —Suspiró profundamente—. Tithonus, eres mi Guardián de palacio, y en las actuales circunstancias necesito tu consejo más que nunca porque es posible que nos enfrentemos a una guerra encubierta.

Blue, boquiabierta, miró a Comma, que no apartaba los ojos de sus zapatos. Tithonus estaba impasible, como siempre. El emperador continuó:

—Blue, sé que estás muy unida a Pyrgus, y si hubiera una forma de decirlo suavemente lo haría, pero me temo que tu hermano, el príncipe heredero, mi hijo, puede... —se detuvo y corrigió la última palabra— podría haber muerto.

—Sé lo del filtro —intervino Blue enseguida—. Aunque el portal lo haya empequeñecido, mi hermano es muy inteligente. Algunas personas habrían muerto, pero Pyrgus sabe cuidar de sí mismo, tenga el tamaño que tenga. Además, no será algo definitivo; el ingeniero jefe del portal me ha explicado que recuperará su tamaño normal y, entonces, podrá esconderse hasta que...

Su padre le indicó con un gesto que se callara.

—No se trata del filtro, aunque es evidente que eso formaba parte de un intento de asesinato que estaba perfectamente estructurado. El portal no es el factor esencial. Creo que lo manipularon posteriormente para asegurarse de que Pyrgus no encontrara ayuda cuando se diera cuenta de que lo habían envenenado.

—¿Envenenado? —exclamó Blue con los ojos como platos. Comma dejó de escudriñar sus zapatos, y hasta Tithonus parecía asombrado.

—El médico jefe de los sacerdotes acaba de decirme que la ampolla de la vacuna que administraron a Pyrgus estaba manipulada. En la jeringuilla hay rastros de tritio —explicó el emperador muy tenso.

—¿Qué es el tritio? —preguntó Comma que se había decidido a hablar por primera vez.

La aflicción se reflejaba en el rostro del emperador.

—Es una droga que utilizan a veces los asesinos del bando de la noche —aclaró Tithonus en voz baja.

—Gracias, Tithonus, pero tienen derecho a conocer toda la verdad. —Dijo el emperador, y se volvió hacia Blue y Comma—: A vuestro hermano le han inyectado una toxina de acción retardada. La sustancia reacciona ante los agentes naturales de la sangre y se extiende como si fuese una bacteria. Al principio no produce síntomas, pero tras cierto tiempo, que varía desde unos días hasta casi dos semanas, el tritio llega al cerebro y empieza a fermentar. Cuando aumenta la presión arterial, la persona a la que se le ha inyectado experimenta náuseas y dolores de cabeza cada vez más fuertes. Por último... —el emperador tragó saliva—, por último... —Se calló, pues era incapaz de continuar.

—¿Qué? —quiso saber Blue, muerta de miedo—. ¡Tienes que decirnos qué ocurre!

El emperador cerró los ojos.

—Al final le explota la cabeza —declaró.

Pyrgus observó cómo Henry se marchaba y sintió una sensación parecida a las náuseas. Se había trasladado al hombro del señor Fogarty, y el viejo olía un poquito mal, pero ése no era el problema. El problema era... El problema era... Bueno, no había sólo uno, sino que había tantos que no sabía por dónde empezar.

En primer lugar, no le gustaba ser pequeño e inútil. Durante toda su vida había emprendido aventuras por su cuenta, incluso cuando era un crío. Y en esos momentos ni siquiera podía hablar sin el paquete mágico que llevaba a la espalda. Ésa no era la magia que él conocía. Se trataba de su primer viaje al Mundo Análogo, y la magia que allí se practicaba era totalmente distinta a la de su mundo.

Pero eso era sólo la primera cuestión, porque seguía pensando en la fábrica de pegamento de Chalkhill y Brimstone y en los gatitos que morirían durante los días que él permaneciese lejos. También pensaba en su padre y en las negociaciones que había iniciado con los elfos de la noche. Y sobre todo, pensaba en el comentario del señor Fogarty cuando él le contó que el filtro del portal no había funcionado: «Me da la impresión de que te han saboteado».

Pyrgus compartía la misma impresión, y cuanto más lo pensaba, más se convencía, pero la pregunta era: ¿Quién lo había saboteado?

Tenía que ser alguien que quería que muriera. Pyrgus no tenía la menor duda al respecto, pues enviar a una persona a un lugar desconocido sin haberla preparado ni haberle proporcionado ningún tipo de escolta significaba meterla en dificultades. No se lo había contado ni al señor Fogarty ni a Henry, pero todos los libros de historia relataban casos de cientos, de miles de anteriores visitantes del Mundo Análogo que habían perdido la vida al cabo de una hora de llegar allí. Naturalmente, con el tiempo, los elfos aprendieron a tomar precauciones, y la mejor de todas era el filtro; pero, hasta entonces, el Mundo Análogo había sido una especie de trampa mortal. También él había estado a punto de morir en la primera hora de su llegada. Si no hubiera aparecido Henry, el gato lo habría devorado como si fuera un ratón.

Pero el problema más grave era cómo iba a regresar. Esa idea lo golpeaba igual que el oleaje contra las rocas. En ambos mundos existían portales naturales que se podían atravesar, dar media vuelta y regresar de nuevo a través de ellos. Era así de fácil, siempre que el portal no se abriese en el fondo del mar. Pero el portal modificado del palacio de su padre funcionaba de forma distinta: si bien se podía abrir en cualquier lugar del Mundo Análogo, su existencia en dicho mundo no era permanente. Surgía donde uno quería cuando entraba en acción la energía, y desaparecía tan pronto como la energía se acababa.

Pyrgus trató de ordenar sus ideas: si lo hubiesen enviado a la isla de los Mares del Sur, como su padre había planeado, la puerta habría permanecido abierta el tiempo

suficiente para que sus guardianes informasen de que todo estaba en orden, y luego se habría cerrado. Después los técnicos del palacio la abrirían de nuevo todos los días a determinada hora, para cerciorarse de que no había ninguna dificultad.

—¿Qué pasa? —le preguntó Fogarty.

Pyrgus se dio cuenta de que la idea lo había sobresaltado.

—Pueden reabrir el portal —respondió.

—¿Quiénes?

—Los que me han enviado.

Pyrgus decidió ocultarle al señor Fogarty los detalles superfluos hasta que conociese mejor al anciano.

—¿Cuándo?

—No lo sé. No estoy seguro de que lo hagan. Sólo estaba pensando en lo que ocurriría si yo hubiese ido a donde tenía que ir. Cuando hubiera estado allí a salvo, ellos abrirían el portal una vez al día para comprobar mi situación.

—¿Y cómo sabrán que te encuentras bien aquí? —le preguntó Fogarty.

Pyrgus lo miró con admiración. Fogarty podía ser viejo, pero desde luego no era tonto. A estas alturas su padre debía de saber que algo había salido mal. Los sacerdotes y los magos estarían intentando averiguar qué había sucedido exactamente; también procurarían localizarlo y conseguirían que regresara. Ese pensamiento tendría que servirle de consuelo, pero por algún motivo no le servía. Pyrgus no tenía ni idea de cómo se seguía la pista de alguien que había sido trasladado a un lugar equivocado; ni siquiera sabía si tal cosa era posible.

—No podrán saberlo —dijo Pyrgus en respuesta a la pregunta del señor Fogarty—. Me refiero a que no sabrán que estoy bien, pero se enterarán de que no he llegado a la isla del Pacífico.

Todo resultaba confuso, incluso para él mismo, pero Fogarty debió de captar el meollo del asunto porque dijo:

—Tu gente se dará cuenta de que algo ha ido mal y empezarán a buscarte, ¿no?

—Sí, casi con toda seguridad.

—Entonces, ¿volverán a abrir la puerta si esperamos el tiempo que haga falta?

—No estoy seguro, supongo que sí. Depende de si pueden adivinar adonde he ido, porque yo no tendría que estar aquí.

—En efecto —comentó Fogarty secamente—. Escucha, si abriesen el portal otra vez... es decir, suponiendo que adivinen adonde has ido y abran el portal de nuevo, ¿se abriría en el mismo sitio en el que tú has aparecido?

Pyrgus pensó la respuesta. Tendrían que seguir las coordenadas, era lo único que podían hacer.

—Sí —asintió.

—Entonces será mejor que vigilemos ese círculo —murmuró Fogarty.

Luego dio la vuelta y se dirigió hacia la casa con Pyrgus sobre el hombro.

—Creí que ya lo estábamos vigilando —protestó Pyrgus.

—No podemos hacerlo las veinticuatro horas del día —explicó Fogarty—. Voy a improvisar algún sistema que hará sonar una alarma si tu portal se abre.

\* \* \*

Henry tomó el autobús al final de la calle del señor Fogarty, se sentó en la parte delantera y se imaginó un futuro desolador. Se sentía... raro. Al separarse de Pyrgus y del señor Fogarty, todo lo sucedido le parecía irreal. Los elfos no existían, aunque acababa de tener a uno sentado en el hombro que le había hablado a través de un micrófono sujeto con gomas. ¡Ja, ja, de cabeza al loquero!

Era como si todo lo que miraba tuviese bordes negros. El asunto de Pyrgus lo había distraído, pero la realidad se le había echado encima de repente. Notaba como si el asiento del autobús estuviera colgado en el vacío, a través de la ventanilla veía manchas oscuras y oía su propia respiración. Cuando movía la cabeza, tenía la impresión de estar flotando. Y sobre todo, sudaba de miedo.

Aún no se lo creía. ¡Su madre tenía dos hijos, por favor!

Henry se encontró de pie en el pasillo del autobús. Se acercó a la puerta y esperó hasta que llegó a su parada, si es que ésa era su parada. Se sentía tan aturdido que apenas se daba cuenta de nada, pero tampoco le importaba. No podía sentirse peor de lo que estaba.

Como un idiota, bajó del autobús antes de que se detuviese, tropezó en el bordillo de la acera y tuvo que correr para mantener el equilibrio. Antes de detenerse, chocó con una mujer que en ese momento se bajaba de un taxi.

—Lo siento —se disculpó Henry—. Lo siento mucho. ¿Está usted..., se encuentra bien?

Se había puesto colorado de vergüenza, pero al menos no la había tirado al suelo.

—¿Henry? —dijo la mujer en tono de duda, y lo miró como si no creyese lo que estaba viendo.

Henry tampoco lo creía. La mujer era Anaïs Ward.

\* \* \*

De repente, todo se volvió claro y diáfano, pero Henry, sin saber por qué, sintió mucho más miedo. Se quedó contemplándola y lo único que se le ocurrió pensar era que Anaïs Ward no podía ser lesbiana. Era demasiado femenina, demasiado guapa.

—Eres Henry, ¿verdad? —le preguntó ella.

Henry asintió. Intentaba encontrar algo que decir mientras la miraba: era más

joven que su madre. En realidad, no era mucho mayor que el propio Henry.

Y ¿qué iba a decirle? ¿Acaso podía soltarle algo así como: «Aparta tus manos de mi madre»? Henry se dio cuenta de que se estaba ruborizando otra vez, y rezó en silencio para no ponerse colorado. Se le ocurrió una cosa absurda para disimular su vergüenza; respiró profundamente y dijo:

—¿Cómo estás?

Anaïs dio un vistazo a su alrededor con gesto nervioso: miró la calle, a Henry, al taxista, que esperaba que le pagase. Por fin reaccionó y respondió:

—Muy bien, Henry. —Parecía un poco apenada—. ¿Y tú qué tal?

—Muy bien —contestó Henry con un parpadeo.

Anaïs estaba increíblemente guapa. Llevaba un traje sastre, medias negras transparentes y zapatos de tacón alto. Sus ojos eran grandes, de color castaño, y el pelo largo y oscuro. Iba maquillada, pero bien maquillada, sin pasarse ni dar la nota. Olía muy bien, a perfume. A Henry le gustaba la forma de la nariz y de la boca de Anaïs, y se preguntó cuál sería su aspecto si tuviera alas de mariposa.

Si fuera mayor, se habría enamorado de una chica como Anaïs, y la invitaría al cine o algo así. Su padre también podría haberse enamorado de ella, aunque él era mayor que su madre, lo cual significaba que era muchísimo más viejo que Anaïs. Pero a los hombres mayores solían atraerles las mujeres jóvenes, y a éstas les atraían a veces los hombres maduros. Sólo que no había sucedido así.

«¿Tienes una aventura con Anaïs, papá?».

«No soy yo el que tiene una aventura con Anaïs —había dicho su padre—. Es tu madre».

Pyrgus Malvae debía de tener la misma edad que Henry, aunque costaba trabajo imaginar que era un chico corriente como Henry, que hacía lo que hacían los chicos de su mundo, pero así era. Sin embargo, había traspasado un portal y ya no era un chico corriente, sino una mariposa ajedrezada con un cuerpecillo humano; podía matarlo un gato, y no sabía cómo regresar a su casa. ¿Cómo se puede ayudar a alguien en esa situación? ¿Cómo se puede ayudar a alguien cuya esposa se ha enamorado de otra persona? ¿Y a alguien que tiene una madre a la que le gustan las mujeres?

A Henry se le nublaron los ojos y empezó a llorar.

—Hay buenas noticias —anunció Grayling.

—Y malas noticias —añadió Glanville.

Brimstone los miró con el entrecejo fruncido. Le apetecía clavarlos al suelo y cortarles los pies con una sierra, pero sabía por amarga experiencia que nada podía detenerlos cuando empezaban a hablar. Era eso lo que hacía que fueran tan demoleedores en los tribunales. Hombres inocentes confesaban un asesinato cuando se veían sometidos a aquella incansable actuación doble. Era una suerte que estuvieran de su parte.

—La buena noticia es que tenemos una acusación —dijo Grayling con una sonrisa.

—No cabe la menor duda —precisó Glanville.

—El chico puede ser nuestro príncipe heredero —continuó Grayling—, pero a los ojos de la ley es un delincuente común.

—Un intruso.

—Un ladrón de gatos.

—Puesto que ha robado un gato.

—O, para ser más exactos, le ha robado a usted y se ha llevado un gato.

—A la ley le disgustan esas cosas —afirmó Glanville—. Es más, la ley no las tolera. Hemos visto a la jueza...

—Sí, la hemos visto.

—Y ha dictaminado que el chico puede ser detenido y custodiado hasta que se celebre el juicio.

—Por nosotros o por nuestros empleados, que actuarán como agentes suyos en calidad de director de Brimstone y Chalkhill, la corporación perjudicada.

—Ha emitido una orden de arresto. La tengo aquí.

Glanville sacó una hoja de pergamino de su maletín y la movió en el aire.

—¿Cuánto tiempo podremos retenerlo? —preguntó Brimstone.

—¡Oh, mucho tiempo! —respondió Grayling—. Seis meses sin intervención judicial. Luego, cuando lo llevemos a juicio, podemos solicitar una prórroga de otros seis meses para preparar el caso. Un año en total. Parece suficiente.

—¡De sobra! —exclamó Brimstone frotándose las manos con una sonrisa. Aquél era uno de sus días más felices.

—La mala noticia —intervino Glanville— es que esa buena noticia es más bien teórica.

—Una información inútil. Un juicio sin datos fiables.

—¿De qué estáis hablando? —les preguntó Brimstone, enfadado. Su sonrisa se había convertido en una mueca de disgusto.

—La orden de arresto no se puede poner en práctica —explicó Glanville—. Tal como están las cosas es un pedazo de papel sin ningún valor.

—Sin ningún valor —repitió Grayling.

—¿Por qué? —gruñó Brimstone inclinándose hacia delante.

Glanville guardó el pergamino en el maletín, lo cerró de golpe y afirmó:

—El chico, o el acusado como debemos llamarlo, no se encuentra en la jurisdicción. Ha abandonado este mundo.

—¿Está muerto? —preguntó Brimstone con un espanto repentino.

No bastaba con que Pyrgus muriese. Tenía que ser sacrificado a Beleth, y debía hacerlo el mismo Brimstone. De lo contrario, no se cumplirían los términos del contrato demoníaco.

—No que yo sepa. La Casa Real, a la que como es natural acudimos para entregar la orden, asegura que ha sido trasladado.

—Al Mundo Análogo —explicó Grayling, solícito.

—Los tribunales del reino de los elfos no tienen jurisdicción en el Mundo Análogo. Mientras permanezca allí, está fuera del alcance de la ley.

—¿Estáis seguros de que se encuentra realmente allí? —preguntó Brimstone con desconfianza.

—Tenemos una declaración formal al respecto, con el sello oficial del emperador. —Glanville parecía escandalizado—. Se trata de los elfos de la luz. Jamás ponen una mentira por escrito. Creo que podemos admitir sin dudarlos que si dicen que está en el Mundo Análogo, es que está allí.

Brimstone echaba chispas por los ojos.

—Tenemos que hacerle regresar.

—¡Ah! —dijo Glanville.

—¡Ah! —repitió Grayling.

—¿Qué? —exigió Brimstone—. ¿Qué? Es fácil, ¿no? Mandamos a unos cuantos matones al Mundo Análogo para que lo traigan a rastras por el cuello. Por lo que me habéis dicho, ni siquiera es ilegal; nuestras leyes no llegan hasta allí.

—Una estrategia admirable —afirmó Glanville—, pero fallida.

—Absolutamente fallida —puntualizó Grayling—. No tenemos forma de saber dónde se encuentra, en el Mundo Análogo por supuesto.

—A diferencia de otros portales, el de la Casa de Iris es multidireccional. Pueden haberlo enviado a donde hayan querido.

—¿No podemos obligarlos a que revelen su destino? —preguntó Brimstone.

Glanville miró a Grayling, y Grayling miró a Glanville; se volvieron al mismo tiempo y miraron a su vez a Brimstone.

—Tal vez —dijo Grayling—. Pero si se resisten, nos retrasaríamos. Y sabemos que el tiempo es fundamental.



—La Casa de Iris tiene abogados excelentes —continuó Glanville bajando la vista al suelo—. Han optado por no impugnar nuestra orden porque saben que no podemos ejecutarla.

—Tengo espías en el palacio —declaró Brimstone—. Y Chalkhill también. Entre los dos averiguaremos sus coordenadas de traslado.

—Es posible —reconoció Grayling—. Pero, aunque las averiguásemos, no podríamos continuar. La Casa de Iris posee el único portal multidireccional que existe.

—Quizá no sea el único —dijo Brimstone con aire pensativo.

\* \* \*

A pesar de la ayuda de Chalkhill, Brimstone tardó días en conseguir una cita, y tan sólo para entrevistarse con un lacayo. El representante de lord Hairstreak era un hombretón serio que se llamaba Harold Dingy. Llevaba un traje de color gris plateado y lo acompañaba un sangriento endriago. Por algún motivo, Dingy se había empeñado en que se encontrasen en el zoo.

—Me alegro de verlo —mintió Brimstone cuando le dio la mano.

—El placer es sólo suyo —respondió Dingy sin hacerle caso.

El endriago dio varias vueltas alrededor de las piernas de Brimstone antes de decir:

—Está limpio, jefe. No lleva armas, sólo los hechizos y los amuletos normales.

Se tendió a sus anchas, como si fuera un felpudo roñoso, y se dedicó a observarlos.

—¿Le ha contado el señor Chalkhill lo que quiero? —le preguntó Brimstone gritando para hacerse oír a pesar de los chillidos de los loros.

Chalkhill había presumido siempre de ser amigo de lord Hairstreak, pero Dingy no se impresionó en lo más mínimo cuando oyó mencionar su nombre.

—No —respondió.

Parecía que no le importaba el asunto.

Habían llegado a un punto difícil, y a Brimstone no le apetecía ponerse a gritar con todas sus fuerzas.

—¿Por qué no nos alejamos de esos malditos loros? —sugirió.

—Me encantan los loros —afirmó Dingy.

—Le encantan los loros —repitió un loro que estaba agarrado a la tela metálica de la jaula.

—A mí también —mintió Brimstone—, pero lo que tengo que decirle es confidencial.

—Y no quiere que nosotros lo repitamos —dijo el loro, muy ufano.

—De acuerdo —afirmó Dingy—. Hablaremos en el recinto de los reptiles.

En el habitáculo de los reptiles reinaba un calor seco que le taponaba las narices a Brimstone, pero al menos estaba tranquilo y los lagartos no podían repetir lo que uno dijera. El endriago trepó a una de las jaulas de paneles de cristal y se dedicó a mirar con fijeza a una cobra. Dingy le lanzó una mirada feroz a Brimstone y éste echó un vistazo para asegurarse de que nadie podía oírlos. Luego bajó la voz:

—Quería hablarle sobre...

—No oigo nada —lo interrumpió Dingy.

—¡Esto es confidencial! —susurró Brimstone. Le indicó a Dingy que se acercara, y cuando el hombre dio un paso adelante de mala gana, Brimstone se estiró para hablarle al oído—: Quiero hablar del portal de Black Hairstreak.

—¿Qué pasa con el portal de lord Hairstreak? —preguntó Dingy con desconfianza.

Brimstone echó otro vistazo alrededor.

—Creo que lord Hairstreak tiene un portal multidireccional —susurró.

—¿Quién se lo ha contado? —refunfuñó Dingy.

Brimstone se tocó la nariz con un dedo procurando adoptar un aire de suficiencia.

—Tengo mis fuentes de información —respondió.

En realidad, la fuente era su socio Chalkhill, que había soltado el detalle una vez que estaba borracho. El problema era que Chalkhill decía un montón de falsedades cuando estaba borracho. Brimstone deseaba ardientemente que ésa no fuera otra mentira.

—Alguien le ha tomado el pelo —afirmó Dingy.

—¿Quiere decir que no lo tiene? —preguntó Brimstone, y luego añadió con astucia—: Yo lo decía porque si tuviese un portal multidireccional, estaría dispuesto a pagar mucho dinero por utilizarlo. Muchísimo dinero.

—Es una lástima que no lo tenga —comentó Dingy.

El endriago se había apartado de la cristalera, y parecía que la entrevista se había terminado.

—Espere un minuto —se apresuró a decir Brimstone—. Cuando digo muchísimo dinero, me refiero a un millón de monedas de oro.

Brimstone tendría que hipotecar la fábrica para conseguir semejante cantidad en efectivo; pero, si no encontraba a Pyrgus, era hombre muerto; y si lo encontraba, todo el dinero del reino sería suyo.

Dingy bajó la vista sin inmutarse. El endriago le tiraba de la pernera del pantalón, como si quisiera marcharse.

—Para lord Hairstreak —continuó Brimstone—, y un cuarto de millón para usted.

—Debe necesitar con urgencia un portal multidireccional, con muchísima urgencia —observó Dingy—. ¿Puede explicarme por qué?

Brimstone sopesó los pros y los contras. Contaba con que le hiciesen esa pregunta, pero había supuesto que hablaría directamente con Black Hairstreak, y no con uno de sus secuaces. Aunque daba igual, aquel patán seguramente era más listo de lo que parecía, pues de lo contrario no trabajaría para Hairstreak, y pescaría las mentiras al vuelo. Además, el hombre contaba con el endriago que, por lo visto, era capaz de descubrir una trampa a kilómetros de distancia. Por eso los utilizaba Hairstreak. En el reino ya no se podía confiar casi en nadie.

Contra esas consideraciones estaba el hecho indiscutible del escaso aprecio que lord Hairstreak le tenía al Emperador Púrpura, lo cual significaba que se alegraría de la muerte de su hijo. Así que Brimstone decidió contar la verdad. Tenía la extraña sensación de que debía contar esa parte de la verdad, y que bastaría para despistar al endriago.

—Tengo que encontrar al príncipe heredero Pyrgus —confesó.

—¿Por qué? —preguntó Dingy con aire inocente—. ¿Se ha perdido?

—Está en el Mundo Análogo, y necesito un portal múltiple para dar con él.

—¿Y por qué quiere encontrarlo?

—Tengo que resolver un asunto con él —respondió Brimstone, muy digno.

—¿De qué tipo de asunto se trata?

«¡Oh, no tengo escapatoria!», pensó Brimstone.

—Quiero matarlo —afirmó.

—¿Qué le parece eso, jefe? —exclamó el endriago temblando de emoción—. Quiere asesinar al príncipe heredero.

Harold Dingy se adelantó muy serio y con una expresión amenazante.

—Voy a hacerle un favor, señor Brimstone. Voy a contarle una cosa que le hará ahorrar un montón de dinero. ¿Me está escuchando, señor Brimstone?

Silas dio un paso hacia atrás.

—Sí.

—Lo que voy a decirle es que no hace falta que usted mate al príncipe Pyrgus. ¿Quiere saber por qué, señor Brimstone?

—Sí —repitió Brimstone con un hilo de voz.

Ante el asombro de Silas, Dingy sonrió de oreja a oreja.

—¡Porque el príncipe Pyrgus ya está muerto!

—Como una colilla —confirmó el endriago—. Igual que si fuera una colilla.

A Brimstone se le cayó el cielo encima. Tuvo la impresión de que se ponía pálido, e hizo un esfuerzo para que le saliese la voz.

—¿Está seguro? —Brimstone tragó saliva.

—Ya ha oído al endriago —respondió Dingy, radiante.

\* \* \*

El oro pesaba mucho, aunque se le había realizado un hechizo para que flotara. Cuando Brimstone intentó levantar la maleta, le crujió la espalda. No podía ser. Tenía que conseguir que alguien lo ayudase. Naturalmente, después lo mataría echándole algo en la sopa, o mejor aún, cortándole el cuello con un cuchillo. Ésa era la única forma de asegurarse el silencio de los demás y que nadie supiese adonde había ido Silas Brimstone.

La jugada tenía que ser rápida; mejor dicho, tenía que hacerse de inmediato. Beleth había regresado a su propia dimensión y no empezaría a buscarlo hasta que expirase el contrato. Pero entonces, él estaría muy lejos. Era el modo de hacerlo: cortar por lo sano y marcharse. ¡Pero a qué precio! La fábrica, los otros negocios, su casa, casi todos sus libros. Los libros no sólo pesaban, sino que además abultaban. Se llevaría algunos, los más importantes. Así tendría lo suficiente para empezar de nuevo, y también se llevaría su dinero, que ya era mucho.

¡A menos que Beleth lo pillase! ¡A menos que Beleth localizase su paradero!

¿Cómo había salido todo tan mal? En un determinado momento, había estado a punto de cortarle el cuello al chico, y de repente era su propia vida la que se hallaba en peligro; su vida y su alma. Beleth no se andaba con bromas porque los príncipes demoníacos no bromeaban. En cuanto el demonio lo atrapase, Brimstone era hombre muerto, y su alma, o lo que quedaba de ella, se utilizaría para insuflársela a un golem, para custodiar una estúpida tumba o para convertirla en tajadas que alimentasen a los niños pequeños de los demonios. Era horrible, espantoso, inimaginable.

Abrió la puerta de su despacho y gritó:

—¡Mozo!

No podía llevarse todo el dinero, ni siquiera con la ayuda del mozo. Tenía que abandonar demasiado: decenas de miles, cientos de miles de monedas. El dolor que sentía era casi físico. Tendría que volver a empezar donde nadie lo conociese, sin relaciones ni amigos. Bueno, la verdad era que no tenía muchos amigos, pero era una cuestión de principios. Y la idea de empezar de nuevo sin conocer a nadie le parecía una pesadilla. Tendría que vivir en una sombría callejuela de un asqueroso grupo de viviendas o en un inmundo estercolero de una aldea donde a nadie se le ocurriera buscarlo. Y cuando emprendiera otro negocio, tendría que procurar que no tuviese demasiado éxito. Después de desaparecer, no debía llamar la atención nunca, nunca, nunca más.

Un hombre estaba plantado en la puerta.

—¿Qué diablos quieres? —le preguntó Brimstone.

—Soy el mozo, señor. Usted ha pedido uno.

—Sí, es cierto —reconoció Brimstone—. ¿Puedes con eso?

Señaló el cofre de monedas de oro que estaba en el suelo, junto a la mesa.

El mozo cruzó el despacho y levantó el cofre para cargarlo sobre el hombro como

si fuera una pluma.

—Esto tiene un hechizo para flotar —dijo el hombre, bastante sorprendido.

—Llévalo escaleras abajo y colócalo en mi cabriolé; es el negro que está aparcado fuera —ordenó Brimstone—. Después vuelve aquí... —esbozó una sonrisa— a recoger la propina.

Cuando el hombre se marchó, Brimstone abrió el cajón de su mesa y examinó la colección de cuchillos que guardaba en él. Todos tenían la hoja larga y muy afilada. Brimstone escogió uno de filo curvo y hoja iónica, con el que decapitaría al mozo cortándole el pescuezo. Luego esperó escondido detrás de la puerta.

Le fastidiaba bastante cortar gargantas. Era increíble la cantidad de sangre que manaba de la yugular, y además se tardaba un montón en limpiarla. Pero, como no tenía intención de regresar a su despacho, le tocaría a otro apañárselas. Aunque era una lástima; siempre le había gustado aquel despacho. ¡Qué pena no volver a verlo!

Oyó los pasos del mozo fuera y se preparó para atacarlo en cuanto entrara. Le asestaría un golpe rápido, pasaría sobre el cadáver y saldría del edificio sin que nadie se diera cuenta. Los caballos eran nuevos y el cabriolé no tenía ningún distintivo. Podría pasar por un...

El mozo hizo girar el pomo de la puerta. Cuando Brimstone alzó el cuchillo, se le ocurrió una idea repentina. ¡No tenía que marcharse! ¡No era necesario esconderse! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¡Lo único que tenía que hacer era quemar *El Libro de Beleth*! Se quedó de piedra. ¡Qué fácil! El libro lo había introducido en el mundo de Beleth, pero, si destruía el libro, el demonio no tendría forma de llegar hasta él. Así solucionaría totalmente el asunto. Si quitaba a Beleth de en medio, Brimstone podía desentenderse del contrato y olvidarse del sacrificio del chico, que se había convertido en otro problema. Y Beleth ya no se apoderaría de su alma. Él conservaría su dinero, sus negocios y sus libros. De ese modo seguiría con la misma vida de antes, y cuando las cosas se calmasen un poco, haría otros planes para enriquecerse y ser más poderoso. ¡La vida volvía a ser maravillosa!

Brimstone soltó el cuchillo cuando el mozo entró en el despacho. El hombre se sobresaltó un poco al ver a Brimstone acechando detrás de la puerta, pero reaccionó enseguida.

—El cofre está en su carruaje, señor. Comentó algo sobre una propina, señor Brimstone... —dijo.

Brimstone sonrió.

—¡Y te lo has creído! —dijo alegremente—. ¡No me voy! ¡No me voy!

Brimstone pasó ante el mozo dando brincos y corrió escalera abajo hasta el callejón que conducía de la fábrica a sus aposentos y a la buhardilla. La habitación seguía hecha un desastre, tras la última invocación tan catastrófica, pero Brimstone, sin prestar atención a los restos esparcidos, fue directamente al armario y recitó el

código que desactivaba el hechizo protector del mismo. La puerta del armario se abrió de golpe ante él.

*El Libro de Beleth* no estaba allí.

Y cuando más tarde volvió a la fábrica, tampoco estaba su cofre con el dinero. Brimstone apenas pudo contener los gritos. ¡El condenado del mozo se había cobrado la propina por su cuenta!

El cielo se había nublado y había empezado a llover cuando Henry llegó a su calle. Se dirigió despacio hacia su casa con un aspecto deplorable. La voz del señor Fogarty le sonaba como un estribillo en la cabeza: «Tu madre. Quiere que vayas a casa. Ahora mismo. A casa ahora mismo. A casa ahora mismo. Ahora mismo, ahora mismo». Sabía muy bien por qué quería su madre que fuese a casa inmediatamente.

A pesar del frío roce de la lluvia, a Henry le ardía la cara. Lo que acababa de hacer le parecía increíble: en medio de la calle, delante de Anaïs, se había echado a llorar como un bebé. Sollozos atroces, estremecedores e incoherentes, entremezclados con llorosas disculpas, sin saber por qué tenía que disculparse.

Anaïs se había acercado a él (eso había sido lo peor de todo). Se le había aproximado, lo había abrazado por los hombros y lo había estrechado, como si fuera su madre o algo parecido. «Oh, Henry, ¿qué pasa? —le había dicho—. ¿Algo va mal?». Él había dejado que lo sostuviese. Olía bien, y era tierna y cálida. Pero en ese momento se sentía culpable, como si hubiese traicionado a su padre. «¿Quieres hablar del asunto?».

Henry no quería hablar. ¿Cómo iba a hablar a espaldas de su padre? Además, no podía hacerlo entre sollozos. Así que se había quedado allí, llorando, con la cabeza hundida en el pecho de Anaïs. Luego, para rematar las cosas y sin que pudiera remediarlo, de su nariz había salido un chorro de mocos que cayeron sobre la blanca y limpia blusa de la mujer. Y lo más terrible era que ella no se había enfadado, ni siquiera se había movido; siguió sosteniéndolo, mientras le acariciaba el pelo y le preguntaba qué sucedía, como si ella no lo supiese.

Cuando estuvo frente a su casa, reparó en que el coche de su padre estaba en la entrada.

Su madre debía de haberlo visto por la ventana porque lo esperaba en la puerta principal. Se las había arreglado para parecer nerviosa, enfadada y culpable al mismo tiempo.

—¿Dónde diablos te has metido, Henry? ¿No te dijo el señor Fogarty que vinieras a casa inmediatamente?

«He estado llorándole a tu novia, mamá». Pero, en vez de responder, Henry pasó por delante de ella, cabizbajo, chorreando agua sobre el felpudo de la entrada, donde se leía su mensaje de bienvenida. No le parecía que aquél fuera un día de bienvenidas, precisamente. Su padre salió de la cocina y le dedicó una leve sonrisa.

—Tu madre está un poco preocupada —dijo.

Henry se quitó el abrigo y lo dejó goteando en el perchero.

—Estás empapado —observó su madre—. Sube a cambiarte de ropa antes de que pesques un resfriado de muerte.

—Me parece que voy a tomar un baño —respondió con la intención de mostrarse rebelde, pues sabía que sus padres querían hacer una reunión familiar.

Se quedó callado, observando las contradictorias emociones que tensaban el rostro de su madre, y sintió una ligera punzada de culpabilidad y otra de satisfacción.

—Sí, muy bien, pero no tardes —dijo al fin su madre.

El baño había sido una mala idea. Permaneció en el agua caliente y jabonosa mientras contemplaba la lámpara y lo invadía el miedo. Lo que iba a suceder después no sería bueno y quería aplazarlo. Seguramente se divorciarían. Tal vez les pidiesen a Aisling y a él que ingresaran en una casa de acogida. No se le ocurría nada que no fuera una catástrofe. TPP: Todas las Posibilidades eran Pésimas. Cerró los ojos y deseó que existiese un lugar donde ocultarse.

Se puso unos vaqueros limpios, pero la única camisa que encontró era aquella absurda prenda de leñador que la tía Millie le había comprado por su cumpleaños. La miró con aire ausente y se la puso. Al diablo, no se trataba de un desfile de modas.

Sus padres debían de haber estado escuchando porque salieron de la cocina cuando él bajaba la escalera.

—Estamos aquí, Henry —anunció su padre—. ¿Puedes venir un momento? —Titubeó, y luego añadió con brusquedad—: Tenemos que hablar.

Henry entró en la cocina sin decir nada.

\* \* \*

El padre de Henry se hizo cargo de la situación.

—Sería mejor que estuviese aquí tu hermana, pero creemos que es conveniente hablar lo antes posible. Ya pondremos a Aisling al corriente cuando venga el fin de semana.

«Bienvenida a casa, Aisling. Tu madre se ha fugado con mi secretaria y yo acabo de reservar un billete para Australia».

—¿Quieres sentarte, Henry? ¿Te apetece un té o cualquier otra cosa?

—No te enrolles, Tim. —Interrumpió la madre con voz cansina, y luego le dijo a Henry—: Ya sé que has hablado con tu padre.

Henry asintió y se dirigió al frigorífico: dentro había una manzana cuidadosamente cortada en un platito. El chico la probó y le supo a serrín. Luego se acercó a la mesa, se sentó y se quedó mirando a sus padres con los ojos muy abiertos. Le parecía que ya no iba a lloriquear más porque había llorado todo lo que tenía que llorar.

—Creo que lo primero que debo decir es que este asunto no tiene nada que ver contigo ni con Aisling, Henry —afirmó su madre—. Me refiero a que, aunque evidentemente os afecta, quiero que sepáis que no sois... —movió la cabeza con



rigidez—, que no es culpa vuestra ni nada parecido. —Intentó terminar con una sonrisa.

Ella había estado leyendo sus libros de psicología. Cuando los padres se divorcian, a los hijos se les mete en la cabeza que la culpa es de ellos, y años después acaban por confesárselo al psiquiatra.

—No creo que sea culpa de nadie —comentó Henry.

Y se sorprendió a sí mismo, pues sonó mucho más maduro de lo que él era en realidad.

—Bueno, no. No, claro que no. Sólo quería estar segura de que vosotros... —Dejó la frase en suspenso.

Su pobre padre decidió meter baza otra vez. En realidad no estaba a la altura de su mujer, pero al fin y al cabo era un ejecutivo francamente bueno, y no un desgraciado.

—El caso es, Henry, que algo así cambia las cosas. Resulta inevitable, lo que la gente quiere... —murmuró.

—Estabas de acuerdo en que me encargase yo de esto —afirmó la madre de Henry en voz baja.

—Sólo quería tranquilizarlo... —se defendió su padre en un arranque de ira, pero lo dejó correr.

La madre de Henry tomó de nuevo la palabra.

—Tu padre me ha contado la conversación que habéis tenido esta mañana, y hemos estado hablando de la situación y hemos tratado de decidir qué se debe hacer. Él ha sido... —Parecía avergonzada y un poco celosa—, ha sido muy comprensivo. —Bajó la vista—. Seguramente más de lo que yo merezco. —Tras unos instantes volvió a mirar a Henry y dijo con un resoplido—: Hemos estado hablando casi todo el día y nos hemos dado cuenta de que esta situación no nos afecta sólo a nosotros dos. Está Aisling y estás tú. He mencionado a Aisling primero porque es más pequeña y le costará entenderlo. Tú eres mayor, así que... En fin, lo cierto es que ni tu padre ni yo podemos pensar sólo en nosotros mismos y en lo que deseamos. Nosotros, bueno, tenemos que considerar lo que sea mejor para Aisling y para ti. Y también para nosotros, por supuesto.

La mente de Henry no funcionaba. Casi siempre adivinaba lo que iban a hacer sus padres. Pero, en ese momento, no sabía si su madre intentaba prepararlo para el juicio del divorcio o para el pelotón de fusilamiento.

—Lo que quiero decirte —continuó la madre—, lo que quiero que sepas es que hemos discutido este tema desde todos los puntos de vista, y creo que antes de nada debo decir que no vamos a divorciarnos. Pensamos que no sería justo para vosotros. —Se humedeció los labios—. Pero vamos a separarnos. —Miró a Henry para calibrar su reacción, y tras unos instantes siguió—: No te preocupes; de momento no pasará nada. Tardaremos unas semanas, tal vez un mes, en organizarlo todo. Y no nos

separaremos completamente. Nos reuniremos de vez en cuando, como una familia, y así la situación se parecerá más a unas largas vacaciones, ya sabes, o como si uno de nosotros hubiera hecho un viaje al extranjero o algo por el estilo. —Al fin se calló sin dejar de mirar a Henry.

—¿Quién se queda con la casa? —preguntó Henry con desgana.

Su madre intercambió una mirada con su marido, que no contestó.

—Hemos pensado que es mejor que se traslade tu padre. —Dijo, y esperó la reacción de Henry; como no hubo ninguna, continuó más convencida—: En realidad, es lógico. Él puede encontrar un sitio más cerca del trabajo. —Se esforzó en sonreír—. Ya sabes que muchas veces se quedaba a dormir en el despacho; la verdad es que así será mucho más fácil para él.

Henry la miró asombrado. Su madre se creía lo que estaba diciendo.

—Esta casa está más cerca de la escuela —continuó la madre, refiriéndose a la escuela en la que ella daba clases.

—¿Quién se queda con los hijos? —preguntó Henry.

—¡No lo digas de esa forma! —suplicó su madre—. No vamos a dividir la familia.

—¿Y cómo quieres que lo diga?

Henry se sentía paralizado en su interior, como si en realidad no le importara nada. Lo único que quería saber era qué iba a pasar.

Su madre lanzó un suspiro.

—Creemos que el trastorno será menor si Aisling y tú os quedáis aquí, conmigo. Así no tendréis que trasladaros, ni hacer nuevas amistades, ni cambiar de colegio, ni nada de eso. Todo seguiría... igual que antes. Tu padre nos visitará, vendrá con frecuencia. —Se obligó a sonreír otra vez—. Tal vez lo veas incluso más que ahora, con todo lo que ha pasado en la oficina.

«¡Qué frase tan desafortunada, mamá!», pensó Henry, pero comentó:

—¿Va a venir Anaïs?

Su madre dudó y volvió a mirar a su marido. Luego se pasó la lengua por los labios con nerviosismo.

—Con el tiempo... y naturalmente si tú y Aisling estáis de acuerdo... me gustaría que Anaïs pudiese... visitarnos, tal vez incluso quedarse alguna vez. Sólo para ver cómo nos va a todos juntos. —Como no era capaz de mirar a su hijo a los ojos, miró por la ventana y añadió—: A largo plazo, ¿quién sabe?

—¿A largo plazo Anaïs puede venir a vivir aquí? —sugirió Henry.

—Es posible —admitió su madre—. Pero sólo si tú y Aisling estáis contentos con la idea. —Lo estaba observando y seguía pendiente de sus reacciones. A continuación, dijo—: Será divertido, Henry, será como tener dos madres. —Pestañeó—. Anaïs te gusta.

Claro que le gustaba Anaïs. ¿Cómo no iba a gustarle? Pero ¿dos madres? No, gracias. Ya tenía bastantes problemas con una sola.

—¿A ti te parece bien, papá? —le preguntó a su padre.

—No me gusta —respondió él—, pero parece la solución más justa.

¿Justa? Su madre tenía una aventura, luego se quedaba con la casa y con los niños y mandaba a su marido a buscarse la vida en otro sitio, y después instalaba a su amante en casa. Si había convencido a su padre de que aquello era justo, debería dedicarse a vender coches de segunda mano.

—¿Qué opinas tú, cielo? —le preguntó su madre.

Henry se encogió de hombros. A su madre no le importaba lo que él opinaba. ¿Por qué lo metía en medio?

—Es lo que papá y tú habéis decidido.

Henry se levantó.

—¿Adonde vas? —le preguntó su madre enseguida.

Henry la miró sin verla.

—A ver a Charlie —respondió—. He quedado con la señora Severs para merendar.

Sus padres se miraron mientras Henry se dirigía a la puerta.

—No se te ocurrirá hablar de esto con Charlie, ¿verdad? —le dijo su madre.

\* \* \*

—¿Que es qué? —le preguntó Charlie cuando se lo contó.

—Mi padre tiene una secretaria que se llama Anaïs, y mi madre tiene una aventura con ella.

—Entonces, ¿tu madre es algo así como homosexual?

Henry hizo un gesto afirmativo.

—¡Vaya! —exclamó Charlie—. ¡Qué guay!

La lluvia se había quedado en un chubasco pasajero, y se encontraban en el jardín de los Severs. La señora Severs, que tenía la idea de que los niños no crecían nunca, les preparó una merienda a base de salchichas, patatas fritas, palomitas de maíz, mermelada y un pastel de color rosa chillón, y los dejó solos para que hiciesen lo que les diese la gana. Las sobras estaban desperdigadas sobre la mesa del jardín, junto a dos botellas vacías de limonada. A Henry le había sorprendido su propio apetito. Detestaba lo que estaba pasando, pero, como ya sabía lo peor, tenía un extraño sentimiento de alivio.

—¿Te parece guay que mi madre sea lesbiana?

—Pues claro. ¿A ti no?

—Nunca se me había ocurrido pensarlo.

—A mí sí —dijo Charlie—. Me refiero al tema de los homosexuales, no a tu madre. Las chicas hablan mucho de eso en el colegio.

—¿En serio? —preguntó Henry, asombrado.

—Sí, naturalmente. —Charlie miró al cielo con cara de inocencia—. Algunas lo han... probado.

—¿Las chicas de tu colegio?

—Sí.

—¿Unas con otras?

—Pues claro, ¡de eso se trata! Se supone que es una fase que se pasa.

—¿Y tú has probado?

No, ella no podía haberlo hecho. Pero hasta aquella misma mañana tampoco lo hubiese creído de su madre.

Charlie se rió.

—No es lo mío. —Se ahuecó el cabello—. No estás disgustado, ¿verdad?

—¿Por lo de mi madre? Sí, estoy disgustado.

—Eso es de lo más anticuado, Henry.

—Me da igual —repuso Henry—. A mi padre le hace daño.

Charlie se quedó pensativa.

—Supongo que sí.

Era una chica bajita, de pelo rubio y ojos azules. Fuera del colegio, siempre la había visto con pantalones vaqueros y camisas de chico. A veces Henry pensaba que estaba chiflada, pero tenía la virtud de que se podía hablar con ella sobre cualquier tema. Y, además, tenía otra cosa buena: Charlie nunca contaba lo que le decían.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer? —contestó Henry.

—No sé —reconoció Charlie—. ¿Se van a divorciar?

—Dicen que no —respondió Henry—, pero es probable que lo hagan.

—Y ¿qué van a hacer ellos? ¿Permanecer juntos por el bien de los hijos? —Charlie puso los ojos en blanco.

—Algo parecido —asintió Henry.

Charlie le puso la mano en el brazo.

—Lo siento, Henry. Esto es muy triste para ti, ¿no?

Henry se mordió el labio y asintió de nuevo.

—Sí, sí es triste.

—Mi madre y mi padre se divorciaron —le contó Charlie.

Henry frunció el entrecejo.

—¿Volvieron a juntarse?

El señor y la señora Severs le habían parecido siempre una pareja que se llevaba bien y que no tenía nada de que preocuparse.

—Peter no es mi verdadero padre, Henry. —Charlie sonrió ligeramente.

—¿De verdad?

Charlie asintió.

—Mi madre se divorció de mi verdadero padre cuando yo tenía tres o cuatro años. Solía llegar a casa borracho y le pegaba. Ella seguía con él por el bien de los hijos; bueno, en este caso, de la hija. Una noche le rompió un brazo, y a mí me sacó de la cama y me tiró al suelo. Me salieron moretones y lloré un montón. Entonces mi madre creyó que era demasiado. Me sostuvo con su brazo sano, y nos fuimos. Luego contrató a un abogado. Dieciocho meses después conoció a Peter, y la segunda oportunidad ha sido muchísimo mejor.

Henry la miraba boquiabierto.

—No tenía ni idea.

—Ya —dijo Charlie—. Nadie lo sabe. Cuando mi madre volvió a casarse, Peter me adoptó legalmente, para que llevara su apellido, como mi madre. Peter es estupendo.

—¿Y qué ocurrió con tu verdadero padre?

—¿Que qué pasó?

—¿Lo ves alguna vez?

—No. —Charlie negó con la cabeza.

—¿Nunca?

—No.

—¿Dónde vive?

—No lo sé.

—¿No quieres verlo? —le preguntó Henry.

Charlie volvió a decir que no con la cabeza.

—Ni siquiera sé qué pinta tiene —afirmó como si fuera una especie de ventaja—. No me acuerdo de él, y mi madre quemó todas sus fotografías. Dice que era una mierda de tipo.

—Es lógico —dijo Henry muy serio.

De pronto, Charlie esbozó una espléndida sonrisa.

—En fin, el caso es que no eres el único que tiene uno de los padres que es un sinvergüenza. El mío desapareció hace mucho tiempo. Lo que importa, Henry, es que todo salga bien. Peter es tan buen padre como cualquier otro, y desde luego mejor que mi verdadero padre. Mi madre y él son felices juntos, más o menos. Nunca se sabe, tal vez a la larga lo de tus padres pueda ser bueno.

—Ahora no lo parece demasiado que digamos —confesó Henry.

Horrorizado, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas otra vez. Volvió la cara, pero Charlie se dio cuenta.

La chica hizo exactamente lo mismo que había hecho Anaïs. Se acercó a la silla

de plástico que ocupaba Henry, lo abrazó por los hombros y apoyó la cabeza de su amigo en su pecho. Charlie apenas tenía pecho, así que no era lo mismo, y Henry dejó de llorar.

—Debes de haber tenido un día de mil demonios —comentó Charlie sin soltarlo.

Una mariposa revoloteaba sin rumbo junto al seto. Henry se sobresaltó, pero luego se tranquilizó.

«Ni te lo imaginas», pensó.

Aisling llegó a casa el viernes por la noche con un montón de cosas que contar sobre un poni llamado *Chester* y un estúpido instructor que se llamaba Damien Middlefield. Se asombró mucho cuando sus padres no quisieron escucharla y la llevaron al salón para explicarle, por primera vez, que la vida no era un camino de rosas. Henry se quedó en la cocina esperando pacientemente; se tomó un yogur y dos pastelillos de chocolate y nueces, pero cuando se hizo tarde se fue a la cama. A la mañana siguiente, encontró a Aisling absorta en su mundo.

—Es muy grande —le contó, entusiasmada—, pero muy bueno. Y por muy altas que coloquen las vallas, prueba a dar el *salto*; siempre lo intenta. ¡Ojalá pudiera meterlo en la maleta y traérmelo a casa! —Estaba hablando de *Chester*, el caballo maravilloso—. ¿Crees que papá y mamá me dejarán tener un poni? Bueno, hay sitio, aunque tendríamos que deshacernos de la pérgola. Es posible que *Chester* esté en venta, y si papá comprara el campo del doctor Henderson, tendríamos pasto de sobra y yo podría...

—¿Qué te han dicho? —le preguntó Henry.

Estaban solos en casa. Su madre se había ido de compras y su padre se había marchado a la oficina, a pesar de que era sábado. Los dos habían insistido en que no volverían hasta la tarde. A Henry le parecía una maniobra para dejar que Aisling y él hablasen del asunto.

—Bueno, la verdad es que no les he consultado lo de *Chester* —respondió Aisling—. Me refiero a que sólo lo dejé caer, pero...

—¡Oh, vamos, Aisling! —dijo Henry, cansado—. Tenemos que hablar en serio alguna vez.

—¿Hablar de qué?

—De lo que pasa entre papá y mamá.

—¿Y qué pasa entre papá y mamá? —preguntó Aisling, radiante.

Henry la habría estrangulado de buena gana.

—¿No te han dicho que mamá tiene un lío con la secretaria de papá? —le dijo descarnadamente.

—¡Ah, es eso! —repuso Aisling—. No significa nada. Mamá no es homosexual.

—¿Mamá no es homosexual? —repitió Henry.

—No —respondió Aisling con desdén, y echó un vistazo a su alrededor, como si buscara una vía de escape—. ¿No tienes que ir a trabajar a casa de ese viejo bobo, Fogarty o como se llame?

Henry pasó por alto la pregunta.

—¿Te dijeron que se van a separar? ¿Que papá se marcha a otro sitio y que nosotros nos quedamos aquí con mamá?

—No durará mucho —afirmó Aisling, muy segura.

—¿El qué?

—Eso de que mamá y papá se separen. Lo de mamá no es serio, es como una menopausia anticipada o algo así, y no es lo mismo que si hubiese otro hombre. Está en una edad en que a las mujeres les gusta experimentar. Eres un chico y no puedes entenderlo. Cuando se acabe, papá volverá. Ni siquiera llegarán a separarse. Han dicho que tardarán bastante porque papá tiene que buscar piso, y mamá romperá con Anaïs antes de que lo encuentre.

Henry nunca había creído que su hermana fuese un cerebritito, pero aquello era de pena.

—¿Y crees que papá la perdonará... y todos tan contentos?

—¿Y qué tiene que perdonarle? No se trata de otro hombre.

Henry renunció. Aisling no solía ser muy razonable, y en ese momento resultaba totalmente absurda. La gente asimilaba ese tipo de noticias como podía. Evidentemente, Aisling prefería pensar que todo iba a salir bien y que nada cambiaría. Y si cambiaba, tardaría mucho. Así que podía volver a concentrarse en las cosas importantes de la vida, como por ejemplo convencer a su padre de que le comprase un poni.

—Vale —dijo Henry.

—¿Vale qué? —preguntó Aisling con suspicacia.

—Vale, no ha pasado nada.

Se levantó y se puso la chaqueta.

—¿Adonde vas?

—A trabajar a casa de ese viejo bobo de Fogarty —respondió Henry.

—¡Tal vez si estuvieses un poquito más en casa, no habría ocurrido nada de esto!  
—explotó Aisling enfadándose de pronto.

Henry la miró boquiabierto. Acababa de pasar una semana en su maldito Poni Club, vivía en casa como en un hotel, y se atrevía a decirle a él que debería haber estado más en casa. Sin darle tiempo a pensar una respuesta adecuada, resentida e hiriente, Aisling continuó:

—¿Y qué me dices de ese horrible individuo, Fogarty? Me refiero a que es un viejo que vive solo, sin haberse casado. ¿Qué pasa con un tipo así que quiere que un chico vaya a su casa dos o tres veces por semana? ¿Estás seguro de que mamá es la única homosexual de la familia, Henry?

—¡Cállate! —gritó Henry, y agarrándola por los brazos, la sacudió hasta que la cabeza de la niña se movió como si fuera una muñeca de trapo—. ¡Tú... cállate... de una vez!

Pero en el fondo sabía que su hermana no hablaba con él ni acerca de él. Gritaba para aplacar sus propios miedos y trataba de culpar a alguien de lo que sucedía entre



sus padres.

—De acuerdo —lo desafió Aisling—. ¿Qué haces en su casa?

El pensamiento que le vino a la cabeza («rescatamos elfos») le pareció tan ridículo que estuvo a punto de sonreír. Hizo un enorme esfuerzo para controlar la voz y hablar en tono tranquilo y razonable.

—Le limpio la casa, y a veces el cobertizo. Todo está un poco abandonado. Debe de tener ochenta años.

Pero el talante de Aisling no era tranquilo ni razonable.

—¿Y eso es lo único que haces? —le preguntó a la cara—. ¿Sólo limpiar?

—No, en realidad no. No sólo limpio.

La expresión de Aisling reflejaba un triunfo absoluto, y continuó mirándolo y esperó que siguiese.

«¡Qué demonios! De todas formas no me va a creer», pensó Henry. Había una especie de justicia poética en el hecho de contarle la verdad. Henryladeó un poco la cabeza y al fin sonrió.

—De hecho, hemos salvado una mariposa, un pequeño elfo con alas que se llama Pyrgus.

Antes de que Aisling reaccionase, Henry se encaminó a la puerta.

Cuando la cerró, oyó los explosivos y repentinos gritos de su hermana.

—¡Tú sí que eres una mariposa, Henry! ¡Eres un maldito, un maldito marica!

\* \* \*

Tanto en la parte delantera de la casa del señor Fogarty como en la parte de atrás había unos cuantos metros de césped mustio. La hierba estaba gris, como si el hollín la hubiera tizado, y casi nunca hacía falta cortarla, pues la tierra era mala y apenas se regaba. Al señor Fogarty le venía muy bien que fuera así, ya que no le gustaba trabajar en la parte delantera, donde todo el mundo lo veía. En una ocasión, Henry se ofreció a cortar la hierba, pero al señor Fogarty le pareció que era demasiado joven para manejar un cortacésped. Lo raro era que el anciano tenía una de esas máquinas, que era potentísima, pero demasiado grande para la extensión de hierba de su jardín. La guardaba en el fondo del cobertizo, engrasada, llena de combustible y envuelta en plástico.

Henry pulsó el timbre de la puerta principal y luego dio unos golpes con la aldaba. Algunas veces el señor Fogarty tardaba casi cinco minutos en llegar a la puerta, y otras veces no hacía el menor caso, así que Henry se dirigió hacia la parte de atrás y tamborileó en la ventana de la cocina. La reacción del anciano fue inmediata.

—¡Fuera! —gritó la voz del señor Fogarty desde dentro—. ¡Vamos... Lárguese!

Henry se agachó y abrió el buzón.

—Soy yo, señor Fogarty —dijo pacientemente.

A continuación se enderezó y esperó.

Poco después la puerta se abrió un poquito, y asomaron tos ojos legañosos de Fogarty.

—¿Eres tú, Henry?

—Sí, señor Fogarty.

Fogarty abrió la puerta un poco más y asomó la cabeza. Tras escudriñar los dos lados de la calle, sacó un brazo para agarrar a Henry y estirarlo hacia dentro.

—¿Dónde demonios has estado? —murmuró cerrando la puerta de golpe, y sin venir a cuento esbozó una de sus extrañas sonrisas—. Hay alguien a quien quiero que conozcas. Vamos, vamos.

Henry lo siguió hasta la salita. Como el resto de la casa, estaba llena de cajas de cartón y de pilas de libros, y se tenía que pisar con mucho cuidado para ir de un lado a otro. El señor Fogarty había pegado papel de estraza en la parte de abajo de los cristales para que los vecinos no pudiesen ver el interior, y por eso la habitación siempre estaba en penumbra. Al principio, Henry no reparó en que hubiera nadie más allí, aparte de Fogarty y de él mismo. Pero entonces se produjo un movimiento a su izquierda, y un chico pelirrojo de su misma edad se levantó de un raído sofá.

—¡Hola, Henry! —lo saludó.

—Hola... —respondió Henry, dudoso—. ¿Te conozco?

El chico tenía unas facciones francas y alegres, y una forma muy especial de vestirse que Henry jamás había visto. Su ropa era oscura y holgada, del estilo del equipamiento militar que tanto gustaba a algunos chicos, aunque con un corte y un color muy diferentes.

—Pyrgus —respondió el muchacho sonriente extendiendo la mano—. Soy Pyrgus Malvae.

Henry frunció el entrecejo y se preguntó quién era Pyrgus Malvae, hasta que tuvo un presentimiento.

—¡Pyrgus! ¡Eres tú! Pero... pero... —Henry miró al señor Fogarty, que sonreía de oreja a oreja, y luego volvió la vista hacia Pyrgus—. ¿No tienes alas?

—Ya no. —Pyrgus hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¡Y eres... grande!

—¿Te has fijado?

Henry tomó la mano que le ofrecía el chico y la estrechó. La piel resultaba de una dureza y de una rugosidad sorprendentes. Henry giró la cabeza para mirar al señor Fogarty.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Yo no hice nada —respondió Fogarty—. Es algo que simplemente pasó.

—Ocurrió durante la noche —explicó Pyrgus—. Cuando me acosté era una cosita

con alas, y me desperté normal.

—¡Caramba! —exclamó Henry.

No podía creer que el robusto muchacho que tenía delante fuese el mismo que aquella delicada criatura que se había sentado en su hombro un par de días antes.

Los ojos de Fogarty resplandecían.

—Y hay otra cosa, debes llamarlo Alteza. Le has dado la mano al príncipe Pyrgus.

—No le hagas caso —dijo Pyrgus.

En ese momento era Henry el que sonreía.

—¿Eres un príncipe? —Pyrgus no tenía aspecto de príncipe.

Pyrgus resopló entre dientes con gesto incómodo.

—La verdad es que sí. Mi padre es el Emperador Púrpura, pero todo el mundo me llama Pyrgus.

—Han pasado muchísimas cosas desde que te largaste a tu casa —le comentó Fogarty agriamente—. Pyrgus dice que es posible que los elfos de la noche estén detrás de las abducciones de los ovnis.

—Un momento... —dijo Henry, perplejo—. ¿Cómo hemos llegado a las abducciones de los ovnis? ¿Y qué son los elfos de la noche?

—El señor Fogarty me ha contado que unos pequeños seres de ojos grandes y miembros delgados se dedican a secuestrar a vuestra gente. Los elfos de la noche utilizan a criaturas así, a las que llamamos «demonios» en mi mundo —explicó Pyrgus.

«Demonios. Pyrgus era otro chalado como el señor Fogarty», pensó Henry.

—¿Y cómo son esos elfos? —preguntó con cautela.

—Es un poco difícil de explicar —respondió Pyrgus—. Son muy diferentes de los elfos de la luz.

Henry estaba empezando a marearse.

—¿Qué son los elfos de la luz?

—Los míos —le dijo Pyrgus, muy contento.

—Ahora entiendes lo importante que es que estés aquí —le indicó Fogarty a Henry.

—Pues no —reconoció Henry.

—Ya podemos mandar a Pyrgus de vuelta —aclaró Fogarty con paciencia—. Vamos a ayudarlo por su propio bien, naturalmente, pero hay otra razón, ¿verdad? Cuando regrese a su mundo, hará que su padre cierre los portales que utilizan los demonios. Y se acabará el tema de las abducciones.

—Comprendo —dijo Henry. Portales. Elfos. Abducciones de ovnis. Demonios. Se fijó en el papel de estraza pegado en las ventanas. Aquello era un manicomio parecido al que acababa de dejar en su casa—. Es importante que me quede para que

podamos mandar a Pyrgus de vuelta.

—Bien —dijo Fogarty, que ya estaba impaciente—. Ahora te voy a enseñar cómo vamos a hacerlo.

\* \* \*

—No existen los platillos volantes —le susurró Henry a Pyrgus mientras seguían al señor Fogarty hasta la cocina

—Pero el señor Fogarty me ha contado que el año pasado fueron abducidos seis millones de norteamericanos. Y los norteamericanos son personas, ¿no? —dijo Pyrgus con el entrecejo fruncido.

—Sí, claro que son personas. Pero eso no ha sucedido. Es el señor Fogarty el que lo cree.

—¿Y por qué piensa eso? —quiso saber Pyrgus, asombrado.

«Porque está loco de atar», pensó Henry.

—¿Qué estáis cuchicheando? —preguntó Fogarty con suspicacia. No soportaba que la gente cuchichease.

—Nada, señor Fogarty —respondió Henry.

Había un enorme plano sobre la mesa de la cocina. En él estaba representada una máquina que no se parecía a ninguna otra que Henry hubiera visto en su vida. Tenía dos símbolos en los que ponía «bobinas de Tesla» y daba la impresión de que se referían a algo eléctrico por el dibujo de una especie de transformador. Pero también estaban diseñadas piezas convencionales: dientes, palancas y ruedas de las que se veían en los molinos de harina Victorianos. Lo más raro de todo era el esquema de *un* circuito en el que figuraba el título «Máquina de Hieronymus». De un extremo salía una antena en espiral, que emitía (o absorbía) un pequeño destello centelleante junto al que el señor Fogarty había escrito «radiación elóptica» con claras letras mayúsculas. Henry lo comprobó dos veces para asegurarse, pero la máquina de Hieronymus no se conectaba por ninguna parte con el transformador.

—¿Qué es esto? —preguntó al señor Fogarty levantando la vista hacia él.

—Es un diseño para el primer portal, totalmente artificial, entre los Mundos Análogos —le explicó Fogarty con orgullo.

Henry miró a Pyrgus, y luego se concentró otra vez en el plano. Salvo los dientes y las ruedas, que entendía bastante bien, lo demás le resultaba incomprensible.

—¿Cómo funciona? —preguntó.

—Mientras tú estabas trasteando por tu casa —comenzó Fogarty, resentido—, pyrgus y yo hemos trabajado en esto. Pyrgus me contó todos los detalles que recordaba de su portal y deduje al fin que el principio básico tenía que ser el mismo que el de la máquina de Hieronymus.

—¿Qué es una máquina de Hieronymus? —le preguntó Henry.

—¿Es que no te enseñan nada en el colegio? —Fogarty lo fulminó con la mirada—. La primera la patentó Galen Hieronymus en mil novecientos cuarenta y nueve. Era un aparatito que servía para detectar el contenido de metales de las aleaciones. Si alguien te vendía un lingote de oro, podías utilizarla para saber si era de oro o no.

—Nunca había oído hablar de... ¿cómo se llama? ¿Hieronymus? Jamás lo había oído —confesó Henry, un poco fastidiado.

—Porque no tuvo éxito —le dijo Fogarty—. Había un problema: sólo una de cada cinco personas sabía utilizarla.

—¿Era demasiado complicada? —preguntó Henry.

—¡Qué va! Sólo había que ponerla en marcha, colocar una muestra junto a la bobina receptora, y descifrar el resultado con las yemas de los dedos sobre una placa de detección. Chupado.

—Entonces, ¿cuál era el problema?

—Nadie lo sabía —respondió Fogarty—. Pero un personaje que se llamaba Campbell lo averiguó. Hizo experimentos con personas que eran capaces de poner la máquina en funcionamiento. Uno fue un chico no mucho mayor que tú. Puso en marcha la máquina, la sintonizó y examinó un montón de muestras. Funcionó de maravilla. Entonces, Campbell se dio cuenta de que se había olvidado de enchufarla.

—Eso es imposible. —Repuso Henry. No sabía mucho de artefactos eléctricos, pero sí lo bastante para entender que no funcionaban sin corriente. De pronto, se le ocurrió una idea—: Tal vez captase la electricidad estática o algo parecido.

—Campbell lo comprobó —explicó Fogarty—. No era estática. Al hacer una prueba de fases, se vio que en ella no había electricidad de ningún tipo. Parecía una máquina eléctrica, funcionaba como una de ellas (con una válvula que se paraba, pues entonces se utilizaban válvulas), pero no era una máquina eléctrica. Tenía que funcionar de otra manera. Era la única posibilidad lógica. Por último, descubrieron que lo que la hacía funcionar era la fe.

—Me está tomando el pelo, ¿verdad? —comentó Henry al cabo de unos segundos.

Fogarty, que no tenía el más mínimo sentido del humor, lo miró muy serio.

—Henry —empezó—, todo el mundo sabe poner en funcionamiento un aparato eléctrico porque estamos acostumbrados a ellos. Siempre funcionan. Y lo mismo ocurrirá si construyes algo que parezca un aparato eléctrico (y lo haces bien, con todas las piezas en su sitio): funcionará. Es algo que sucede entre tu mente y el aparato. Salvo cuando, entre cinco patanes, sólo uno tiene fe.

Henry miró a Pyrgus.

—¿Tú lo entiendes?

—Desde luego —respondió Pyrgus con sinceridad—. Los magos utilizan ese

principio en mi mundo.

—No importa que no lo entiendas. Es una teoría sólida —dijo Fogarty—. Esto funcionará. Lo único que nos falta es construirlo.

Henry volvió a mirar el plano.

—¿Y de dónde va a sacar las piezas?

—Tengo un montón de trozos y de piezas aquí —admitió Fogarty—, y sé dónde venden bobinas de Tesla. Pero hay uno o dos componentes de los circuitos de Hieronymus que tal vez nos den un poco la lata si tenemos prisa. Y la tenemos.

—¿Y dónde podemos conseguirlos? —preguntó Henry inocentemente.

—Tendrás que robarlos en el colegio —respondió Fogarty.

Henry se encontró con otro montón de problemas cuando llegó a casa. Aisling, que creía que sus padres no se separarían y que su mundo perfecto no sufriría ninguna interferencia, había decidido de pronto creer que Henry había salvado a un elfo, aunque seguramente sólo estaba metiendo cizaña.

—Nos preocupa ese asunto de los elfos —dijo su padre de repente después de la cena.

—¿Qué asunto de elfos? —Henry se quedó mirando a sus padres.

¡Aisling se lo había *contado*! ¡La muy bruja se lo había contado! A Henry no se le había ocurrido que su hermana lo tomara en serio, ni se había preocupado por la manera en que se lo había dicho. Probablemente ella no lo había creído ni por asomo, pero se lo había explicado a sus padres de todas formas.

—No hay mucho que decir. —Henry se encogió de hombros.

—Bueno, yo no lo creo así —afirmó su padre con una sonrisa—. Me refiero a que no entiendo cómo un chico sensato como tú empieza a creer en los elfos de repente. —La sonrisa desapareció—. Pero he hecho averiguaciones y sé unas cuantas cosas del señor Fogarty. Francamente, deja mucho que desear. Cree en los elfos, ¿verdad? Y en invasiones de hombrecillos verdes, y en que un complot judío secreto gobierna el mundo.

—Él nunca ha dicho que los judíos... —Henry intentó aclarar las cosas, pero su padre no lo escuchaba.

—Existe una palabra para eso —dijo el señor Atherton—. No sé si la conocerás, Henry. Se llama paranoia, y es un tipo de locura.

Henry conocía muy bien la palabra «paranoia». Incluso sabía que el señor Fogarty la padecía casi todo el tiempo. Era una de sus características más interesantes. Pero eso no significaba que el viejo fuese una especie de Hannibal Lecter, por ejemplo, que cortaba a la gente en pedacitos y se la comía. Decía muchas tonterías y era un pelmazo impresionante, pero a Henry le caía bien.

—Papá, yo...

—El caso es, amiguito —lo interrumpió su padre muy serio—, que el hecho de que el señor Fogarty crea en los platillos volantes no significa que tú también tengas que creer en ellos. Y porque sea antisemita...

—Papá, no es antisemita.

La verdad es que los suizos no le gustaban mucho, por lo que Henry sabía, pero los suizos no eran judíos, ¿verdad? A Henry le parecía que casi todos eran protestantes.

—... no tienes por qué odiar a los judíos. Y aunque él crea en los elfos, tú no te vas a pasar el tiempo persiguiendo rayos de luna.

—Papá, lo del elfo lo dije para fastidiar a Aisling.

—Ya me parecía a mí —intervino su madre—. Pero da igual, ésa no es la cuestión, ¿no? El señor Fogarty no puede considerarse un... —dudó— amigo adecuado para ti, ¿no crees, Henry?

—Mamá, sólo limpio su casa —respondió Henry intentando salvar la situación.

—A tu hermana le parece que hay algo más —dijo su madre.

—Mamá, Aisling no sabe nada del señor Fogarty. Y aunque lo supiera, ella no es precisamente...

—Pero has de reconocer que tiene algo de razón —lo interrumpió su madre.

—¿Razón sobre qué? —preguntó Henry.

Martha Atherton dio un respingo.

—Un hombre de mediana edad... Un joven influenciado. No eres un niño, Henry.

—En primer lugar, el señor Fogarty no es un hombre de mediana edad. Es un viejo. Es muy viejo; debe de tener setenta y cinco años, tal vez ochenta o más. El sexo ya no le importa.

—¿Quién ha hablado de sexo? —preguntó su madre—. Yo no he mencionado el sexo.

Era una de sus trampas, pero Henry no iba a dejar que se saliese con la suya.

—Es lo que querías decir, ¿verdad, mamá? Te preocupa que el señor Fogarty y yo seamos... seamos... —No fue capaz de terminar la frase.

—Admite que existe esa posibilidad. Tienes que...

—No existe esa posibilidad, mamá. No me atraen los viejos. ¡Me gustan las chicas! —Esta vez fue Henry quien la interrumpió.

—¿Sabías que tu maravilloso señor Fogarty tiene antecedentes penales? —le preguntó su madre fríamente.

\* \* \*

Ya en su habitación, mucho después del enfrentamiento, Henry contempló la figura del cerdo volador y se preguntó qué le había sucedido a su vida. Giró el resorte, y el cerdo despegó con suavidad batiendo las alas de cartón. A Henry le parecía que lo había construido en otra época de su existencia, cuando era niño. Pero ya no tenía nada de niño, sino que en ese preciso instante se sentía más viejo que el señor Fogarty, a quien le habían prohibido que volviese a ver.

¿Antecedentes penales? Su madre no quiso contarle nada más, ni siquiera cómo se había enterado, pero su padre parecía avergonzado, así que Henry supuso que aquel detallito sería parte de las «averiguaciones» que él había hecho. Henry no se lo creyó. Su padre confundía las cosas, igual que su madre. No era posible que el señor



Fogarty tuviese antecedentes penales; por Dios bendito, tenía casi ochenta años, o tal vez más. ¿Qué antecedentes penales iba a tener una persona de ochenta años? ¿Acaso había aplastado a alguien con la libreta de pensionista?

Sus padres no quisieron escucharlo. Ninguno de los dos. Tampoco lo logró cuando probó el viejo truco de enfrentarlos uno contra otro. En lo tocante a Fogarty se mantenían hombro con hombro, dejando a un lado todas sus diferencias. Henry no volvería a verlo.

El chico se tumbó en la cama, con las zapatillas de deporte puestas, y volvió a repasar la conversación que había tenido con el señor Fogarty.

\* \* \*

—¿Y dónde podemos conseguirlas? —preguntó Henry refiriéndose a las piezas de la máquina de Hieronymus.

—Tendrás que robarlas en el colegio —respondió Fogarty.

Henry parpadeó y dijo algo bastante estúpido.

—Está cerrado por las vacaciones de verano.

—Así es más fácil birlarlas, ¿no crees? —refunfuñó Fogarty.

—¡No pienso robar cosas del colegio! —protestó Henry—. ¡De ninguna manera!

—Bueno, pues yo no puedo hacerlo —repuso Fogarty—. Apenas soy capaz de ir hasta el final de la calle, y mucho menos de saltar una tapia. Tendrás que hacerlo, Henry. Pyrgus te ayudará. ¿Verdad, Pyrgus?

—Sí —respondió Pyrgus inmediatamente.

—¿Está usted loco? —le preguntó Henry a Fogarty—. ¿Qué ocurrirá si me atrapan?

Fogarty le lanzó una mirada fulminante.

—¿Sabes cuántos robos se descubren en este distrito? El diez por ciento. ¡El diez por ciento! Uno de cada diez. ¿Entiendes lo que significa? Y de éstos, la mitad no se castigan por falta de pruebas o por alguna chorrada legal. Además, sólo atrapan a los estúpidos. Con un poco de planificación y otro poco de sentido común saldrás de allí en menos que canta un gallo. ¡Es un colegio vacío! ¡No te estoy pidiendo que robes las joyas de la Corona!

—No pienso hacerlo —reiteró Henry.

—Quieres que Pyrgus regrese, ¿verdad?

—Sí —respondió Henry, enfadado—. Quiero que Pyrgus regrese. Pero no quiero robar cosas en mi colegio, ni en ningún otro sitio.

—Te diré lo que vamos a hacer —afirmó Fogarty—. Las devolveremos después. Así no será un robo, sino un préstamo. Como eres tan remilgado, lo consideraremos un préstamo a corto plazo.

A Henry le molestó que lo llamase remilgado, pero prefirió no contestar.

—¿Qué significa que las devolveremos? Pyrgus se habrá ido, y usted no puede llegar ni al final de la calle. Entonces, soy yo el que tendré que devolverlas. Y eso me obliga a entrar en el colegio dos veces. No pienso hacerlo.

—¿Y si encuentro a alguien que devuelva las cosas? ¿Lo harías?

—¿A quién? —preguntó Henry—. ¿A quién va a encontrar que lo haga?

—Tengo mis contactos —explicó Fogarty.

—¡Pues entonces que vayan a robar sus contactos! —le dijo Henry de mal humor.

—No hay tiempo. Pyrgus tiene cosas que hacer —rezongó—. En fin, ya veo que no tienes ningún reparo en aceptar las cosas, siempre que no tengas que participar.

—Lo que me da reparo es robar: entrar en un sitio por la fuerza y robar cosas. Claro que sí. No pienso hacerlo.

—Henry, ¿te importaría al menos mostrarme dónde está tu colegio? Yo iré y buscaré las cosas que necesitamos —se ofreció Pyrgus.

Henry lo miró, asombrado.

—¡No puedes ir por ahí robando cosas!

—Sí puedo —afirmó Pyrgus—. No me gusta hacerlo, pero alguien ha intentado matarme, mi padre tiene problemas y hay una fábrica que hace pegamento con gatos ahogados. Si para acabar con todo eso tengo que robar algunas cosas, lo haré. Y con más motivo si el señor Fogarty puede arreglárselas para devolverlas.

Henry abrió y cerró la boca varias veces, pero no dijo nada. Fue Fogarty el que habló.

—No saldrá bien, Pyrgus.

—¿Por qué no?

—Porque no sabes qué estamos buscando.

—Puede darme una lista. —Pyrgus frunció el entrecejo.

—Claro que puedo —dijo Fogarty—, pero no la entenderás. ¿Sabes cómo es un transistor?

—Hágame un dibujo —respondió Pyrgus tras unos instantes.

—No se me da bien dibujar. Además, necesitamos un montón de piezas. Le puedo dar una lista a Henry porque él va al colegio, recibe clases en el laboratorio, sabe dónde están las piezas y cómo son. Tiene que ser Henry.

Pyrgus lanzó una mirada de súplica a Henry.

—¿Podrías al menos acompañarme y señalarme las piezas, Henry? Yo me encargaré de robarlas. Y si nos capturan, diré que te he obligado a ayudarme.

—Muy bien, lo haré. Conseguiré lo que hace falta. Haga una lista —dijo Henry con un suspiro.

—¡Así se habla! —exclamó Fogarty con entusiasmo.

—No es necesario que me acompañes, Pyrgus —indicó Henry—. No tiene

sentido que nos capturen a los dos.

—Iré —declaró Pyrgus con firmeza.

—¿Cuándo quiere que lo haga? —le preguntó Henry al señor Fogarty.

—Mañana por la mañana —respondió el señor Fogarty enseguida—. Mañana es domingo, y no habrá nadie por allí.

\* \* \*

Al día siguiente era domingo, pero Henry estaba tumbado sobre la cama, lleno de frustración, y no se le ocurría cómo podría hacerlo. El plan consistía en ir a casa del señor Fogarty por la mañana temprano para recoger la lista y a Pyrgus. Luego el elfo y él tenían que ir al colegio, entrar en el edificio si no había nadie a la vista, y llevarle las piezas necesarias a Fogarty, como si fuesen dos personajes de *Oliver Twist*. Después los tres pasarían el resto del día montando la extraña máquina de Fogarty. La disculpa era muy sencilla: el señor Fogarty quería que Henry hiciese un día de trabajo extra.

Pero la disculpa ya no servía, pues a Henry le habían prohibido que viese al anciano.

Y lo que era aún peor: al día siguiente iban a hacer una comida familiar en el campo. Como su madre tenía una aventura, las preocupaciones habían sacado a su padre de sus casillas y su hermana estaba enamorada de un caballo, lo que había que hacer era una comida familiar para fingir que todo era normal y que estaban encantados. Henry cerró los ojos. La comida campestre no le permitiría escabullirse a casa del señor Fogarty sin que sus padres se enterasen. Se suponía que tenía que estar con ellos, espantando las moscas de la comida. Le daba la impresión de que aquella salida era sólo un pretexto para vigilarlo.

Pero ¿qué podía hacer?

Al cabo de un rato, se levantó y se quitó las zapatillas deportivas, fue hasta la puerta de la habitación y se dedicó a escuchar. La casa estaba tranquila. Una hora antes había oído a sus padres que se retiraban a sus dormitorios separados, y con un poco de suerte tal vez estuvieran dormidos. Pero, aunque no fuera así, no era probable que volviesen a bajar. Hacía un rato que había oído llegar a Aisling (siempre daba un portazo), y supuso que también ella estaría en la cama.

Henry abrió la puerta. El descansillo estaba oscuro, salvo por la tenue luz de una bombilla de bajo voltaje que había en la pared para poder ir al cuarto de baño de noche sin caer por la escalera. Cruzó el descansillo en calcetines y se asomó a la barandilla. En el piso de abajo las luces estaban apagadas, pero se veía bastante bien gracias al resplandor de la luna, que se colaba a través de las cortinas. Echó un vistazo a su alrededor. Había un rayo de luz bajo la puerta de la habitación de

invitados. Seguramente su padre estaba leyendo, pero, una vez se acostaba, nunca se levantaba hasta el día siguiente. En los dormitorios de su madre y de Aisling las luces estaban apagadas. Henry bajó la escalera de puntillas.

En la sala había un teléfono y una extensión en la cocina. Henry se decidió por el de la sala porque estaba mucho más lejos de la escalera. Tenía dos números del señor Fogarty, el del teléfono de su casa y el de su móvil. No se podía llamar al teléfono de la casa durante el día porque el anciano se empeñaba en no contestar, pero Henry no creía que tuviese el móvil conectado a aquella hora de la noche, así que marcó el número de la casa. Al quinto timbrado oyó la voz ronca de Fogarty.

—Señor Fogarty... —empezó Henry en voz baja, hasta que se dio cuenta de que le hablaba un contestador.

—... en Sudamérica —decía el mensaje del contestador—. No deje ningún mensaje porque no regresaré este año.

Tras un chasquido, Henry no oyó nada más.

Colgó, marcó el número del móvil del señor Fogarty, y suplicó que no lo hubiese apagado. Hubo una pausa, y luego un tono de llamada. Henry esperó, nervioso. Si Fogarty no contestaba, la llamada sería desviada a su servicio de contestador, pero el anciano no lo comprobaría hasta el día siguiente, y entonces sería demasiado tarde.

—Espero que haya un buen motivo —gruñó la voz de Fogarty—. Estoy en la cama.

Henry echó un vistazo por encima del hombro. No se oía ningún ruido en la casa.

—Soy yo, señor Fogarty —susurró—. Siento haberlo sacado de la cama, pero...

—¿Quién diablos es? No le oigo.

—Soy Henry —respondió Henry elevando la voz un poquito y procurando hablar con claridad.

—Bueno, ¿de quién se trata, de la CIA o del FBI? ¿No saben qué hora es aquí?

—Soy Henry —repitió Henry en un tono más alto.

—¿Henry? ¿Eres tú, Henry? —preguntó Fogarty—. ¿Qué te pasa?

—Mis padres no quieren que trabaje más para usted. Eso significa que yo...

—No te oigo, Henry. Estás cuchicheando. No soporto a la gente que cuchichea. Suelen ser unos retorcidos.

«Al diablo con todo», pensó Henry.

—Mis padres no quieren que trabaje más para usted, señor Fogarty —dijo en un tono bastante alto para que Fogarty lo oyese.

—Ya me lo esperaba —gruñó el anciano.

Henry se preguntó por qué, pero se limitó a decir:

—¿Se acuerda del trabajo de mañana? ¿El que tenemos que hacer Pyrgus y yo?

—Sí —respondió Fogarty inmediatamente.

—He pensado que podemos ir temprano, por la mañana muy temprano, ¿vale? Si

lo hacemos así, estaré de regreso en casa antes de que nadie se despierte. De ese modo no se enterarán. Pyrgus y usted tendrán que hacer la máquina sin mí.

—Sí, me parece bien.

—El caso es —siguió Henry— que he de estar de vuelta a las ocho. Tengo que ir a su casa y luego al co... al sitio en el que hay que hacer el trabajo. Para salir de aquí necesito una media hora, y tiene que ser antes de las cinco, por si acaso. —Tomó aliento antes de continuar—: Los autobuses no circulan tan temprano.

Henry no veía la forma de hacerlo, pero al menos estaba demostrando interés.

Se quedó sorprendido cuando el señor Fogarty dijo:

—Vete al final de la calle a las cinco menos cuarto. Te recogerán.

—¿Me recogerán? —repitió Henry.

—Con un coche —aclaró Fogarty.

—Usted no tiene coche —repuso Henry.

—Yo no voy a ir a recogerte —explicó Fogarty.

Era casi de día cuando Henry salió de casa; había neblina y hacía bastante frío. Llegó al final de la calle cinco minutos antes de la hora prevista, pero ya lo esperaba un viejo Ford azul con dos ruedas sobre el bordillo. Las ventanillas tenían cristales negros para que no se viera el interior, pero una de ellas se bajó cuando se acercó Henry.

—¿Eres Henry Alison?

—Atherton —corrigió Henry.

—Sí, eso es. —El hombre que estaba al volante era de la edad del señor Fogarty, aunque más bajo y con aspecto de pájaro. Tal vez se había teñido el pelo o llevaba una peluca, porque su cabello era totalmente negro, como el de los asiáticos, y no encajaba con las múltiples y finas arrugas que le surcaban el rostro. Vestía un traje gris arrugado—. Me ha enviado Alan —explicó.

—¿Alan?

—Alan Fogarty. Te llamas Henry, ¿no?

—Sí, señor... —confirmó Henry.

—Bernie —dijo el hombre a modo de presentación—. Sube.

El coche olía a polvo y a excrementos de ratón. Bernie conducía bien, sin sobrepasar el límite de velocidad, y comprobaba continuamente el espejo retrovisor.

—Lo que tienen los Ford es la fiabilidad —dijo—. Fiabilidad y piezas. Pero no te fíes nunca de los coches extranjeros porque son como las mujeres extranjeras; tienen muy buen aspecto, pero cuando algo se estropea tienes que esperar más de un mes a que lleguen las piezas. Pero el viejo Ford inglés, fabricado en Dagenham, es otra cosa porque se encuentran piezas en todas partes, desde el extremo sur del país hasta la punta de Escocia. Y, además, *no* hay que ir a un garaje de moda para que lo reparen. Hasta un mono amaestrado podría arreglar un Ford en la mismísima cuneta de una carretera. Alan siempre utilizó coches de esta marca en los viejos tiempos. Decía que tenía plena confianza en ellos, y me pegó el hábito. Siempre he conducido un Ford, incluso después de que nos jubilásemos. Ahora bien, reconozco que traga un montón de gasolina, pero él sólito te lleva a las gasolineras. Es casi una antigüedad, pero todavía funciona. Y haga el tiempo que haga, sea de día o de noche, nunca falla. ¿Se le puede pedir algo más? Sin embargo, el típico coche continental...

Al principio, Henry intentó meter baza en la conversación, pero enseguida se dio cuenta de que no hacía falta. Así que se arrellanó en el asiento y cerró los ojos, mientras las palabras de Bernie flotaban sobre él como si fueran humo. Estaba nervioso, pero no tanto como había creído. Tal vez tuviese algo que ver con la luz del amanecer y con las carreteras vacías. Nada parecía real.

—Has llegado —dijo Bernie cuando el coche frenó discretamente ante la casa del

señor Fogarty.

El hombre permaneció en el coche mirando al frente, con las manos sobre el volante, mientras Henry bajaba del vehículo.

En esa ocasión el señor Fogarty respondió enseguida a la llamada de la puerta. Vestía un traje de sarga azul que no estaba en su mejor momento, pero que encajaba bien con la idea de que era domingo. Henry se preguntó si iría a la iglesia. Pyrgus estaba detrás del viejo, con una expresión de gran expectación en el rostro.

—¿Tienes que hacer pis o algo por el estilo? —le preguntó Fogarty.

—No —respondió Henry.

—Muy bien, chicos, marchaos. Mantened los ojos abiertos y no perdáis la calma. Después volved aquí directamente. Y buena suerte.

—¿Y cómo vamos a ir al colegio? —le preguntó Henry.

Fogarty lo miró sorprendido.

—Os llevará Bernie. Eso es lo que hará.

Henry miró a Pyrgus, y luego se volvió hacia el señor Fogarty.

—Él, bueno... Quiero decir que no sabe lo que vamos a hacer, ya me entiende... ¿Cómo vamos a explicarle que... que tiene que traernos de vuelta después?

—Pues claro que lo sabe —dijo Fogarty con impaciencia—. ¿De qué sirve tener un conductor si no está al tanto?

—Pero... pero... —protestó Henry. Miró a Pyrgus en busca de apoyo, pero no lo encontró—. ¿No le... en fin, no le parece mal?

Fogarty esbozó una sonrisa.

—¿De qué hablas, Henry? ¿Bernie? —La sonrisa desapareció—. Bernie y yo trabajábamos juntos.

—Sí, pero entonces se trataba de temas de ingeniería —repuso Henry—. Y eso es muy diferente.

—Yo no era ingeniero —explicó Fogarty mirándolo con perplejidad.

Henry le devolvió la mirada de desconcierto. El señor Fogarty podía trabajar en lo que quisiera: en cuestiones mecánicas o eléctricas. Fue lo primero que Henry observó en él; y a pesar de que era un anciano, tenía manos mágicas. Henry siempre había creído que se había dedicado a alguna especialidad de ingeniería cuando era joven.

—¿Pues a qué se dedicaba? —le preguntó Henry.

—A atracar bancos —le respondió Fogarty sin dudarle ni un segundo.

\* \* \*

—¿A atracar... bancos? —repitió Henry.

—Robo a mano armada —aclaró Fogarty—. Aunque ya lo sabes.

—No —dijo Henry, sorprendido—. No...

—Cumplí condena en el cincuenta y ocho, pero aparte de ese detalle, me lo pasé bien en la vida, tuve bastante dinero y no hice mucho daño a los demás.

—¿Robo a mano armada? —tartamudeó Henry—. ¿No hizo mucho daño...?

—Se trataba de bancos, Henry —puntualizó Fogarty—. Si depositas tus ahorros en un banco, y yo los robo mañana, no pierdes tu dinero. Si vas al día siguiente y te dan hasta el último penique. ¿A quién hacía daño?

—Al banco —respondió Henry.

—Los bancos tienen tanto dinero que no saben qué hacer con él, así que nunca echaron en falta las pocas libras que yo les quitaba. Y jamás herí a nadie. —Dijo Fogarty, muy serio. Sin embargo, tuvo un momento de titubeo y añadió—: Salvo a aquel guardia, pero se lo merecía, el muy creído. Pero no murió ni nada parecido. Pasó un par de semanas en el hospital y volvió al trabajo presumiendo delante de sus compañeros. —Esbozó una ligera sonrisa—. Eran buenos tiempos, Henry. Bernie era mi chófer cuando no estaba en chirona.

—¿O sea, que Bernie conducía el coche en el que usted huía? —Resultaba increíble.

—Es un gran conductor —afirmó Fogarty—. ¿Sabes qué es lo que distingue a un gran conductor, Henry?

—No —respondió Henry.

Dadas las circunstancias, pensó que era mejor que lo supiese.

—El anonimato —le explicó Fogarty—. Quiero decir, alguien que no llame la atención. Bernie conduce un coche viejo y corriente, generalmente un Ford porque son muy seguros; nunca sobrepasa el límite de velocidad, siempre indica los giros a la derecha, jamás hace un corte de mangas a otro conductor, habla despacio y es la discreción personificada. Los polis no lo detendrían por culpa de un arrebato. Claro que, si hiciera falta, podría dar un viraje y conducir a toda velocidad. A veces nos hacía dar saltos como en la película *Las calles de San Francisco*. Los chicos y yo nos burlábamos de él después.

—¿Qué chicos? —preguntó Henry al instante.

—Tenía una banda. —Respondió el señor Fogarty. Cuando captó la expresión de Henry, añadió—: Naturalmente, llevo años retirado. Y Bernie también, claro, aunque es más joven que yo. Pero sigue siendo el mejor para este tipo de trabajo. No dejaría que Pyrgus y tú estuviereis en manos de ninguna otra persona.

\* \* \*

Resultaba escalofriante recorrer la ciudad en coche un domingo tan temprano. Todas las tiendas estaban cerradas y las calles, vacías. El monólogo de Bernie, que de los coches había pasado a la manera en que los norteamericanos estropeaban el té,



hacía que todo pareciese aún más irreal.

Pyrgus estaba un poco crispado, como si le doliera la cabeza, pero tal vez era porque nunca había viajado en coche. («¿Dónde están los caballos?», había preguntado al subir al vehículo). Henry sentía la tranquilidad de los zombis, pues las noticias sobre la carrera profesional del señor Fogarty le habían producido una especie de sobrecarga tal en el cerebro que estaba sumido en un sopor similar a la paz absoluta.

Llegaron al colegio un poco más tarde de lo que habían planeado, pero no mucho más. Desde la carretera no se veía el edificio, que quedaba oculto tras un muro. Las verjas de la entrada estaban cerradas.

—Dé la vuelta a la esquina —indicó Henry—. Hay un apartadero en el que se puede aparcar.

Bernie, que llevaba casi tres minutos sin decir nada, hizo lo que Henry le indicaba. Cuando el coche estuvo aparcado, Henry dijo, en tono de estar al mando de la situación:

—Vamos a saltar por el muro de atrás: es bastante bajo y hay árboles. Los chicos siempre saltan por ahí. Pero no sé cuánto tiempo tardaremos en entrar en el colegio.

—No importa —respondió Bernie—. Esperaré. ¿Tenéis la lista de Alan?

Henry dio una palmadita en su bolsillo.

—Sí.

La lista no era muy larga y, afortunadamente, las piezas eran pequeñas, así que Pyrgus y él podrían transportarlas sin gran dificultad. Había llegado el momento: se sentía como si alguien le hubiera accionado un interruptor en el estómago para despejarle el nerviosismo. Esperaba seguir así, al menos hasta que concluyese el trabajo. Pyrgus también parecía tranquilo, aunque a Henry le daba la impresión de que estaba más acostumbrado que él a ese tipo de cosas. Debía de haber tenido una vida emocionante en su propio mundo.

—No os precipitéis —les aconsejó Bernie—. La precipitación ocasiona errores. Buena suerte.

Se volvió y se quedó mirando el parabrisas, con las manos sobre el volante, exactamente igual que cuando había aparcado ante la casa del señor Fogarty, aunque en esa ocasión Henry reparó en que dejaba el motor encendido.

Henry y Pyrgus saltaron el muro con facilidad. Pasó un coche cuando se dejaron caer al otro lado, pero Henry estaba totalmente seguro de que el conductor no los había visto. Se hallaban entre los árboles que rodeaban el campo de cricket. Más allá había dos pistas de tenis y después se encontraba la parte de atrás del colegio: un laberíntico edificio Victoriano de color gris, con un revoltijo de tejados y de chimeneas que no se utilizaban desde que se había instalado la calefacción central, en los años sesenta.

—¡Vamos! —urgió Henry.

El laboratorio de física se encontraba en una inadecuada construcción de madera, de baja altura y una sola planta, aneja a la parte oeste del edificio principal. Lo habían construido en 1999, gracias a un generoso donativo de un antiguo alumno que había hecho fortuna *con un* negocio de salchichas. Era un módulo independiente, separado del resto de los edificios, que tenía su propia entrada y una hilera de ventanas que apenas llegaban a la altura del hombro. A Henry se le ocurrió por primera vez que, desde el punto de vista de un ladrón, era un regalo del cielo.

Aunque en realidad no era tan fácil. La parte más optimista y estúpida de su fuero interno le había hecho confiar en que podría haber una ventana abierta, o incluso una puerta, pero todo estaba cerrado con llave herméticamente, como si fuera un tambor.

—Estas ventanas son muy raras —dijo Pyrgus mientras se ponía de puntillas—. Entiendo cómo se abren las ventanas de la casa del señor Fogarty porque se suben y se bajan como las de mi mundo. Pero... —Se calló de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Henry.

—Es sólo un molesto dolor en los ojos; no es nada. Parece que estas ventanas se abren hacia fuera y tienen grandes cierres metálicos.

—Son ventanas antirrobo —le explicó Henry.

—No creo —dijo Pyrgus.

Echó un vistazo hasta que encontró un ladrillo semienterrado en la hierba, lo arrojó contra el cristal más próximo e hizo un agujero en él.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Henry.

—Ya lo he hecho —repuso Pyrgus.

—¡Tal vez lo haya oído alguien!

—Entonces tenemos que actuar con rapidez —afirmó Pyrgus.

Metió la mano a través del agujero y, a pesar de que no conocía aquel tipo de ventana, la abrió en un momento. Un minuto después, ambos estaban en un aula vacía.

Henry tenía la idea de que robar era muy difícil: eso parecía en las películas, en las que siempre capturaban a los malos. Pero aquello estaba chupado. Encontró todas las piezas de la lista del señor Fogarty e incluso descubrió en el cajón de una mesa dos bolsas de Harrods para llevarlas. Nunca hubieran imaginado que acabarían tan rápido y que podrían regresar al coche de Bernie.

En la parte del muro que daba al jardín del colegio, había un montículo de hierba que facilitaba la escalada. Henry llegó el primero arriba del montículo y trepó por el muro, pero de pronto se dejó caer hacia atrás arrastrando a Pyrgus con él.

—¿Qué pasa? —preguntó Pyrgus.

—Hay un poli hablando con Bernie.

Henry tomó impulso y echó un vistazo por encima del muro con mucho cuidado.

Había un coche patrulla aparcado detrás del famoso Ford de Bernie, y un policía estaba enfrascado en plena conversación con él a través de la ventanilla del conductor. Desde aquella distancia, Henry no podía oír lo que decían, pero observó que el policía se retiraba y que Bernie le hacía un alegre gesto de saludo y se alejaba con el coche. El policía entró en el coche patrulla y arrancó.

—¿Qué sucede? —quiso saber Pyrgus.

—Bernie se ha marchado —respondió Henry.

—Y ¿cómo vamos a volver a casa del señor Fogarty con las piezas?

Henry lo pensó durante unos momentos, y luego dijo:

—Caminando.

La sala de control era una cueva reformada, excavada en las profundidades del rocoso lecho, debajo del palacio. Estaba a salvo de los ataques, incluso de los ataques mágicos, porque el granito circundante tenía una altísima concentración de cuarzo y porque para descender hasta ella en el cilindro de suspensión, se tardaba casi veinte minutos. Apatura Iris disimuló su impaciencia, pues era importante que el Emperador Púrpura mantuviese un aspecto tranquilo en cualquier circunstancia, independientemente de cómo se sintiese.

De hecho, tenía todo tipo de sensaciones, menos la de tranquilidad. Aún no había el menor indicio de Pyrgus, nada que demostrase que estaba vivo o muerto. El portal de la Casa de Iris había revelado sus secretos, y las piezas de la maquinaria estaban desperdigadas por la capilla. Los sacerdotes ingenieros seguían trabajando con los mecanismos para averiguar dónde podía estar Pyrgus, sin ningún resultado hasta ese momento. Apatura los había insultado furiosamente aquella mañana, aunque reconocía que no era más que un toque de atención. Los hombres tenían tanto interés como él en saber lo que había pasado, puesto que jamás habían perdido a nadie en un portal y consideraban la desaparición del príncipe heredero como una afrenta personal. Ellos eran los únicos que podían lograr que regresara.

El problema radicaba en si podrían conseguir que volviera a tiempo.

El Emperador Púrpura había pasado horas con el médico jefe de los sacerdotes y se había puesto al corriente de todo lo que se sabía sobre el tritio: los efectos de la sustancia se podían detener, pero sólo si se actuaba a tiempo. El tratamiento consistía en una dolorosa inyección, y se tardaban bastantes días en lograr la recuperación completa, aunque era preferible la demora a que le explotase a uno la cabeza.

¿Cuánto tiempo le quedaba a Pyrgus antes de que eso ocurriese? ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto? Ese tema era en el único en el que podía pensar Apatura, aunque tendría que estar considerando una docena de cuestiones diferentes puesto que el reino se precipitaba hacia la crisis más peligrosa de su historia, y el emperador debía hacer un esfuerzo para estar atento.

Probablemente, todo había sido planeado por Hairstreak. Apatura no dudaba de que este personaje estaba detrás de lo que había sucedido, aunque no tenía forma de demostrarlo. Tampoco estaba seguro (todavía) de los motivos de Hairstreak, pero los acontecimientos llevaban su impronta. Además, estaba convencido de que el portal de la Casa de Iris había sufrido un sabotaje, y que la única razón para realizar tal acción era matar al príncipe Pyrgus. Apatura no sabía aún cuál sería el beneficio que sacaría Hairstreak, pero la enrevesada planificación llevada a cabo por alguien que tenía acceso a palacio significaba que no era una operación de aficionados. Hacían falta unos recursos que sólo Hairstreak podía reunir.

Y también había sido necesario que hubiera traidores en el palacio.

Sin traidores no se podría haber efectuado lo que se había hecho en el multiportal de la Casa de Iris. El ingeniero jefe del portal ya sabía lo que había ocurrido, pero aún no estaba en disposición de afirmar adonde había ido a parar Pyrgus. El sabotaje había requerido perspicacia y una mano hábil. De alguna forma habían introducido en el palacio a alguien que sabía lo que tenía que hacer, lo habían ocultado mientras realizaba el trabajo y, al final, habían borrado todo rastro.

Sin embargo, esta parte era sólo la mitad de la operación. La otra mitad, la más importante, consistía en envenenar a Pyrgus. Y hacerlo en el preciso momento en que el joven se desplazaba y ya no contaba con ninguna ayuda. Eso significaba tener acceso a los almacenes, conocer los procedimientos de vacunación y echar el veneno en cuestión de segundos, pues el sacerdote médico que le había puesto la inyección había escogido una entre una docena de ampollas. En realidad, todo se había hecho con tanta sofisticación que Apatura no creía que fuese cosa de intrusos, salvo la planificación. ¿No tenía más sentido creer que el trabajo se había hecho desde dentro del propio palacio?

Y eso era precisamente lo que suponía el Cuerpo de Seguridad del palacio. Apatura sabía que ellos partían de la hipótesis de que había habido agentes externos implicados en la operación, y aunque él mismo no estaba seguro del todo, también se inclinaba a creerlo. Pero lo que le preocupaba era cuál había sido el grado de traición. Quienquiera que fuese el que estaba involucrado, se había movido libremente por el palacio, incluso por las áreas más seguras. Y eso apuntaba a alguien de mucha categoría. Apatura no quería ni pensar que el palacio albergaba a un traidor de alto rango.

Habían reparado el filtro, lo cual había resultado bastante sencillo. El ingeniero jefe del portal le había asegurado que el portal volvería a funcionar en cuestión de horas, pero eso sucedería cuando descubriesen adonde había ido Pyrgus. Hasta entonces, la maquinaria tenía que estar desmantelada para seguir haciendo análisis. La situación resultaba terriblemente frustrante, y Apatura apenas podía soportarla, sobre todo en esos momentos en que necesitaba tener las ideas muy claras para abordar los problemas restantes.

Dos guardias uniformados se pusieron firmes cuando el emperador salió del cilindro de suspensión y se quitó las correas. Lo acompañaron marcando el paso mientras recorría el pasadizo tenuemente iluminado. En otras circunstancias les habría indicado que retrocediesen (nunca le habían gustado demasiado las formalidades del cargo), pero en ese momento era incapaz de hacer el más mínimo esfuerzo. Además, tal vez necesitase su protección. Si envenenaban a su propio hijo delante de sus narices, ¿quién sabía qué más podía ocurrir en el palacio?

Otros dos guardias abrieron la puerta de la sala de control cuando se acercó

Apatura, que entró muerto de miedo pensando en lo que iba a ver.

La sala de control, como gran parte del palacio en los últimos días, era un hervidero de actividad. Las esferas de cristal, colocadas en hilera, se habían conectado directamente a las cámaras de vigilancia del Servicio de Espionaje Imperial para que se actualizaran todas las imágenes al segundo. La enorme mesa de operaciones se encontraba en el centro de la sala, y en ella aparecía la representación gráfica del reino en tres dimensiones cuando se pronunciaba la consigna adecuada. En ese momento sólo se veía un segmento del territorio que pertenecía a los elfos de la noche, como demostraban las banderolas de color añil. Unas jóvenes se movían con agilidad entre las esferas y la mesa, y modificaban continuamente el gráfico. Tres de los principales comandantes de Apatura se encontraban ya en la sala, y también el Guardián Tithonus.

Los militares se pusieron firmes cuando el emperador entró, y Tithonus corrió a saludarlo.

—¿Hay noticias? —preguntó Apatura.

—Me temo que la situación empeora por momentos —respondió Tithonus con el entrecejo fruncido.

—¿Se trata de un ataque inminente?

—Es posible. —Tithonus bajó la voz—. ¿Se sabe algo de Pyrgus, Majestad?

El emperador negó con la cabeza y se dirigió hacia las esferas de cristal, que mostraban diferentes perspectivas de lo que parecía una masiva concentración de las tropas de los elfos de la noche. Apatura escogió una perspectiva aérea en su punto inferior, y procuró relajarse. Enseguida sintió cómo la esfera lo absorbía.

Tenía ante sí un enorme estadio atestado de una multitud enardecida. Tropas con uniformes negros desfilaban en formación cerrada y daban lugar a una serpenteante línea, iluminada por antorchas, que se dirigía al estadio en medio del insistente redoble de los tambores. Los contingentes que iban en cabeza portaban las insignias de la Casa de Hairstreak, y los que seguían a continuación llevaban uniformes de otras Casas de la Noche. La mayoría de ellos eran miembros de la antigua alianza del bando de la noche, pero lo más preocupante era que se les habían unido otras Casas. Al parecer, la popularidad de lord Hairstreak iba en aumento.

La actualización realizada por el Servicio de Espionaje Imperial dotó a la escena de una cualidad vacilante e irreal, pero, aun así, Apatura la contempló con creciente inquietud. Los soldados del desfile eran como robots de caras serias, y su disciplina parecía impresionante, como sin duda lo era. Se habían dividido en filas diferentes, y cada una de ellas estaba encabezada por un mago que alteraba el color de las antorchas, con lo que habían convertido el desfile en una muchedumbre multicolor. Los colores giraban y bailaban al paso de los hombres hasta que, con una velocidad vertiginosa, dibujaron una insignia viviente de la Casa de Hairstreak. Los redobles de

tambor alcanzaron el punto culminante cuando los focos iluminaron una figura que estaba en la tribuna.

Los soldados se detuvieron, los toques de tambor cesaron y la multitud guardó un silencio absoluto. Tras unos momentos aquella persona habló, y sus palabras se extendieron por el estadio gracias a los hechizos amplificadores.

—¡Mirad el poder de los elfos de la noche! —exclamó—. ¡Que se preparen nuestros enemigos!

Apatura creyó en principio que se trataba del propio Black Hairstreak, pero enseguida se dio cuenta de que era Hamearis, duque de Borgoña, el aliado más fiel de Hairstreak. Se dirigía a la multitud porque resultaba más impresionante en público que Hairstreak y porque era un orador muchísimo más hábil que éste. Aunque existía otra posibilidad: Hamearis había estado al frente de las últimas negociaciones, y su aparición en la tribuna pretendía enviar un mensaje: «¡Tomadme en serio o ya veréis!».

Apatura no tenía la menor duda de que la finalidad de aquella concentración era que la viesen él y todos los suyos que lo deseasen. No se había anunciado públicamente, pero tampoco había el más mínimo indicio de secretismo. Unos cuantos hechizos bastante simples habrían bastado para descubrir la mayoría de las cámaras del Servicio de Espionaje Imperial, y otros tantos para dejarlas inoperantes. Pero no habían tocado ninguna, así que la conclusión era evidente.

Apatura se retiró.

—Muy espectacular —comentó secamente—. Pero ¿qué va a pasar?

Tithonus le hizo una señal a un técnico e, inmediatamente, desapareció la escena de las esferas y fue sustituida por otra menos llamativa, pero más siniestra. Como sólo había salido una de las dos lunas gemelas del reino, había poca luz (mucho menos que en el desfile iluminado por las antorchas), y al emperador le costó un rato adaptar la vista.

En esa ocasión no se trataba de una cómoda perspectiva aérea, sino que Apatura tuvo la impresión de encontrarse en la cima de una montaña mientras contemplaba una pradera. Aquél era uno de los nuevos módulos del Séptimo Sistema de Espionaje, prácticamente imposible de detectar por muchos hechizos que utilizasen, aunque tenía algunos fallos en la resolución del color. En consecuencia, la escena estaba descolorida y no se apreciaban una serie de detalles. A pesar de todo, daba igual porque el emperador sabía lo que estaba viendo: un vasto campamento militar se extendía por la llanura y estaba formado por filas de tiendas negras, dispuestas con precisión geométrica, que se recortaban contra las hogueras. También allí había soldados, miles de soldados, tal vez decenas de miles, pero, a diferencia de los que vestían los uniformes negros en el desfile, aquellos hombres llevaban trajes de combate. Se movían silenciosamente, con determinación, pero no redoblaban los

tambores, ni había masas enardecidas. Es más, no llegaba ningún sonido al punto estratégico del Séptimo Sistema en el que se hallaba Apatura, como si un sudario hubiese cubierto por completo la escena que se desarrollaba allí abajo.

Apatura cerró los ojos. Conocía el lugar: se trataba de la llanura de Yammeth Cretch, y el módulo de espionaje estaba situado cerca de la parte alta del valle de Teetion. Tenía ante sí el centro del territorio de los elfos de la noche, una enorme extensión del reino que constituía prácticamente un Estado dentro de su Estado, habitado en la mayor parte por elfos de la noche y sometido al control absoluto de éstos, aunque de palabra afirmaban su lealtad al Emperador Púrpura.

Apatura dejó que su conciencia abandonara la esfera y abrió los ojos. El valle de Teetion señalaba la frontera simbólica entre el Reino de la Noche y las onduladas tierras de cultivo de Lilk, en las que trabajaban los elfos de la luz. El emperador miró a Tithonus.

—Es casi una amenaza de invasión por parte de un país extranjero —comentó.

—En muchos aspectos sería más fácil enfrentarse a una invasión extranjera —contestó Tithonus—. Las guerras civiles son muy difíciles y sangrientas.

—¿Crees que llegaremos a eso, a una guerra civil?

—Rezo para que no sea así, Majestad —respondió Tithonus, pero su tono de voz daba a entender que confiaba poco en la eficacia de sus plegarias.

Las esferas de cristal regresaron a la concentración que tenía lugar en el estadio, y la poderosa voz de Hamearis Lucina llenó el recinto.

—... Diremos al Emperador Púrpura que las viejas costumbres ya no nos sirven, que los elfos de la noche no serán tratados nunca más como ciudadanos de segunda clase, que jamás...

Tithonus indicó que bajasen el sonido, pero a Apatura le llamó la atención un detalle y dio orden de que lo subiesen otra vez.

—... No esperaremos más de dos semanas —decía Hamearis—, y será menos tiempo si nuestro emperador no cree apropiado corregir los errores expuestos...

Sus últimas palabras quedaron ahogadas por los estruendosos aplausos y por los gritos de la multitud.

—¿Te ha parecido lo mismo que a mí? —preguntó Apatura después de silenciar las esferas.

—¿Un ultimátum? —Tithonus frunció el entrecejo.

—Sí —murmuró Apatura—. Consigue que llegue a mi despacho un borrador completo del discurso de Lucina lo antes posible. Tendré que estudiarlo.

Se dirigió a la mesa de operaciones y murmuró la contraseña sin esperar a que lo hiciese un ingeniero. Inmediatamente, el paisaje se transformó en una representación de Yammeth Cretch y de las tierras circundantes, pertenecientes a los elfos de la luz. Apatura se volvió hacia el general que estaba más cerca de él.



—Despliega nuestras fuerzas si te parece, Creerful.

—Sí, Majestad —asintió Creerful, y se estiró para pulsar un botón que había en un lado de la mesa.

Entonces surgieron unas tiras de bronce en el mapa, alrededor de Yammeth Cretch. Tras una serie de ajustes, cambiaron de textura y de tonalidad para representar a las fuerzas convencionales.

Apatura contempló la demostración militar durante un buen rato. Intentaba recordar algo, pero no sabía exactamente qué era. Hasta que, de pronto, se acordó.

—Falta algo —dijo en voz alta.

—¿Cómo decís, Majestad?

Apatura no prestó atención a Tithonus, y les hizo señas a los tres generales para que se acercasen a él.

—Fijaos en esas figuras —ordenó señalando la escena de la mesa—. ¿Qué os indican?

El general Vanelke, que siempre era el primero en expresar su opinión, se inclinó hacia delante con el entrecejo fruncido.

—Que nuestras defensas se encuentran bien situadas —respondió—. Los tenemos controlados. —Miró a sus colegas como si quisiera desafiarlos a que le llevasen la contraria.

—No creo que falte nada, Majestad —añadió Creerful. El general Ovard, que estaba a su derecha, asintió.

—Dejad de pensar en nuestras fuerzas —dijo Apatura—. Poneos en lugar del... —estuvo a punto de decir «enemigo», pero evitó a tiempo la metedura de pata diplomática—, de nuestros conciudadanos de la noche. Suponed, por un momento, que lo que acabamos de escuchar de boca de Hamearis Lucina era realmente un ultimátum. Un ultimátum es inútil, e incluso contraproducente, si no tiene en qué apoyarse. Hasta ahora, todo indica que la Casa de Hairstreak planea apoyarlo con la fuerza de las armas. Pero en el caso de que estuvieseis al mando de las fuerzas de Hairstreak en vez de las de vuestro emperador... preguntaos, caballeros, si estaríais contentos con la disposición de las tropas en Yammeth Cretch.

Se produjo un largo silencio, hasta que el general Ovard manifestó:

—¡Por todos los dioses, Majestad...! ¡Claro que no!

—Tú no, Ovard —declaró el emperador—. Ni tú tampoco, Creerful; ni tú, Vanelke. Los números no cuadran. Pensé lo mismo cuando utilicé la esfera de observación, pero entonces no podía cotejarlo. Han desplegado demasiados hombres para defenderse, ¡pero no los suficientes para atacar! Haced vosotros mismos los cálculos, caballeros. La postura no es defensiva; todos estamos de acuerdo en eso. Las líneas frontales parecen en disposición de atacar y seguramente podrían hacer unas cuantas incursiones afortunadas, como por ejemplo la táctica de atacar y

retirarse después, una especie de guerra de guerrillas modificada o algo por el estilo. Pero jamás podrían sostener el tipo de ultimátum que creo que Hairstreak ha lanzado a través de su marioneta, Hamearis Lucina.

—¿Creéis que es una fanfarronada, Majestad? —preguntó Tithonus en voz baja.

—Lo que creo es que falta un elemento —respondió Apatura—. ¿Y si han escondido tropas que aún no hemos descubierto?

—¡Imposible! —exclamó Vanelke.

—Nuestro Servicio de Espionaje es excelente, Majestad. Además, como habéis comprobado, no se esfuerzan mucho en ocultar sus intenciones —dijo Ovard.

—¡Cierto! —repuso Apatura—. Da la impresión de que no dedican ningún esfuerzo a ocultarse. Lo cual forma parte, naturalmente, de su estrategia política. Lo que quiero saber es si es posible o no que hayan escondido de verdad cantidades de tropas y de municiones de las que no sabemos nada en absoluto.

Antes de que interviniesen los militares, Tithonus señaló:

—Es posible, pero muy improbable. Tened en cuenta, Majestad, que hace mucho tiempo que los vigilamos, desde mucho antes de esta crisis.

—¿Y si tienen ayuda militar de alguna fuente ajena al bando de la noche?

—Es difícil imaginar cuál podría ser —respondió Tithonus.

Y ése era precisamente el problema de Apatura. El despliegue militar de Hairstreak no coincidía con su estrategia política, y faltaba un componente en su fuerza de ataque. Si él no lo había ocultado (y en eso el emperador estaba de acuerdo con sus generales y con su Guardián), resultaba difícil pensar de dónde podía sacarlo. Sin embargo, Hairstreak no era tonto y sus asesores militares no tenían nada que envidiar a los del emperador. ¿Qué tramaba, pues, Hairstreak? ¿Dónde estaba el elemento que faltaba?

El emperador seguía tratando de comprenderlo cuando recibió un mensaje del ingeniero jefe del portal.

\* \* \*

Apatura y Tithonus entraron en la capilla corriendo de forma muy poco digna. Lo primero que observó Apatura fue que el portal volvía a estar en su sitio. Junto a él, el ingeniero jefe hacía los ajustes definitivos con una llave inglesa de púas flexibles. Tenía la cara y las manos manchadas de aceite, pero nada podía ocultar su satisfecha expresión.

—¿Lo has conseguido? —le preguntó Apatura sonriendo sin querer.

—Sí, Majestad.

—¿Sabes adonde ha enviado a mi hijo este maldito chisme?

—Sí, Majestad. Llegó bien al Mundo Análogo, pero no a la isla que habíamos

elegido.

—¿Y el portal ya funciona completamente bien?

—Sí, Majestad.

La sonrisa de Apatura se convirtió en una expresión seria.

—Muy bien. Tithonus, vamos a organizar un destacamento para averiguar qué le ha pasado a Pyrgus. —Se volvió para mirar el portal, que empezaba a relucir débilmente al entrar en el ciclo de calentamiento inicial—. ¡Nos vamos dentro de quince minutos!

—¿Dónde has estado? —le preguntó su madre a Henry, muy enfadada, mientras untaba con mantequilla el pan de los bocadillos en la mesa de la cocina.

La vieja cesta para llevar la comida estaba en la encimera, llena de fruta, refrescos y lo que parecían los asquerosos huevos escoceses que tanto le gustaban a ella.

—Estábamos preocupados —dijo su padre, en tono mucho más amable.

Había cambiado el traje que normalmente llevaba para ir al trabajo por el uniforme de fin de semana: pantalones y camisa deportiva, y para completar el atuendo unos pulcros zapatos de golf. La expresión de su cara era una de las más habituales: la que le indicaba a Henry que su padre se sentía desgraciado, aunque pusiera al mal tiempo buena cara. A Henry le dio la impresión de que la comida campestre familiar le resultaba tan latosa a su padre como a él.

—Fui a dar una vuelta —respondió Henry.

Era mentira, pero, como había algo de verdad, no se sentía tan culpable. Y como también había resultado muy sencillo, era menos probable que lo descubrieran. Al menos había dejado a Pyrgus con todas las cosas a salvo en casa del señor Fogarty.

—Sabías muy bien que íbamos a ir a comer fuera —le espetó su madre—. Es tan tarde que casi no vale la pena.

—Aún no estáis listos —comentó Henry con cierta imprudencia.

—¡Porque no sabíamos dónde estabas! —le echó en cara su madre—. La verdad, Henry, es que últimamente te comportas de una forma tan rara que no sabemos qué pensar.

¿Que él se comportaba de una forma rara? Henry miró a sus padres, pero decidió que era mejor dejarlo correr.

—Sólo he estado dando un paseo... —contestó, y añadió con la perversa esperanza de que su madre se sintiese culpable—: Necesitaba tiempo para pensar.

—No ha ido a dar una vuelta. —La voz de Aisling sonó detrás de él—. Ha ido a ver al señor Fogarty, aunque le ordenasteis que no lo hiciera. Lo oí citarse con él por teléfono anoche.

Henry giró en redondo. Una sonrisa de satisfacción iluminaba el estúpido rostro de Aisling. Lo sabía desde la noche anterior, pero había esperado hasta entonces para decírselo a sus padres y ponerlo en una situación muy difícil.

—¿Es eso cierto? —le preguntó su madre.

El tono de voz sugería que costaría mucho convencerla de lo contrario.

Mientras intentaba sofocar una oleada de culpabilidad, a Henry se le ocurrió una idea horrible. ¿Había hablado de entrar a robar en el colegio cuando telefoneó por la noche? Creía que no, pero no lo recordaba con seguridad. ¿Y Aisling estaba esperando el momento oportuno para soltar esa pequeña bomba? Henry respiró

hondo. Sólo había una manera de averiguarlo.

—Sí —reconoció bajando los ojos—, es cierto. —Levantó la vista y añadió con más energía—: Tenía que hacer un trabajo para él. No podía fallarle.

Clavó la mirada en Aisling. Si sabía lo que había pasado por la mañana, era el momento de que lo dijera. Henry ya oía la triunfante voz de su hermana: «¿Y sabes qué trabajo era, mamá? ¡Entrar a robar en el colegio!».

Pero si Aisling sabía algo, no lo dijo.

—¿Fallarle? —repitió su madre—. Te dijimos... Tu padre y yo, los dos, te dijimos que no volverías a trabajar para él. De inmediato. No a partir del mes que viene o de la semana próxima. Henry, es por tu propio bien. Ese hombre es una compañía muy poco recomendable para un joven de tu edad. Pero no se trata de eso. Se trata de que no podemos confiar en ti...

Henry se quedó sorprendido cuando oyó murmurar a su padre:

—Tal vez tenía obligaciones, Martha.

—De acuerdo —afirmó ella—. De acuerdo, veremos qué obligaciones eran ésas, ¿verdad? —Se volvió hacia Henry—. ¿Has acabado el trabajo que tenías que hacerle al señor Fogarty?

Henry la miró unos instantes, y luego asintió.

—Sí.

Era Henry el sincero.

—¿Y ya no tienes más obligaciones con el señor Fogarty?

Henry movió la cabeza.

—No.

Eso también era cierto. Le había dicho al señor Fogarty que no podía ayudarlo a construir el portal, pero no importaba porque, al fin y al cabo, él solamente podía proporcionarle las piezas, pues el señor Fogarty, por muy ladrón a mano armada que fuese, seguía siendo el único que hacía las cosas. Y si necesitaba ayuda, tenía a Pyrgus.

—En ese caso —empezó su madre—, ya no puedes oponerte a la petición que te hemos hecho tu padre y yo de que no debes volver a ver al señor Fogarty, ¿cierto?

—Sí, cierto —le dijo Henry a su madre.

—Entonces, ¿aceptas no volver a ver más al señor Fogarty?

—Sí —asintió Henry.

—Quiero que lo prometas. Dame tu palabra de honor.

—Te doy mi palabra de honor —repitió Henry tristemente.

—Muy bien —se apresuró a decir su madre—. Sólo nos queda decidir cuál será tu castigo.

\* \* \*

El castigo había consistido en dos semanas sin salir de casa. La madre quería que fuese un mes, pero el padre había intercedido. No podía salir de casa sin que lo acompañasen uno de ellos o su hermana Aisling, lo cual era el colmo de la humillación, como muy bien sabía su madre.

Henry no protestó, porque en cierto modo se sentía culpable. Su consuelo era pensar que había ayudado a que Pyrgus regresase a su mundo.

Aguantó tres días sin telefonar al señor Fogarty. Su madre le había prohibido también esa forma de contacto, pero no era lo que él había prometido, sino que sólo se había comprometido a no volver a ver al anciano. No obstante, había un inconveniente: el señor Fogarty no respondía al teléfono de su casa (como siempre), y cuando Henry llamó al móvil, lo encontró apagado.

Lo intentó de nuevo al día siguiente. Sus padres ya no lo vigilaban tan de cerca. Su padre había ido a trabajar, naturalmente, y su madre enseguida se dio cuenta de que una cosa era encerrar a alguien en casa, y otra era hacer de carcelero, lo que resultaba un verdadero fastidio. Incluso Aisling abandonó el jueguito de pisarle los talones como si fuera un orgulloso perro guardián. Henry entró en la cocina, se sirvió una rosquilla y marcó el número del móvil del señor Fogarty. Seguía apagado.

El viernes también estaba apagado, y el sábado por la mañana. A aquellas alturas Henry lo intentaba continuamente y marcaba el número siempre que podía, pero el móvil del señor Fogarty estaba siempre apagado. Henry trató de convencerse de que estaba estropeado, pero no lo consiguió. Cada vez que llamaba sin obtener respuesta, aumentaba en él la sensación de que algo iba mal. No sabía qué podía ser, pero su imaginación albergaba ciertas posibilidades muy extrañas.

El sábado por la noche estaba tan preocupado que tomó una decisión terrible: rompería su palabra de honor. Iría a ver al señor Fogarty.

Alan Fogarty se despertó sobresaltado. Una persistente luz azul inundaba su habitación, y oía un agudo zumbido. ¡Habían ido a por él!

Se dio la vuelta y buscó la escopeta debajo de la cama, hasta que se acordó, soltando una maldición, de que estaba desmontada sobre la mesa de la cocina, limpia y engrasada. Como era un anciano y estaba cansado, no la había montado de nuevo y se había ido a la cama con la idea de arreglarla a la mañana siguiente, y había pensado que no tenía ninguna importancia que durmiese una noche sin el arma a mano. Pero olvidó la ley de Murphy: si algo puede salir mal, sale mal. Habían escogido la única noche en que no disponía de un arma de fuego para ir a buscarlo.

Se enderezó. Aún no estaban en la habitación, así que tenía una oportunidad. Pero debía darse prisa, aunque correr no era lo que mejor se le daba a su edad. Era espantoso envejecer. Treinta años antes habría podido vencerlos, y hasta veinte años atrás habría salido corriendo a la calle. Pero cuando uno pasa de los ochenta, todo se vuelve lento.

Sacó los pies de la cama y los puso sobre el suelo de madera. Tenía que darse prisa, pero si iba demasiado rápido tendría dificultades porque, cuando se levantaba de repente, se mareaba. Tras unos instantes se arriesgó a ponerse de pie. Ni el menor indicio de mareo, ¡estupendo! Se dirigió al armario y sacó un bate de cricket.

Podían atravesar las paredes. No tenía sentido, pero era lo que decían todos los libros. La clave estaba en no dejarse impresionar y en adelantarse a sus movimientos. Acarició el bate de cricket y se acercó a la ventana.

¡Unas figuras avanzaban por su jardín!

Soltó la cortina y salió de la habitación. Tenía una buena oportunidad porque aún no habían entrado en la casa, lo cual era una suerte para él. Incluso se preguntó si tendría tiempo de montar la escopeta antes de que entrasen. Había una caja llena de cartuchos en el cajón de la mesa.

Llegó a la cocina enseguida. En la puerta trasera había una forma humanoide cuyo contorno aparecía distorsionado por lo deslustrado que estaba el cristal. La figura llamó a la puerta con urgencia. Fogarty se acercó y descorrió los cinco pestillos. Luego alcanzó la llave que colgaba de un gancho, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta.

Cuando la figura entró, Fogarty la golpeó con el bate de cricket.

\* \* \*

El personaje que llevaba la capa y el chaleco de color morado no era precisamente alto, y Fogarty había visto hombres mucho más imponentes, pero se

adivinaba que era el que estaba al mando en cuanto hubo cruzado la puerta en segundo lugar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Fogarty no respondió, en parte porque el brazo que rodeaba su cuello le impedía respirar, y en parte porque se sentía un poco avergonzado. Aquellos payasos no eran extraterrestres, ni se parecían a los Hombres de Negro, ni a los del FBI. Llevaban ropas de colores muy alegres y de corte extravagante. Además, el hombre que vestía de color morado tenía algo que le resultaba familiar.

—Sin duda es un malentendido, Majestad —dijo el hombre al que Fogarty había golpeado con el bate de cricket.

El hombre tenía el brazo cubierto por una especie de manguito ajustado, blanco y rígido, que había rociado sobre él un compañero.

—¿Por qué queréis estrangular a este hombre?

La pregunta iba dirigida al soldado que rodeaba el cuello de Fogarty con su brazo. Fogarty sabía que era un soldado porque llevaba el pelo cortado al rape y una baqueta de fusil a cuestas. Parecía que todos provenían del mismo sitio, que sólo Dios sabía dónde podía estar. Y si lo que vestían era un uniforme, Fogarty nunca había visto uno igual.

—¡Un peligro para la sociedad, Señor! —exclamó el soldado intentando ponerse firme.

El brusco movimiento estuvo a punto de romperle la tráquea a Fogarty.

—¿Tú o él? —preguntó el hombre vestido de color morado—. Creo que será mejor que lo sueltes.

—¡Sí, Majestad! —afirmó el soldado.

El hombre soltó a Fogarty, retrocedió, dio un taconazo y se puso firme otra vez. Todo lo realizó en un solo movimiento.

Fogarty se frotó el cuello. Era la segunda vez que llamaban «Majestad» al hombre con las ropas de color morado. ¿Era una especie de rey? ¿Por qué le resultaba tan conocido? Fogarty parpadeó.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Es usted el padre de Pyrgus!

Fue como si hubiese soltado la bomba atómica. Todos se quedaron de piedra, con los ojos como platos y boquiabiertos. El personaje del chaleco de color morado fue el primero en reaccionar.

—Soy Apatura Iris, el Emperador Púrpura —se presentó—. ¿Qué sabe usted de mi hijo?

Así que habían ido a buscar al chico. Pyrgus siempre decía que lo harían o que al menos lo intentarían. Pero eso no le había impedido espabilarse por su cuenta; desde luego, era el hijo ideal.

—Llega demasiado tarde. Ha regresado —dijo Fogarty.



El Emperador Púrpura intercambió una mirada con el hombre delgado al que Fogarty había atacado.

—¿Regresado?

—Sí.

Paseó la vista de uno a otro. En la cocina había cinco hombres, y estaba seguro de que fuera había más.

—¿Qué? —le preguntó al Emperador Púrpura—. ¿Qué pasa?

Apatura contempló la escopeta desmontada sobre la mesa.

—¿Eso es un arma? —preguntó.

—Sí —afirmó Fogarty.

—¿Su arma?

—Sí.

—¿La puede arreglar?

Fogarty lo miró con desconfianza.

—Pues sí.

Fue hasta la mesa y se sentó sin apartar los ojos del Emperador Púrpura. Después reunió las piezas y empezó a encajarlas.

—Éste es el Guardián Tithonus —indicó el emperador señalando con la cabeza al hombre delgado.

—Siento haberle hecho eso —murmuró Fogarty con los ojos fijos en el brazo del hombre.

—Sólo es una fractura —respondió Tithonus secamente.

—Yo soy Alan Fogarty —se presentó Fogarty.

—Me temo que estamos abusando de su hospitalidad, señor Fogarty —dijo Apatura. Su voz era amable, pero su cara parecía de piedra—. Sin embargo, le agradecería que habláramos acerca de mi hijo. Por favor, cuénteme cómo lo conoció y qué ha pasado.

Fogarty se había topado con tipos como aquél un par de veces en su vida, y lo mejor era no meterse con ellos, a menos que no quedase más remedio. Pyrgus sería igual dentro de uno o dos años, y ya se veía de dónde sacaba el estilo: para la edad que tenía, era un chico duro. Por suerte, Fogarty no quería discutir con el emperador, sino todo lo contrario, puesto que Pyrgus le había caído bien, y por lo que había explicado el chico se adivinaba que asimismo a él le caía bien su padre. Naturalmente, tenían sus desavenencias, pero eran sólo cosas de la edad. No había un solo chico que a esa edad no tuviera roces con su padre. Y si no los tenía, era que algo iba mal.

—No es asunto mío, pero yo, en su lugar, reforzaría la seguridad. Creo que alguien ha intentado hacerle daño a su hijo —dijo Fogarty.

Apatura lo miró, impasible.

—Hace tiempo que llegué a esa conclusión, señor Fogarty. Desde el principio, por favor.

Fogarty respiró profundamente y le contó lo que había sucedido.

\* \* \*

Todos lo observaban con gran atención cuando llegó a la parte del relato que trataba del regreso de Pyrgus.

—¿Cómo se le ocurrió a usted hacerlo? —le preguntó el Emperador Púrpura.

—El portal —respondió Fogarty, al que no le gustaba que lo interrumpiesen.

Uno de los hombres del emperador, que se llamaba Peacock y llevaba una chaqueta con una corona bordada del Emperador Púrpura, dijo al momento:

—El portal no funcionaba.

—No era vuestro portal —corrigió Fogarty—. Era el mío.

Fogarty percibió una repentina emoción. El Emperador Púrpura se inclinó hacia delante.

—¿Tiene usted un portal natural cerca de aquí, señor Fogarty?

Fogarty hizo un gesto negativo con la cabeza.

—He construido uno.

Se produjo un absoluto silencio, lleno de asombro. Fogarty recorrió con la vista todos los rostros.

—¿Hay algún problema al respecto? —preguntó.

El que se llamaba Tithonus, que solía estar callado, seguramente porque le dolía el brazo, dijo:

—¿He de entender que ha creado usted un portal de la nada, y no ha modificado uno que ya existía?

—Sí —afirmó Fogarty, irritado por el tono del hombre—. Ha entendido bien.

—¿Cómo pudo...? —El emperador captó la mirada de Tithonus y cambió de táctica—. Debe de ser usted un hombre de talento excepcional, señor Fogarty.

—Solía construir herramientas en mi trabajo —murmuró Fogarty con cierta calma, aunque no mucha.

De hecho, eran detonadores, ganzúas para abrir cerraduras, aparatos para interferir los sistemas de alarma, pero esta gente no tenía por qué saberlo.

—Aun así —intervino Tithonus con mucha labia—, no tenía ni idea de que en este mundo se conociese la tecnología de los portales.

—Pyrgus me explicó lo fundamental.

—Entonces, ¿ha empezado desde el principio? —le preguntó Tithonus.

—No es para tanto —precisó Fogarty—. Cuando estás a medio camino, ya no te equivocas de dirección.

—Estoy seguro de ello —afirmó Tithonus.

El que se llamaba Peacock se inclinó hacia delante, y Fogarty hubiera jurado que el hombre hacía esfuerzos para no temblar de emoción.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

—El señor Peacock es el ingeniero jefe de nuestros portales —indicó Tithonus—. Le interesan las cuestiones técnicas.

A Fogarty le gustaba la franqueza de Peacock. De modo que abrió el cajón de la mesa y sacó una pequeña forma cúbica de aluminio pulido.

—¿Qué es eso? —le preguntó Peacock cuando Fogarty se lo ofreció.

—El portal —respondió Fogarty.

Peacock contempló el cubo mientras le daba vueltas en la mano. Al fin, levantó la vista hacia el señor Fogarty.

—Esto no es un portal.

—Claro que sí. Apriete el botón rojo. Pero hay que hacerlo fuera; si lo utiliza aquí dentro, podrían romperse algunas cosas. —Fogarty sonrió.

Peacock miró al emperador, que hizo un ligero gesto afirmativo. Al poco rato todos se hallaban en el jardín de la parte de atrás. Fogarty observó que estaba en lo cierto: había una docena de hombres merodeando entre las sombras, casi todos con aspecto militar. El emperador estaba bien preparado para los enfrentamientos. Y a Fogarty le caían bien esa clase de hombres.

—¿Dónde...? —preguntó Peacock.

—En cualquier parte, siempre que sea fuera de la casa —afirmó Fogarty encogiéndose de hombros.

Peacock apretó el botón rojo. Se produjo un sonido tremendo cuando la realidad se desgarró. A través del agujero vieron un pasillo alfombrado e iluminado por arañas de cristal. Tras unos momentos de anonadado silencio, Apatura susurró:

—¡Es el palacio!

—Ya me parecía a mí —comentó Fogarty con orgullo—. Intenté dirigirlo hacia su propio portal, que está en una especie de capilla, según me explicó Pyrgus. Aunque el palacio podría estar bastante cerca por lo que veo.

—Este portal no es como los nuestros —afirmó Peacock, con una especie de temor reverencial en la voz.

Fogarty se esforzó en mantenerse serio.

—Tal vez puedan hacerse unas cuantas mejoras —comentó, sin darle importancia.

—¿Y qué sucede si aprieto el botón de color verde? —le preguntó Peacock.

—Que se acabó.

Peacock apretó el botón verde, y el portal desapareció sin el menor ruido.

—¿Dónde está la fuente de energía? No puede haberla metido en este cubo.

Fogarty no pudo evitar una sonrisa, aunque no le importó el comentario. Al fin y al cabo, Peacock era ingeniero.

—El cubo es sólo un control. El verdadero portal obtiene la energía del planeta.

—¿De los volcanes? —quiso saber Peacock.

—Aquí no hay volcanes.

—Los nuestros son volcánicos. —Peacock no hizo caso, o tal vez ni siquiera se dio cuenta, de las miradas de advertencia que le dirigieron Tithonus y el emperador—. Todos nuestros portales son volcánicos.

—Se trata de la resonancia planetaria —le explicó Fogarty—. Un hombre que se llamaba Tesla trabajó con ella, pero murió. Y en cuanto a la electricidad reactivada, Pyrgus me dijo que ustedes la llaman «relámpago cautivo». Yo utilicé un disparador psicotrónico.

—¡Un disparador psicotrónico! ¡Vaya! —exclamó Peacock—. Nosotros acariciamos la idea de la resonancia planetaria, pero nunca se me había ocurrido utilizar un disparador psicotrónico.

—No funciona sin él, por mucha electricidad que se reactive.

—Ya lo sé —confirmó Peacock. Parecía encantado y sorprendido al mismo tiempo.

—Tal vez puedan continuar esta conversación en otro momento —les sugirió Apatura con ironía. Rechazó con un gesto las precipitadas disculpas de Peacock, y le dijo a Fogarty—: ¿Ha dicho usted que empleó este portal para enviar a Pyrgus a casa?

—¡Ah! —exclamó Fogarty, incómodo—. No exactamente...

—¿No... exactamente? —preguntó Tithonus.

—Su hijo es un chico impaciente —le comentó Fogarty al Emperador Púrpura, que asintió con amargura—. Utilizó el portal él solo la noche que lo terminé. Hace dos noches se marchó mientras yo dormía, y me dejó una nota. Me preocupé un poco cuando descubrí que se había ido porque aún no había hecho los ajustes finales, ni las comprobaciones, ni nada parecido. Pero, cuando yo mismo lo probé, funcionó perfectamente.

—¿Lo probó usted mismo?

—Sí, claro. No hubiera podido descansar tranquilo hasta saber que Pyrgus estaba bien.

—¿Y qué pasó cuando usted lo probó? —le preguntó el emperador con cautela.

—Lo mismo que usted ha visto —respondió Fogarty—. Entré en su palacio. Lo reconocí por lo que Pyrgus me había contado.

—No hay informes sobre su visita —intervino Tithonus.

—No fue exactamente una visita. Entré, eché un vistazo y volví a salir. Tengo cosas que hacer aquí. Me alegro de que su hijo esté en casa.

—Ése es el problema, señor Fogarty —dijo el Emperador Púrpura muy serio—.

Mi hijo no está en casa.

El espejo mostraba la imagen de un chico delgado con el pelo cortado casi al rape y expresión franca. Llevaba ropa hecha en casa y sin ninguna gracia: una chaqueta verde manchada de barro y mal remendada, y unos pantalones de color marrón, de una tela que producía picazón, remetidos en unas agrietadas botas de cuero de tacón bajo. Podría pasar por un obrero fabril o un aprendiz mal pagado. Holly Blue contempló su imagen con cierta satisfacción. Los disfraces de verdad eran mejores que cualquier excéntrica fantasía creada por un hechizo, que podía ser descubierta por un contrahechizo o no tener el éxito que esperabas.

A Blue le preocupaba su piel. Muchos chicos a su edad tenían granos, y los aprendices más que ninguno, pero no podía hacer nada al respecto. Además, ya había utilizado el disfraz antes, y nadie había reparado en ese detalle, aunque las otras misiones no habían sido tan peligrosas como ésta. Tras reflexionar un poco sobre el tema, acabó por aplicarse una pintura para conseguir una apariencia de piel curtida. Algo era algo.

Blue revisó su armamento, tan escaso que daba lástima. La cuestión era que todo tenía que encajar con el personaje. Los obreros y los aprendices no podían permitirse el lujo de tener armas soberbias, ni tan siquiera una espada. La mayoría de ellos sólo llevaba una porra para defenderse, y eso los que llevaban algo. Así que se conformó con una pequeña daga y una chilla hecha con una moneda de cobre. La daga podía pasar, aunque parecía mucho más barata de lo que era; si le descubrían la chilla, le quedaba el recurso de decir que la había robado. Por si acaso, guardó un detector de hechizos en el bolsillo que, si no lo examinaban de cerca, parecía un plátano.

Se miró al espejo por última vez, se dirigió hacia los estantes de libros y acarició un delgado volumen de los *Ensayos* de Crudman. Una parte de la estantería se deslizó sobre silenciosas ruedecillas. Cuando Blue entró en el pasadizo oculto que había al otro lado, se encendieron unas esferas incandescentes y la estantería volvió a rodar hasta su sitio. En menos de media hora deambulaba entre las inmensas multitudes de Northgate.

El primer teatro de Northgate se había inaugurado quinientos años antes y, desde entonces, la zona se había convertido en un centro de diversión, aunque en los últimos años se ofrecían espectáculos más variados que las clásicas representaciones teatrales. Letreros que emitían ráfagas centelleantes anunciaban cabinas giratorias, húmedas cavernas, cafeterías que servían cuernos del caos, salas de música simbala, representaciones de crudo realismo y la denominada Experiencia Orgánica Burbujeante, que era algo nuevo para Blue. Las aceras estaban atestadas de gente, como siempre a aquella hora de la noche, y los artistas callejeros se empleaban a fondo para sacarle unas monedas a la multitud. Blue pasó ante malabaristas y

acróbatas, ante un grupito de músicos ambulantes y ante un individuo de extraño aspecto que parecía como si se estuviera comiendo un dragón vivo. Era un efecto óptico, desde luego, pero muy bueno.

En una puerta apareció una prostituta entrada en años.

—¿Le apetece tomar un cuernecito del caos conmigo, caballere?

Blue la rechazó con un gesto y le sonrió. Al menos, su disfraz daba el pego.

Si se hubiera tratado de un recorrido normal, se habría detenido en la calle principal para disfrutar de las emociones y de los espectáculos. Pero aquél no era un recorrido normal. Tal vez su padre pensase que podía encontrar a Pyrgus en el Mundo Análogo, pero ella no estaba tan segura. Durante los últimos días, había repasado mentalmente fragmentos de conversación: «¡Creí que ese asqueroso de Hairstreak te había matado! ¡Hace tres días que no sabía nada de ti!», y Pyrgus había respondido: «Hairstreak no me ha puesto la mano encima. Ha sido otra persona la que ha estado a punto de matarme».

Poco antes de que Pyrgus entrase en el portal y desapareciese, habían estado juntos en la capilla. «Ha sido otra persona la que ha estado a punto de matarme». Su hermano intentó quitar importancia a sus palabras haciendo ver que era un chiste, pero ella lo conocía muy bien. No se trataba de un chiste, sino de un desliz. Había algo que Pyrgus no quería que ella supiese sobre... ni ella ni nadie, en realidad. A Pyrgus le horrorizaba llamar la atención, pero lo cierto era que alguien había estado a punto de matarlo. Quizá no había sido Hairstreak, sino otra persona. Y unos minutos después, volvieron a intentarlo: alguien le había inyectado veneno en las venas y había saboteado el portal de la Casa de Iris. ¿Era una coincidencia? Holly Blue creía que no.

Se abrió paso entre un conjunto de tragasables, que actuaban sincronizados, y entró en Garrick Lane, donde había estado el teatro original. El edificio había desaparecido tiempo atrás, pero la calle seguía siendo el alma de la zona teatral de Northgate. Blue pasó ante las llamativas fachadas del Teatro de la Luna, el de la Esfera y el Garrick, y llegó hasta la estrecha y modesta escalera de la casa que estaba junto a la antigua tienda de artículos de hechicería. Un guardián, producto de un efecto óptico, la detuvo en el primer descansillo.

—¿Quién osa pedir audiencia a la Dama Pintada? —preguntó el guardián pomposamente.

Blue sonrió para sí. Un guardián, fruto de un vulgar efecto óptico, diría algo así como: «Por favor, diga su nombre y a qué viene», pero eso no era suficiente para *madame* Cardui. Le gustaba impresionar incluso antes de que la vieses; por eso el guardián había sido hecho por encargo. La mayoría de la gente se contentaba con comprar un portero corriente, pero aquél era un verdadero *djinn* de casi dos metros y medio de estatura y barba negra, ataviado con bombachos y turbante. Sus ojos

resplandecían como carbones candentes.

—El pequeño Blue —respondió Blue muy tranquila, y la criatura se disolvió en medio de una nube de excesivo humo verde.

Blue subió otro piso y llamó cortésmente a una puerta, que en parte estaba cubierta por una cortina.

—¡Entra, cielito, entra! —ordenó una voz chillona.

El salón de *madame* Cardui era extraordinario desde todos los puntos de vista: era lujoso y tenía las paredes cubiertas por abundantes capas de pintura de color, que de vez en cuando se disolvían para reflejar fugaces imágenes de mantícoras y unicornios; en vez de muebles había suntuosos cojines de seda y de terciopelo, esparcidos entre algunas mesitas bajas que contenían caños de opio purpúreo y fuentes de cristal con caprichos de reina; un embriagador olor a incienso impregnaba el ambiente, y aunque el aroma cambiaba continuamente conservaba el trasfondo de jazmín; la sensual música simbala gemía y susurraba en un tono casi inaudible, pero se metía en el cuerpo y en la mente de los que la escuchaban, como ocurría siempre con esa clase de música.

No obstante, lo más extraordinario de todo era la propia *madame* Cardui. La Dama Pintada, envuelta en una bata de encaje negro, se hallaba recostada sobre una pila de cojines, y la acompañaban su enano de color naranja y el transparente gato persa. En la mesa que estaba a su lado, charlaban animadamente miniaturas mecánicas mientras elaboraban bombones exóticos y saquitos con polvos extraños. La mujer era esbelta como un junco, salvo el pecho, que conservaba el considerable realce de su época teatral. Bajo la espesa capa de maquillaje, la piel estaba surcada por numerosas venas y finas arrugas, pero sus ojos seguían siendo negros, brillantes y nítidos, como siempre.

Al sonreír mostró sus dientes de color escarlata.

—Pequeño Blue —saludó a Blue calurosamente—, ¡qué placer verte de nuevo tan pronto! —Dio unas palmaditas en un lugar cercano—. Aquí. Tienes que sentarte aquí, a mi lado.

El enano se apresuró a colocar los cojines cuando Blue se sentó.

—¿Estamos solas, *madame*? — le preguntó Blue sin darle importancia.

La Dama Pintada respiró profundamente por la nariz, como si quisiese probar el intenso aroma a incienso.

—Solas, aunque tal vez no en total intimidad —respondió en tono grandilocuente—. Vete a ver, Kitterick.

El enano sonrió de oreja a oreja mientras corría hacia la mesa que estaba junto a la puerta. Sacó un pequeño cucurucho de un estuche de cedro, lo acercó a una esfera cercana hasta que la punta empezó a arder y luego lo dejó en una fuente metálica para incienso. Cuando regresó al lado de su ama, el cucurucho estalló como un fuego de



artificio y esparció un pomposo hechizo de silencio por la habitación.

—¡No pasa nada! —exclamó la Dama Pintada con un suspiro. Se incorporó para sentarse y se desperezó—. Muy bien, Alteza —dijo de pronto—, supongo que se trata de algo relacionado con el príncipe heredero.

—Sí, *madame* Cynthia —asintió Blue.

—Creía que había aparecido sano y salvo.

—Y así fue —dijo Blue—. Mi padre decidió trasladarlo al Mundo Análogo.

*Madame* Cardui frunció los labios.

—Tal vez sea el lugar más seguro hasta que las cosas se calmen.

—Por desgracia —anunció Blue—, alguien sabotó el portal.

—¡Oh! —exclamó *madame* Cardui mirando a Blue con gesto pensativo—. ¿Se trata de un atentado contra su vida, como sospechamos, o simplemente de alguien que quiere hacerle daño?

—Un atentado contra su vida —confirmó Blue. Había decidido no mencionar el veneno. Confiaba en la Dama Pintada tanto o más que en ningún otro informante, pero la experiencia le había enseñado que lo mejor era proporcionar sólo la información absolutamente necesaria—. La cuestión es que creo que alguien intentó matarlo antes de que volviese al palacio.

—¿No estaremos hablando de Hairstreak?

—No, es otra persona.

—¿Y crees que puede tratarse de la misma persona que planeó el sabotaje del portal?

—Podría ser —respondió Blue.

—¿Sabemos quién intentó matarlo mientras disfrutaba de su aventurilla en el mundo exterior?

—Yo no —reconoció Blue, muy seria—. Esperaba que usted lo supiese.

—Ya entiendo —dijo la Dama Pintada.

El gato transparente se posó de un salto sobre las rodillas de Blue, se enroscó y se durmió. La muchacha lo acarició sin darse cuenta. Bajo la piel del animal, percibió los rápidos latidos del corazón, la sombra de los intrincados intestinos y el contorno de un ratón a medio digerir.

—Usted averiguó su paradero —afirmó Blue—, cuando a mí no me interesaba saber dónde estaba. Pero ahora me interesa. ¿Lo sabe?

*Madame* Cardui se puso de pie con mucho esfuerzo.

—¿Se te ha ocurrido pensar que incluso tú tienes que envejecer algún día? —Antes de que Blue pudiese responder, *madame* Cardui hizo un ostentoso gesto con la mano y continuó—: No, claro que no, cariño. ¿Para qué ibas a obsesionarte con esas cosas? Apenas eres una mujer, y cuentas con tu patrimonio y tu inteligencia. ¿Para qué tienes que pensar en el invierno cuando acabas de empezar a disfrutar de la

primavera? —La mujer suspiró—. ¿Sabes qué es lo peor de hacerse vieja, peor aún que los dolores, los achaques y el deterioro de la belleza? Lo peor es que la memoria se debilita y conserva sólo detalles sin importancia. Te acuerdas con toda claridad de algún chico idiota al que besaste cuando tenías cinco años, pero te olvidas de lo que ocurrió la semana pasada. Es un fastidio. Me parece que tal vez pueda ayudarte, pero debo comprobarlo.

El enano de color naranja la sujetó por el codo, solícito, mientras la mujer se dirigía a una parte de la pared que se transformó en un caos de hipnóticos dibujos ante ella.

—Tranquila —murmuró, y la pared se calmó ante el sonido de su voz. Cuando *madame* Cardui colocó la palma de la mano sobre la superficie del muro, apareció una profunda cavidad, de la que sacó una baraja—. Mi preciosa baraja —exclamó—. ¿No te he contado nunca que fui ayudante de un prestidigitador? El Gran Mefisto. Era un hombre muy atractivo, con unas manos extraordinariamente hábiles. Pero nunca tuvo una baraja como ésta. —Barajó los naipes hasta que encontró la jota de corazones—. No te muevas, Kitterick —ordenó, e introdujo la carta en la cabeza del enano.

Kitterick se quedó inmóvil y el rostro del enano adoptó una expresión de vacío.

—El príncipe heredero Pyrgus Malvae —dijo el enano con voz metálica—. Hijo de Apatura Iris, el Emperador Púrpura, heredero del Trono del Pavo Real, pelirrojo, de ojos castaños, metro y medio de estatura...

La Dama Pintada lo interrumpió con un gesto.

—Desplaza la búsqueda al nodo siete. Pregunta por todos los enfrentamientos de las últimas seis semanas... —Miró dudosa a Blue—. ¿Es suficiente con seis semanas?

—Tal vez dos meses —respondió Blue—. Para estar bien seguras.

—De las últimas ocho semanas —le indicó *madame* Cardui a su enano.

—Lord Hairstreak —dijo Kitterick al momento—. El príncipe heredero entró en la mansión de lord Hairstreak y robó su fénix dorado, tras lo cual Hairstreak ordenó la inmediata detención del príncipe. Los perseguidores...

—No fue Hairstreak —interrumpió Blue—. Me lo dijo el propio Pyrgus: «Hairstreak no me ha puesto la mano encima. Ha sido otra persona la que ha estado a punto de matarme». Creo que debe de haber sido después de que robase el fénix —añadió.

—Desplázate hacia delante —le ordenó *madame* Cardui al enano.

—Groumu —dijo Kitterick.

—¿Qué? —Blue frunció el entrecejo.

—Supongo que será un nombre —sugirió *madame* Cardui—. ¿Es un nombre, Kitterick?

—Sí.

—¿Y quién es ese Groumu? —preguntó Blue.

—Sigue con el catálogo de investigaciones, Kitterick —ordenó *madame* Cardui.

—Groumu, sargento de los guardias jurados, pelo negro, ojos castaños, casi un metro ochenta y cinco de estatura, cuarenta años y cuatro meses de edad, atacó al príncipe heredero el primer día de la segunda luna. Jocurm, guardia jurado, pelo castaño, ojos azules, un metro setenta y seis de estatura, veintinueve años y un mes de edad, atacó al príncipe heredero el primer día de la segunda luna. Praneworf, guardia jurado, pelo castaño, ojos de color gris azulado, un metro setenta y nueve de estatura, treinta y cinco años y siete meses de edad, atacó al príncipe heredero el primer día de la segunda luna...

—Un día movidito —murmuró la Dama Pintada.

—Datches, guardia jurado...

—¿Qué hicieron esos guardias? —se apresuró a preguntar Blue.

—Agresión con lesiones físicas graves —respondió Kitterick—. Tentativa de asesinato, nivel ocho.

¡Tentativa de asesinato! A Blue se le encogió el estómago. ¿Se refería Pyrgus a aquel hecho? ¿Lo habían atacado los guardias jurados de alguien? «Ha sido otra persona la que ha intentado matarme». La frase no parecía referirse a un grupo de guardias, sino más bien a una sola persona. A menos que Pyrgus hiciese alusión a alguien que había enviado a los guardias tras él. Pero, incluso en ese caso, se trataba de un ataque de nivel ocho, que teóricamente era tentativa de asesinato, aunque en realidad significaba sólo que lo habían dejado inconsciente. Una tentativa de asesinato grave sería como mínimo...

—Nivel nueve —le ordenó *madame* Cardui a Kitterick—. Examina los enfrentamientos de nivel nueve.

Kitterick hizo un ruido seco, que se oyó perfectamente, y movió la cabeza.

—Pratellus —afirmó—, crambus, capitán de guardias jurados, pelo negro canoso, ojos castaños, cuarenta y cuatro años...

—¿Qué le hizo a Pyrgus? —lo interrumpió Blue.

El rostro de Kitterick permaneció inexpresivo, salvo los ojos, que empezaron a girar en el sentido de las agujas del reloj. De su boca salió un sonido extraño, como si fuera un trinquete atascado.

—Seguramente el tal Pratellus no hizo nada con sus propias manos —explicó *madame* Cardui—. Un enfrentamiento de nivel nueve conlleva la posibilidad de lesiones graves, e incluso de muerte, pero la persona que se detecta no es siempre la que perpetra el daño.

—No lo entiendo. —Blue frunció el entrecejo.

—Pues, por ejemplo, Pratellus podría haber sujetado los brazos de tu hermano

para que alguien lo apuñalase, o haber entregado a otra persona una cimitarra para que lo degollara, o llevarlo a la horca o a otro lugar de ejecución. O... ¡Oh, no te disgustes, cielito, estoy hablando hipotéticamente! Lo único que sabemos es que el capitán participó en un ataque contra la vida de tu hermano, pero no que fuese el responsable directo de ese ataque.

—¿Y cómo podemos saber quién ha sido el responsable directo? —le preguntó Blue, un poco irritada.

A veces resultaba fastidioso tratar con gente de la edad de *madame* Cardui. Tenían una forma de abordar las cosas que no siempre era la más rápida.

—¡Kitterick, trasládate al nivel diez! —ordenó *madame* Cardui.

Kitterick volvió a hacer un ruido seco.

—Chalkhill, Jasper —dijo en voz alta—. Pelo teñido, ojos de color azul celeste, casi un metro setenta de estatura, edad borrada de los archivos oficiales tras cuantiosos sobornos. Brimstone, Silas; calvo, ojos azules enrojecidos, un metro setenta y cinco de estatura, noventa y ocho años y diez meses de edad.

—¡Chalkhill y Brimstone! —resopló *madame* Cardui—. Según parece, hemos encontrado a los que intentaron matar a tu hermano.

\* \* \*

—¿Quiénes son Chalkhill y Brimstone, *madame* Cynthia? —preguntó Holly Blue.

Los nombres le sonaban, pero no eran miembros de ninguna familia aristocrática, y si se dedicaban a la política, debían de tener cargos de poca importancia.

—Se dedican al comercio —respondió *madame* Cardui en tono despectivo—. Naturalmente, son elfos de la noche.

—¿Al comercio?

La pregunta hizo parpadear a *madame* Cardui.

—Venden tarros de pegamento, cielo.

Por eso a Blue le sonaban los nombres: el pegamento milagroso de Chalkhill y Brimstone. Lo había visto en las habitaciones de los criados.

—También lo fabrican, ¿verdad?

—Supongo que sí —respondió *madame* Cardui con desdén—. El pasado de Chalkhill es bastante interesante. Fue un peluquero de cierto renombre. Luego se dedicó a la decoración de interiores: tenía un estilo inconfundible, aunque demasiado llamativo para mi gusto. Lo crió una tía suya, una mujer intachable en todos los aspectos, pero se dice que Jasper la envenenó para quedarse con su dinero.

Blue se puso en guardia inmediatamente.

—¿La envenenó? ¿No utilizaría tritio, por casualidad?

—No tengo ni idea. Fue sólo un rumor, y nunca se probó nada. Pero él heredó todas las posesiones de su tía y las vendió por una sustanciosa suma. Estaba metido de lleno en el despilfarro cuando conoció a Brimstone.

—¿A qué se dedicaba Brimstone? —le preguntó Blue.

—A la brujería —respondió *madame* Cardui enseguida—. Nigromancia y demonología del más bajo nivel. Pone nerviosos incluso a sus colegas de la noche. — La mujer quitó el naipe de la cabeza de Kitterick, y el enano la acompañó hasta los cojines, en los que ella se arrellanó—. No cabe la menor duda, Alteza, juntos o por separado pueden muy bien haber atentado contra la vida de tu hermano.

—Es mejor que me diga dónde puedo encontrarlos —le dijo Blue, muy seria.

—¿Le producía dolor el naípe dentro de la cabeza? —preguntó Blue con curiosidad.

—Dolor, exactamente, no —respondió Kitterick. Cynthia Cardui se había empeñado en que acompañase a Blue para protegerla—, pero produce una sensación rara.

—¿Cómo lo hace *madame* Cardui? ¿Es un hechizo?

—¡Oh, no, Alteza Serenísima; tengo una ranura! —Se apartó el pelo y se inclinó para que Blue pudiese mirar. En el cráneo tenía una ranura metálica—. La información está codificada en las cartas, que parecen las de una baraja normal para que nadie sospeche. Lo único que yo hago es descifrarla. Hace falta un poco de entrenamiento, sobre todo para no caerse mientras se tiene la carta dentro de la cabeza.

—¡Demonio! —exclamó Blue.

Caminaban por Cheapside, una zona de la ciudad que Blue no había pisado antes y que no estaba muy segura de querer volver a visitar. Formaban una extraña pareja. Blue seguía disfrazada de chico, y Kitterick, con la piel y las ropas de brillante color naranja, apenas le llegaba al hombro. Aunque era robusto, resultaba demasiado bajo para parecer un guardaespaldas, pero *madame* Cardui le había asegurado a Blue que el enano era extremadamente tóxico. Un mordisco de Kitterick solía bastar para derribar a un caballo de tiro, aunque tardaba su tiempo en hacer efecto.

Era muy tarde, pero Cheapside estaba tan atestado de gente como Northgate. A Blue le daba la impresión de que aquellas personas buscaban placeres mucho menos inocentes que un espectáculo teatral o una cafetería que sirviese cuernos del caos. Toda la zona tenía la mala pinta de los paraísos de delincuentes. Blue se alegraba de no estar sola, aunque Kitterick llamaba demasiado la atención para que se sintiese tranquila.

—Casi hemos llegado —anunció el enano haciendo una seña con el dedo—. Ahí está.

Kitterick se refería a Seething Lane, donde *madame* Cardui había dicho que estaba la fábrica de pegamento de Chalkhill y Brimstone. A aquella hora estaría cerrada, por supuesto, pero la Dama Pintada le había facilitado a Blue las direcciones particulares de Jasper Chalkhill y de Silas Brimstone. Chalkhill tenía una finca en Wildmoor Broads, más allá de la fábrica, pero Brimstone vivía más cerca: poseía una casa en Seething Lane. Blue miró hacia donde señalaba Kitterick y vio una entrada, estrecha y sombría, flanqueada por un salón de tatuajes a un lado y por una barbería al otro; ambos estaban cerrados. Parecía el lugar menos indicado del reino para que nadie fuera hasta allí. ¿Cómo diablos se había mezclado Pyrgus con aquella gente?

Al acercarse, Seething Lane resultaba aún más horrible porque despedía un olor

que a Blue le revolvió las tripas. El callejón era estrecho y estaba parcialmente empedrado, y los faroles apenas lo iluminaban, de forma que había grandes trechos sumidos en la oscuridad total. En las sombras podía esconderse cualquiera, esperando para abalanzarse sobre los incautos.

Como si le leyese el pensamiento, Kitterick sacó una antorcha llameante del bolsillo y la mantuvo en alto.

—Creo que es mejor que vaya yo delante, Serenidad —dijo en voz baja.

Blue se mostró conforme, aunque acarició nerviosamente el puñal que llevaba oculto mientras seguía a Kitterick.

En la callejuela no había nadie y, al alejarse de la calle principal de Cheapside, sus pasos resonaban de forma misteriosa sobre los adoquines. El olor era más intenso allí, pero Blue se esforzó en reprimir las ganas de vomitar. Tras unos momentos, Kitterick anunció:

—Aquí es. —Levantó la antorcha hasta que la luz parpadeó sobre el número marcado en la angosta puerta—. Ochenta y siete. La casa del señor Brimstone.

A cada lado de la callejuela había casas antiguas en hilera, muy pegadas unas a otras, algunas de las cuales tenían balcón. La vivienda de Brimstone formaba parte de este conjunto, aunque no acababa al mismo nivel. Resultaba difícil asegurarlo debido a la oscuridad, pero parecía apretujada entre dos edificios y que se había colado allí como una idea que se te ocurre demasiado tarde e intenta ocupar un espacio vacío. Sobresalía tres pisos por encima de los otros edificios, pero en ninguno se veía luz.

—Parece que no hay nadie en la casa —murmuró Blue.

—¿No es mejor que me cerciore de que es así, Serenidad?

Blue lo pensó un instante y asintió. No tenía prisa por conocer ni a Chalkhill ni a Brimstone. Su plan, si se le podía llamar plan, era buscar pruebas de que habían atentado contra la vida de su hermano. Cuando las tuviese, podría actuar. Estaba dispuesta a hablar con cualquiera de los dos hombres si hacía falta, pero si Brimstone no estaba en casa era la oportunidad perfecta para echar un vistazo. Se preguntó si el hombre utilizaría hechizos de seguridad.

—Serenidad, tal vez sea mejor que no estéis a la vista por ahora. Lo cierto es que la casa parece vacía, pero nunca se sabe, y no nos conviene que el señor Brimstone se entere de que la Casa Real se interesa por él en estos momentos.

Blue dudaba mucho que Brimstone la descubriese tras su disfraz, pero Kitterick tenía razón. A aquellas alturas de la historia era mejor no arriesgarse. Así que asintió otra vez y se escabulló en la oscuridad. Entonces Kitterick llamó a la puerta con un golpe atronador.

Al poco rato alguien abrió bruscamente una ventana del piso superior de una de las casas vecinas, y asomó un enfadado rostro.

—¡Deja de armar follón, horrible enano cretino, si no quieres que baje y te rompa

la crisma!

—Tengo un envío para el señor Brimstone —repuso Kitterick sin inmutarse.

—¿A estas horas? Pero ¿cómo eres tan estúpido?

—Es un envío urgente. Algo para el pegamento.

—¡Pues llévalo a la fábrica, bisco imbécil! ¡No vengas a perturbar el sueño de la gente!

—Me temo que la fábrica está cerrada, señor. Creo que es mejor que vea al señor Brimstone.

—Bueno, pues el señor Brimstone no está en casa, rata estúpida. Convéncete. ¡Vete al cuerno!

—¿Estará el señor Brimstone en casa más tarde? —preguntó Kitterick.

—¿Más tarde? ¿Más tarde? ¿Y cómo voy a saber yo si estará más tarde? ¿Acaso soy su niñera?

—No, señor. Gracias, señor. Ya me marchó. Siento haberlo molestado, señor. —Kitterick hizo como que se alejaba por la callejuela, pero volvió tan pronto como la cabeza del hombre hubo desaparecido—. La casa está vacía, Serenidad. ¿Acierto al suponer que vamos a entrar?

—¡Oh, sí! —exclamó Blue—. Entremos.

\* \* \*

Brimstone había tenido muy en cuenta las medidas de seguridad. La puerta principal de su casa parecía tan simple que hasta un bebé podría tirarla abajo, pero se resistió al detector de hechizos de Blue, y seguía cerrada después de que los hábiles dedos de Kitterick la manipularan durante quince minutos.

—Nunca había visto cerraduras como éstas —murmuró Kitterick—. Están interconectadas: cuando se abre una, otra se cierra. Es una idea muy sencilla, pero no veo la forma de solucionarlo. —Se enderezó y se volvió hacia Holly Blue—. Me pregunto, Serenidad, qué opinaríais si realizáramos un ataque más directo.

—¿En qué está pensando? —le preguntó Blue con cautela.

—En un cartucho de dinamita —respondió Kitterick—. Da la casualidad de que llevo uno encima.

—¿Y el ruido no llamará la atención?

—No, si lo utilizamos al mismo tiempo que un hechizo de silencio. El inconveniente es que haremos un agujero en la puerta y, probablemente, en un trozo de la pared. En otras palabras, si el señor Brimstone vuelve, sabrá enseguida que alguien ha irrumpido en su casa. —Kitterick dudó—. Pero no creo que se venga abajo todo el edificio. —Guiñó un ojo—. No, estoy seguro de que no ocurrirá; estas casas viejas son de construcción muy sólida.



—Hágalo —le ordenó Blue.

Kitterick sacó un cartucho de dinamita tremendamente grueso del bolsillo del pantalón y encendió la mecha. Mientras la mecha ardía a velocidad de vértigo, la pegó contra la puerta, y luego rebuscó algo en los bolsillos.

—¿Dónde he puesto el hechizo de silencio...?

Blue observaba cómo la chispeante llama corría hacia la dinamita, y se mordió los labios con nerviosismo.

—Señor Kitterick.

—¡Ah, aquí está! No, esto no es.

—Señor Kitterick, ¿no cree...?

—¿Por qué será que las cosas no aparecen nunca cuando uno las necesita, Serenidad? Tendremos que prescindir del hechizo. No, no, es mentira: ¡lo he encontrado! —Sacó un pequeño cucurucho de un bolsillo interior—, ¡qué alivio! —Kitterick se agachó y encendió el cucurucho con la mecha, que en aquel momento estaba a escasos centímetros de la dinamita—. Con un poco de suerte nuestro hechizo detonará antes que el cartucho. —Se volvió hacia Blue con una sonrisa—. Y ahora, creo que deberíamos poner cierta distancia entre la puerta y nosotros. Si me permitís, Serenidad...

La agarró por el brazo y ambos salieron corriendo atropelladamente por Seething Lane.

No habían recorrido ni cincuenta metros cuando la puerta despidió una enorme bola de fuego, y una mano invisible golpeó la espalda de Blue como si fuera una ola de calor repentino que hubiese descendido sobre ella. Estuvo a punto de caer, pero logró mantener el equilibrio, y se volvió a tiempo para ver una lluvia de escombros. Sin embargo, el hechizo de silencio había hecho mella en la dinamita, de modo que la princesa no oyó ni un tintineo.

—Vamos a ver de qué están hechas sus maravillosas cerraduras —dijo Kitterick esbozando una sonrisa.

Cuando regresaron, comprobaron que la puerta de Brimstone había desaparecido por completo, así como el trozo de calle que estaba frente a ella y parte de las casas de ambos lados. En la oscuridad, al otro lado de donde había estado la puerta, distinguieron una escalera estrecha que conducía a los pisos de arriba.

—Creo que es mejor que se quede usted aquí, señor Kitterick —indicó Blue—. Así podrá avisarme si aparece Brimstone.

Blue esperaba que Kitterick no se opusiera. Si había alguna prueba incriminatoria dentro, prefería examinarla ella sola. ¡Quién sabía en qué se había metido Pyrgus! Pero en esa ocasión el enano se limitó a decir:

—Excelente idea, Serenidad. La explosión tiene que haber absorbido el hechizo, así que silbaré si hay algún problema. Puedo emitir un silbido muy penetrante cuando

me concentro.

Blue lo creyó. Tenía una gran opinión de Kitterick. La joven trepó por el montón de escombros y vio que los peldaños inferiores de la escalera estaban rotos, pero logró subir sin mucha dificultad, pues el resto de la escalera parecía sólido. Llegó a un descansillo con dos puertas. La primera que abrió daba a un retrete maloliente, y la segunda a lo que parecía una sala.

Dudó un momento porque no se atrevía a encender las luces, pero decidió arriesgarse. Como había dicho Kitterick, si Brimstone regresaba, sabría de todas formas que habían entrado en su casa, así que unas cuantas luces en el piso de arriba no añadirían mucha más información. Aun así, cruzó la habitación dando traspies y cerró las cortinas antes de poner en funcionamiento las esferas luminosas.

La habitación, en completo desorden, estaba atestada de muebles tan viejos que algunos se caían a pedazos. En el suelo no había alfombra, pero sobre las tablas de madera se habían esparcido unos cuantos tapetes raídos, deshilachados y sucios. Blue dedujo dónde se sentaba Brimstone cuando estaba en la habitación: era una vieja butaca situada junto a la chimenea, con un par de cojines sucios para amortiguar los muelles que asomaban. Junto a ella había una mesita con una jarra de chocolate vacía. Al otro lado de la chimenea, destacaba una carbonera con unos birriosos pedazos de carbón, y una cestita de mimbre llena de astillas, a la derecha. A Blue no le costó imaginarse al viejo en las noches de invierno acurrucado junto a un fuego miserable, calentándose las manos protegidas por mitones con una escasa taza de...

Pero... un momento. Aquello no tenía sentido. Blue miró a su alrededor: desde las gastadas esferas, que apenas daban luz, hasta el asqueroso mobiliario, el lugar rezumaba pobreza y ruina. Sin embargo, Brimstone no era pobre. No podía serlo, puesto que tenía una fábrica de pegamento e intereses en negocios diversos, si *madame* Cardui no se equivocaba. Entonces, ¿por qué un hombre con recursos iba a preferir vivir como un indigente? ¿Sería Brimstone un avaro? Blue no lo creía. Aquello tenía que ser una visión producida por los efectos de un hechizo, tal vez algo inventado por Brimstone para protegerse de los ladrones. De ese modo, quien entrase a robar, pensaría inmediatamente que allí no había nada de valor. Muy astuto.

Blue suponía que el hechizo había entrado en funcionamiento al abrir la puerta, o al haber pisado algún punto determinado en el descansillo. En cualquier caso, lo más urgente era descubrir la forma de desactivarlo. Blue empezó a examinar poco a poco todo lo que había en la habitación.

Si no se equivocaba al pensar que todo era una ilusión óptica, ésta era muy buena. Incluso cuando se acercaba a los objetos, no veía que ninguno presentase el menor indicio de no ser real. Se aproximó a la que le parecía la butaca de Brimstone, y no sólo la vio sino que la olió y la tocó. Cuando removió uno de los mugrientos cojines, se formó una nubécula de polvo que la hizo estornudar. Estaba empezando a

preguntarse si no estaría en un error y que tal vez Brimstone era realmente un avaro, cuando llegó junto a un cuadro enmarcado que se apoyaba sobre un cofre lleno de abolladuras. Era el retrato de un viejo delgado, seguramente el propio Brimstone, que miraba con fijeza y con expresión engreída. Cuando Blue se inclinó para examinarlo, el viejo del cuadro le guiñó un ojo.

Se asustó tanto que retrocedió de un salto, pero como no sucedió nada más, volvió a acercarse al cuadro. El viejo le guiñó el ojo otra vez. Blue movió la cabeza hacia delante y hacia atrás y descubrió que, en una determinada posición, el retrato siempre guiñaba el ojo. Pero ¿por qué? Se podía acoplar un hechizo que hiciese guiños en un juguete infantil, pero no era de esos inventos que dan dinero si se destinaba a retratos de adultos. Entonces, ¿por qué lo habían colocado en aquél? Una creciente sospecha estuvo a punto de hacerla sonreír.

Blue volvió a mover la cabeza hasta que el retrato guiñó el ojo de nuevo, y ella le devolvió el guiño. De pronto, se produjo la pista característica de las ilusiones ópticas, de modo que las mortecinas esferas, moteadas de moscas, resplandecieron y arrojaron una luz intensa y brillante. Blue se puso derecha y miró a su alrededor. La habitación se había transformado: el montón de muebles viejos había desaparecido, y en su lugar había aparecido una delicada selección de elegantes (y carísimas) antigüedades. Las desnudas tablas del suelo estaban cubiertas con una gruesa alfombra de importación, que abarcaba de pared a pared. La butaca de Brimstone se había convertido en un moderno sillón reclinable con una bandeja extensible para cócteles, y en los cojines se marcaba con exactitud la forma de su flaco trasero. Pero a Blue le llamó especialmente la atención una de las antigüedades, un buró muy bien conservado.

Blue supuso que estaría cerrado con llave, pero Brimstone debía de tener mucha confianza en su hechizo de seguridad porque se abrió con facilidad. Las casillas estaban atestadas de papeles, y también los cajones. La joven los registró de arriba abajo, buscando algo que le diese una pista sobre lo que le había pasado a Pyrgus. Pero sus esperanzas se desvanecieron enseguida. Todos los papeles trataban de los negocios de Brimstone, y la mayoría de ellos eran de la Compañía Chalkhill y Brimstone. Asimismo le sorprendió que los papeles estuviesen en regla: no había el menor indicio de actividades turbias ni tratos dudosos. Ni siquiera descubrió una sombra de algo poco ético, y mucho menos ilegal.

Blue examinó superficialmente el resto de la habitación y luego se dirigió a la escalera. En el segundo descansillo también había dos puertas: una daba acceso a una pulcra y pequeña cocina. Como estaba decidida a no dejarse engañar dos veces por los efectos de un hechizo, la inspeccionó con cuidado, pero a los cinco minutos optó por creer que era exactamente lo que parecía. Salió, cruzó el descansillo y abrió la segunda puerta.

Al otro lado la esperaban los demonios.

\* \* \*

Los oyó antes de verlos: aquel chirrido característico, semejante al de los insectos, escondido bajo un «clic clac», como el de las pinzas de las langostas. En ese momento, las esferas luminosas centellearon.

Blue tuvo la impresión de que se encontraba en una biblioteca; el lugar estaba infestado, pues vio por lo menos a cinco demonios. Eran los habituales de color gris: pequeños y flacos, con grandes cabezas y enormes ojos negros como el azabache. Había cuatro machos y una hembra, y todos vestían igual: monos plateados de una pieza y botas, también plateadas, de suela gruesa. Blue se dio cuenta enseguida de que se trataba de un grupo que se conocía con el nombre de Brigada de Basiliscos. Tras conjurarlos, se los podía contratar para que protegiesen cualquier cosa. El coste era el sacrificio de rigor, pero ellos cumplían con su obligación. La Brigada de Basiliscos era letal.

Blue movió la cabeza rápidamente, pues todo el mundo sabía que no se debía mirar a un demonio a los ojos, y dio un portazo. Fue un acto reflejo. Sabía muy bien que no daría resultado, pero así se sentía más segura, aunque no sería por mucho tiempo. En cuestión de segundos, un rayo de luz azul se filtró desde el otro lado de la puerta, y un demonio se deslizó en él. Blue corrió escaleras abajo.

Cuando llegó al primer descansillo, se dio cuenta de que los demonios no la perseguían. Se detuvo con el corazón acelerado y miró hacia arriba. No había nada. Tomó aliento y se arriesgó a subir unos cuantos escalones. Nada. Aquello era muy raro. Cuando los basiliscos le echaban el ojo a alguien, casi siempre insistían hasta que lo mataban, si no se lo impedían antes. Pero allí no había nada que pudiese detenerlos. La Brigada de los Basiliscos en pleno podría haberse lanzado escaleras abajo como una avalancha. Blue subió otro escalón.

Cuando tuvo a la vista el segundo descansillo, dio por descontado que los demonios ya no estaban allí. ¿Adonde habrían ido? Ése no era el comportamiento normal de los demonios. ¿Los había asustado algo? Tras unos momentos decidió que le daba igual. Si se habían ido, mejor para ella, así podría registrar la biblioteca. Abrió la puerta con cuidado y descubrió, espantada, que estaban todos dentro.

En esa ocasión ni siquiera se tomó la molestia de dar un portazo; se limitó a bajar de nuevo la escalera lo más rápido posible. Sabía que no tendría suerte la segunda vez. Y también sabía que los demonios, antes de matar a alguien, tenían la asquerosa costumbre de llevar a cabo ciertos experimentos médicos especialmente dolorosos...

Pero ¡tampoco la persiguieron en esa segunda oportunidad! Blue se detuvo en mitad de la escalera, y no le cupo ninguna duda: los basiliscos, que habían empezado

a deslizarse fuera de la habitación cuando ella había abierto la puerta, habían vuelto a desaparecer.

Blue quedó tan impresionada como si le hubieran tirado una bomba. ¡Se trataba de otra ilusión óptica! Parecía que estos trucos eran una de las especialidades mágicas de Brimstone. Evidentemente, resultaban más baratos que conjurar a unos basiliscos de verdad y mucho más fáciles de mantener, pues no había que ofrecerles sacrificios ni controlarlos para que no se durmieran en los laureles. Únicamente había que crearlos, ponerlos en funcionamiento y dejar que cumplieran con su obligación.

Blue regresó con gran cautela hasta que estuvo a un solo escalón del descansillo; luego se detuvo. La puerta de la biblioteca seguía abierta, y si los basiliscos la veían, tardarían sólo unos segundos en llegar al rellano. Un demonio ficticio podía matar igual que si fuera real, porque, mientras la ilusión óptica duraba, la criatura tenía suficiente dosis de realidad para hacerlo, aunque no podía ir más allá de los límites establecidos por el hechizo. Parecía que Brimstone había creado a aquellos seres para que protegiesen la biblioteca y el descansillo exterior, pero no la escalera.

Al estar la puerta abierta, Blue no se atrevió a pisar el descansillo. Si los demonios la veían, irían tras ella otra vez. Casi siempre los demonios eran unos tramposos, pero los demonios ficticios eran los más tramposos de todos, y no había forma de convertirlos en seres inteligentes. De modo que se podía crear un ser ficticio para que atacase a cualquiera que abriese la puerta, pero no se podía conseguir que reconociesen a su creador y no lo atacasen. Las ilusiones ópticas, producto de la magia, no tenían esa ventaja, lo cual significaba que debía de haber una forma simple para desactivarlas, puesto que Brimstone tenía que librarse de los basiliscos antes de utilizar su biblioteca.

Pero ¿dónde estaba el dispositivo y en qué consistía? En la habitación del piso de abajo el accionador era el retrato que guiñaba los ojos. Eso le dio a Blue ciertas pistas sobre el funcionamiento de la mente de Brimstone. Ella no creía que hubiese otro retrato, pero pensó que tal vez Brimstone había ocultado el dispositivo para que se confundiera con otro objeto.

Junto a la escalera, no había retratos ni cuadros de ningún tipo. Las paredes eran lisas, sin adornos ni paneles, no había nada que pudiese parecer lo que no era. ¡Un ruido! Uno de los escalones crujió. Ya lo había notado al subir, y había vuelto a hacer ruido al bajar. Naturalmente, a Blue no le había llamado la atención. Muchos escalones de madera crujían, sobre todo en casas tan viejas como aquélla. Pero ¿y si no fuese un ruido natural? ¿Y si se tratara de una señal incorporada a propósito?

Blue retrocedió y bajó unos escalones. Aún podía ver el descansillo cuando llegó al punto que crujía. Lo pisó unas cuantas veces y el crujido se repetía siempre. No era tan ruidoso que llamara la atención, pero sí lo suficiente para que lo oyese un anciano. ¿Era ése el desencadenante que daba lugar a la ilusión óptica? ¿Era lo que

ponía a los demonios en funcionamiento, cuando subía una persona? ¿O bien los demonios estaban siempre allí, y el crujido era sólo una forma de indicar el lugar donde se desactivaban?

Blue, con el entrecejo fruncido, intentó guiarse por la lógica. Si ése era el dispositivo, no podía tratarse sólo de la presión de las pisadas. Ella lo había hecho crujir al subir, con lo cual podría haber despertado a los demonios, pero también lo había hecho crujir al bajar corriendo, y los demonios no se habían desactivado. ¿O sí? ¿O acaso los había desactivado al bajar y se habían vuelto a despertar cuando había subido de nuevo?

Había algo que no encajaba. Sobre todo porque el sistema no funcionaba bien. Brimstone quería un hogar seguro, por lo tanto querría también que sus efectos mágicos funcionasen. Si se trataba de un mero dispositivo de presión, cualquiera que subiese la escalera de dos en dos podría saltárselo. Blue permanecía con el entrecejo fruncido. No podía ser un simple dispositivo de presión.

Pensó en el retrato que guiñaba los ojos. El efecto óptico desaparecía si se le devolvía el guiño. Tal vez... Tal vez... Tal vez la Brigada de Basiliscos desapareciese si alguien repetía el crujido. Blue pisó el escalón hasta que lo hizo crujir, y luego imitó el crujido a modo de respuesta. Luego esperó, y como no pasó nada, subió la escalera. La puerta del segundo descansillo seguía abierta, pero desde el ángulo en el que se encontraba no podía ver si había alguien dentro de la habitación. Tuvo que arriesgarse y dirigirse hacia el descansillo.

Lo hizo muy rápido, para no perder el valor. La biblioteca estaba vacía.

Blue soltó un suspiro de alivio. Aunque no lo conocía personalmente, a aquellas alturas tenía una idea muy clara de cómo era Brimstone. Era un viejo peligroso y astuto, a quien no le importaba nada lo que pudiera pasarle a la gente. Pyrgus había tenido suerte al escapar de él vivito y coleando.

Pero Blue aún no sabía qué había ocurrido entre ellos. La biblioteca estaba llena de libros de brujería, hechicería, nigromancia, necromancia y magia; y algunos eran ejemplares muy raros. Blue registró el lugar a conciencia, pero no encontró nada que demostrase que Brimstone había intentado asesinar a su hermano.

Salió de la biblioteca y subió la escalera hasta el tercer piso. Procuró estar atenta a los crujidos y escudriñó hasta el último centímetro del tramo de escalera por si había otro desencadenante de efectos mágicos. No localizó ninguno, pero aun así era la viva imagen de la cautela cuando llegó al último rellano. Era igual que los otros y resultó completamente decepcionante. Una puerta daba a un cuarto de baño y la otra a un dormitorio. No había más Brigadas de Basiliscos, ni ilusiones ópticas de ningún tipo, como pudo comprobar. Parecía que Brimstone se había sentido satisfecho con la idea de que ningún intruso podría pasar del segundo piso.

Pero Blue aún no había descubierto nada sobre Pyrgus.

Pyrgus entró en una asfixiante oscuridad. Al principio creyó que había ido a parar a uno de los portales que daban al fondo del mar. Pero luego se dio cuenta de que estaba respirando aire y de que no había agua, aunque en el aire flotaba una sustancia sulfúrica que le agarrotaba la garganta hasta lo más hondo. Avanzó dando traspiés, con los brazos extendidos, hasta que tocó con las manos la áspera roca; a partir de entonces fue a tientas, tosiendo violentamente, en un intento desesperado por respirar aire fresco.

Aunque le pareció una eternidad, al fin llegó a un lugar en el que ya no lo asfixiaban los gases y delante de él se veía una luz tenue a lo lejos. Pyrgus caminó más despacio y se dirigió hacia la luz con cuidado. Se había lastimado una rodilla y se había hecho un rasguño en un tobillo; aquel lugar (dondequiera que estuviese) aún se hallaba demasiado oscuro, y podía matarse si caía en un hoyo subterráneo. Por eso avanzó poco a poco, sujetándose con una mano en el muro de roca y asegurando cada paso antes de darlo. Cuando se utilizaba un portal por primera vez, siempre se producía la misma incógnita: no se sabía con seguridad si funcionaría. El señor Fogarty había hecho cálculos, basándose en algo relacionado con las líneas de iones, para que Pyrgus apareciese en la capilla del palacio, pero había admitido que existía un margen de error. Y, además, Pyrgus reconocía que había sido un poquitín impaciente al utilizar el control antes de que el señor Fogarty hubiese terminado de ajustado.

La luz que tenía ante sí se hizo más clara hasta que se apreció la forma de un agujero. Cuando Pyrgus se acercó, confirmó lo que ya sabía: se encontraba en un pasadizo subterráneo, que parecía una formación natural y, seguramente, era parte de un sistema de cuevas. Al intensificarse la luz, vio que las paredes y el suelo eran de roca, y en el lugar en que se ensanchaba el pasadizo había una estalactita.

Al ver de dónde procedía la luz, comprobó que salía de una brecha, situada en la parte superior de la pared rocosa, por la que se colaba el resplandor del día. No era muy grande, pero Pyrgus estaba convencido de que podría deslizarse por ella hasta el exterior. La dificultad estaba en poder alcanzarla.

Pyrgus examinó la superficie rocosa. Era escarpada y áspera, lo cual significaba que había sitio donde sujetar las manos al trepar, pero también significaba que si se caía se mataría. Por primera vez echó de menos las alas. Contempló la brecha durante un buen rato, luego se restregó las palmas de las manos contra los pantalones para secarse el sudor y emprendió la tarea de subir por la pared.

No era tan difícil como parecía, pero Pyrgus trepaba lentamente poniendo buen cuidado en afirmar los pies antes de extender las manos. Cuando llegó al estrecho saliente de la brecha, le dolían los músculos y le costaba trabajo respirar. Se sentó en

el saliente un momento para recuperarse, y luego se enfrentó a la brecha. Parecía una fisura de la roca y, vista de cerca, no había duda de que había espacio suficiente para que saliese a través de ella. Pyrgus vio el cielo al otro lado, pero nada más, así que no sabía si iba a salir al nivel del suelo o en un acantilado. Como no tenía sentido preocuparse hasta que lo averiguase, se contoneó a través de la grieta.

El muchacho se desplomó sobre una ladera rocosa e inmediatamente se dio cuenta de que se había equivocado. Era evidente que no estaba cerca del portal del palacio; en realidad, allí no había ningún palacio y ni siquiera parecía que estuviese cerca de la ciudad. Pero no era sólo eso, sino que el aire estaba viciado: conservaba indicios del sulfuro metálico que había estado a punto de ahogarlo en el subterráneo. Y al ver el cielo desde el exterior, comprobó que era de un color extraño: tenía el matiz amarillento y sucio que precede a veces a las tormentas, salvo que en aquel momento no se avecinaba ninguna tormenta ni había nubes a la vista.

Pyrgus frunció el entrecejo. Como seguía sintiendo náuseas, se preguntó si habría un volcán que arrojase gases sulfúricos cerca de allí. Pero se encontraba al aire libre, y por lo tanto los gases ya no eran su principal preocupación. Tenía que averiguar dónde estaba exactamente, y luego tomar el camino más corto de regreso al palacio. Aunque no hacía mucho tiempo que se había marchado, le asustaba pensar en lo que podía haber ocurrido. Nunca le había interesado demasiado la política, pero no era tonto. Alguien había intentado matarlo y, por lo que sabía, su padre podía ser el siguiente. El último atentado contra la vida de Pyrgus había sido un acto político, y su padre tenía que saberlo lo antes posible.

Se puso de pie y echó un vistazo a su alrededor. El paisaje era escarpado, rocoso y árido, y la única vegetación consistía en unas cuantas plantas parecidas a las leguminosas, que no reconoció. Se preguntó si la ciudad se encontraría a una distancia razonable para recorrerla andando porque, aunque conocía muy bien los alrededores, aquel paraje no le resultaba familiar.

El sol se estaba poniendo y los gases sulfúricos, o lo que fuesen, le daban un matiz violento y feroz. Si quería llegar a algún lugar conocido antes de que anocheciese, tenía que ponerse en camino. Así que echó un vistazo a lo que llevaba encima, y se alegró de haber aceptado el cuchillo que le había ofrecido el señor Fogarty. El anciano había insistido en que nunca se sabía cuándo podía hacer falta un arma; y aunque Pyrgus no había contado con acabar en medio de la nada, el señor Fogarty sabía por experiencia que su propio mundo era un lugar peligroso. El cuchillo no tenía la hoja de los halek, sino que pertenecía a la cocina del señor Fogarty, pero era mejor que nada.

Pyrgus tenía también una mochila con comida, que el señor Fogarty llamaba «saco de viaje». Estaba seguro de que no la necesitaría, pero como le gustaba la comida del Mundo Análogo, había hecho acopio de patatas fritas, tabletas de



chocolate Mars y una lata de alubias cocidas. La situación podía haber sido peor. Si tenía que caminar unos kilómetros, no sería más de lo que había caminado anteriormente, y tampoco le importaba gran cosa si tenía que dormir una o dos noches a la intemperie. También lo había hecho otras veces.

Se echó la mochila al hombro y empezó a descender por la montaña.

Calculó que llevaba una hora caminando cuando le pareció que pasaba algo raro. El paisaje no había cambiado y el furioso sol aún no se había puesto. Según sus cálculos, tendría que estar anocheciendo, pero el sol no se había movido de su sitio inicial en el cielo. De hecho, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que no se había movido en absoluto. Era imposible; por lo tanto, debía de haberse equivocado sobre el tiempo que llevaba caminando.

Pyrgus se detuvo. El paisaje que lo rodeaba parecía el mismo que cuando había salido a la superficie. Pero ¿era el mismo paisaje? ¿Estaría andando en círculos? Descartó esa idea. No podía ser tan simple. Si el sol no se había movido, significaba que no había transcurrido el tiempo, pero él se sentía un poco cansado, como suele ocurrir después de caminar durante una hora. Y si el sol no se había movido, él no podía haber caminado durante una hora. Se preguntó si los gases le habrían alterado la mente. Era un pensamiento terrible, pero ¿no estaría sufriendo alucinaciones?

Empezó a ponerse en movimiento otra vez, plenamente consciente de que ponía un pie delante del otro. Estaba caminando. ¡Pues claro que estaba caminando! Se descolgó la mochila que llevaba a la espalda, la puso en el suelo, y retrocedió media docena de pasos. La mochila seguía en su sitio y él se había alejado de ella, como tenía que ser. Volvió a recoger la mochila. Estaba caminando. ¡Claro que estaba caminando! Había andado durante una hora o más. Entonces, ¿por qué no se había movido el sol?

Continuó hacia el oeste, en la dirección que había elegido antes. ¿Qué más podía hacer? Sin embargo, el misterio lo inquietaba lo mismo que el olor a azufre, que seguía metido en sus narices, y el cielo amarillo. Pasaba algo extraño, aunque no podía imaginarse qué era exactamente.

Llegó a la cima de una colina, desde la que se veía una ciudad en ruinas.

Los antiguos edificios se elevaban en medio de la árida llanura como dientes podridos. Los muros derrumbados formaban montones de escombros, pero todavía quedaban bastantes en pie para comprobar que, en otro tiempo, había sido una bulliciosa metrópolis. Pyrgus distinguió los restos de la portada de un templo y los cimientos de las torres de piedra. Había una plaza central, con el pavimento partido y agrietado. Los antiguos caminos y las calles quedaban medio escondidos bajo la misma extraña vegetación que había visto antes. Incluso en ruinas, la ciudad resultaba impresionante. Las piedras de la muralla eran enormes: algunas debían de pesar toneladas.

Pyrgus sintió un repentino escalofrío. Nunca había oído hablar de una ciudad como aquélla en el reino de los elfos y, desde luego, no estaba cerca de su palacio. Lo cual significaba que nadie la conocía, probablemente porque estaba en un país lejano o en otro continente, cosa que explicaría la extraña vegetación. ¿A qué distancia se encontraba de su casa? Tal vez le llevase semanas, incluso meses, llegar hasta donde estuviera su padre y avisarlo de lo que pasaba.

Si es que regresaba alguna vez...

Pyrgus tenía un carácter optimista, pero en aquella situación comprendía que debía ser realista. Había caminado por un terreno tan árido que era casi un desierto, aturdido por los gases y sin la menor idea de dónde se encontraba. Llevaba comida, bastante escasa, en la mochila. Si no se excedía, podía durarle dos o tres días, pero después tendría que cazar, y hasta entonces no había visto ni una rata en aquel desolado territorio, y mucho menos algo comestible.

Es más, tampoco había visto agua, y él no llevaba. Sin agua no duraría mucho más de una semana. En esos momentos el sol rozaba el horizonte y hacía fresco, pero al mediodía del día siguiente se deshidrataría a velocidad de vértigo.

Contempló el sol: seguía en el mismo lugar, como si el tiempo se hubiera detenido.

El agua tenía que ser su principal objetivo. La necesitaba para sobrevivir porque sin ella nunca llegaría a ver a su padre, ni podría avisarlo, ni se enteraría de lo que había detrás del intento de asesinarlo, ni nunca... Interrumpió la cadena de pensamientos y se esforzó en concentrarse en el problema inmediato. Tal vez pudiese exprimir algo de líquido de aquellas curiosas plantas, pero sería como último recurso, pues no sabía si eran venenosas. Lo que necesitaba era un arroyo, un estanque o...

¡O un pozo!

¡La ciudad en ruinas debía de haber tenido suministro de agua! Los que la habían diseñado tenían que haber construido cisternas para recoger el agua de la lluvia, pero también habría pozos porque eran la única fuente segura de suministro de agua. No obstante, algunos o tal vez casi todos podían estar secos. Pero existía la posibilidad de que uno o dos tuviesen agua. Lo que tenía que hacer era encontrarlos.

Así pues, descendió por la pendiente que conducía a las ruinas. Se le ocurrió la idea de que quizá tuviese suerte y tropezase con una inscripción que le diese alguna pista sobre su paradero. Cuando encontrase el agua y supiese dónde estaba, no dudaba que encontraría el camino de regreso a casa, por muy lejos que estuviese. De alguna manera lo conseguiría.

La ciudad era más imponente de cerca que desde la distancia. En varios edificios las piedras se habían cortado y encajado como si fueran piezas de un rompecabezas. No se veía argamasa entre ellas, aunque coincidían perfectamente. Pyrgus nunca había visto nada parecido, aunque en el reino de su padre había algunos edificios

enormes, entre ellos el palacio. Se preguntó por la antigüedad de aquellas ruinas: ¿tendrían mil años? ¿Diez mil?

Como quería hacer una búsqueda sistemática, empezó por la portada del templo que seguía en pie y continuó muy despacio por la vía principal que conducía a la plaza central. Solían existir dos tipos de pozos: unos eran gigantescas perforaciones que proporcionaban agua a toda la ciudad y normalmente se establecían en algún lugar cercano al centro de las urbes; otros eran los de algunas familias, sobre todo las ricas, que deseaban contar con su propio suministro de agua y tenían pozos subterráneos junto a sus casas o dentro de ellas. En este segundo tipo de pozos, sería más fácil encontrar agua, y no en las agotadas conducciones municipales.

Pyrgus avanzó lentamente fijándose en los edificios residenciales. Sin embargo, no eran tan fáciles de encontrar como había pensado puesto que, en otra época, debían de haber vivido en aquella ciudad miles de personas, cuyas casas serían las más pequeñas y peor construidas, y por lo tanto las primeras en convertirse en escombros. Lo que quedaban eran fragmentos de las enormes murallas de la ciudad, partes de templos, antiguas fábricas, observatorios y edificios similares. Y en su ruinoso estado resultaba difícil distinguir una clase de edificios de otra, sobre todo porque las únicas indicaciones eran unas cuantas losas y restos de paredes.

Pero había una zona que parecía prometedora. En ella habían desaparecido todos los edificios, y no quedaban más que piedras derrumbadas y trozos de cimientos. Fueron, precisamente, las marcas de los cimientos las que atrajeron a Pyrgus, porque parecía que correspondían a un conjunto de casitas. Había una o dos grietas oscuras que valdría la pena explorar, y aún más atractivos resultaban dos losas resquebrajadas que tal vez, sólo tal vez, podrían ser tapaderas de pozos.

Pyrgus estaba trepando sobre los escombros para investigar cuando lo capturaron los demonios.

\* \* \*

El mismo Pyrgus peleó como un demonio. No tuvo oportunidad de hacerse con el cuchillo que le había dado el señor Fogarty, pero la emprendió a patadas y a puñetazos. Había algo en aquellas criaturas que le producía arrebatos de repugnancia. Iban casi desnudos, y podía ver sus asquerosos cuerpos, lampiños y blancos como la tiza, y sus flacuchos miembros. Cuando lo tocaban, se le ponía la piel de gallina.

Eran más bajos de estatura que Pyrgus, pero había docenas de ellos, y de entre los escombros salían cada vez más. Nunca había visto tantos en un mismo lugar, ni había oído hablar de que apareciesen tantos a la vez. El más habilidoso mago de la noche podía convocar como máximo a tres demonios al mismo tiempo, pero nunca a docenas. Chirriaban como insectos y se precipitaban hacia él como flechas, lo

agarraban de la ropa, y luego retrocedían para esquivar los puños del muchacho, que no cesaban de agitarse.

Pyrgus era consciente de que no debía mirarlos a la cara. Así que se concentró en darles patadas en las piernas, que eran quebradizas y parecían fáciles de romper. Pero los demonios lo sabían tan bien como él y ponían buen cuidado en alejarse de sus botas.

Alguien le sujetó la cabeza por atrás y se la inmovilizó como si se tratara de un torno, pues, a pesar de su tamaño, los demonios eran fuertes. Pyrgus se movió y se retorció para soltarse, pero la criatura se pegó a él. Entonces otros demonios le sujetaron la cabeza con las manos, y en un instante lo redujeron a la inmovilidad.

—¡Nooo! —protestó Pyrgus.

Dejó de luchar para concentrarse en lo que vendría a continuación. Cerró los ojos firmemente e intentó golpear a los demonios que le sujetaban la cabeza. Pero cuando le agarraron los brazos, Pyrgus supo que estaba perdido. Los dedos de los demonios se arrastraron por su cara para abrirle a la fuerza los ojos cerrados. Pyrgus hizo ademán de mirar de inmediato hacia abajo, pero las criaturas se adelantaron a su reacción y le tiraron de la cabeza hacia atrás, de modo que se quedó mirando cara a cara a un demonio. Los enormes ojos negros estaban clavados en los suyos.

«Tranquilo», le dijo una voz dentro de la mente.

Era una sensación espantosa, como si el cerebro le rezumase moho.

La parálisis comenzaba a apoderarse de sus miembros.

—Tranquilo —repitió la voz del demonio.

—Tres tristes tigres —murmuró Pyrgus—. Tres tristes tigres. Tres tristes tigres, tres tigres, tres tigres. —Se lo había enseñando—. Tithonus. A veces un trabalenguas servía para cerrar la mente y mantenerla a salvo de los hechizos de los demonios. — Tres tristes tigres. Tres tristes tigres. Tres tristes tigres, tres...

—¿Cómo te llamas? —oyó que le preguntaba la voz del demonio.

«¡No pienses en tu nombre! Haz lo que hagas, no lo pienses». Si un demonio sabía el nombre de una persona, crecía su poder sobre ella. Pyrgus no conocía a nadie que hubiese huido de los demonios después de que éstos habían sabido su nombre. «No pienses P... P... ¡No, no lo pienses! Tres tristes tigres. Tres tristes tigres. Tres tri... No pienses...». El chico percibió cómo su nombre le rondaba la mente y esperaba el momento de colarse, deambular y entrar definitivamente en ella. «Tigres, tigres, pi, Py... No lo pienses, P, P, P... ¡No pienses, PYRGUS! ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea! Bueno, no pienses, Pyrgus Malvae. ¡Oh, por dos veces maldición!».

—Ven conmigo, Pyrgus Malvae —le dijo el hongo mohoso que tenía en la cabeza.

Las manos de los demonios le soltaron los brazos y la cabeza. La diabólica multitud retrocedió y el camino quedó libre. El demonio que le hablaba dentro de la

mente abrió los delgados labios y mostró unos dienteillos puntiagudos. Pyrgus tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba sonriendo. La criatura dio la vuelta y se perdió entre los escombros, y Pyrgus lo siguió como si fuera un corderillo.

A pesar de sus manos artríticas, Fogarty montó la escopeta de pistones. Apuntó el arma vacía hacia el suelo y probó el gatillo varias veces para asegurarse de que funcionaba: producía un satisfactorio ruido a trinquete bien engrasado.

—Su hijo no está aquí —dijo.

El Emperador Púrpura se inclinó hacia delante para mirar al anciano directamente a los ojos.

—Le creo, señor Fogarty. Creo todo lo que me ha contado y que es usted amigo de mi hijo, igual que ese chico, Henry, del que ha hablado, y espero que usted sea también amigo mío. Pero Pyrgus no ha llegado a casa. —Sostuvo la mirada de Fogarty un buen rato antes de añadir—: Tendrá ocasión de comprobar que no soy desagradecido ni poco generoso.

—¿Qué es lo que quiere? —le preguntó Fogarty.

—Quiero que me ayude a encontrarlo —respondió Apatura.

—¿Cómo debo llamarlo? —inquirió Fogarty—. ¿Alteza? ¿Majestad? ¿O algo parecido?

—Llámeme como quiera, señor Fogarty. Usted no es uno de mis súbditos. Mi nombre de pila es Apatura Iris.

—De acuerdo, señor Iris. Me cayó bien su hijo. Me cayó muy bien, aunque es un poco impulsivo; me recuerda a mí mismo cuando era un muchacho. Si puedo ayudarlo, lo haré, pero no veo cómo.

—Creo que hay tres posibilidades —explicó el emperador, que parecía aliviado—. Una es que su portal funcionase mal...

—Mi portal no ha funcionado mal —lo interrumpió Fogarty inmediatamente.

El emperador esbozó una débil sonrisa.

—Se trata sólo de posibilidades, señor Fogarty. Una, aunque improbable, es que su portal funcionase mal y que mi hijo fuese enviado a cierta distancia del palacio. Otra, mucho más probable, es que Pyrgus se equivocase al utilizarlo, con el mismo resultado. Usted dijo que él mismo lo puso en funcionamiento sin darle tiempo a comprobarlo.

—Sí, es cierto —reconoció Fogarty.

—La tercera es que regresara bien, más o menos a donde debía, pero pensara que tenía algo que hacer antes de que se descubriese su presencia. —Se volvió hacia Tithonus—: ¿Me he olvidado de algo, Guardián?

—No que yo sepa, Majestad —respondió Tithonus.

El emperador se dirigió de nuevo a Fogarty.

—Si Pyrgus fue enviado accidentalmente a cierta distancia del palacio, es probable que intente dirigirse a casa. Por eso sería de gran ayuda saber dónde lo dejó

realmente el portal. Creo que podría usted colaborar con el ingeniero jefe de portales, Peacock, y su personal técnico para hacer un cálculo exacto de adonde puede haber ido. Al mismo tiempo, tal vez usted recuerde si mi hijo hizo algún comentario que nos dé una pista sobre el lugar al que se haya dirigido, en caso de que tuviera algo que hacer allí.

—¿Quiere que regrese con ustedes? ¿A su mundo?

—Eso estaría bien. Usted y el chico, Henry... Quizá Pyrgus le contase algo a él.

Fogarty abrió el cajón de la mesa de la cocina y sacó una caja de cartuchos de escopeta.

—Voy a cargar esto. ¿Le molesta?

Tithonus miró con brusquedad al emperador, pero éste respondió en tono amable:

—Adelante. Créame, señor Fogarty, si no confiase totalmente en su palabra, a estas alturas estaría usted encerrado o muerto.

Fogarty sonrió con una mueca y comenzó a introducir cartuchos en la recámara.

—Hace algún tiempo que Henry no viene por aquí, pero espero que se deje caer pronto. Le dejaré un control del portal. Así podrá seguirnos, y usted hablará con él.

—Ha habido un atentado contra la vida de mi hijo —dijo Apatura, dudoso—. No me parece muy sensato dejar un acceso abierto entre los dos mundos.

La sonrisita de Fogarty se convirtió en su característica sonrisa salvaje.

—No se preocupe —contestó—. Me aseguraré de que nadie, salvo Henry, atraviese el portal.

—¿Significa eso que va usted a acompañarnos, señor Fogarty? —le preguntó el emperador.

Fogarty movió el calibrador de la escopeta para encajar la munición en la recámara.

—¡Bloqueada y cargada! —exclamó.

\* \* \*

Kitterick leyó la expresión del rostro de Holly Blue.

—¿Debo entender que no hemos tenido éxito, Serenidad?

—Nada. Nada de nada —contestó moviendo negativamente la cabeza.

El enano frunció los labios.

—¿Y ahora qué, Serenidad? ¿Nos dedicamos a investigar al señor Chalkhill, o preferís que os acompañe de vuelta al palacio?

A Blue no le gustaban ninguna de las dos opciones. Era tarde, muy tarde. La joven se sentía cansada y necesitaba dormir si quería tener la cabeza despejada para realizar el resto de la investigación. Además, le fastidiaba no haber encontrado nada en las habitaciones de Brimstone, después de pasar casi toda la noche metida de lleno

en el intento. Lo extraño era que no había encontrado nada sospechoso, ya no sólo sobre Pyrgus, sino sobre nada de nada. Todos los cajones que había abierto y los papeles que había leído mostraban a Brimstone como ciudadano modelo. Pero, según lo que le había contado *madame* Cardui, Brimstone no era precisamente eso. Muy al contrario, era mentiroso, estafador, y tenía tratos con los demonios. Y se había tomado muchas molestias para preservar su seguridad: las cerraduras especiales de la puerta, las letales ilusiones ópticas de su...

Blue se quedó de piedra. ¿Cómo se le había pasado por alto? ¿Cómo diablos se había olvidado?

—Serenidad, ¿adonde vais? —la llamó Kitterick.

Pero Blue trepaba ya sobre los escombros, de regreso a la escalera.

—¡Manténgase alerta! —gritó la joven—. ¡No tardaré!

Cuando llegó al primer piso, se precipitó en el salón. Estaba exactamente como lo había dejado: la visión mágica de la desastrada sala no había vuelto a aparecer y se mantenían el cómodo mobiliario, el buró lleno de inocentes documentos, y el retrato que guiñaba el ojo, encima del cofre. Blue se precipitó hacia el retrato y se agachó hasta que encontró el ángulo en el que guiñaba el ojo. La chica le devolvió el guiño y supo enseguida que tenía razón. El aroma de una visión que se ha esfumado era inconfundible.

Blue se dio la vuelta. A primera vista la habitación no había cambiado: las mismas alfombras, los mismos muebles; pero ella sabía que tenía que haber cambiado algo. Brimstone era muy inteligente, y había puesto una ilusión óptica dentro de otra. Si alguien descubría la primera, supondría que eso era todo; de hecho, ella se lo había tragado completamente. No se le había ocurrido que se podía haber proyectado una segunda ilusión mágica sobre aquella cómoda habitación. Pero la había, y ella acababa de desactivarla. De modo que tenía que averiguar qué ocultaba la segunda visión.

Los ojos de Blue se posaron en el buró.

¡Lo tenía! ¡Lo tenía! ¡Aquéllos eran los verdaderos papeles de Brimstone! Cuando los revolvió con las manos temblorosas a causa del nerviosismo, encontró casos y casos de negocios sucios: fraudes, sobornos, malversación, evasión de impuestos, desahucios ilegales, contratos oscuros y muchas más cosas. Sin embargo, no había ninguna referencia a Pyrgus, pero Blue estaba segura de que la hallaría. En un cajón estaban registradas las colaboraciones de Brimstone con los demonios. Eran tremendas. Les había proporcionado animales, e incluso algunos seres humanos, para que hiciesen sus repulsivos experimentos. Blue no le tenía tanto cariño a los animales como su hermano, pero aun así los detalles le parecieron repugnantes. Si Pyrgus se había enfrentado a aquella apestosa pesadilla, no era de extrañar que estuviese en dificultades.



Blue hizo un esfuerzo para revisar los papeles de forma sistemática. El trabajo colmó los límites de su paciencia, pero valió la pena. Encontró una nota garabateada con unas cuantas palabras, una especie de recordatorio del propio Brimstone:

Guardar *El Libro de Beleth* en el desván.

¡Había un desván! No se le había ocurrido pensar que existiese tal habitación, por eso no la había buscado. Y aunque no tenía ni idea de lo que era *El Libro de Beleth*, la nota indicaba que Brimstone había escondido cosas allí arriba. Seguramente sería algo relacionado con la magia; Beleth sonaba a nombre de demonio. Tal vez Pyrgus se hubiese entrometido en la magia de Brimstone de alguna manera. Pero lo más importante era que tenía otro lugar para investigar.

Blue subió corriendo al tercer piso, sin detenerse más que para repetir el crujido en la escalera y evitar así que la visión de la Brigada de Basiliscos intentase matarla. Tal vez hubiese una trampilla en el techo del dormitorio, pero aunque se puso de pie sobre la cama no vio ninguna. Fue al cuarto de baño y examinó el techo, de nuevo sin resultado. ¿Acaso había también una visión mágica en aquel piso? Pasó quince minutos buscando mecanismos y no encontró nada. Si en verdad había otra ilusión óptica producida por la magia, estaba muy bien escondida.

Blue se sentó en la cama para pensar. Sabía que llevaba demasiado tiempo en aquella casa y que a cada minuto aumentaban las posibilidades de que Brimstone volviese y la encontrase. Pero había un desván. Existía otro lugar en el que Brimstone escondía cosas. A aquellas alturas, no podía renunciar a buscarlo; ¡tenía que encontrarlo!

Registró la habitación otra vez, y prestó especial atención a los posibles accionadores de visiones. Había un vestidor lleno de ropa de Brimstone. En aquel espacio cerrado reinaba un asqueroso olor a vejez, y por eso, anteriormente, sólo le había dedicado una rápida mirada. Al volver a observarlo, contuvo la respiración y se metió dentro para tantear las paredes forradas con paneles de madera.

¡La parte de atrás del vestidor era falsa! Blue no tenía la menor duda al respecto porque la pared sonaba a hueco. Empujó, dio codazos, tirones, golpecitos e incluso patadas, pero la pared se mantenía firme. Manipuló las barras del armario, buscó cerraduras secretas y accionadores de ilusiones ópticas. Nada. Nada. Nada.

—¡Oh, ábrete, estúpido chisme! —gritó en un arrebatado de frustración.

Y el panel trasero del vestidor se deslizó silenciosamente. Al otro lado brillaban esferas de baja potencia.

Allí había otra escalera. Blue dudó. Conducía hacia arriba, y resultaba evidente que era una entrada secreta al desván. Pero también llevaba hacia abajo, a oscuras profundidades. ¿Adonde?

Blue pensó que era una estupidez. Sabía que Brimstone había escondido algo en el desván, y que ella no debía perder el tiempo investigando en otro lugar. Sabía que si descendía a aquellas sombrías profundidades, podría tropezar con más visiones mágicas... o cosas peores. Sabía todo eso, pero también adivinaba que no podría evitarlo: tenía que averiguar adonde conducía aquella escalera que descendía.

Blue dio un paso y luego se detuvo. Aquello era demasiado fácil. Si algo había aprendido en la última hora era que Brimstone tenía una de las personalidades más retorcidas que había conocido jamás. Toda su casa estaba llena de ilusiones ópticas y trampas mágicas, incluso el panel del fondo del vestidor (el panel que tenía que conducir al desván secreto de Brimstone) era un artilugio mecánico con un cierre sencillísimo del tipo «ábrete sésamo». Cualquiera podía abrirlo con la típica palabra «¡Ábrete!». Y para ser sincera, tenía que reconocer que ni siquiera había sido difícil encontrar el panel. Lo habría encontrado mucho antes, si no la hubiese desanimado el mal olor de la ropa de Brimstone.

Blue tomó una gorra de paño que colgaba de un gancho, la tiró por la escalera, y vio con horror cómo se deslizaba por los escalones y caía en las profundidades. La escalera no existía en realidad, sino que era otra ilusión óptica.

Si hubiera puesto el pie sobre ella, se habría precipitado hacia la muerte.

Tithonus tosió discretamente.

—¿Qué ocurre, Guardián? —preguntó el emperador.

—Señor, ¿qué portal vamos a utilizar? —El emperador lo miró sin decir nada, así que Tithonus continuó—: Podríamos utilizar el de la Casa de Iris, que supongo que es el que vos habíais pensado...

—En efecto —asintió el emperador.

—Pero también tendríamos la posibilidad de utilizar el portal del señor Fogarty con su consentimiento y colaboración, naturalmente; tal vez nos ofrezca alguna indicación sobre el lugar al que fue a parar el príncipe heredero.

La cara del emperador se iluminó por primera vez desde hacía una hora.

—¡Muy bien pensado, Tithonus! Ahora que lo dices parece obvio, pero no se me había ocurrido. —El emperador se volvió hacia Fogarty, que se encontraba junto a la puerta con la escopeta apuntando hacia el techo—. Señor Fogarty, ¿nos permitiría utilizar el portal que usted ha construido?

—¿Y por qué no? —dijo encogiéndose de hombros.

\* \* \*

Blue creía que había resuelto la cuestión, pero no estaba segura. Si se hallaba en lo cierto, el mecanismo que ella había hecho funcionar tendría que restituir la escalera. Si estaba equivocada, seguiría siendo una ilusión óptica. Encontró otra gorra de Brimstone, la lanzó a la escalera, y allí se quedó. Parecía que había restablecido la visión, pero sólo había una forma de averiguarlo: respiró profundamente, cerró los ojos y se decidió a pisar la escalera.

Lanzó un profundo resoplido, pues la escalera resultó ser sólida y real, y ella no se cayó.

Blue abrió los ojos y miró hacia abajo sin dudar ni un segundo. La casa de Brimstone resultaba demasiado peligrosa para volver a visitarla. Si quería saber adonde conducía la escalera, tenía que hacerlo en aquel momento.

La escalera descendía los tres pisos del edificio, pero no terminaba al nivel del suelo. Si los cálculos de Blue no fallaban, continuaba hasta unos seis metros más abajo. Al llegar al final, se encontró en un pasadizo largo y recto, en el que las esferas luminosas se encendieron automáticamente al detectar su presencia. Blue tenía un buen sentido de la orientación y, según sus deducciones, el pasadizo se extendía bajo Seething Lane hacia la fábrica de pegamento de Brimstone; probablemente era allí donde desembocaba. ¿Quién sabría qué trasiegos había desde la fábrica hasta la casa de Brimstone, y viceversa? Por aquel pasadizo podían haber conducido al propio

Pyrgus.

¿Debía seguirlo? Blue creía que no. Aunque Brimstone guardara información sobre Pyrgus en la fábrica, debía dejar las averiguaciones para otro día. Aún tenía que encontrar el desván y buscar allí. La joven se encaminó otra vez hacia la escalera. A los pocos minutos, estaba ante lo que le pareció la puerta del desván secreto de Brimstone.

Blue abrió la puerta.

\* \* \*

Un pasillo largo y alfombrado se extendía en línea recta, iluminado por maravillosas arañas de cristal.

—No conduce a la capilla —murmuró el Emperador Púrpura—, pero sí al palacio, evidentemente.

—Creo que nos encontramos en el ala este, en algún lugar próximo a los aposentos de vuestra hija, Señor —indicó Tithonus echando un vistazo.

—Sí, tal vez tengas razón. Si nosotros nos hallamos aquí, Pyrgus tiene que haber llegado a casa sano y salvo.

—Siempre que ese individuo, Fogarty, nos haya dicho la verdad —precisó Tithonus en un tono de voz que apenas era un susurro.

—Mi instinto me dice que confíe en él. De momento. —Susurró a su vez el emperador, y alzando la voz, dijo—: ¿Hemos llegado todos bien?

—Tal como estaba previsto, Majestad —respondió el ingeniero jefe Peacock con energía.

—Señor Fogarty, ¿es éste el mismo lugar que vio usted cuando atravesó el portal la otra vez?

Fogarty sorbió por la nariz.

—Creo que sí —respondió.

—Quizá mi hijo se haya marchado a otra parte, pero al menos ha regresado a su mundo. —El Emperador Púrpura se envolvió en su capa. Los acontecimientos le infundían ánimo, pero seguía existiendo la posibilidad de que Pyrgus hubiese manipulado el portal de forma equivocada y se hubiese trasladado a kilómetros de allí. El chico tenía tendencia a meterse en líos—. Señor Fogarty, me gustaría que acompañase al ingeniero jefe de portales, Peacock. Él se encargará de instalarlo a usted cómodamente. Comprendo que es tarde y debe de sentirse cansado, pero por la mañana espero que ayude a nuestros ingenieros.

—Haré lo que pueda —respondió Fogarty con sequedad. Luego sacó un control del bolsillo y desactivó el portal.

—Tithonus, acompáñame —ordenó el emperador, y ambos se dirigieron hacia la

escalera dando enérgicas zancadas.

Apatura se encontraba cerca de los aposentos privados cuando le salió al paso un preocupado sirviente, y le dio la noticia de que su hija también había desaparecido.

\* \* \*

El desván olía a sangre. Había tiras de pellejo de animal clavadas en el suelo formando un tosco y repugnante círculo, y en el extremo más alejado de la habitación se hallaban unas extrañas piezas, pertenecientes a un equipo de energía. Blue nunca había visto una cosa igual, pero tenía pinta de ser una máquina de atrapar relámpagos. Algunas piezas estaban desperdigadas y, seguramente, rotas. También vio un decorativo quemador de incienso lleno de ceniza, varios cuencos, un triángulo dibujado en el suelo, al otro lado del círculo, y un manajo de asa fétida en un rincón. Carteles con símbolos mágicos decoraban las paredes. Aquel lugar apestaba a magia de la peor especie. ¿Sería una trampa?

Aunque estaba nerviosa e impaciente, Blue reflexionó un momento. Tras meditarlo profundamente, llegó a la conclusión de que era poco probable que hubiese trampas. Aquel lugar parecía que era donde Brimstone realizaba sus trabajos diabólicos. Se hallaba muy bien protegido frente a posibles intrusos, y Blue dio por sentado que el viejo y asqueroso brujo no querría hechizos de protección ni de ilusiones ópticas que perturbaran su magia. Cuando había demasiados hechizos en un mismo lugar, se producían resonancias especiales que podían derribar una casa entera. El desván era, con toda probabilidad, el único lugar de la casa que Brimstone podía mantener totalmente exento de magia hasta que invocaba a sus demonios. Eso, si Blue no se equivocaba. Y la única forma de saberlo a ciencia cierta era entrar.

Así que Blue entró.

Le palpitaba el corazón, pero no sucedió nada. No podía descartar, por supuesto, la existencia de alguna visión en aquel lugar, aunque le daba la impresión de que no había ninguna. Resultaba todo demasiado caótico, como si a Brimstone le hubiese salido mal un horrendo ritual. Blue decidió investigar.

Había sólo un armario, cerrado con un simple encantamiento protector, que la chica abrió fácilmente con su detector de hechizos, lo cual era otra prueba de que Brimstone creía que el desván se encontraba a salvo de los intrusos. El armario estaba lleno de artilugios mágicos: varitas de fuego, cálices para recoger sangre, discos pentagonales, talismanes, hojas de mandrágora, dagas del aire y cosas por el estilo. Un homúnculo en miniatura, cuyos ojos ciegos buscaban la luz, se deslizó hacia Blue, pero a la joven le llamaron más la atención los libros. Había dos escondidos al fondo del armario, y uno parecía un diario.

Blue empujó el homúnculo hacia un lado y tomó los libros. El más pequeño tenía

tapas negras, y cuando lo abrió descubrió la conocida y rebuscada letra de Brimstone en todas las páginas. ¡Su diario mágico! ¡Había encontrado el diario mágico del brujo! Tendría detalles sobre los demonios a los que había invocado y los actos de nigromancia que había realizado. Blue volvió una página y fue como si el nombre escrito en ella resaltase:

Pyrgus

¡Allí estaba! ¡Allí estaba! El corazón le latía desaforadamente mientras buscaba dónde sentarse con luz suficiente para leer. Entonces sus oídos percibieron un sonido tan penetrante que casi le produjo una sensación dolorosa. Al principio, pensó que se había equivocado y que Brimstone también había puesto hechizos protectores en el desván. Pero luego se dio cuenta de que el sonido procedía de abajo y captó el mensaje: era el silbido de aviso de Kitterick: alguien se aproximaba.

Holly Blue se puso los dos libros bajo el brazo y escapó.

Henry fue directo hacia la parte de atrás. Aunque el señor Fogarty estuviese vivo, no abriría la puerta principal. Nadie había cortado el césped ni había cuidado los parterres de flores, así que todo seguía igual. Examinó las budleyas en busca de un portal, pues sabía que el señor Fogarty iba a abrir uno, pero no encontró nada.

Investigó a través de la ventana de la cocina y del cristal de la puerta de atrás. Parecía como si no hubiese nadie en la vivienda.

Llamó con energía a la puerta, y luego golpeó en la ventana. El eco le devolvió el ruido, pero no le abrió nadie. Sonaba a casa vacía.

Henry rebuscó en el bolsillo y sacó una llave, que colgaba de una cuerda. «¿A que no sabías nada de esto, mamá?». Abrió la puerta de atrás y entró en la casa.

—¡Soy yo, señor Fogarty! —gritó Henry en tono tranquilizador—. Soy Henry.

El chico esperó. En una ocasión había utilizado la llave, y el anciano se había asustado tanto que le había salido al encuentro con un cuchillo de cocina.

Pero no apareció nadie, ni el señor Fogarty ni Pyrgus.

—¡Hola...! —exclamó Henry—. ¡Hola...! —Salió de la cocina y fue a la desordenada salita—. ¿Señor Fogarty? Soy Henry, señor Fogarty.

La habitación olía a cerrado y no había nadie en ella.

Tardó diez minutos en recorrer todas las habitaciones de la casa. El único ser vivo que encontró fue el moho que cubría una hamburguesa a medio comer, junto a la chirriante cama del señor Fogarty.

Cuando volvió a la cocina, Henry reparó en algo que le había pasado desapercibido: encima de la mesa había un sobre marrón apoyado en un salero vacío, con una palabra escrita con bolígrafo negro.

Henry

Henry recogió el sobre, que contenía una sola hoja de papel, arrancada de un cuaderno pautado. En la hoja vio tres palabras, escritas con la esmerada caligrafía del señor Fogarty:

Dpsub dm dftqfe

6851

Henry contempló las palabras, asombrado. La letra del señor Fogarty se leía muy bien, y no tenía problemas de ortografía, pero lo que había escrito no tenía sentido. No parecía un idioma extranjero; desde luego, no era francés, porque Henry lo

estudiaba en el colegio, aunque podría ser un idioma raro, de un país del Este, como el serbocroata. Aunque, según tenía entendido Henry, el señor Fogarty no hablaba serbocroata ni ningún otro idioma que no fuera el suyo. De todas formas, ¿los idiomas como el serbocroata no tenían un alfabeto diferente?

¡Estaba en clave! De pronto, Henry comprendió que era un mensaje en clave. ¡Pues claro que sí! El señor Fogarty nunca le había escrito una nota, pero si le escribiese una lo haría en clave. Sobre todo si se trataba de algo importante, quizá algo relacionado con Pyrgus y con el portal. Fogarty no dejaría notitas que otros pudiesen leer; era muy desconfiado. A Henry lo embargó una repentina emoción.

Pero la emoción desapareció enseguida. ¿Cómo iba a descifrar la clave?

Se le ocurrieron un montón de ideas absurdas: a lo mejor el señor Fogarty tenía un libro de claves... Podía ser algo que se remontase a su época de atracador de bancos... O que hubiese pistas ocultas en la casa... Los números podían ser una pista... Y tal vez... Quizá...

Quizá debiera parar de ir de acá para allá sin saber qué hacer y concentrarse en el mensaje. No podía ser muy difícil. El señor Fogarty sabía que él no era un fenómeno, y habría puesto algo facilito. Sería una especie de charada. En principio, prescindiría de los números para centrarse en las letras. La primera palabra era «Dpsub». Muy bien, una palabra con cuatro consonantes; pero no existían palabras con tantas consonantes. Así que algunas consonantes tenían que ser vocales. Era una palabra corta, de cinco letras, como Henry. Si significaba Henry, la «D» sería la «H». ¿Había más «d» en el mensaje? Sí, había otras en la segunda y tercera palabras. Le estaba saliendo muy bien.

La frase completa sería:

Henry / h— / h ———

Henry contempló el mensaje hasta que se cansó. Tenía tres palabras, la primera era Henry, la segunda y la tercera se referían a algo que empezaba con «h». Podía ser algo así como..., parecido a...

De pronto, sin saber cómo, el chico lo entendió. La primera palabra no era «Henry». Había que desplazar las letras del alfabeto, y la forma más fácil de hacerlo era desplazarlas una a una: «a» equivaldría a «b», «b» a «c», «c» a «d», y así sucesivamente.

El mensaje en clave del señor Fogarty era un sencillo desplazamiento de letras una a una. Para descifrarlo, sólo había que desplazar la letra correspondiente en sentido inverso: la «D» era la «C», la «p» era la «o», la «s» era la «r», la «u» era la «t» y la «b» era la «a». Henry encontró un bolígrafo en el bolsillo de la chaqueta y anotó la trasposición de letras debajo del mensaje original:



Dpsub dm dftqfe

6851

Corta el césped

6851

Contempló el mensaje lleno de confusión. Había descifrado la clave. Sabía que la había descifrado porque todo encajaba perfectamente. Pero el mensaje resultaba absurdo: «¿Corta el césped?». ¿Por qué el señor Fogarty le había dejado el recado en clave?

¡El cortacésped! ¡El señor Fogarty siempre le decía que no tocara el cortacésped! Pero allí le ordenaba cortar el césped. Tenía que ser algo relacionado con el cortacésped que estaba en el cobertizo.

Henry estrujó el papel, lo guardó en el bolsillo y corrió hacia el cobertizo, que se encontraba totalmente desordenado, como siempre, pues Henry no había vuelto a limpiar la casa del señor Fogarty desde que *Hodge* había capturado a Pyrgus en forma de mariposa. Las telarañas y el polvo cubrían la colección más completa que Henry había visto de cacharros, piezas de máquinas, herramientas de jardinería y macetas. A la izquierda, vio una vieja bolsa de recolectar tomates, de la que brotaban los restos marchitos de las plantas del año anterior, como si fueran arañas. El cortacésped estaba en la otra esquina del cobertizo.

Henry se dirigió hacia él. Cuando llegó, le latía el corazón con fuerza. El señor Fogarty había tramado algo, y parecía claro que había querido dejarle un mensaje. El chico retiró con cuidado el plástico que envolvía el cortacésped, convencido de que encontraría otro envoltorio, pero no había ninguno. Separó el cajón del césped y miró dentro, pero no vio nada porque el cobertizo estaba muy oscuro. Metió la mano en el cajón y rebuscó hasta que se dio por vencido y lo llevó fuera. Cuando salió a la luz, observó que realmente no había nada allí dentro.

Decidió entonces sacar el cortacésped del cobertizo para verlo un poco mejor, y encontró un hueco debajo de la máquina, en el suelo de hormigón.

El hueco estaba tapado con una delgada lámina de madera contrachapada, pero, al arrastrar el cortacésped, la lámina se trabó con una pieza suelta y se movió un poquito. Henry no se habría fijado en el hueco si no hubiera estado tan atento. Pero como buscaba pistas, reparó en la oscura grieta enseguida. Así que apartó el cortacésped y levantó la madera.

El hueco no estaba allí por casualidad. Era un rectángulo de noventa centímetros de largo por sesenta de ancho, y noventa centímetros de profundidad, con los bordes pulidos y rectos, construido cuando se había echado el revestimiento de hormigón. Dentro había una caja fuerte con una cerradura de combinación.

Corta el césped

6851

A Henry le latía el corazón con tanta fuerza que temblaba de arriba abajo. ¡Aquéllos eran los números de... la combinación de la cerradura! Los dedos casi no le obedecían cuando marcó la combinación para abrir la tapa.

Pero la tapa no se movió.

Henry lo intentó de nuevo, con mucho cuidado para marcar los números correctamente. 6... 8... 5... 1... Estaba seguro de que lo había hecho bien, no obstante la caja fuerte seguía cerrada.

¿Qué sucedía? Los números tenían que ser la combinación, no podía ser de otra forma. Frunció el entrecejo. El mensaje no era: «Corta el césped 6851», sino «Dpsub dm dftqfe 6851». Sin embargo, para entenderlo había que trasladar las letras. ¡Así que, seguramente, también había que trasladar los números!

Henry probó con la nueva combinación. 5... 7... 4... ¿Qué había antes del uno? El cero, por supuesto. Marcó el cero al final y la caja fuerte se abrió sin ninguna dificultad. Contenía un cubo de aluminio pulido con dos botones cóncavos de plástico en la parte superior. Junto a él encontró otra hoja de papel. Henry la recogió: había siete palabras, pero no estaban en ninguna clave absurda. El segundo mensaje del señor Fogarty decía simplemente: SIGUE ADELANTE. VEN TAN PRONTO COMO PUEDAS.

Henry agarró el cubo con recelo.

Pyrgus tenía la impresión de haber visto una trampilla abierta, con escalones de piedra que descendían, pero la mente no le funcionaba bien. Notaba que la tenía agazapada en algún oscuro rincón del cráneo, donde la habían encerrado, como si se tratara de un animalito peludo metido en una jaula. Seguía viendo con los ojos y oyendo con los oídos, pero todo resultaba lejano, igual que si estuviera mirando a través del extremo inadecuado de un telescopio. Sin embargo, apenas recordaba nada: ni adonde iba, ni el palacio, ni su padre, ni su hermana, ni su nuevo amigo Henry. Parecía que sus pensamientos se arrastraban entre melaza, eran inconcretos y se alejaban de él cuando intentaba apresarlos. Su memoria estaba colapsada y le dolía la cabeza. No sabía bien dónde había estado antes de llegar allí ni quién era exactamente. Si hacía un gran esfuerzo de concentración, se acordaba de su nombre, pero poca cosa más.

Los demonios condujeron a Pyrgus por un pasadizo enlosado, cuya única luz procedía del moho verduoso que impregnaba las paredes. Había tan poca luz que el chico tropezaba continuamente, aunque los demonios no tenían ninguna dificultad al andar. Pyrgus oía cómo le barboteaban y canturreaban en los límites del cerebro. El que le había parecido un hongo mohoso se había apartado un poco, pero el joven sabía que permanecía allí junto con los demás, dispuesto a abalanzarse sobre él si hacía el menor intento de huir. Pyrgus no lo entendía. ¿Por qué iba a huir?

El pasadizo conducía a un laberinto de galerías, con pasillos y túneles que se ramificaban en todas direcciones. A Pyrgus le parecían iguales, pero los demonios no se confundían. El color de la luz cambió poco a poco; del verde moho y bilioso pasó a un matiz rosado más suave, pero no podía distinguir de dónde procedía. Al mismo tiempo la temperatura fue elevándose de forma paulatina, hasta que Pyrgus empezó a sudar, y en el aire se notaba un creciente olor a azufre que le resultaba ligeramente familiar, aunque no recordaba por qué.

Como tardaron más de una hora en salir de aquella maraña de galerías, a Pyrgus se le ocurrió una extraña idea: un ejército invasor podría vagar durante meses por aquel laberinto. ¿Lo habían construido para eso, para que sirviese de protección al lugar en el que vivían los demonios? Pyrgus no lo sabía, pero le daba igual.

Se encontraban en una cueva tan enorme que Pyrgus no podía ver el otro lado. Ante ellos, extendida sobre el suelo de la cueva, había una ciudad subterránea, dispuesta de tal forma que era como un reflejo de la ciudad en ruinas que había visto en el exterior. Pero la ciudad subterránea no estaba hecha de piedra sino de relucientes metales, y se hallaba en mucho mejor estado. Las pulidas superficies reflejaban una tenue luz rojiza, aunque las sombras envolvían el lugar. No obstante, a Pyrgus no le importaba, como tampoco le importaba el calor. En realidad, a Pyrgus ya

no le importaba nada.

Los demonios lo guiaron por las sombrías calles hasta la plaza central. Entre un cúmulo de pensamientos logró evocar el mundo de los demonios: éstos secuestraban personas y las metían en barcos metálicos. Alguien se lo había contado, aunque no recordaba quién había sido. Seis millones de individuos, a los que llamaban norteamericanos, habían desaparecido. Se preguntó para qué querrían los demonios a tanta gente; tal vez les sirviesen de alimento. Y también se preguntó si un norteamericano sabría tan rico como una patata frita.

En las calles había demonios, pero ninguno lo miraba.

En medio de la plaza se erguía un enorme edificio en forma de cúpula, que expulsó una rampa metálica cuando se acercaron, y parecía tan incitante y acogedor que Pyrgus estuvo a punto de echar a correr, pero el hongo mohoso que le envolvía la mente lo detuvo y lo hizo retroceder. Entonces el cerebro de Pyrgus empezó a funcionar: iban a ver a alguien importante. Subió a la rampa, pero se olvidó de lo que acababa de pensar.

Cuando entraron en el edificio, Pyrgus se fijó en que había máquinas en las paredes. ¡Qué lugar tan extraño!

Una nueva idea le surgió en medio de la debilitante pelusa en que se le había convertido la mente: un individuo secuestrado por los demonios jamás regresaba a su propio mundo. El hongo mohoso se apoderó de la idea enseguida y la desechó. ¡Qué ocurrencia más ridícula! Los demonios sólo querían hacer amigos.

Lo llevaron hasta una amplia cámara, de techo muy alto (¿el salón del trono?, ¿la sala de control?), en la que un demonio vestido de rojo estudiaba un gran mapa extendido sobre una mesa metálica.

La criatura levantó la cabeza cuando entraron.

—Príncipe heredero Pyrgus —dijo en tono zalamero—, ¡qué amable eres al visitarnos!

\* \* \*

A Pyrgus se le aclararon las ideas de pronto y lo comprendió todo: estaba en Hael, el mundo demoníaco. No sabía cómo había llegado hasta allí, pero era la única explicación lógica. El portal del señor Fogarty lo había enviado a ese lugar. Recordó el olor a azufre, el árido paisaje, el implacable sol abrasador e inmóvil, la luz rojiza, la ciudad metálica... Tenía que estar en Hael.

Sin dudarle ni un instante, Pyrgus quiso abalanzarse sobre el demonio vestido de escarlata... pero no pudo mover el cuerpo.

—No te molestes, Pyrgus —le dijo el demonio—. Si evitas las agresiones, todo será más fácil para ti y más cómodo para mí.

Si no podía moverse, ¿sería capaz de hablar? Debía averiguar algunas cosas si quería tener la menor posibilidad de salir de allí.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó Pyrgus al demonio.

Las palabras le salieron un poco distorsionadas, pero bastante claras.

El demonio escarlata lo miró con sus enormes ojos negros, pero no intentó controlar de nuevo la mente del chico.

—Nos hemos visto antes.

Pyrgus parpadeó. No recordaba haber visto nunca a aquella criatura.

—¿No te acuerdas? —le preguntó el demonio, ordenando al mismo tiempo los pensamientos del joven—. Bueno, es comprensible. Mi aspecto era bastante distinto.

Ante el asombro de Pyrgus, la criatura empezó a extenderse en todas direcciones. Creció hasta una altura superior a un metro y medio... dos metros... dos metros y medio, y siguió creciendo. Su cuerpo se salió del traje escarlata y desarrolló una masa de músculos en cadena. El cráneo se le deformó y la cara cambió. En la frente le surgieron unos cuernos de carnero, que se enroscaron para adaptarse a los lados de la cabeza.

—¿Esto no te refresca la memoria?

Incluso la voz había cambiado. El tono suave y bien modulado se había convertido en el rugido de un trueno.

Pyrgus abrió la boca y cerró los ojos como si fuera un pez. Era la criatura a la que había invocado Brimstone y que había intentado matarlo antes de que apareciesen los guardias de su padre.

—Eres... Eres...

—¡El príncipe Beleth, para servirte! —se burló el demonio.

La transformación era asombrosa.

—¿Es tu verdadero aspecto? —le preguntó Pyrgus.

—Claro que no —contestó Beleth—. Todo esto no es más que parte del espectáculo que representamos ante los idiotas como Brimstone. Se cree un maestro de las ilusiones ópticas, pero nunca se le ha ocurrido cuestionarse lo que ve.

La enorme figura empezó a encoger hasta que, vestido con el traje escarlata, alcanzó de nuevo la altura de Pyrgus. Resultaba tan terrorífica de aquel tamaño como la anterior mole con cuernos. El tal Beleth era un enemigo imponente, fuera cual fuese su forma externa.

—¡Vaya, gracias! —exclamó Beleth demostrando otra vez lo fácil que le resultaba adivinar los pensamientos de Pyrgus—. Supongo que te preguntarás cómo te has metido en semejante lío.

Pyrgus, que en efecto se lo estaba preguntando, sintió un desagradable escalofrío en la columna vertebral. ¿Cómo se iba a librar de un ser que le leía los pensamientos cuando se le estaban formando en la mente?

—No es fácil —respondió Beleth—. Así que es mejor que dejes de darle vueltas a lo de escapar y, como recompensa, satisfaré tu curiosidad sobre una o dos cosas que te preocupan. ¿Qué te parece, príncipe Pyrgus? ¿Hacemos un trato?

A Pyrgus se le había agravado el dolor de cabeza. No le gustaba nada pactar con un demonio, pero en ese momento no se le ocurría qué otra cosa podía hacer. Evidentemente, no sería capaz de escaparse, por mucho que le diera vueltas a la idea. Y, además, le picaba la curiosidad de saber cómo había llegado hasta allí y unos cuantos detalles más, por ejemplo, la razón por la que Brimstone había tenido tanto interés en sacrificarlo a aquella criatura.

—Bien —empezó Beleth—, empecemos por ver de qué manera has llegado aquí y luego te hablaré de Brimstone. Vamos a dejar lo mejor para el final, por así decirlo. Estás en este lugar porque nos introdujimos en tu portal, aunque pocos saben que podemos hacerlo.

Desde luego, Pyrgus no lo sabía. Nunca había oído hablar de una panda de demonios que se introdujeran en los portales. Se preguntó si...

—Hemos sido nosotros los que te desviamos cuando ibas a trasladarte al Mundo Análogo, aunque tuvimos ayuda, naturalmente: necesitábamos conocer las coordenadas del portal de la Casa de Iris. Resultó muy fácil capturarte esta vez: ya conocíamos las coordenadas de tu regreso, así que fue sólo cuestión de observar la señal y desviarte cuando entraste en el portal.

—Pero ¿por qué? —preguntó Pyrgus.

—Porque Brimstone no cumplió el contrato. —Le explicó Beleth con paciencia, y luego sonrió enseñando sus dienteillos de demonio—: Y he tenido que hacer el trabajo por mi cuenta.

\* \* \*

—Sólo cuesta siete *groats* a la semana. —La vieja soltó una risita aguda—. No encontrará nada mejor por ese precio en ningún lugar del reino, joven. —Esbozó una sonrisa desdentada, mientras una astuta expresión le iluminaba el rostro—. Ni más independiente.

Brimstone contempló su nuevo alojamiento con disgusto. Consistía en una asquerosa habitación con una ventana de postigos. La cama se reducía a un montón de paja, llena de bichos y apilada en un rincón, y los únicos muebles eran una mesa tambaleante y una silla de madera. A partir de entonces, dormiría y comería allí...

—La comida es aparte —anunció la anciana, como si le leyese el pensamiento. ... Y sólo podría salir de noche.

—Me la quedo —le dijo Brimstone a la bruja, y le lanzó unas monedas—. Ahí tiene un mes de adelanto, y ahora vayáse al cuerno.

La vieja comprobó dos monedas con las encías y le parecieron buenas.

—Gracias, señor —le dijo con renovada expresión de astucia—. Puede estar tranquilo, señor, que nadie sabrá que está usted aquí, al menos mientras me quede aliento en el cuerpo. Garantizo la intimidad de mis inquilinos, eso sí. La garantizo de verdad. —Al llegar a la puerta dudó un instante—: Hay caldo de huesos para cenar —le informó—. Es muy nutritivo.

En cuanto la mujer cerró la puerta, Brimstone abrió un poco la contraventana. La habitación daba a una cloaca descubierta, así que la cerró otra vez. Al menos, no era probable que entrase nadie por la ventana. Se dirigió hacia la mesa, se sentó en la silla, que era horriblemente incómoda, y contó las monedas de oro que le quedaban. Podía quedarse allí bastante tiempo por siete *groats* a la semana, si el caldo no lo mataba, pero tenía que salir del escondrijo de vez en cuando.

Cuando saliera, confiaba en que Beleth habría dejado de buscarlo.

\* \* \*

Pyrgus se sentía como un globo, atado a Beleth por un cordel invisible. Los demonios se postraban ante su príncipe cuando éste recorría las calles de la ciudad. Pyrgus lo seguía uno o dos pasos detrás, aunque parecía que flotaba, en vez de caminar. La mente le bullía, a pesar de que sabía que Beleth le interceptaba los pensamientos.

—Paciencia —le advirtió Beleth girando la cabeza para mirarlo—. Enseguida se aclarará todo. Puedes estar seguro de que te lo contaré porque es un plan tan maravilloso que me muero de ganas por explicárselo a alguien. Naturalmente, hasta ahora no he podido, por si se filtraba algún detalle, pero, como eres un prisionero, puedo decírtelo. ¡Es absolutamente sensacional!

Atravesaron el perímetro de la ciudad hasta que llegaron a una sombría llanura metálica. Por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista, había tropas de demonios fuertemente armadas y acorazadas, que portaban lanzas de fuego, varitas detonadoras y lanzacohetes, y llevaban bandoleras con granadas de rayos láser y cucuruchos con hechizos biológicos. Las botas servoasistidas que calzaban les permitían dar saltos de cincuenta metros o más, y las mochilas con propulsión de helicópteros los hacían volar. Era la fuerza de combate más temible que Pyrgus había visto en su vida.

—Saluda a las tropas —ordenó Beleth.

Pyrgus observó que su brazo se movía por impulso propio hasta que hizo un torpe saludo. Cuando recuperó su posición normal, Beleth le dijo:

—Esto es lo que hay.

Pyrgus contempló atónito el numeroso ejército, e intentó encontrar una explicación.

—¿Esperas algún contratiempo? —le preguntó al demonio. Tal vez Hael sufría la amenaza de una invasión.

—Es una manera de decirlo —afirmó Beleth—. Aunque «esperar» no es la palabra correcta. Los contratiempos los provocaremos nosotros muy pronto, con una ayudita de nuestros amigos. Eso es lo que dice vuestra canción, ¿verdad? —Beleth percibió la confusión en que se hallaba sumida la mente de Pyrgus—. Bueno, tal vez sea una canción del Mundo Análogo. Sé que la he oído en alguna parte, pero da igual. Lo esencial es que un día de éstos obtendremos el fruto de décadas de planificación. Va a haber... cambios... en el reino de los elfos.

\* \* \*

Definitivamente, Pyrgus flotaba. Al mirar hacia abajo, vio que sus pies se encontraban a casi veinte centímetros del suelo. Beleth lo llevaba como si fuera un juguete entre las filas de demonios de expresión pétrea. Se percibía un fortísimo olor a azufre, entremezclado con el intenso aroma de la cordita, y parecía que las guerras y los ejércitos fueran cuestiones especialmente demoníacas, aunque Pyrgus pensó que seguramente lo eran.

—¿Cómo te llevas con tu padre? —le preguntó Beleth.

—Muy bien —respondió Pyrgus, leal, aunque no era cierto.

—Yo me comí al mío —le contó Beleth—. Estaba viejo, débil e inútil, pero quería seguir en el poder. Así que tomé medidas. Sabía muy mal: correoso, duro, maloliente... Ya sabes cómo son los padres, pero aquí es costumbre. Creemos que es una forma de absorber la esencia. Naturalmente, se trata de pura superstición, pero al fin y al cabo... es la tradición.

Se encogió de hombros.

—¿Y te convertiste entonces en rey de Hael? —le preguntó Pyrgus.

Creía que si hacía hablar a Beleth, el demonio no tendría tiempo de leerle el pensamiento.

—Príncipe de la Oscuridad —lo corrigió Beleth—. El título es Príncipe de la Oscuridad. Aquí no hay reyes ni emperadores, de modo que el rango superior es el de príncipe. Cuando me comí a mi padre, yo era duque. Bueno, esto es lo de menos porque lo que importa es que, al convertirme en príncipe, hice unos cuantos cambios, te lo aseguro. Este lugar llevaba siglos estancado, pero yo tenía planes, príncipe heredero Pyrgus. ¿Te gustaría conocerlos?

—Pues claro que sí —respondió Pyrgus con ansiedad.

Tal vez fuera cosa de su imaginación, pero cuanto más hablaba Beleth, menor era el control que ejercía sobre Pyrgus. El chico seguía sin poder hacer nada y debía tener mucho cuidado con sus pensamientos, pero llegado el momento...



—Tenía planes para ampliar mi esfera de influencia. Es así como se dice, ¿verdad? Ya nadie habla de conquista, saqueo y pillaje, aunque viene a ser lo mismo y resulta igual de divertido. Como somos amigos, es mejor que te hable sinceramente. Tenía planes para conquistar, saquear y rapiñar el Mundo Análogo, aunque eso a ti no te afecta en realidad. En resumen, Pyrgus, había planeado convertirme en el Príncipe de la Oscuridad más grande del Universo.

Se calló, mientras lanzaba chispas por los negros ojos.

Tras unos momentos, Pyrgus probó a incitarlo para que siguiese hablando.

—¡Vaya! ¿Y cómo ibas a hacerlo?

—Los demonios siempre hemos tenido mucha relación con los elfos de la noche: una ayudita por aquí, un sacrificio por allí, un contrato de sangre de vez en cuando. Eso ya lo sabes, por supuesto. Lo que tal vez no sepas es que desde hace unos meses yo, personalmente, he negociado un tratado secreto con uno de los líderes más poderosos de la noche...

—¡Lord Hairstreak! —exclamó Pyrgus.

—¡El mismo! —reconoció Beleth—. ¡Qué inteligente eres! Serías un demonio estupendo. Como bien has dicho, lord Hairstreak. Sus ambiciones son conquistar, saquear y rapiñar todo el reino de los elfos, y yo consentí en ayudarlo. Para ser más exactos, Pyrgus, consentí en sumar mis fuerzas a las tuyas cuando él lanzase un ataque contra el antiguo Gobierno de la Luz, es decir, el gobierno de tu padre. El ataque es inminente.

—¿Hairstreak va a declarar la guerra contra mi padre?

—Quizá no la declare y prefiera actuar por sorpresa. Pero no cabe duda de que va a hacer la guerra, y esos robustos individuos que te rodean lo ayudarán a ganarla.

La conversación ya no era un juego para hacer hablar a Beleth. Pyrgus estaba más rígido que un carámbano. Sabía que existían problemas con los elfos de la noche, pero nunca se le había ocurrido pensar que la situación era tan grave como para desembocar en una guerra. Y con las legiones de Beleth de parte del bando de la noche, su padre no podía ganar. Pyrgus luchó furiosamente contra el pánico que comenzaba a filtrarse en sus pensamientos.

—¿Hairstreak pretende derrocar a mi padre?

—Sí.

—¿Y convertirse en Emperador Púrpura?

—Algo por el estilo. —Beleth sonrió benévolo.

—¡Nuestro pueblo no lo consentirá! —exclamó Pyrgus, tras unos momentos de confusión.

—Tendrán que hacerlo cuando pierdan la guerra. Aunque tienes razón al sugerir que no les va a gustar. Naturalmente, Hairstreak lo sabe y por eso me pidió que te matase.

—¿Que Hairstreak te pidió que me matases? —repitió Pyrgus.

—No es nada personal —comentó Beleth—, sólo cuestión de política.

\* \* \*

El control de Beleth había disminuido mucho. Pyrgus tenía los pies en el suelo, y la sensación de flotar había desaparecido totalmente. No obstante, siguió al príncipe de los demonios de buen grado cuando abandonaron el campo militar y regresaron a la sombría ciudad metálica. En aquellas circunstancias, la huida era inútil, aunque Pyrgus lograra escapar, y antes de poner en práctica ninguna acción tenía que enterarse de todo lo que ocurría.

Por suerte, Beleth parecía encantado de seguir hablando.

—Lo fundamental es que eres el príncipe heredero, el que heredará el trono legítimamente si algo... si le ocurriera alguna desgracia a tu padre.

—¿Te refieres a algo como morir en la guerra? —le preguntó Pyrgus, con el entrecejo fruncido.

Beleth le lanzó una mirada de sorpresa.

—¡Oh, no! Tu padre no morirá en la batalla. Eso lo convertiría en mártir. Debe morir antes de que estallen las hostilidades. Y me temo que tú también.

Blue sintió ganas de matar a su padre.

—¡Estaba preocupadísimo, jovencita!

—Pues la verdad, padre, no veo por qué.

—¿Ah, no? ¿Sabes qué hora es?

El emperador tenía parte de razón, pues estaba amaneciendo. Pero, aun así, no hacía falta que le hablase en aquel tono delante de los criados.

—Siento que sea tan tarde, padre, pero estaba en una misión importante.

—¡Como si estuvieras visitando al mismísimo Sumo Sacerdote de Coridón! —le espetó el emperador—. ¿No crees que ya tengo bastantes preocupaciones con la desaparición de tu hermano para que tú también te esfumes?

—En realidad, era algo relacionado con Pyrgus...

—No me importa. Me da lo mismo lo que pensabas hacer. Estoy harto de todo ese asunto del Servicio Secreto. Estoy harto de que andes por ahí a hurtadillas haciéndote la espía. Eres una princesa del reino, no un mugriento empleado de base del Servicio de Espionaje Imperial.

—Padre —dijo Holly Blue con paciencia—, no quiero hablar de esto delante de otras personas, pero los libros que he traído contienen información importante. Pueden darnos alguna pista sobre el paradero de Pyrgus.

La joven observó a su padre. El emperador le había confiscado los libros que había encontrado en casa de Brimstone nada más llegar al palacio; para ser más exactos, en cuanto Blue reconoció que los había robado. Pero ella había tenido tiempo de echar un vistazo al diario mágico de Brimstone. No cabía duda de que ese hombre había intentado matar a Pyrgus en lo que formaba parte de una horrenda operación demoníaca. También se demostraba que el socio de Brimstone, Chalkhill, era el que había capturado a Pyrgus. ¿Qué se traían entre manos Chalkhill y Brimstone? ¿Estaban detrás del sabotaje del portal? ¿Sabían dónde estaba su hermano? Al parecer, Brimstone había desaparecido, así que Blue quería hacerle una visitita a Chalkhill y sacarle la verdad a toda costa.

Al emperador se le ensombreció el semblante.

—Esos libros han sido robados, jovencita. Los has robado tú. Jamás pensé que llegaría el día en que una hija mía se convertiría en una vulgar ladrona. Mi Guardián, Tithonus, los devolverá mañana por la mañana. Mientras tanto, te sugiero que vayas a tu habitación, te quites esa ridícula ropa y te metas en la cama.

¿Cómo podía un padre ser tan estúpido, tan desesperante, tan... tan...?

—Padre, no debes devolverlos. Pueden servirnos para encontrar a Pyrgus...

—Creo que es mejor que dejes que busquen a Pyrgus personas que saben lo que hacen. —Replicó su padre con frialdad, aunque su tono se suavizó un poco cuando

añadió—: Sé que estás preocupada por tu hermano, Blue, pero mientras tú te dedicabas a tu absurda travesura, Tithonus y yo hemos comprobado que ha regresado al reino sano y salvo. Encontrarlo es sólo cuestión de tiempo.

Así que aún no lo habían encontrado. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

—Padre, yo...

—Ni una palabra más —ordenó su padre—. Ni una palabra más. He tenido un día y una noche muy largos, y demasiadas preocupaciones, y debería decir que las he tenido en gran parte por tu culpa. Vete a tu habitación.

—Pero padre, yo...

—Nada de «peros» —exclamó su padre y se giró de espaldas, dando por concluida la conversación; luego se volvió de nuevo y, como nunca había podido soportarlo, le dijo—: ¿Qué significa esa moda tan extravagante que llevas? ¿No te das cuenta de que pareces un chico?

—Padre...

—¡Ni una palabra más! —gritó su padre, y se marchó sin mirarla.

Si lo hubiera hecho, habría percibido el gesto rebelde del labio inferior de Blue cuando se retiró a su habitación.

\* \* \*

Chalkhill debía de ser riquísimo, pues disponía de un hechizo que garantizaba el buen tiempo en su finca. Las nubes dejaban paso a un gran claro que cubría kilómetros de Wildmoor Broads, y cuando Blue se acercó a la verja de la entrada, comprobó que la temperatura había subido tanto que casi era subtropical. Le sorprendió encontrar las verjas abiertas.

Kitterick también estaba asombrado.

—Entra en mi salón... —murmuró.

Era el día siguiente a la riña con su padre, a última hora de la mañana. Blue le había pedido a *madame* Cardui que permitiera que Kitterich la acompañase de nuevo, y ambos iban en un *ouklo* de palacio de incógnito, perfecto para los Broads porque los transportaba sobre la espinosa vegetación que cubría el suelo. Circulaban tranquilamente por la principal avenida de acceso de la casa de Chalkhill, y se paraban de vez en cuando para admirar el cuidadísimo césped y los parterres que olían a jazmín. Cuando vieron la mansión, la atención de Blue se concentró en un enorme parterre lleno de rosas blancas y de color rosa que formaban el nombre «Jasper» con llamativas y ondeantes letras.

—Debe de ser su nombre de pila —murmuró Blue con una expresión de disgusto ante aquella vulgaridad.

—Me parece que sí, Serenidad —confirmó Kitterick.

—Tiene que dejar de llamarme «Serenidad», Kitterick —le ordenó Blue—. Es importante que Chalkhill no conozca mi identidad.

—Por supuesto, Serenidad —asintió Kitterick—. ¿Cómo debo llamaros? Blue llevaba la ropa que, según su padre, hacía que pareciese un chico.

—Sluce. Llámeme Sluce —dijo al cabo de unos instantes.

—¿Sluce, Serenidad? —Kitterick arrugó la nariz con disgusto—. Suena un poco... a mercader, ¿no creéis?

—Es que se supone que somos mercaderes —afirmó Blue. El pretexto para ir allí era ofrecer a Chalkhill una nueva crema antiarrugas que hacía retroceder el proceso de envejecimiento y dejaba la piel suave como la de un niño. Según *madame Cardui* era el tipo de tontería que induciría a Chalkhill a recibirlos—. ¿Lo tenemos todo dispuesto? —le preguntó Blue a Kitterick.

—Naturalmente... señor Sluce —confirmó el enano de color naranja con un sonoro resoplido—. Nos pondremos en marcha con un silbido.

Kitterick le dio unas palmaditas a su maletín y levantó los ojos, con aire misterioso, hacia el cielo.

El *ouklo* llegó al patio que estaba ante la casa y descendió como una pluma sobre la avenida de grava. Blue y Kitterick se apearon con delicadeza. Había varios jardineros trabajando ante las ventanas, pero no prestaron atención a los visitantes.

La mansión era una mezcla de estilos: la parte central tenía el aspecto de un discreto palacete y habría resultado aceptable si no se hubiera edificado nada más, pero alguien la había prolongado con dos enormes alas barrocas y le había añadido torres góticas, decoradas con un material cristalino que lanzaba destellos bajo el sol. Además, se había añadido un piso, construido sin la menor duda en los últimos años, que se agazapaba sobre la parte superior como si fuera un monstruoso envoltorio. Las superficies exteriores que no relucían habían sido pintadas de color rosa, y un delicado tono azul cielo perfilaba las ventanas, cuyos cristales habían sido rociados con un hechizo líquido que creaba una imagen de querubines que bailaban.

—Es un poco... sorprendente para mi gusto —observó Kitterick.

Blue lo hizo callar.

—Seguramente aún es mejor por dentro.

Kitterick se estremeció.

Dos gigantescas mantícoras de cristal de roca protegían la escalera de la entrada. Les habían aplicado un hechizo, igual que a las ventanas, que les permitió volverse y mirar a Blue y a Kitterick cuando se acercaron. Blue, nerviosa, evitó encontrarse con ellas, pero no hicieron el menor ademán de interceptarles el camino. La joven agitó la campanilla de la puerta principal, pintada de reluciente color rosa, y le respondió el fugaz toque de una orquesta fantasma desde las profundidades del interior de la casa. Chalkhill había gastado una extraordinaria cantidad de dinero en hechizos y cosas

absurdas.

Blue y Kitterick esperaron. Tras ellos, las mantícoras de cristal regresaron trabajosamente a sus posiciones.

La puerta se abrió de golpe, y Blue se quedó perpleja. Ante ella apareció una especie de visión que lucía abundantes tirabuzones castaños y profundos y conmovedores ojos negros: era un chico alto, moreno y atractivo. En realidad, era el hombre más atractivo que Blue había visto en su vida. Llevaba un uniforme convencional de mayordomo, pero con pantalones cortos, que combinaba con calcetines tobilleras y flexibles zapatos puntiagudos de color verde.

—¿Qué desean? —No parecía muy contento de verlos.

Blue apartó los ojos de las piernas del hombre.

—Soy Sluce Ragetus —dijo con descaro—, y éste es el señor Kitterick. Queremos ver al señor Chalkhill.

Blue suponía que iba a preguntarles por el carácter de su visita y tenía preparada la historia sobre la crema para las arrugas, pero el hombre se limitó a decir:

—No pueden pasar. —Miró a Kitterick de arriba abajo, y comentó—: Desentona con los muebles.

Blue se quedó boquiabierta cuando la puerta se cerró.

—¿Sluce Ragetus? —exclamó Kitterick—. No me extraña que no nos dejase entrar.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Blue sin saber qué hacer.

—Creo, Seré... señor Sluce, que es mejor que demos la vuelta y vayamos por la parte de atrás. *Madame* Cardui comentó algo sobre la piscina del señor Chalkhill. Tal vez esté bañándose o disfrutando de su sol mágico.

—¿Y cree que nos dejarán... llegar hasta allí?

—No veo a nadie que pueda impedirlo —respondió Kitterick.

Lo cual era increíble, pero cierto. Tras su experiencia en casa de Brimstone, Blue esperaba encontrar fuertes medidas de seguridad en la mansión de Chalkhill, pero hasta el momento no había visto ninguna. El mayordomo que les había impedido entrar no era un guardia armado.

Un parterre de campanillas y dedaleras les dedicó una tierna canción cuando rodearon la casa. El sendero serpenteaba a través de un bosquecillo en forma de corazón y cruzaba un campo de criquet con argollas de color rosa luminoso. Cuando llegaron a la piscina se encontraron ante un espectáculo impresionante.

Al principio, Blue creyó que se trataba de un hechizo, pero al acercarse se dio cuenta de que la piscina era de verdad. Aunque estaba acostumbrada a la riqueza, aquella extravagancia la dejó atónita. La piscina se había construido a partir de una pieza de amatista, la más grande que había visto en su vida, y tenía los bordes de oro; un mecanismo, que generaba burbujas, la llenaba de agua espumosa.

A Blue le costó trabajo apartar la vista de la piscina para fijarla en la pintarrajeada figura que estaba reclinada en una tumbona llena de cojines. Aunque la criatura se encontraba casi desnuda, tardó unos momentos en saber si se trataba de un hombre o de una mujer. Era rolliza y estaba más maquillada que *madame* Cardui. El reducido bañador era una mezcla de lame dorado y plumas de avestruz.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Blue entre dientes.

—Eso es el señor Chalkhill —explicó Kitterick.

Ambos retrocedieron de forma que no los viesen desde la piscina.

—¿Y ahora qué? —susurró Blue.

—Creo —dijo Kitterick, a quien siempre se le ocurría algo— que debemos acercarnos lisa y llanamente. Al fin y al cabo, somos honrados mercaderes, vendedores ambulantes, y tenemos algo que ofrecer. Por tanto, es normal que... seamos un poquito agresivos.

—¿Y no cree que le parecerá raro que nos hayamos escabullido hasta aquí?

—Ésa es precisamente la cuestión, señor Sluce. No nos hemos escabullido, sino que venimos sin ningún disimulo.

—¿Y después qué? —preguntó Blue, enfadada consigo misma por ser tan susceptible.

Se había sentido mucho más segura al enfrentarse a las trampas de Brimstone, que eran mil veces más peligrosas que aquella situación.

—Después —dijo Kitterick con paciencia—, mostramos nuestra mercancía, entramos en conversación con el señor Chalkhill y esperamos a que él...

Se calló cuando una pesada mano se posó sobre su hombro.

Sin ser un gigante, el hombre era mucho más alto que Kitterick. Blue se fijó en sus armónicos rasgos y en la barbilla picada de viruela. Llevaba el uniforme verde botella de capitán de guardias jurados, y de su cinturón colgaba una terrorífica porra. Los miró con el entrecejo fruncido.

—¿Qué hacéis rondando por aquí? —les preguntó.

—Soy Sluce Ragetus —respondió Blue automáticamente tragando saliva—. Hemos venido a ver al... señor Chalkhill. Asuntos de negocios —añadió sin gran convicción.

Los ojos negros del capitán Pratellus la atravesaron, luego se fijaron en Kitterick y volvieron a posarse en ella.

—¿Tenéis autorización del señor Chalkhill para visitarlo?

—Pues no —respondió Blue—, pero...

—¿Tenéis documentos de identificación?

—Bueno, la verdad es que... —comenzó a decir Blue.

Kitterick se volvió y mordió la mano que reposaba en su hombro.

—¿Está muerto? —preguntó Blue mientras miraba el cuerpo postrado.

Kitterick negó con la cabeza.

—No, pero permanecerá varias horas en coma, y cuando despierte tendrá un buen dolor de cabeza, temblores, algo de cojera, visión borrosa, problemas de audición, tics en la cara, náuseas, pérdida de apetito, alucinaciones ocasionales, flatulencia y debilidad en la espalda. Tardará unos añitos en superar las alteraciones nerviosas, siempre que descanse, naturalmente.

—¿Y qué vamos a hacer con él?

—Os agradecería que me ayudarais a arrastrarlo hasta esos arbustos. No creo que lo echen de menos hasta dentro de una hora o así, y entonces ya habremos finalizado con el asunto del señor Chalkhill. Para bien o para mal.

A Blue le latía el corazón con fuerza cuando entraron en el patio que rodeaba la piscina. Chalkhill los vio enseguida.

—¡Vaya, una visita! —exclamó—. ¡Qué sorpresa! ¡Qué misterio! —Se quitó las gafas de sol y miró a Blue—. Un joven, ¡qué placer! —Sus ojos se fijaron en Kitterick—. Y un hombrecillo de color naranja. —Se levantó con dificultad de la tumbona—. Estaba a punto de entrar en casa. ¿Me acompañáis? Creo que el exceso de sol es destructivo para la piel. —Dudó un momento y miró a Blue—. A menos que preferáis estar fuera.

—No, gracias —respondió Blue inmediatamente.

—Muy bien —afirmó Chalkhill, y se ciñó un albornoz—. Entremos, y Raúl nos preparará té helado con mucho azúcar. —Sonrió, y sus dientes centellearon y relucieron—. Luego me diréis quiénes sois y a qué debo el placer de vuestra compañía.

Blue miró a Kitterick, que parecía enfrascado contemplándose las uñas, y se sintió un poco sola. Siguieron a Chalkhill hasta una habitación en la que destacaba un piano de color rosa y varias sillas musicales de color blanco hueso.

—Señor Chalkhill —empezó Blue—, soy Sluce Ragetus y éste es el señor Kitterick. Representamos a los productos Panjandrum, la conocida marca de cosméticos. La razón de nuestra visita es que nuestros magos han creado una nueva crema de efectos sorprendentes, basada en los taquiones naturales que generan una acción capaz de hacer retroceder el tiempo de forma permanente.

Blue soltó un profundo suspiro y desplegó su falso puesto de ventas.

Chalkhill escuchaba embelesado, temblando de placer y dando grititos de emoción mientras Blue describía los beneficios de la crema imaginaria. La princesa tenía dos tarros de muestra, llenos de sebo, por si el hombre quería ver el milagro, pero no quiso.



—¿Esta crema es sólo para la cara? —preguntó Chalkhill.

—¡Oh, no! —respondió Blue alegremente cuando Raúl entró con una bandeja en la que traía té helado.

El mayordomo depositó la bandeja en una mesita frente a Chalkhill, y los dos hombres intercambiaron miradas.

—Vamos a ver —dijo Chalkhill cuando Raúl se marchó—. No serás una mentirosilla redomada.

—¿Cómo dice? —preguntó Blue parpadeando.

Chalkhill se transformó ante sus ojos: era el mismo hombre con el ridículo bañador y el mullido albornoz, pero parecía más firme y más alto, y en sus ojos había un destello frío como el acero.

—Tú no eres... ¿Cómo era el nombre...? ¿Sluce Ragetus? Ni siquiera eres un chico, por muy guapo que parezcas. Si no me equivoco, eres Su Alteza Serenísima Holly Blue Iris, princesa real, y estás haciendo una de tus famosas excursiones por los barrios bajos. ¡Oh, no te hagas la sorprendida! Tal vez yo no reconociese a tu solitario hermano, pero todo el mundo sabe que te gusta mezclarte con la chusma disfrazada con atuendos absurdos. ¿Creíste en serio que tus súbditos eran tan estúpidos que no te reconocerían? —Chalkhill alzó la vista hacia el techo y sonrió de oreja a oreja—. Cielo, eres el hazmerreír de ciertos barrios. —La sonrisa desapareció de pronto, y un cuchillo halek surgió entre los pliegues del albornoz—. Dígale a su enano que no se mueva, Serenidad. Sé muy bien lo que significa la mordedura de un trinio tóxico. Ah, y si por casualidad cree que dudaría en utilizar esto, le diré que tiene el filo reforzado. Me costó un dineral, pero la garantía de los halek es que nunca fallan. Se puede decir que es el arma definitiva.

Kitterick parecía dispuesto a arriesgarse, pero se sentó con cautela cuando Blue le dirigió una mirada de advertencia.

—Señor Chalkhill... —empezó la joven.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Chalkhill—. ¿Intentará convencerme de que estoy equivocado? ¡Oh, no, Serenidad, ese juego se acabó! Al fin y al cabo, es un alivio dejar a un lado esta pose.

—¿Pose? —repitió Blue.

—La historia del tonto con más dinero que sentido común. Tengo una adivinanza para usted, princesa Holly Blue: si el dinero dura poco en manos del tonto, ¿cómo logró conseguirlo? Ha visto mi casa. Tendría que estar ciega para no darse cuenta del dinero que ha costado. ¿De dónde cree que lo he sacado?

Chalkhill clavó sus penetrantes ojos azules en la joven.

Blue decidió dejar de fingir.

—Me han contado que envenenó usted a su tía —le dijo fríamente.

Chalkhill sonrió, pero sus dientes ya no lanzaban destellos.

—¡Ah, pobre Matilda! Era como una madre para mí. Pero tendría que haber visto a mi madre. Es cierto que envenené a mi tía, como se dice por ahí, pero ése no es el origen de mi riqueza. Sólo me dejó una pequeña propiedad. Lo demás me lo ha proporcionado lord Hairstreak.

—¡Hairstreak! —murmuró Blue, y sintió un repentino escalofrío en la columna vertebral—. ¿Por qué le ha dado Black Hairstreak tanto dinero?

—Porque soy algo que usted nunca llegará a ser, a pesar de sus chapuzas de aficionada —afirmó Chalkhill con orgullo—. Soy el agente secreto más valioso de lord Hairstreak.

Fue Kitterick el que rompió el silencio que siguió a la respuesta de Chalkhill.

—Eso es agua pasada, por eso nos lo ha contado.

—Yo diría que no, trinio —comentó Chalkhill—. Y os contaré más cosas. —Dirigió la atención hacia Blue—. Ya ve, Serenidad, siempre presumí de tener una amistad profunda y duradera con lord Hairstreak y, por supuesto, nadie me creía. Era la tapadera perfecta. La gente prefería reírse a averiguar la verdad.

—¿Una tapadera para qué? —le preguntó Blue con desprecio—. ¿Sus intereses en la fábrica de pegamento?

Chalkhill la miró realmente sorprendido.

—¿Y es usted la que me lo pregunta? Suponía que había venido aquí en busca de su querido hermanito desaparecido.

—¿Qué sabe usted de Pyrgus? —inquirió Blue tras unos instantes.

—¿Qué sé? ¿Qué sé? Vamos a ver... —Alzó la vista como si lo distrajesen divertidos pensamientos—. Sé que es el siguiente en la línea de sucesión al trono. Sé que si alguien quisiera derrocar al Emperador Púrpura y, por decirlo de alguna manera, sustituirlo, sería más sencillo si el heredero fuese también eliminado. Sé...

—¿Tiene intención de derrocar a mi padre?

—Yo no, Alteza Serenísima, sino lord Hairstreak.

Blue lo miró, incapaz de articular palabra. Todo empezaba a tener un horrible sentido: las negociaciones que se habían enrarecido, la amenaza de guerra, la desaparición de Pyrgus...

Pero Chalkhill seguía hablando:

—Parece sorprendida. Me alegro. No tiene ni idea del cuidado que hemos tenido en ocultar lo que estaba pasando. ¿Sabe que nuestro primer plan era que el imbécil de mi socio matase a su hermano? El pobre de Brimstone, siempre jugando con sus demonios. Cree que los controla, pero hace años que lo traen en danza, sobre todo los que están a sueldo de lord Hairstreak. De todas formas, fui yo el que envió a unos matones para que persiguiesen al príncipe Pyrgus en Seething Lane. ¿Conoce la zona, por casualidad?

—Sí —respondió Blue en tono glacial, sin dar más explicaciones.

—Entonces sabrá que al llegar al final de la calle sólo se halla la fábrica. Astuto, ¿eh? Obligué a Pyrgus a que entrase en nuestro territorio. Él, por su cuenta, robó unos gatitos de hacer pegamento, pero eso fue algo secundario. Cuando estuvo dentro de la fábrica, sólo fue cuestión de tiempo que nuestros guardias lo capturasen y lo llevaran a mi presencia.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Kitterick, pero Chalkhill no le hizo caso.

—Yo, a mi vez, se lo envié a Brimstone. Lord Hairstreak había sobornado a un demonio amigo suyo para que pidiese un sacrificio humano. La idea era que Brimstone matase a Pyrgus durante uno de sus repugnantes rituales, y luego nosotros... nosotros, bueno, en realidad yo... denunciaría a Brimstone. ¡Habría sido un juicio espectacular! Desviaría la atención de todo el mundo de lo que íbamos a hacer. —Chalkhill extendió las manos con tristeza y lanzó un suspiro, parodiando su anterior personalidad—. Pero Brimstone lo lió todo. Me temo que al pobre se le ha pasado la fecha de caducidad. Aparecieron unos guardias de vuestro padre en escena y le entró el pánico.

El rostro de Blue no expresaba nada, pero por dentro estaba helada. Había sido ella la que había enviado a los guardias a buscar a Pyrgus, pero hasta ese instante no se había enterado de que su hermano se había salvado por un pelo. Era típico de Pyrgus no hablar de los líos en que se metía. Blue se esforzó por dominar una oleada de pánico y dijo:

—¿Así que fueron ustedes los que sabotearon el portal y envenenaron a mi hermano?

—No sé nada del veneno —respondió Chalkhill encogiéndose de hombros—, pero es cierto que sabotearon el portal. ¿Teníamos alguna otra opción? Ahora que lo hemos quitado de en medio, podemos seguir con el asunto más importante, que es el asesinato de vuestro padre.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que lo avisaremos? —le preguntó Blue.

Chalkhill se levantó y sonrió.

—Me decepciona, querida. A estas alturas debería haberse dado cuenta de que no está en disposición de avisar a nadie. Naturalmente, mataré al trinio. —Chalkhill se estremeció—. Detesto a los enanos, son demasiado pequeños. Pero mi plan es mantenerla a salvo, princesa, al menos durante un tiempo...

Blue se puso colorada, pero sin darle tiempo a responder, se le adelantó Kitterick, que dijo en tono tranquilo:

—No se acercará a mí, ni siquiera con un cuchillo halek.

—Seguramente tienes razón —reconoció Chalkhill—, pero da la casualidad de que no pienso intentarlo. —Alzó la voz—. ¡Raúl, ahora! —En la habitación entraron cinco guardias fortachones, armados con flexibles espadas de obsidiana y varitas detonadoras—. Puedes envenenar a uno, trinio, pero los otros te sacarán las tripas sin

darle tiempo a hincar los dientes.

Blue miró primero a Kitterick y luego a Chalkhill.

—¿Ha oído alguna vez el silbido del señor Kitterick, señor Chalkhill? —le preguntó sin darle mucha importancia.

Chalkhill pestañeó.

—¿Un silbido? —Parecía confuso.

—Llame a los nuestros con su silbido, señor Kitterick —ordenó Blue.

Sin molestarse en fruncir los labios, Kitterick emitió un penetrante silbido que sonó como si saliese de la ranura de su cabeza. Inmediatamente, un tropel de robustos comandos de palacio penetró por la ventana, mientras otros procedentes de la claraboya bajaban por cuerdas, en medio de una lluvia de cristales rotos. Iban armados con granadas explosivas y lanzacohetes ligeros.

—¿De verdad se creyó que iba a venir sola? —le preguntó Blue con suavidad.

Chalkhill soltó el cuchillo que, a pesar de la garantía de los halek, se hizo añicos al caer al suelo.

Henry se quedó boquiabierto. Estaba aturdido, pero intentaba averiguar si había oído un ruido semejante al de una tela cuando se rasga o sólo se lo había imaginado, porque el entramado real se había roto. Luego comprendió que no importaba si lo había oído o no, y se esforzó por encontrarle sentido a lo que estaba viendo.

Y lo que veía era un enorme agujero en el cobertizo del señor Fogarty, aunque no parecía que lo hubiera perforado una máquina de vapor ni nada por el estilo; lo que resultaba más raro eran los bordes, junto a los cuales vio elementos del cobertizo (macetas, herramientas, estantes, el gran cortacésped...), retorcidos y aplastados como si se estuvieran derritiendo. Todo rielaba y, prescindiendo ya del ruido de rasgadura, se percibía un agudo sonido silbante que producía la impresión de que todo estaba a punto de estallar.

Henry apretó el botón verde.

El agujero se cerró inmediatamente. Durante medio segundo no se produjo ningún ruido parecido a una tela que se rasga, ni ningún otro ruido. Luego se oyó el estruendo de las macetas de barro al estrellarse contra el suelo, el de los estantes al volcar su contenido y el de las herramientas al caer. El cobertizo entero crujió como si estuviera a punto de derrumbarse, y Henry corrió hacia la puerta.

Cuando estuvo a salvo, permaneció en el jardín mirando el cobertizo con gesto culpable. ¿Qué explicación le iba a dar al señor Fogarty si se derrumbaba? Durante un momento la construcción retembló y se estremeció como si fuera a venirse abajo, pero volvió a acomodarse otra vez. Henry esperó un poco más para asegurarse de que el cobertizo no se caía, hasta que le pareció que todo iba a salir bien. No tendría que explicarle nada al señor Fogarty, salvo los desperfectos del interior.

Henry apretó de nuevo el botón rojo.

No se había producido ningún ruido de rasgaduras, sino que había sido cosa de su imaginación. Y lo que se reveló en el jardín produjo muchos menos daños que el enorme agujero del cobertizo. En realidad Henry no vio que hubiera ocasionado ningún desastre. Le pareció que se encontraba ante una especie de pasillo cuyos bordes se fundían con el resto del mundo sin derretirse como antes. Era como si alguien hubiera construido un pasillo en el jardín trasero del señor Fogarty, o algo parecido.

El suelo del pasillo estaba alfombrado, y en el techo brillaban a intervalos lujosas arañas de cristal. En las paredes había puertas y de ellas partían otros pasillos. ¡Aquél era otro mundo! ¡Tenía que ser un portal! ¡Aunque no se parecía a lo que Pyrgus le había contado, tenía que ser un portal! ¡Estaba viendo el mundo en el que vivía Pyrgus!

Henry entró en el pasillo.

Cuando miró hacia atrás, se sintió aliviado al comprobar que seguía allí el jardín del señor Fogarty. La tonalidad de la luz parecía un poco diferente, pero lo demás estaba igual que antes. No había cambiado nada ni se había roto nada. Si diera un solo paso, regresaría. Por lo tanto, no había ningún problema.

Sin embargo, no podía dejar el portal abierto. El señor Fogarty se había tomado muchas molestias con los códigos y con los mensajes secretos para ocultar aquella entrada al mundo de Pyrgus. Y aunque el anciano era un poquito raro por naturaleza, Henry comprendía que era mejor no airear el asunto del portal. Si se dejaba abierto y alguien lo encontraba, no tardarían en montar excursiones turísticas, viajes organizados y cosas por el estilo. Pyrgus jamás se lo perdonaría. Así que tenía que cerrar el portal.

Henry apretó con firmeza el botón verde. El jardín del señor Fogarty desapareció, y el chico se encontró ante la prolongación del pasillo. Soltó un profundo suspiro y apretó el botón rojo; fue un gran alivio que el portal se abriese de nuevo. Lo cerró otra vez y guardó el cubo en el bolsillo del pantalón. Luego, con creciente emoción, comenzó a explorar un mundo completamente nuevo.

\* \* \*

Henry se encontraba en un edificio grande y lujoso, de suelos alfombrados, paredes muy pulidas, molduras decorativas, tapices, pinturas y estatuas que adornaban las esquinas. ¿Sería el palacio de Pyrgus? Tenía todas las trazas, pero había algo realmente extraño: estaba vacío.

Al principio, Henry se sintió aliviado de no tropezar con gente, pero al cabo de un rato empezó a asustarse. Recorrió pasillos desiertos y abrió puertas que daban a habitaciones en las que no había nadie. Tampoco había el menor rastro de Pyrgus ni del señor Fogarty, lo cual no era tan sorprendente teniendo en cuenta que no sabía cuánto tiempo hacía que lo habían precedido. Pero, aparte de eso, no había ni rastro de las personas que deberían estar en el palacio: sirvientes, lacayos, mayordomos, cortesanos; no había ni la más mínima señal de vida.

Era como si todos hubiesen sido... eliminados.

Henry abrió otra puerta que daba a un armario de ropa blanca. La cerró, se volvió y gritó:

—¡Hola...! —Esperó. Nada—. ¿Hola...? ¿Hola...? ¿Hay alguien?

El eco no le devolvía la voz, pues había demasiadas alfombras y cortinas que lo impedían, pero tampoco había ninguna respuesta. ¿Dónde estaba la gente? Un palacio de semejante tamaño tendría que estar repleto de personas.

Henry siguió caminando diez minutos más antes de comprender que estaba dando vueltas en círculo: pasó ante el cuadro de un unicornio que le resultaba muy

conocido, pero seguía sin ver un alma. Continuó su recorrido, cada vez más nervioso.

En la confluencia de dos pasillos le pareció oír una voz lejana. Henry se paró para escuchar. Nada. Esperó. Nada. Entonces volvió a oírla: no era una voz, sino varias, y risas.

Lo embargó una oleada de alivio. Hasta ese momento no se había dado cuenta del miedo que sentía en aquel enorme palacio vacío. Pero al saber que había gente, se encontró mucho mejor. ¿Sería Pyrgus? Era difícil saberlo, aunque le pareció que la risa era demasiado aguda para pertenecer a Pyrgus, y desde luego no podía corresponder al señor Fogarty. Pero quienquiera que fuese lo ayudaría, sobre todo cuando le dijera que era amigo del príncipe Pyrgus.

Henry se dirigió hacia el lugar del que provenía el sonido. Era la primera vez en su vida que Henry veía a una chica desnuda. La joven estaba junto al borde de una enorme bañera, que se hallaba en el cruce de cuatro pasillos rodeados por columnas. Tenía el pelo de color caoba, grandes ojos castaños y facciones desenvueltas. Otras chicas, afortunadamente vestidas, le preparaban el baño y le recogían el cabello. La joven charlaba con ellas en tono familiar y animado.

Henry no podía apartar los ojos de aquel cuerpo. Sabía que no debía mirar, pero no sabía cómo evitarlo. El cuerpo de la chica era muy diferente al de un muchacho. Henry contempló los hombros, los brazos y los pies, y lo que estaba viendo lo dejó casi sin respiración. Le ardía la cara de vergüenza, y aun así no podía apartar la vista. Tenía el corazón a punto de estallar, le temblaban las manos y sintió que le fallaban las piernas.

La chica se metió en las humeantes aguas de la bañera. Parecía de la misma edad que Henry, tal vez un poco más joven. No era muy alta, pero el muchacho pensó que se movía con elegancia. En realidad pensó que se movía con una maravillosa elegancia. El agua le cubrió las pantorrillas, las rodillas y los muslos, hasta que se sumergió y dio un par de brazadas. Luego regresó hasta el borde y se tendió de espalda, de forma que sólo la cabeza le sobresalía del agua.

Henry no sabía cómo comportarse. No era un mirón, y sabía que no estaba bien que observase a la chica de aquella forma; debería dar la vuelta y marcharse, para que ella no se enterara de que un asqueroso perverso la había visto desnuda. Eso es lo que debía hacer, pero las piernas no lo obedecían.

Tenía que hacer algo. No podía seguir allí parado sin apartar la vista. No era justo para la chica, quienquiera que fuese. Debía dejar de mirar y marcharse.

Henry gimió, y una de las chicas levantó la vista y lo vio.

\* \* \*

—¿Cómo lo interpretas? —preguntó Apatura Iris, el Emperador Púrpura.

—En sentido estricto, Majestad —respondió Tithonus—, su Alteza Serenísima tiene derecho a dirigir un contingente de comandos de palacio. Como princesa real es comandante en jefe de las tropas. Es un título puramente honorífico, por supuesto, pero...

El Emperador Púrpura hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—No me refería a los comandos —precisó—. Para ser sincero, si se empeña en hacer esas absurdas excursiones, prefiero que vaya protegida. Te preguntaba qué piensas de la historia que nos ha contado.

—¿El supuesto intento de asesinato?

—¿Supuesto? ¿No te parece cierto?

Tithonus suspiró.

—Creo que Jasper Chalkhill no es una fuente muy fiable.

—Él hizo esas declaraciones espontáneamente —dijo Apatura—. A menos que no creas a mi hija.

—¡Oh, claro que creo a la princesa Blue, Señor! —afirmó Tithonus—. Tiene mucha imaginación, pero nunca ha sido mentirosa. Además, tenemos la corroboración del trinio. Es de Chalkhill de quien desconfío.

—¿No crees que sea agente de Hairstreak?

—Sí lo creo —respondió Tithonus—. Nuestros espías sospechaban de él desde hace algún tiempo. No se pudo demostrar nada, pero... —Se encogió de hombros, y luego continuó—: Esa idea de sustituirnos como emperador... —Extendió las manos en un gesto de impotencia y movió la cabeza, dudoso.

—Pero sabemos que ha habido un atentado contra la vida de Pyrgus. Y tal vez haya tenido éxito... Aún no lo hemos encontrado.

—Es cierto, Majestad, pero también hay puntos débiles en la historia que Chalkhill le contó a Blue. Según tengo entendido, Chalkhill declaró que la razón por la que lord Hairstreak quería matar a Pyrgus era para que no hubiera ningún pretendiente legal al trono, después de que os asesinasen. Pero hay dos pretendientes al trono aun en el caso de ser asesinados tanto vos como Pyrgus.

—Comma y Blue —dijo el Emperador Púrpura, que miró pensativo a Tithonus.

—Exactamente, Señor: primero el príncipe Comma, y luego la princesa Blue. Si Pyrgus muriese, Comma se convertiría en príncipe heredero, y cuando vos murieseis, el príncipe heredero se convertiría en emperador. Si lord Hairstreak quisiera despejar de verdad el camino hacia el trono, tendría que asesinar también a Comma y a Blue, además de a Pyrgus y a vos. No hay ningún indicio al respecto, y la historia de Chalkhill no dice nada sobre planes de esa índole. Tengo firmes sospechas de que todo el asunto es pura invención.

—¿Y para qué?

Tithonus se encogió de hombros otra vez.



—Seguramente para sembrar la confusión. Vivimos tiempos difíciles. O tal vez la historia sea una fantasía de Chalkhill para hacerse pasar por un personaje importante. No dudo que sea agente de Hairstreak, pero aun así tiene una personalidad muy inestable.

—Entonces, ¿no piensas que harían falta medidas extraordinarias de seguridad?

—En este momento no —respondió Tithonus—. Al menos, hasta que interroguemos adecuadamente a Chalkhill, cosa que ya hemos empezado a hacer, como es lógico. Averiguaremos la verdad muy pronto.

Se encontraban en los aposentos del emperador, protegidos como siempre por el hechizo de silencio. Apatura fue hasta la ventana y miró hacia fuera con gesto pensativo. Tras unos instantes se volvió y dijo:

—Creo que tienes razón, Guardián. En este momento, las medidas extraordinarias de seguridad se interpretarían como signo de debilidad. Estuviste acertado al no ponerlas en vigor cuando mi hija lo exigió, y creo que es mejor no emprender acciones de ese tipo, a menos que surja algún indicio en el interrogatorio de Chalkhill.

—Gracias, Majestad —manifestó Tithonus—. Y ahora, si me disculpáis...

Lo interrumpió una fuerte llamada en la puerta.

—Di órdenes de que no nos molestasen. —La voz del emperador dejaba traslucir su irritación.

—Tal vez haya noticias sobre Pyrgus —comentó Tithonus, que descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

El señor Fogarty lo empujó violentamente. Tenía los ojos vidriosos y llevaba una escopeta de pistones.

\* \* \*

Los guardias eran severos, pero no brutales. Descendieron varios pisos con Henry y lo encerraron en una habitación que parecía un almacén provisional. El chico enderezó una silla de madera, se sentó y miró la puerta con gesto abatido. Sentía una profunda vergüenza, pero no sólo por haber sido capturado, sino porque había hecho algo horrible y no sabía cómo arreglarlo.

No se sentía culpable por haberla encontrado. Había sido algo completamente inocente: se había limitado a ir al lugar de donde procedían las risas. No podía saber que allí había una chica bañándose. Al fin y al cabo, ¿por qué lo hacía en aquel lugar descubierto? Cuando la gente se bañaba, utilizaba el cuarto de baño y cerraba la puerta.

Pero aparte de eso, al verla debía haberse marchado. Tendría que haberse retirado inmediatamente, y no quedarse allí a mirar porque no estaba bien. Charlie le había

dicho en una ocasión: «¿Te gustaría que una chica te mirase y se riese de ti mientras te duchas?». Henry no lo tenía muy claro, pero seguramente no le habría gustado; desde luego no le habría parecido correcto que se riesen de él, y mucho menos, si él hubiera tenido granitos.

Pero no le había visto ningún granito a la chica del pelo castaño.

El caso era que seguía contemplándola en su imaginación, lo cual empeoraba las cosas. Era como si hubiera hecho fotografías y las estuviese mirando a escondidas. La chica lo odiaría si le hubiera hecho fotos, pero ¿qué más daba?

Para distraerse, se levantó y caminó por la habitación. No era muy grande y había un montón de cosas almacenadas: chucherías y cajas de embalaje arrimadas contra la pared. Vio una ventana bastante alta y se preguntó qué habría fuera.

No tenía intención de escapar, pero quería saber qué había en el exterior. Arrastró una caja hasta la pared y puso un taburete encima. Tanteó el taburete y le pareció estable, así que se subió a él para mirar por la ventana. No se veía gran cosa, salvo una extensión de césped bien cuidado; entonces se agarró al alféizar de la ventana y se puso de puntillas.

—¿Qué pretendes hacer? —le preguntó una voz a su espalda.

Henry consiguió no caerse, pero por los pelos. Se volvió con torpeza braceando para no perder el equilibrio. Había entrado una chica en la habitación. Durante una fracción de segundo, Henry no la reconoció, aunque enseguida se dio cuenta de que era la chica que había visto en el baño. Estaba vestida, lo cual era un inmenso alivio, aunque daba igual porque Henry se puso rojo como la grana.

—¡Baja! —le ordenó con brusquedad—. ¡Baja de una vez!

Henry se bajó del taburete muy despacio y deseó estar muerto.

Pyrgus sintió que le desaparecían de la mente los últimos restos de la influencia del demonio, y que en su interior estallaba una furia violenta y terrible. ¿Cómo se atrevía aquella criatura a hablar con tanto aplomo del asesinato de un emperador? ¿Cómo se atrevía a amenazar al reino de los elfos? Pyrgus hubiera querido abalanzarse sobre Beleth y estrangularlo con sus propias manos, pero en vez de eso tuvo que conformarse con examinar su jaula para ver las posibilidades que tenía de escapar.

La jaula era como la que compartía la gata con sus gatitos en la fábrica de pegamento, aunque más grande, pero no era lo suficientemente amplia para que Pyrgus pudiese estar derecho. El chico se agachó tras los barrotes mientras contemplaba una escena terrorífica e infernal.

Su jaula colgaba de una cadena conectada a un mecanismo que había en el techo de la cueva, bajo la mansión metálica de Beleth. Directamente debajo de donde él estaba, un estanque de azufre derretido arrojaba un resplandor rojo. En la cueva trabajaban unos treinta seguidores de Beleth, que se protegían la piel del calor con armaduras de escamas y cuyos cuerpos, musculosos y fornidos, eran aptos para manejar el metal candente con el que estaban fabricando un monstruoso misil junto al estanque. Beleth había recuperado la temible figura con la que había aparecido en el Triángulo de Arte de Brimstone. Además, de uno de los enormes cuernos enroscados colgaba un farol.

Detrás de los laboriosos demonios, había una tarima plana, sobre la cual contingentes de tropas en miniatura formaban en orden de batalla. La tecnología de aquel lugar era muy distinta a la de la sala de control del emperador: en vez de esferas de cristal había proyectores triangulares que recreaban sobre la tarima los demonios blindados, que Pyrgus había visto en las afueras de la ciudad, a un tamaño reducido de apenas cincuenta centímetros. A simple vista, parecía un ejército de juguete, pero, si se miraban bien, desaparecía el tamaño falso y uno se encontraba sumido en medio de la acción, de forma mucho más efectiva de la que se lograba con una esfera.

—¡Agresión! —rugió Beleth, fascinado.

Las tropas se preparaban para hacer maniobras. Se habían dividido en dos bandos muy igualados, y cuando Pyrgus miró, se abalanzaron unos contra otros. Las varitas mágicas luminosas echaron chispas y sisearon, y bolas de fuego atravesaron el campo de batalla. Por todas partes explotaban misiles, pero las tropas de Beleth parecían indestructibles. Sorteaban ilesas las salpicaduras de las llamas, las explosiones y las relucientes cuchillas, sobrevivían y se lanzaban de nuevo al ataque con ciega ferocidad. Aquéllas eran las criaturas que pronto se unirían a Hairstreak para enfrentarse a las fuerzas del Emperador Púrpura. El padre de Pyrgus no tenía la más mínima posibilidad de ganar.

—La realidad será muy entretenida —dijo Beleth—, pero ya basta de jueguecitos. Quiero contarte cómo vas a morir. —El suelo tembló cuando Beleth se dirigió a un conjunto de palancas metálicas situadas junto al estanque de azufre. Levantó la vista hacia Pyrgus, que estaba prácticamente sobre su cabeza, y sonrió—. ¿Verdad que es un mecanismo fascinante? Ya sabes, todos esos artilugios mágicos para capturar relámpagos son maravillosos, y no se han de utilizar anticuadas piezas, ni engranajes, ni mandos. Es un mecanismo que se entiende perfectamente. A mí me encanta, príncipe heredero, porque produce muchas satisfacciones.

Beleth se estiró y acarició el extremo de una palanca.

La jaula donde se hallaba Pyrgus era muy incómoda. Como estaba agachado, los músculos de las piernas se le resentían y no tardaría en sufrir horribles espasmos, y además, le dolía la cabeza otra vez, mucho más que antes. Eran sólo dos problemillas más en un día verdaderamente nefasto. Ojalá pudiese decirle algo genial a Beleth, pero no se le ocurrió nada. Tampoco importaba mucho, pues el demonio seguía hablando.

—Morirás lentamente —le informó Beleth—. Muy despacio y de forma muy, pero que muy dolorosa. Esta palanca pone en funcionamiento la máquina que está encima de tu cabeza. Cuando yo la empuje, la máquina soltará la cadena y tu jaula empezará a descender. Está preparada para funcionar con gran lentitud. No creo que llegues a percibir ni siquiera que se mueve, pero te doy mi palabra de que se moverá, y lo hará hacia abajo.

Pyrgus bajó la vista. Debajo de él, hervía y burbujeaba el estanque de azufre.

—Llegará el momento —continuó Beleth—, aunque tardará bastante, en que la vida te resultará incómoda. Entonces los gases del azufre te harán toser, el calor te hará sudar, el hedor del sulfuro te llenará las narices y te llorarán los ojos.

—Un momento, Beleth... —dijo Pyrgus.

Pero Beleth no estaba dispuesto a que lo interrumpiesen y lanzó una risita.

—Las cosas irán de mal en peor. La temperatura subirá a medida que te acerques al estanque de azufre. Cuando los fluidos de tu cuerpo se evaporen, tendrás muchísima sed. Te picará la piel, y luego te saldrán ampollas. Todo sucederá muy lentamente, muy despacio, para que puedas disfrutar de cada segundo de exquisito y creciente dolor. No, por favor, no me interrumpas; estamos llegando a lo mejor. Por fin, tras muchas, muchísimas horas de tortura prolongada, llegarás al estanque de azufre. Despacio, poco a poco, tu jaula entrará en el sulfuro derretido. Se te quemarán primero los pies, empezando por las plantas. Luego, cuando la jaula se sumerja más, te arderán los tobillos y las piernas hasta las rodillas. El azufre cicatriza las hemorragias, así que permanecerás vivo y consciente mientras tu cuerpo se abrasa poco a poco, milímetro a milímetro. La cabeza y el cerebro serán lo último en desaparecer, así que podrás disfrutar del supremo horror de ver cómo el azufre

fundido sube hasta tu cuello antes de que pierdas la conciencia para siempre. — Beleth soltó una risa grave y gutural mientras acariciaba el revestimiento metálico del enorme misil que los demonios construían junto al estanque—. Lo último que verás será mi Bomba del Juicio Final.

—¿Bomba del Juicio Final? —repitió Pyrgus muy a su pesar.

—El arma que me permitirá apropiarme del reino de tu padre —explicó Beleth con una sonrisa—. Esta cápsula de metal encierra el poder destructivo de un pequeño sol. La lanzaré desde uno de mis vimanas, lo que tus amigos humanos llaman con el curioso nombre de «platillos volantes». Matará a un millón de soldados de tu padre, docena arriba docena abajo. Es un verdadero ahorro de mano de obra. Destruirá vuestros palacios y arrasará la capital del reino hasta convertirla en una explosión de luz mortal. Morirás contemplándolo y sabiendo que detrás de ti irán tu familia y tus amigos.

—¿Por qué haces esto? —quiso saber Pyrgus—. Entiendo que quieras matarme, pero ¿por qué emplear una tortura tan larga y tan lenta?

Beleth sonrió, encantado.

—Son cosas de mi carácter. —Sus dedos se enroscaron en torno a la palanca—. ¡Oh, cuánto me gusta esta parte! —exclamó—. ¡Me llena de emoción!

Tiró de la palanca.

Los sudorosos demonios dejaron de trabajar momentáneamente y se volvieron para mirar la jaula de Pyrgus. Tras un rechinar de máquinas, Pyrgus notó una ligera sacudida de la jaula, que enseguida se estabilizó aunque se balanceó un poco.

—No parece que se mueva, ¿verdad? —gritó Beleth—. Pero se mueve, créeme. Es tu último viaje y durará muchísimo tiempo. Pronto te dejaré para que disfrutes de la excursión, pero antes de irme quiero proporcionarte un pequeño tormento mental para que acompañe al dolor físico. Quiero contarte cómo traicionaron a tu padre y cómo morirá. Quiero contarte qué va a pasar con el Trono del Pavo Real y con el destino de tu querida hermanita. Quiero hablarte de la traición y de la felonía, de la destrucción total y absoluta de la Casa de Iris. Quiero hablarte de nuestros planes de saqueo del reino de los elfos. Quiero...

Dentro de la jaula, Pyrgus experimentó otra punzada de dolor de cabeza: era como si la presión arterial le aumentara dentro del cráneo. Sintió náuseas y durante un momento de dicha creyó que iba a vomitar encima de Beleth. Pero las náuseas desaparecieron, aunque persistieron el dolor de cabeza y la presión arterial en el cerebro. Lo atribuyó a los nervios y puso todo su empeño en ignorarlos.

Debajo de él, Beleth hablaba sin parar, feliz y contento.

\* \* \*

—Pero Serenidad... —protestó el guardia.

—Vete ya —le ordenó Holly Blue—. No me pasará nada.

El guardia la miró, dudoso, luego se dio la vuelta y salió de la habitación. Sus compañeros lo siguieron en perfecto orden. Blue fijó la vista en el chico que se había escondido detrás de una columna para mirarla mientras se bañaba. Era una criatura de aspecto agradable, vestida con ropa rarísima, y no parecía que tuviese el valor suficiente para arriesgarse a sufrir el castigo que se imponía en casos así.

—Y bien —dijo la chica fríamente—, ¿tienes alguna explicación que dar?

—Lo siento —se disculpó Henry con aire abatido.

Ya no estaban en el almacén. Los guardias lo habían conducido a los lujosos aposentos en los que la joven se comportaba como si estuviese en su casa y al mando.

—¿Sientes lo que has hecho o que te hayan capturado?

—Siento lo que he hecho —precisó Henry—. No quería, de verdad. —Los guardias la trataban de «Alteza» y «Serenidad», como si fuera de la familia real, tal vez una princesa. Henry se estremeció al pensarlo y enseguida se le ocurrió otra idea aún más inquietante: quizá pertenecía a la familia de Pyrgus. ¿No había dicho Pyrgus que tenía una hermana? Henry no se acordaba, pero le parecía una posibilidad terrible. Si era hermana de Pyrgus, ¿cómo podría volver a mirar a su amigo a los ojos? Ya era bastante grave espiar a una chica desconocida, pero espiar a la hermana de un amigo... Henry hizo un gran esfuerzo para reponerse—. Estaba buscando a alguien y di contigo por pura casualidad.

—¿A quién estabas buscando?

—Bueno, a nadie en concreto —respondió Henry, incómodo—. El edificio estaba vacío. —Reunió fuerzas y añadió—: No estabas en un baño privado, ya me entiendes. Me refiero a que estabas en un lugar abierto con... sin... totalmente abierto. —Terminó la frase sin convicción—. Cualquiera podría haberte visto. Fue cuestión de mala suerte. —Se dio cuenta de lo que acababa de decir y continuó—: La mala suerte no fue verte de esa forma porque eres una chica muy guapa, preciosa y todo lo demás, sin granitos ni nada por el estilo; la desgracia fue que yo te viera cuando no querías que nadie te viese. Aunque, si no querías que te viesen, creo que no deberías bañarte en un lugar abierto como ése.

—Oh, ¿así que fue culpa mía? —le preguntó Blue, cortante—. ¿Yo soy la culpable?

—No, no eres la culpable. Yo no he dicho que fuese culpa tuya. Me refería a que si te bañaras en un cuarto de baño normal, yo no habría tropezado contigo. Allí te podía ver todo el mundo.

—Es difícil porque ordené que desalojaran esa ala del palacio. Siempre lo hago cuando me baño.

Henry gimió para sus adentros. Por eso el lugar estaba desierto. La princesa se

estaba bañando, y todos tenían órdenes de mantenerse bien alejados, pero él la había encontrado por casualidad. Cerró los ojos para ocultar la vergüenza que sentía. Después los volvió a abrir y le preguntó:

—¿Eres la hermana de Pyrgus?

Blue se quedó de piedra. Transcurrieron unos momentos de silencio hasta que la joven preguntó:

—¿Qué sabes de Pyrgus? ¿De dónde vienes? ¿Quién eres?

—Henry Atherton —respondió, y se lo contó todo.

\* \* \*

Blue se acercó a la ventana con el entrecejo fruncido.

—Supongo que Pyrgus estará bien, aunque he procurado no pensar mucho en eso. Desde que supe que lo habían envenenado, llevo un antídoto contra el veneno, pero no podemos hacer nada hasta que lo encontremos.

—Lo siento —dijo Henry—. No sé lo que le ha pasado a Pyrgus; nadie me lo ha contado. Me refiero a que eres la primera persona con la que he hablado. ¿No sabes dónde está? ¿No ha regresado al palacio?

—Ha desaparecido —respondió Blue, tajante—. Y si no lo encontramos pronto, el veneno lo matará. Resulta un poco complicado...

Henry creyó que la chica iba a decir algo más, pero la puerta se abrió de golpe y entró una criada histérica.

—¡Ama Blue, debéis venir inmediatamente! ¡Ha ocurrido algo horrible!

—¿Qué pasa, Anna? ¿Qué ha ocurrido?

Pero la joven era incapaz de dar una explicación racional. Empezó a lamentarse, a balancearse y a gemir mientras se abrazaba a sí misma y lloraba acurrucada en la puerta.

—¡Es Su Majestad, Su Majestad!

—¡Vamos!

Blue tomó la mano de Henry, y ambos fueron hacia la puerta. Luego echaron a correr.

Había guardias por todas partes, dando órdenes a gritos y tropezando unos con otros. Uno de ellos intentó detenerlos cuando llegaron al pasillo.

—¡Apártate! —le ordenó Blue, furiosa, y el guardia obedeció.

En el pasillo reinaba el caos.

—¿Adonde vamos? —preguntó Henry casi sin aliento.

—A los aposentos de mi padre.

Cuando se acercaron a la puerta abierta, vieron gente arremolinada por todas partes. Un hombre alto con una capa verde se dirigió a ellos:

—Serenidad, no debéis entrar.

—¿Qué ha pasado, Tithonus? —quiso saber Blue.

—Se ha producido un incidente que ha afectado a vuestro padre.

—¿Qué tipo de accidente?

«Tithonus no ha hablado de “accidente”», pensó Henry.

El Guardián tragó saliva.

—Vuestro padre ha sido gravemente herido, princesa. Ha sufrido heridas muy graves.

El padre de la chica estaba muerto. Henry lo tenía clarísimo. Los adultos siempre comunicaban las noticias con suavidad, lo cual empeoraba las cosas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Blue.

—Un intruso. Tenía un arma...

—¿Qué le ha pasado a mi padre? —gritó Blue intentando entrar, pero Tithonus le cerró el paso con gesto conmovido.

—Serenidad, no pude hacer nada. Todo sucedió demasiado rápido. —Se fijó en Henry—. ¿Quién es este chico?

Holly Blue clavó los ojos en Tithonus con una repentina expresión de horror.

—¿Está...? ¿Se va a morir?

Tithonus cerró los ojos un instante.

—Serenidad —dijo ceremoniosamente—, es mi triste deber comunicaros que vuestro padre, el Emperador Púrpura, ha fallecido.

Blue permaneció callada unos instantes, y luego dijo:

—No te creo. Quiero verlo. ¿Está dentro?

—Serenidad, es mejor que no lo veáis. El arma... —Blue intentó abrirse paso otra vez, y Tithonus volvió a impedirselo—. Pequeña —dijo—, el arma no es como las nuestras y se disparó desde muy cerca. El rostro de vuestro padre...

Un chico, con traje morado, salió de la habitación. Estaba pálido y parecía a punto de vomitar.

—¡Comma! —gritó Blue—. ¿Qué pasa? ¿Qué...?

El chico la miró como si no entendiera nada y movió la cabeza. Parecía aturdido.

—Lo siento, Blue —dijo.

—Tithonus, ¡quiero ver a mi padre! —exigió Blue.

Había algo en su tono de voz que hizo que el hombre se apartase.

—Como queráis, Serenidad. Pero sería mejor...

Blue entró en la habitación y Henry la siguió sin dudarle.

Lo primero que vio fue un dormitorio amplio y bien amueblado, y luego su atención se centró en el cuerpo. Parte de la cara había desaparecido, como si le hubiesen disparado de cerca con una escopeta. El olor de la sangre resultaba insoportable, y sobre la alfombra había un charco rojo.



—¡Papá, no! —gimió Blue acercándose—. ¡Papá, papá, noooo!  
Henry la sostuvo cuando se desmayó.

Una mujer regordeta, de mediana edad, con uniforme de sirvienta, se dirigió a Henry:

—Se pondrá bien, pobrecilla. Los médicos la atienden. Pero semejante impresión... —Frunció los labios un instante, con una expresión de pena en los ojos, y luego volvió a fijarse en Henry—. No lo he visto antes, joven, y no sé cómo se llama.

—Me llamo Henry —respondió Henry en tono sombrío.

Lo que había ocurrido también le había afectado. Era la primera vez que veía un cadáver y los destrozos de la cara del emperador parecían propios de una película de terror, con la salvedad de que en las películas no se oía nada.

—¡Oh, como el duque de Borgoña! —comentó la mujer, y esbozó una sonrisita de conspiradora—. Aunque no creo que pertenezca usted al bando de la noche, ¿o sí?

—No —se apresuró a decir Henry, que no tenía la menor idea sobre lo que estaba hablando la mujer.

—Soy el ama Umber —se presentó la mujer—. ¿Se quedará en el palacio, señor Henry?

De repente, todo se había complicado mucho más de lo que el chico esperaba en principio. Tomó aliento y respondió:

—Supongo que sí.

—Lo acompañaré a una de las habitaciones de invitados. Me alegro de que esté aquí. Blue necesitará tener amigos a su alrededor en un momento así.

La habitación de invitados era suntuosa, cien mil veces mejor que su dormitorio de casa, aunque no vio ninguna cama.

—Siento que no sea como lo que está usted acostumbrado —dijo el ama Umber, nerviosa, mirando a Henry de arriba abajo—. ¿Viene usted del campo?

Henry asintió, pues le pareció mejor no decir de dónde procedía realmente.

—Bien, pues encontrará ropa limpia en el armario, más a tono con el palacio; revuelva hasta que encuentre algo de su talla, y si tiene alguna dificultad llámeme. Hay ropa interior en los cajones.

Le dedicó una sonrisa maternal y se fue, cerrando la puerta al salir.

Henry enseguida averiguó la razón de que no hubiese cama en el cuarto: no era una habitación, sino una suite, con un dormitorio aparte de la sala principal, y un baño con una bañera incrustada en el suelo, que era una reproducción en miniatura (una miniatura grande) de la que había utilizado Blue. En el borde de la bañera había cacharros de loza y, tras examinarlos, descubrió que contenían aceites aromáticos. Regresó al dormitorio y encontró el armario del que le había hablado el ama Umber. Como ella había dicho, estaba lleno de ropa de varios tamaños. Henry escogió un chaleco verde y unos pantalones que le sentaban bastante bien, y dio con unos

flexibles zapatos verdes que combinaban estupendamente. Cuando se contempló en el espejo del armario, tuvo la escalofriante sensación de que se parecía un poco a Pyrgus, aunque la ropa que llevaba no tenía nada que ver con la del muchacho. Tal vez quería decir que él encajaba en aquel lugar, lo cual no era malo.

Abrió otra puerta que había en la habitación, suponiendo que sería un segundo armario empotrado, pero se encontró con un pequeño estudio sin ventanas, que se iluminó misteriosamente al abrirse la puerta. Había un escritorio y una silla, y las paredes estaban llenas de libros. Henry pensó que quizá podría averiguar muchas cosas del mundo de Pyrgus si se tomaba su tiempo. Pero seguramente se enteraría de muchas más si exploraba el palacio.

Henry volvió a la salita, abrió la puerta que daba al pasillo y salió.

—¡Ah, está usted aquí! —exclamó el ama Umber, dándole un susto a Henry. Parecía como si hubiese estado esperándolo en el pasillo—. Estoy segura de que querrá comer. Si me acompaña, le servirán algo en las cocinas. —Lo miró con gesto aprobatorio—. El verde le sienta bien.

—Gracias —dijo Henry.

Las cocinas del palacio eran un lugar tan adecuado como cualquier otro para empezar. Además, contra todo pronóstico, tenía ganas de comer.

\* \* \*

El calor de las cocinas, generado por dos enormes fogones, se elevó ante Henry como un muro. Cuanto entró, le dio la impresión de que se introducía en una película de época, del tiempo de Dickens o incluso anterior. Todo tenía aspecto anticuado, desde las restregadas mesas de pino hasta las tajadas de carne que colgaban de ganchos suspendidos del techo. Supuso que el lugar sería un hervidero de actividad a las horas de las comidas. En ese momento deambulaban por allí veinte o treinta personas, que charlaban y bebían mientras esperaban que empezase el ajetreo.

El ama Umber lo condujo hasta una mujer gorda con uniforme de cocinera, que cortaba verduras en una olla gigantesca.

—Ésta es la cocinera jefe Lattice Brown —susurró—. Sé bueno con ella si no quieres que te envenene. —Sonrió para que Henry supiese que se trataba de una broma, y luego dijo en voz alta—: ¿Puedes darle algo de comer a un muchacho hambriento, Lattice? Es amigo de la princesa Blue.

Lattice dejó el cuchillo y se limpió las manos en un paño. Todos sus movimientos eran muy parsimoniosos. Miró a Henry, sorprendida.

—Así que amigo de la princesa Blue. ¿Y este amigo tiene nombre?

Henry abrió la boca para responder, pero el ama Umber se le adelantó.

—Se llama Henry, Lattice, como el duque de Borgoña. Y es un leal partidario del

bando de la luz, pero no del bando de la noche, ¿verdad?

—El duque de Borgoña no se llama Henry —observó la cocinera.

—Sí, claro que sí. Henry Lucina —afirmó el ama Umber frunciendo el entrecejo.

—No, no se llama así. Se llama Hamearis. Tú no te llamas Hamearis, ¿verdad? —

La pregunta iba dirigida a Henry.

—No, señora, Henry.

—¿Has oído eso, querida Lanta? ¡Señora! —Lattice Brown sonrió encantada—. ¡Qué joven tan encantador! Déjame a mí, y verá lo que es comer bien. No me extrañaría que un par de mozas de la cocina quisieran acompañarlo, ¡un muchacho tan guapo!

Le guiñó el ojo a Henry, que se puso colorado.

Poco después Henry estaba sentado ante una mesa de pino comiendo cucharadas de guiso que le habían servido en un cuenco, con un grueso pedazo de pan crujiente en un plato.

—Es para mojar —le había dicho la cocinera Lattice.

Se sintió muy aliviado de que no lo acompañase ninguna moza, y tras unas cuantas miradas de curiosidad, el resto del personal volvió a sus tareas, que consistían principalmente en cotillear. Henry escuchaba con la cabeza baja. Como era de esperar, el principal tema de conversación era el asesinato del emperador.

—No tenía cabeza...

—¿Cómo, nada de nada?

—Es lo que me contó Bert, que es guardia. Sólo quedaba un muñón de cuello, pero no había sangre. El Guardián afirma que fue un rayo cortante, que es lo único que cicatriza al cercenar.

—No es eso lo que a mí me han contado. No le han cortado la cabeza, sino que más bien se la han roto a golpes. Debe de ser alguna nueva arma de los partidarios de la noche.

—¡Ay, no me extraña nada que fuesen los de la noche; esa maldita panda no para de fastidiar!

—No ha sido el bando de la noche. Sabes que no han sido ellos.

—¿Quién va a gobernar el reino? Eso es lo que quiero saber. El emperador ha muerto, el príncipe heredero ha desaparecido...

—Tal vez sea el fin de la Casa de Iris.

Las palabras procedían de un tipo tristón que tenía la vista clavada en una copa de cerámica. La cocinera Lattice y dos mujeres se volvieron hacia él.

—Ten cuidado con lo que dices, Luigi.

—La Casa de Iris satisface vuestros salarios, y también los nuestros.

—Está el príncipe Comma...

—¡Vaya zorrito!

—¡Qué modales son éstos, niña! —exclamó Lattice—. Aunque sea un zorrito, es hijo del emperador.

—¡Claro, y si tú tuvieras una madre como ésa...!

—¡Chist! —La cocinera Lattice miró a su alrededor como si le preocupase que alguien pudiese oírlos.

—¿Por qué tengo que callarme? Todo el mundo conoce la verdad. No me extraña que el pobre Comma sea como es. La sangre tira, lo digo yo.

Una mujer a la que todos llamaban Nell dijo:

—De todas formas, no puede convertirse en emperador. Es demasiado joven.

—El príncipe Pyrgus aparecerá —afirmó Lattice, convencida—. Pero si no aparece, le tocará a Comma. El Guardián será regente hasta que el príncipe sea mayor de edad. Es así como se hace. Pero Pyrgus aparecerá, no olvidéis que os lo he dicho.

—¿Qué le ha pasado al príncipe Pyrgus? —preguntó Henry.

No le apetecía mucho llamar la atención, pero si quería enterarse de algo, no le quedaba más remedio que preguntar.

—Nadie lo sabe —respondió Lattice—. Lo enviaron lejos por medio de uno de esos absurdos portales y no ha regresado. Y si ha regresado, no saben adonde ha ido. A mí nunca me pareció bien. Jamás me iría a un mundo extraño, lleno de idiotas, gigantes y gente con caspa. La gente de allí tiene seis dedos y la piel azul brillante, ¿no lo sabías?

—No —comentó Henry.

—Me lo contó Larry —afirmó Lattice, sin explicar quién era Larry.

—El que ha matado al emperador no tenía la piel azul —aseguró Nell, y adoptó una expresión engreída—. Mi Tom me lo ha dicho porque estaba allí.

—Si estaba allí, ¿por qué no lo impidió? —le preguntó Luigi con amargura.

—Pues porque no estaba allí en el momento en que pasó —precisó Nell—. Cuando sucedió, no había ningún guardia, pero Tom fue el primero en entrar. O uno de los primeros, que es lo mismo. Dijo que el viejo era igual que tú y yo: cinco dedos, piel normal, sin caspa, pero calvo.

Henry sintió una opresión repentina en el pecho.

—¿Significa eso que fue alguien de... —cómo diablos lo había llamado Pyrgus—, del Mundo Análogo el que mató al emperador?

—¿No lo sabías? Un tipo que se llama Fuego, o Fogueo, o algo parecido. El emperador fue al otro mundo a buscar al príncipe Pyrgus y se trajo a ese individuo con él por algún motivo. La cocinera Lattice tiene razón: del otro mundo no se puede esperar nada bueno. Son más de fiar los demonios, te lo digo yo.

—No era Fuego, sino Fogata; bueno, en realidad Fogary —aclaró Luigi—. Tenía un arma terrible. No me preguntéis en qué estaban pensando para dejarlo entrar allí por las buenas.

—El emperador era demasiado confiado, demasiado bueno.

—Ya no volverá a confiar en nadie; que descanse en paz.

—¡Descanse en paz! —repitieron todos, y luego se quedaron callados.

—¿Fogary o Fogarty? —preguntó Henry al cabo de un rato.

—Eso es —respondió Luigi—. Fogarty. El que asesinó al emperador. Su nombre es Fogarty. Lo han llevado a los calabozos del palacio.

—¿Y dónde están los calabozos? —preguntó Henry con tono inocente.

\* \* \*

La última vez que Henry se había sentido tan asustado había sido cuando Fogarty le había mandado robar en el colegio. Pero en ese momento era mucho peor. Le latía el corazón con tanta fuerza que sonaba como un tambor militar. Sentía que las piernas le flaqueaban y le faltaba el aire, a pesar de que respiraba profundamente, mientras se esforzaba en descender por los empinados escalones que conducían a los calabozos del palacio.

Cuando llegó al final, se llevó una sorpresa. Esperaba encontrar un recinto anticuado como la cocina: oscuro, celdas con muros de piedra, prisioneros con grilletes, y paredes llenas de humedad. Pero resultó ser muy distinto. La escalera finalizaba en una luminosa zona de recepción donde había incluso una alfombra de color azul pálido. Henry vio las puertas de algunas celdas en el pasillo que estaban al otro lado de la entrada, y una de ellas se hallaba abierta. La celda vacía tenía literas, una mesa y sillas, y se parecía a las cárceles modernas que había visto en las series policíacas de la televisión.

Un robusto guardia abandonó su lugar tras una mesa y se dirigió al mostrador para recibirlo.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó.

Henry rezó en silencio e inspiró profundamente, aunque no tanto como necesitaba.

—¿Está aquí un prisionero que se llama Fogarty?

—¿Y si está qué pasa?

«No me va a asustar», pensó Henry. En realidad el hombre *no* parecía desconfiado, sino que era su forma de comportarse. Para trabajar como guardia de prisiones había que ser un poco raro. El truco consistía, según Henry, en aparentar seguridad.

—Un prisionero del Mundo Análogo. El hombre acusado... El que mató al emperador.

El guardia lo miró de arriba abajo, pero el tono confiado de Henry dio resultado.

—Pues sí, está aquí. ¿Eres pariente o algo así? —A Henry le dio un vuelco el

corazón, y el guardia se rió a carcajadas—: Pariente, ¿eh? Has venido a visitar a tu querido abuelito, ¿verdad?

Henry sonrió débilmente.

—No, pero tengo que hablar con el prisionero. —Aquélla era la parte más difícil—. Son órdenes de la princesa Holly Blue.

—¿Tienes un pase? —le preguntó el guardia.

Henry se quedó mirándolo.

—No —respondió al fin.

De pronto un felpudo de lana marrón, que había sido arrojado sin ningún cuidado a un extremo del mostrador, se movió, y Henry dio un salto.

—No puedo dejarte ver a un prisionero sin un pase —le informó el guardia—. Ni aunque vinieses de parte del propio emperador, que en paz descanse.

Henry decidió intentarlo por el lado de la compasión.

—Verá, soy nuevo aquí. Nadie me había dicho que necesitaba un pase. ¿No puede hacer una excepción?

—Me costaría algo más que mi trabajo —contestó el guardia en tono razonable—. ¿Por qué no vas a pedirle un pase a la princesa?

Buena pregunta. Vio el lanoso felpudo por el rabillo del ojo y le pareció que se deslizaba hacia él por el mostrador.

—Lo cierto es —le explicó al guardia— que la princesa Blue se encuentra mal en este momento, por la impresión. Vio a su padre y... bueno, ya me entiende. Así que no se la puede molestar. Puede comprobarlo si quiere.

Henry giró la cabeza para mirar fijamente el felpudo, que dejó de moverse. Dos brillantes ojillos castaños lo observaron bajo el lanoso tejido.

El guardia miró a Henry, mientras se mordía el labio inferior.

—La norma es que no te deje entrar sin un pase —dijo, dudoso.

—Sí, lo entiendo —respondió Henry—. Pero puedo firmar un impreso en el que asumo la responsabilidad, y cuando la princesa Blue se sienta un poco mejor, le traeré el pase. Es un asunto muy urgente.

El felpudo de ojos castaños se deslizó desde el mostrador al suelo. Henry miró inquieto cómo se acercaba hacia él, aunque el guardia no le prestaba la menor atención.

—Tal vez si me dijeras de qué se trata... —insinuó el guardia con aire pensativo—. Me gustaría ayudar a la princesa, pero al mismo tiempo...

Hizo una mueca con los labios y se encogió de hombros.

Henry contaba con aquella reacción.

—La princesa desea conocer el motivo por el cual ese hombre asesinó a su padre. Por si hay más conspiraciones.

—Eres un poquito joven para interrogar a un prisionero sobre ese tipo de cosas,

¿no te parece?

También había previsto aquella pregunta.

—La princesa piensa que el asesino podría sentirse menos agobiado con alguien de mi edad.

Henry esperó, pues sabía que era malo hablar más de la cuenta cuando se está probando suerte. La criatura lanuda (tenía que ser un animal de alguna especie) había llegado hasta sus pies y husmeaba sus tobillos.

El guardia se inclinó sobre el mostrador y miró al felpudo.

—¿Que te parece? —le preguntó.

—Una sarta de mentiras —respondió la criatura—. El chico no se enteraría de la verdad ni aunque le mordiera en el trasero.

\* \* \*

Henry luchó con furia, pero los guardias estaban muy acostumbrados a tratar a prisioneros difíciles y a esquivar las patadas. Lo llevaron medio a rastras por el pasillo y lo sujetaron, mientras uno de ellos abría la puerta de una celda del fondo.

—No sé por qué montas semejante alboroto —dijo uno—. ¿No querías ver al viejo bobo que mató a nuestro emperador? Pues ahora tienes la oportunidad.

Lo arrojaron al interior de la celda y cerraron la puerta de golpe. Henry se levantó y se abalanzó hacia ella, pero la llave giró antes de que llegase.

—Ahorra fuerzas —le dijo una voz familiar.

Henry se dio la vuelta. El señor Fogarty estaba sentado en la litera de arriba, con los pies colgando.

—Esos tipejos saben hacer cerraduras. Desde que me metieron aquí, he estado intentando abrirla. —Bajó de la litera—. No esperaba verte, Henry. —Lo husmeó y lo miró de arriba abajo—. Y mucho menos vestido de duende.

—Señor Fogarty, ¿qué ha pasado? ¿Qué...?

—Hace buen tiempo para esta época del año —comentó Fogarty llevándose un dedo a los labios.

Fue hacia la litera y sacó un cuaderno y un lápiz de debajo del colchón. Escribió algo y le pasó el cuaderno a Henry.

«Puede haber micrófonos ocultos —decía—. Es mejor escribir las cosas importantes y comernos el papel después. Mientras tanto, charlemos un poco».

Henry refunfuñó para sus adentros, pero tomó el lápiz. Tras pensar unos momentos, escribió: «¿Qué le pasó a Pyrgus?».

—¿Por qué te han encerrado? —le preguntó Fogarty en voz alta, mientras recuperaba el lápiz para escribir: «El muy bribón utilizó el portal sin que yo lo comprobase».



—Una especie de felpudo testificó contra mí —respondió Henry.

Luego tomó el cuaderno y fue al fondo del asunto: «¿Por qué mató al emperador?».

«No sé si lo maté».

—¿Cómo que no lo sabe? —explotó Henry—. ¿Está aquí por asesinato y no sabe si...?

—¡Cállate! —siseó Fogarty, y mirando a su alrededor, asustado, le lanzó el cuaderno a Henry.

—No pienso escribir —exclamó Henry, furioso—. Esto es muy importante. Tengo que saber qué pasó. Las notas no sirven.

Tal como estaban las cosas no conseguirían entenderse ni con una novela entera.

—Muy bien —asintió Fogarty—, pero baja la voz. Si nos sentamos en la litera uno al lado del otro, podremos hablar en susurros.

Se sentó y le indicó a Henry un lugar junto a él.

Henry refunfuñó en alto, pero se sentó obedientemente. Cualquier cosa era mejor que pasarse notitas.

—¿Mató al emperador? —le preguntó sin rodeos, aunque en tono tranquilo.

—No —respondió Fogarty con un susurro.

—¿No le disparó con su escopeta?

—No.

—¿Y quién lo hizo?

—Un demonio —respondió Fogarty.

Henry sintió ganas de estrangularlo. Lo último que necesitaba en ese momento era tener que aguantar las chifladuras del viejo.

—Señor Fogarty —aseguró con paciencia—, no existen esas cosas...

—Escucha, Henry —lo interrumpió Fogarty con un apremiante murmullo—, sé que crees que estoy pirado, pero será mejor que te metas en la cabezota que a lo largo y a lo ancho del mundo hay más cosas que las que te enseñan en el colegio. No creías en los elfos, ¿verdad? Hasta que capturaste uno y lo metiste en un tarro de mermelada. ¿A que tampoco creías que se podía abrir un agujero en el espacio para entrar en un universo diferente? ¿Dónde crees que estamos, en Blackpool? ¿Sabes a qué me dedicaba antes de ser atracador de bancos?

Henry lo miró sin comprender, y tras unos instantes movió negativamente la cabeza.

—No.

—Era físico de partículas —afirmó Fogarty—, y condenadamente bueno, además. ¿Crees que soy idiota?

Henry dijo que no con la cabeza otra vez, más rápido.

—No, pero...

—¿Sabes por qué dejé de ser físico de partículas?

—No, pero...

—Porque me pagaban siete de los grandes al año. ¡Siete mil libras! Incluso en aquella época era una miseria. Se ganaba más vendiendo jabón en escamas y no hacía falta ningún título, y mucho menos un doctorado.

Henry lo miró, asombrado.

—¿Es usted doctor en Física? —le preguntó, incrédulo.

Pero el señor Fogarty estaba lanzado.

—Así que hice lo que haría cualquier hombre sensato y me dediqué a atracar bancos. Pero nunca me olvidé de la física. Hay montones de realidades alternativas (hasta el viejo loco de Einstein lo sabía), y una de ellas es la realidad a la que la gente llama «infierno», un lugar lleno de demonios con sus ovnis. Pyrgus se encuentra allí, pobre chiquillo.

Henry, que iba a decir algo, cambió de idea y le preguntó:

—¿Pyrgus está en el infierno?

—Baja la voz —siseó Fogarty—. Sí, Pyrgus está en el infierno.

—¿Y usted cómo lo sabe? ¿Cómo puede saber una cosa así?

—Se lo he sonsacado al demonio —respondió Fogarty.

La conversación era cada vez más demencial. Pero había algo en la convicción absoluta del señor Fogarty que también convenció a Henry, quien sólo fue capaz de repetir:

—¿Al demonio?

—Escucha —susurró Fogarty—. ¡Cierra el pico, presta atención y escúchame! Los demonios y los extraterrestres de los ovnis son lo mismo. Antiguamente, se les llamaba demonios, y ahora son extraterrestres, pero siguen con sus viejos trucos. No sé cómo Pyrgus llegó hasta allí, pero sé que está en el mundo alienígena. Ahora bien, si te empeñas en ser anticuado, diremos que está en el infierno. Lo sé porque en el palacio hay un demonio. A que no lo sabías, ¿eh? Ni lo sabe nadie más.

—¿Y usted cómo lo sabe? —preguntó Henry con desconfianza.

—Porque se apoderó de mí. A los demonios se les da muy bien lo de apoderarse de la gente —explicó Fogarty—. Hace muchos años que se dedican a eso. Lee los informes sobre ovnis: un día en que estás distraído pensando en tus asuntos, se te para el coche, entonces aterriza un platillo volante y un bichejo con una cabezota te agarra por la oreja. Cuando reaccionas, estás tan confundido que no sabes dónde te encuentras. Así es como lo hacen los demonios. Si les miras a los ojos estás acabado: te arrinconan el cerebro y asumen el control de tu cuerpo. Los buenos te dirigen incluso los pensamientos.

—¿Qué pasó? —preguntó Henry, atraído a pesar de su buen criterio.

—No me lo esperaba, ¿sabes? —dijo Fogarty con amargura—. Atravesó la pared

y no pude dejar de mirarle a los ojos. Después se produjo un duelo de voluntades. Me arrastró hasta los aposentos del emperador. No sé por qué no había medidas de seguridad. Lo sentía dentro de la cabeza, y todo el rato me decía que tenía que matar al emperador. Eso no era difícil, pues yo tenía mi escopeta. Pero, naturalmente, me resistí. Sin embargo, cuando entré donde estaban Tithonus y el emperador, ganó él. Intenté sacármelo de la cabeza, pero no fui capaz.

—¿Quiere eso decir que aún lo tiene dentro? —preguntó Henry, horrorizado.

—No seas idiota —le espetó Fogarty—. Después se me despejó la mente un poquito, y fue cuando me enteré de que Pyrgus estaba en el infierno.

—No lo entiendo —comentó Henry.

—Cuando un demonio se apodera de ti, se establece una especie de camino en el que se circula en ambas direcciones: el demonio se te mete en la cabeza, pero si te esfuerzas puedes conseguir entrar tú en la suya. Hasta determinado punto, claro. Así que yo me hice con algunos de sus recuerdos. A Pyrgus lo llevaron ante el demonio principal, un personaje que se llama Beleth. Lo que no sé es qué más pasó.

—Muy bien —dijo Henry, precavido—. ¿Y qué le sucedió a usted después?

Aún no estaba muy convencido de la historia del demonio, pero tampoco dejaba de creérsela del todo. Fogarty había dado en el blanco con el comentario sobre el elfo en el tarro de cristal. Tal vez existían los demonios y conducían platillos volantes.

—Cuando recobré el conocimiento, vi que le había disparado al emperador a corta distancia, y que la mitad de su cabeza había desaparecido. Entonces el demonio se desvaneció. Él ya había llevado a cabo su trabajo... Me había obligado a disparar, había obligado a mi cuerpo a que lo hiciera, y después me abandonó para que pagase yo el pato. Por eso estoy aquí.

—No se preocupe —le dijo Henry—. Cuando le cuente a la princesa Blue lo que ha pasado, lo sacaré de aquí. —Le pedía al cielo que fuese verdad.

—Mejor que sea rápido —observó Fogarty—. Tienen previsto colgarme por la mañana.

Blue apartó las manos del médico y se sentó.

—Me encuentro perfectamente —dijo muy serena, y miró a su alrededor.

Alguien la había desvestido y la había metido en la cama. En la habitación había tres médicos de la corte y varios criados. Todos parecían preocupados.

—Serenidad —dijo el médico que estaba más cerca de ella y que había intentado que permaneciese acostada—, es nuestro deber aconsejaros que lo mejor es que sigáis en cama. Las manifestaciones de conmoción, y vos habéis sufrido una muy fuerte, son...

«Una fuerte conmoción. Así la llamaban», pensó Blue mientras el médico continuaba hablando. Una fuerte conmoción. Su padre había muerto y el mundo había cambiado. Una fuerte conmoción. Tenía el estómago revuelto y le dolían todos los músculos por culpa de la tensión. Pero lo más extraño era que notaba como si tuviera la cabeza separada del cuerpo y como si le flotase a treinta centímetros o a más de medio metro por encima de donde debería estar. Sin duda, era la consecuencia de una fuerte conmoción. Pero, mientras su cabeza se mantuviese flotando, podría afrontar las cosas.

—Caballeros, me gustaría que se fuesen —dijo en tono firme—. Deseo vestirme.

—Serenidad...

El médico, que captó la expresión del rostro de la princesa, decidió no discutir, y se marchó con sus colegas haciendo muchos aspavientos, en medio de continuos retrocesos y reverencias.

El último en salir dijo:

—Serenidad, hay una dosis de somníferos junto a la cabecera de la cama, por si la necesitáis, y un tranquilizante en el frasquito azul; si os hiciera falta, basta con dos gotitas en la lengua, y no toméis más de doce gotas cada veinticuatro horas. En el frasquito rojo hay un estimulante para contrarrestar los efectos del tranquilizante: una gotita en la lengua es suficiente. Y la vela mágica es un letárgico: si la encendéis, os olvidaréis de todo hasta que la vela se apague o se consuma. En el cajón hay más velas letárgicas. Y...

—Gracias, Argus —le dijo Blue cortésmente—. Has cumplido con tu deber de forma admirable.

—Gracias, Serenidad —repuso el médico Argus, y por fin se retiró.

—Por favor, dadme algo adecuado para que me vista.

Blue apartó las sábanas y puso los pies en el suelo. Sentía el cuerpo ligero, como la cabeza, pero le daba igual. Tenía que averiguar por qué había muerto su padre y por qué lo había matado aquella criatura del Mundo Análogo. Debía asegurarse de que se castigara al asesino, aunque suponía que Tithonus ya se habría encargado del

asunto. Y Pyrgus seguía sin aparecer.

Volvió la cabeza al oír que llamaban suavemente a la puerta.

—¿Quién es?

Anna entró indecisa con algo en la mano.

—¿Os encontráis bien, ama Blue? Me han dicho que estabais despierta.

—Estoy perfectamente —respondió Blue. Anna era la única que le contaba lo que sucedía. Era algo que no se le había olvidado—. ¿Qué ocurre?

—No sé si será conveniente molestaros —comentó Anna, vacilante—, pero me parece que es urgente y sé que os gustaría manteneros al tanto de... —Su voz fue bajando de tono y le entregó una hoja de papel—. Es del joven que os espía mientras os bañabais. Al parecer se ha metido en más líos. Os envía esto gracias a uno de los guardias.

Blue tomó el papel y lo desdobló.

\* \* \*

Beleth se marchó, pero sus demonios se quedaron en la ardiente y sulfúrica caverna, atornillando la capa metálica exterior de la Bomba del Juicio Final. De vez en cuando alzaban la vista, como si tuviesen curiosidad por saber qué hacía Pyrgus.

Pero Pyrgus no hacía nada, porque nada podía hacer. Le dolía la espalda y sobre todo las piernas de estar agachado en la jaula, pero el dolor, que había crecido de forma incesante hasta entonces, se había estabilizado y había dejado paso a un entumecimiento creciente que le permitía superar la incomodidad. No le resultaba tan fácil ignorar la presión que sufría en la cabeza, que empeoraba cada vez más y que él atribuía al estrés que le provocaba la situación.

A pesar del dolor de cabeza, la mente le funcionaba con lucidez. Se preguntó si su padre ya habría muerto y si el ejército demoníaco de Beleth los habría invadido. Y se preguntó también si su hermana habría sobrevivido. Necesitaba entrar en acción, liberarse, escapar de Hael y participar en la lucha contra las fuerzas del mal. Pero la jaula era sólida y los cierres seguros, así que estaba tan indefenso como los gatitos que había salvado en la fábrica de pegamento. Aquel rescate parecía haber sucedido mucho tiempo atrás.

Beleth tenía razón al afirmar que no se notaba el movimiento descendente de la jaula. El mecanismo, aquel mecanismo especial, como lo había llamado el príncipe de los demonios, no hacía otro ruido que algún crujido de vez en cuando. Pero al comparar la distancia que lo separaba del techo de la cueva desde que Beleth se había marchado, vio la diferencia. La jaula se caía sin remedio. Bajaba lentamente, un poco cada vez, pero bajaba. Debajo de Pyrgus, el azufre hervía y burbujeaba. Y el muchacho tenía la sensación, provocada por el estrés del momento, de que le iba a

explotar la cabeza.

\* \* \*

—¿Qué es esto? —preguntó Henry.

—Tu parte del papel —le dijo Fogarty—. Viene alguien.

Henry lo miró atónito, fijó los ojos en la bola de papel arrugado que tenía en la mano, y volvió a mirar a Fogarty.

—Tenemos que comérmelo —le indicó Fogarty.

Henry desdobló el papel y vio que se trataba de dos pequeñas hojas rotas. En una estaba escrito con su letra: «¿Qué le pasó a Pyrgus?». Y en la otra, también con su letra, ponía: «¿Por qué mató al emperador?». Aquéllos no eran los documentos más comprometedores del mundo.

—No pienso comérmelo —dijo Henry.

Fogarty parecía decidido a discutir, pero tenía la boca llena, y ya se oía el sonido de los pasos allí mismo. Una llave chirrió en la cerradura y la puerta se abrió de golpe. Dos guardias fortachones entraron, y se situaron a los lados; tras ellos entró una figurita vestida de negro.

—¡Blue! —exclamó Henry con un alivio infinito.

—Ven conmigo —ordenó ella fríamente.

—Vamos, señor Fogarty —dijo Henry, encantado—. Ésta es la princesa Holly Blue. Ya le dije que nos sacaría de aquí.

Pero Blue permanecía seria.

—Sólo tú —le indicó a Henry—. El monstruo que mató a mi padre se queda aquí hasta que lo cuelguen. —Y atravesando a Henry con la mirada, añadió—: ¿Esto es cierto? —Tenía un pedazo de papel en la mano. Henry supuso que sería la nota que él le había enviado—. ¿Sabes dónde está Pyrgus?

Henry respiró profundamente.

—Es un poco complicado —afirmó.

—Entonces simplifícalo —le ordenó Blue en tono cortante, y esperó, sin apartar los ojos de él.

Henry repitió la historia que le había contado Fogarty sobre el demonio.

El chico percibió la creciente incredulidad de la princesa a medida que hablaba. No podía echárselo en cara, pues él mismo no acababa de creerse la historia de Fogarty. De pronto la expresión de la joven cambió.

—¿Has dicho Beleth? —le preguntó con interés.

—Pues sí —respondió Henry—. Creo que es una especie de rey de los demonios. —Henry lamentó la elección de las palabras en cuanto las pronunció; sonaban como salidas de un musical navideño—. Mira, ya sé que parece una chaladura, pero hace

mucho tiempo que conozco al señor Fogarty y él jamás...

—Beleth era el demonio al que invocó Brimstone —lo interrumpió Blue—, el que estuvo a punto de matar a Pyrgus. ¿Cómo sabe Fogarty el nombre? ¿Cómo puede haber alguien que lo sepa? Pyrgus no se lo contó a nadie. Yo lo sé porque lo leí en el diario mágico de Brimstone. Pero había otro libro relacionado con Beleth... —Se calló, con el entrecejo fruncido.

—¿Significa eso que me crees? —le preguntó Henry, aliviado.

—No estoy segura —repuso Blue—. Resulta muy oportuno fingir que estás dominado por un demonio y emplearlo como excusa, si acabas de matar a una persona. Pero de todas formas...

Henry sabía a qué se refería. Si los demonios existían de verdad, y Blue parecía darlo por sentado, ¿por qué no iban a apoderarse de la gente? Se le ocurrió entonces que podía contribuir a aclarar aquel punto.

—Tú crees en los demonios, ¿verdad?

Blue parpadeó, sorprendida.

—Nadie cree en los demonios —le respondió tajante—. Están ahí. —Notó la expresión de Henry, y añadió—: Están en su propio mundo, naturalmente, pero muchas veces tratan de entrar en éste. Los partidarios de la noche colaboran mucho con ellos.

—¿Pueden apropiarse de la gente? —le preguntó Henry—. Por ejemplo, controlar las mentes.

—Pues claro que sí —respondió Blue—. Todo el mundo sabe que a los demonios no se les puede mirar a los ojos. —De pronto, comprendió adonde quería llegar Henry y se apresuró a decir—: Eso no significa que yo crea que anda un demonio suelto por aquí y que obligó al señor Fogarty a matar a mi padre.

—No, pero es posible, ¿verdad?

Se quedó absorta en sus pensamientos largo rato hasta que al fin dijo:

—Sí, es posible.

\* \* \*

—Necesitamos más información —dijo Blue—. Tengo que echar otro vistazo a esos dos libros. —Captó la mirada de Henry, que quería decir que no había entendido nada—. No sé si él te lo contó, pero Pyrgus se entremetió en los asuntos de un brujo de la noche, que se llama Brimstone y que quiso sacrificarlo a ese demonio. Lo averigüé cuando robé el diario mágico de Brimstone y otro libro que trataba sobre Beleth. Pero a mi padre... —pestañeó, aunque siguió sin vacilaciones— no le pareció bien y devolvió los libros. Sólo pude echarles un vistazo.

—¿Y dónde están los libros ahora?

—Me parece que los tiene Tithonus —respondió Holly.

—¿Puedes pedirselos? Me refiero a que si le explicas que tal vez sean importantes...

—Supongo que sí —asintió, aunque sin demasiada seguridad—. Enviaré a un sirviente.

A los pocos minutos, el criado de Tithonus, un individuo taciturno que se llamaba Atolmis, presentó sus respetos. Llevaba uniforme de lacayo y una bolsa de lona al hombro.

—Malas noticias, Alteza Serenísima —dijo en tono protocolario.

—¿Qué pasa, Atolmis? —le preguntó Blue bruscamente.

—El Guardián me ha pedido que os sugiera que permanezcáis en vuestras habitaciones de momento, Serenidad. Él está en la sala de control. Hemos recibido informaciones que indican que el bando de la noche ha lanzado una ofensiva militar a gran escala.

Blue ya estaba pálida, pero Henry observó que palidecía aún más.

—Debo ir a la sala de control —dijo—. Tal vez pueda hacer algo.

—El Guardián preferiría que os quedarais en vuestros aposentos, Serenidad. Teme por vuestra seguridad —observó Atolmis, inexpresivo.

—¿Mi seguridad? ¿Por qué tendría que peligrar mi seguridad?

Atolmis tenía unos ojos grandes y negros que nunca pestañeaban, y los posó en Blue.

—Desde la muerte de vuestro ilustre padre, mi amo ha asumido la regencia hasta el regreso del príncipe heredero. Como regente, le corresponde la defensa del reino. He estado con él hasta hace unos momentos. Estamos... —Dudó, como si quisiese elegir las palabras con cuidado—. Tenemos ciertas dificultades para reprimir el ataque del bando de la noche.

—¡Pero no tienen fuerzas suficientes! —protestó Blue—. Mi...

Se calló. Sus contactos del Servicio de Espionaje Imperial la habían alertado sobre los ejércitos de los partidarios de la noche, pero no había querido creerlos.

—El bando de la noche cuenta con la ayuda de las fuerzas demoníacas —informó Atolmis desapasionadamente.

—¿Cómo? ¿Cómo han entrado los demonios?

En el reino de los elfos siempre había uno o dos demonios, invitados por brujos, nigromantes y gentes por el estilo, pero la irrupción de un ejército de demonios a gran escala era imposible.

—Me temo que no lo sabemos, Serenidad. Pero ya han cruzado el valle de Teetion, y se está desarrollando un feroz enfrentamiento en las llanuras de Lilk. Refuerzos de los demonios se dirigen a la vanguardia para unirse a ellos. —Atolmis inspiró ruidosamente—. Serenidad, sólo es cuestión de horas que asedien la ciudad.



La seguridad de la familia real es la principal preocupación de mi amo. ¿Puedo decirle que permaneceréis en vuestras habitaciones?

—Sí, Atolmis —asintió Blue muy seria—. Puedes decírselo.

—Gracias, Serenidad —respondió Atolmis. Estaba a punto de marcharse cuando se dio la vuelta, sacó un paquete envuelto en un paño de la bolsa de lona y se lo tendió a Blue—. Los libros que habéis pedido, Serenidad.

—Parece grave —comentó Henry cuando Atolmis se marchó.

—Eso es obvio. —Refunfuñó mirándolo, y tras notar la expresión ofendida de Henry, se apresuró a añadir—: Pero no podemos hacer nada de inmediato, y ahora es más importante que nunca encontrar a Pyrgus. —Blue desató la cinta que sujetaba el paquete—. Vamos, ayúdame a examinar estos libros.

A Henry le resultó desagradable el libro desde el momento en que lo tuvo en las manos. Estaba encuadernado en cartón y forrado con la piel de un animal, una piel suave, de color rosa y sin pelo, casi como... casi como...

Pero no podía ser la piel de un bebé, claro que no. Henry estuvo a punto de soltar el libro, aterrado, pero se contuvo al pensar en el desprecio de Blue. Sin embargo, cuanto más lo miraba, más se convencía y más se reafirmaba en la idea de que tenía que ser la piel de un bebé. Tenía el mismo tacto, producía la misma sensación, y si se miraba muy de cerca se veían incluso diminutos poros. El título estaba estampado en pan de oro: *El Libro de Beleth*. Henry se estremeció.

A pesar de todo, abrió el libro.

Nunca había visto nada parecido. Para empezar, el papel resultaba extraño: era más grueso que el papel normal y olía a algo raro; resultaba áspero al tacto y ligeramente poroso. No se trataba de un libro impreso, pues las palabras habían sido escritas a mano y los dibujos también eran artesanales. Se habían utilizado tintas diferentes, incluida una que se parecía sospechosamente a la sangre seca. Abrió una página en la que había toscos dibujos de un ojo, una mano, un pie, una corona, un penacho y unos cuernos largos y enroscados. En uno de los márgenes vio extraños símbolos: uno parecía una I latina inclinada hacia delante y lo habían titulado «Oblicuo». Otro, que consistía en seis líneas sombreadas con rayas, tenía al lado la palabra «Múltiple». Henry no les encontraba ningún sentido.

Cerró el libro y volvió a abrirlo por el principio. En la primera página había un símbolo hecho con tinta negra, formado por espirales y curvas que cualquiera habría confundido con garabatos, si no fuera porque había algo premeditado en ellos que le hizo pensar a Henry que no lo eran. Debajo del símbolo vio seis palabras que le pusieron los pelos de punta: «Beleth guarda las llaves del infierno».

Henry se encontró en la difícil situación de tener entre las manos un libro que lo horrorizaba y no podía sacudirse la sensación de que parecía una escena de una película de terror. Mentalmente, se imaginó al joven e inocente protagonista que tropezaba con un libraco como aquél en la cripta de un vampiro. Si lo abría, o tan sólo lo tocaba, el libro empezaría a resplandecer en cuanto el personaje le diera la espalda, y enseguida se llenaría todo de humo hasta que apareciese una figura con dientes muy largos y afiladas garras.

Henry miró a Blue, que tenía abierto sobre el regazo el otro libro que había traído Atolmis. Era mucho más pequeño que el de Henry y menos terrorífico. Se preguntó qué le parecería a la chica hacer un intercambio, pero desechó la idea porque se le antojó indigna y estúpida. Volvió a contemplar lo que tenía en las manos. Al menos aún no lanzaba destellos. Henry pasó otra hoja y se encontró con el índice. Su

nerviosismo aumentó. Escrito con adornada caligrafía, indicaba lo siguiente:

<i>Sobre los trabajos de odio y de destrucción...</i>	5
<i>Sobre la Mano de Gloria...</i>	22
<i>Sobre el espejo de Salomón y las vasijas de bronce...</i>	30
<i>Sobre el Sanctum Regnum y los pactos vinculantes...</i>	36
<i>Sobre el rito del conjuro...</i>	39
<i>Sobre el Almadel...</i>	55
<i>Sobre la magia de Arbatel...</i>	61
<i>Sobre el Enquiridión...</i>	70
<i>Sobre las siete oraciones misteriosas...</i>	80
<i>Sobre la gallina negra...</i>	88
<i>Sobre la fortaleza...</i>	93
<i>Sobre las vírgenes...</i>	100
<i>Sobre el paño de seda y las diferentes varitas...</i>	109
<i>Sobre el misterio de los libros...</i>	120

A Henry le pareció espeluznante; era la clase de libro que no se debería leer jamás, y creyó que no tenía nada que ver con Pyrgus. No obstante, decidió empezar por el principio, saltándose lo que no tuviera interés. Fue a la página cinco: «Sobre los trabajos de odio y de destrucción».

Era un capítulo repugnante y, aunque se había propuesto leerlo detenidamente, acabó por hojearlo. Cuando llegó al final, tenía claro que allí no se decía nada de Beleth, y mucho menos de Pyrgus.

La Mano de Gloria que se describía en el capítulo siguiente ejerció sobre él una macabra fascinación. Para conseguir una, había que esperar a que ahorcasen a un asesino en una encrucijada de caminos, cortar la mano derecha del muerto, envolverla en una mortaja y exprimirla con fuerza hasta que no quedase ninguna gota de sangre en ella. Luego se metía en un recipiente de barro con salitre, sal, pimientos y cinamomo.

—¿Qué es el cinamomo? —le preguntó Henry a Blue, con el entrecejo fruncido.

—¡Chist! —ordenó Blue.

Dos semanas después, se sacaba la mano y se ponía al sol durante los días del perro, o se secaba en un horno de leña encendido con heléchos y verbena.

—¿Cuándo son los días del perro? —murmuró Henry.

—¡Oh, cállate! —le dijo Blue, impaciente.

Mientras la mano se secaba, había que hacer una vela con la grasa de un ahorcado, mezclada con cera virgen, excrementos de caballo y ajonjolí.

—¿Qué es ajon...?

Henry se calló y siguió leyendo el libro. Se encajaba la vela entre los dedos de la mano reseca y ya estaba lista. Si se encendía la mecha mientras alguien dormía en la casa, no se despertaría hasta que la luz se apagase.

¿Qué era todo aquello? ¿Una cura para el insomnio? Parecía demasiado complicado para tan poca cosa, aunque el libro afirmaba que, tras usarla unas cuantas veces, la Mano de Gloria cobraba vida propia y se escabullía para buscar a alguien y estrangularlo. Por las noches había que guardarla en un cajón cerrado con llave por motivos de seguridad.

Henry hojeó los dos capítulos siguientes y pasó a leer el rito del conjuro. Enseguida comprendió que ese capítulo no tenía nada que ver con las absurdas supersticiones que había leído antes. Era como un manual, paso a paso, en el que se explicaba cómo conseguir cosas del infierno. Describía máquinas que se podían montar, las precauciones que había que tomar, todos los...

Henry se detuvo en seco. Tuvo una brillante idea, la idea más brillante de su vida.

—Blue... —dijo, emocionado.

Blue cerró su libro de golpe.

—¡Esto es inútil! —exclamó, muy enfadada—. Menciona a Pyrgus, pero eso ya lo sabía. Hay una explicación rollífera sobre un ridículo pacto con Beleth, cómo intentaron matar a Pyrgus, y cómo escapó mi hermano. Pero no dice nada sobre lo que le ha pasado después ni cómo se le puede rescatar. ¡Inútil! ¡Inútil! ¡Inútil!

Golpeó el libro con sus pequeños puños en un ataque de frustración.

—Yo sé cómo podemos rescatar a Pyrgus —afirmó Henry.

\* \* \*

Al sentir los ojos de Blue fijos en él, la confianza de Henry menguó de repente y dudó.

—¿Y bien? —le preguntó Blue, impaciente.

Tenía que decir algo, pero no podía decir lo que había estado a punto de soltar: resultaba demasiado disparatado. El problema era que no se le ocurría ninguna otra cosa.

—¿Y bien? —preguntó Blue otra vez.

Como no le quedaba más remedio que responder, dijo:

—La cosa consiste en el rito del conjuro, una especie de instrucciones generales para invocar a alguien del infierno. Al menos, creo que se trata de eso. Habla de Beleth porque éste es *El Libro de Beleth*, pero se puede utilizar para llamar a cualquiera. Creo que si el señor Fogarty tiene razón, y Pyrgus se encuentra realmente en el infierno, podríamos llegar a conjurarlo. —Henry vaciló, y luego añadió—: Lo sacaríamos de allí.

Blue lo miraba sin pestañear, con el rostro inexpresivo. De pronto, dijo en tono decidido:

—Vale la pena intentarlo.

\* \* \*

Blue condujo a Henry por un tramo de estrechos escalones hasta una habitación vacía en una torre, cuya puerta se cerraba con llave.

—Si lo intentamos en mis aposentos, podrían interrumpirnos —explicó—. Pero nadie viene hasta aquí. Y en caso de que me busquen, no sabrán dónde estoy. Dime qué es lo que necesitamos e iré a buscarlo.

Henry consultó *El Libro de Beleth*.

—Una máquina de capturar relámpagos, pero sólo para llamar al propio Beleth, y también... ¡Oh...!

El chico se calló.

—¿Qué pasa?

—Hay que matar un animal y quitarle la piel para hacer un círculo. No sé si podré... Bueno, un momento, eso es optativo.

—Entonces, ¿qué es lo que necesitamos realmente? —le preguntó Blue con paciencia.

Henry contempló el suelo, que era de simples tablillas de madera sin alfombras ni ningún otro tipo de recubrimiento.

—Nos hace falta algo para dibujar un círculo en el suelo, y un triángulo. Supongo que la tiza nos servirá, o algo parecido. También necesitamos carbón e incienso...

—¿Qué clase de incienso?

—No lo dice. Ah, espera un momento, creo que se refiere a que hay que usar alcanfor como incienso. Alcanfor. Sí, alcanfor.

—De acuerdo.

—Y algo para quemarlo. Un quemador de incienso o un brasero, algo así.

—Muy bien.

—Y necesitamos guirnaldas de verbena...

—¿Cuántas? —Dos— indicó Henry tras consultar el libro.

—Perfecto.

—Y dos velones con sus palmatorias. Aquí dice que tienen que ser negros, pero yo me inclino por los blancos porque queremos recuperar a Pyrgus. El negro es de brujas y de demonios, ¿no crees? Es el tipo de cosas que utilizaban en las viejas películas de Hammer que ponían en la tele. —Henry se fijó en la expresión de Blue—. No sabes nada de eso, ¿verdad? Bueno, no importa; lo que te he dicho, dos velones en palmatorias. —Frunció el entrecejo—. ¿Tienes idea de lo que es el brandy

de Rutania?

—Sí.

—Necesitamos una botellita, y algo que se llama hematite. ¿Has oído hablar de la hematite?

—Sanguinaria —explicó Blue—. Puedo conseguir una. ¿Nada más?

Henry volvió a consultar el libro.

—Aquí dice que hace falta una varita detonadora, pero si se sigue leyendo se ve que es para controlar al demonio. No creo que Pyrgus nos cause muchos problemas.

—Si todo funciona bien...

—¿Y eso qué significa?

—Si todo sale bien —repitió Blue—. Si tu idea da resultado. Si encontramos a Pyrgus. Si no llamamos a Beleth o a algún otro demonio por equivocación.

A Henry se le encogió el estómago de repente.

—¿Crees que podría ocurrir?

—Es posible.

—Entonces necesitamos una varita detonadora, por sí acaso.

—Bueno, por si acaso.

Blue se pasó la lengua por los labios.

—¿Y sabes dónde puedes conseguirla? —le preguntó Henry.

—No. —Blue se lo quedó mirando—. Es decir, si tuviéramos más tiempo, podría enviar a un sirviente... pero si lo vamos a hacer ahora no puede ser; tan rápido es imposible. No.

—Entonces tendremos que arreglárnoslas sin la varita detonadora —afirmó Henry, después de reflexionar un momento—. Estoy seguro de que todo saldrá bien.

—Miró hacia la puerta—. Lo único que nos falta es algo que se llama... —le costó pronunciarlo—... asa fétida. ¿Hierba de asa fétida? ¿Sabes qué es?

—Naturalmente —respondió Blue—. La usamos para cocinar. Puedo conseguirla en las cocinas.

—¡Oh, no, espera! —exclamó Henry—. La hierba se quema para despedir al demonio al que se ha llamado. Nosotros no queremos despedir a Pyrgus; eso es lo único que importa.

—De todas formas, es mejor que traiga un poco —comentó Blue—, ya que no tenemos varita detonadora.

—Excelente idea. Sí, trae asa fétida. Trae montones de asa fétida.

Blue tardó sólo quince minutos en reunir todas las cosas que necesitaban, pero a Henry le parecieron los quince minutos más largos de su vida.

\* \* \*

Henry abrió el libro y leyó las instrucciones en alto mientras Blue dibujaba con mucho esmero el círculo y el triángulo.

—¿Así? —le preguntó a Henry cuando colocó las velas.

—Un poquito más juntas, diría yo —comentó Henry.

—¿Así?

—Tienen que estar más cerca del triángulo —indicó Henry.

—Si las acerco más, las meto dentro del triángulo —le espetó Blue, con ganas de tirárselas a Henry.

—Vale —reconoció Henry.

Por fin terminaron y retrocedieron para observar su trabajo.

—¡Oh! —exclamó Henry.

—¿Oh? ¿Por qué dices «Oh»? ¿Pasa algo? ¿He hecho algo mal a pesar de tus minuciosas instrucciones? —Blue le lanzó una mirada fulminante.

—Has dibujado un círculo completo —afirmó Henry humedeciéndose los labios con la lengua.

—Sí, Henry —repuso Blue—. He dibujado un círculo completo. Me dijiste que dibujara un círculo, y dibujé un círculo. Me pareció raro, pero lo hice y ahí lo tienes.

—Es que no puedes completar el círculo hasta que estés dentro. Si no, no vale.

Durante unos momentos Blue tuvo ganas de pegarle a Henry, pero se limitó a decir:

—Te diré cómo se arregla: borro una parte del círculo con mi pañuelo, sólo es tiza. Luego nos metemos dentro del círculo, y lo vuelvo a dibujar. ¿Te parece bien así?

—Sí —se apresuró a responder Henry, aunque no tenía ni idea de si era así o no.

Apenas tardaron un minuto en introducirse en el círculo, y Blue dibujó de nuevo la línea que había borrado para que sirviese de entrada. Henry se mordió el labio.

—¿Quién va a hacerlo?

—¿La ceremonia? Tú.

—¿Y por qué yo?

—Porque tienes el libro —respondió Blue.

A Henry le parecía increíble lo que iba a hacer. Iba a practicar una especie de rito de magia negra para salvar a su amigo del infierno. Era absurdo. Y aún más absurdo era que podía salir todo mal y entonces tendrían que enfrentarse a algo desagradable, algo verdaderamente desagradable. No quería hacerlo. Pero tampoco quería rajarse, y menos delante de Blue. Lo único que debía hacer era superar el terror que lo dominaba y continuar. Henry respiró profundamente.

—De acuerdo, tú... Oh...

—Si me vuelves a decir «Oh» otra vez... —Blue cerró los ojos un momento, pero los abrió de nuevo y preguntó—. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que va mal ahora?

—Tenemos que encender el carbón vegetal y quemar un poco de alcanfor, pero me olvidé de decirte que trajeras cerillas o un encendedor.

O yescas o lo que tuvieran por costumbre usar en aquel mundo para prender fuego. Henry se dio cuenta de que no tenía ni la más mínima idea de qué materiales utilizaban.

—Por suerte, a veces consigo pensar por mí misma —observó Blue.

Tocó el carbón con una varita del tamaño de un lápiz, surgió una llama azul y enseguida el carbón empezó a lanzar destellos rojos. Añadió el alcanfor sin decir palabra.

Henry abrió *El Libro de Beleth*, se puso de cara hacia el triángulo, redujo el miedo que sentía a una bolita para que no interfiriese con lo que iba a hacer, y empezó a leer en voz alta las oraciones del principio.

Cuando llegó al nombre de «Beleth», puso buen cuidado en sustituirlo por «Pyrgus». Y le pidió al cielo que funcionase.

\* \* \*

No podía salir bien. Era totalmente absurdo. Meterse en un círculo para sacar a alguien del infierno. ¿Cómo iban a lograrlo? Ya nadie creía en ese tipo de cosas. Nadie creía en eso desde la Edad Media.

«Tampoco nadie cree en los elfos ni en los portales que conducen a otro mundo», le susurró una voz en la mente.

Henry cerró los ojos.

—Yo te invoco, Be... Pyrgus. Te invoco para que te presentes en el Triángulo de Arte, de buen grado y en una forma que me sea agradable, para que podamos...

Y continuó recitando las repetitivas instrucciones escritas en la página que tenía delante.

Al poco rato, notó que llegaba hasta él el humo que despedía el alcanfor. Blue había echado un montón en el quemador, y Henry empezaba a sentirse un poco aturdido. Al menos eso era lo que creía, que era el humo del alcanfor, porque cuando abrió los ojos, la habitación le pareció extraña: los extremos se habían difuminado, y todo lo que veía estaba retorcido y desplazado, como si se encontraran debajo del agua.

Tenía que ser el humo del alcanfor porque sentía náuseas y un zumbido en los oídos. A Henry le dio la impresión de que se inclinaba hacia un lado, pero cuando quiso cerciorarse comprobó que seguía derecho. ¿Se estaría formando una tormenta fuera? Algo retumbaba a lo lejos y sonaba exactamente igual que un trueno.

La habitación estaba llena de humo. Henry intentó hacerle señas a Blue para que no quemase más alcanfor, pero el brazo no le obedeció. El chico seguía recitando las



palabras rituales del libro aunque sólo emitía sonidos con la garganta y movía los labios, pero parecía que el resto del cuerpo estaba totalmente desvinculado de lo que él estaba diciendo. Estaba a punto de desmayarse, de caerse o de quedarse ciego por culpa del alcanfor que le nublaba los ojos.

El humo del incienso giró en remolino sobre el triángulo, y se convirtió en una figura humana.

Pyrgus estaba tan sofocado que apenas podía respirar. Tenía la cabeza a punto de estallar, y el sudor le caía a chorros por la cara y por el cuerpo. El azufre líquido se encontraba a menos de un par de centímetros de sus pies, y el calor era tan intenso que las suelas de sus botas echaban humo. El enigma consistía en saber si arderían antes de que la jaula diese un bandazo y lo arrojase al estanque de azufre, porque Pyrgus estaba seguro de que lo arrojaría. A pesar de las fanfarronerías de Beleth sobre la muerte lenta y gradual, la jaula había descendido en dos ocasiones casi medio metro en el último cuarto de hora. Otra caída como aquéllas y él empezaría a arder y a morir.

A través de los gases y del humo, Pyrgus pudo comprobar que Beleth había regresado. Seguramente, para contemplar el espectáculo. Al Príncipe de la Oscuridad le gustaba ver sufrir a la gente, oír los gritos y escuchar los ruegos. Pero Pyrgus estaba decidido a no darle satisfacción alguna: nada de gritos, ni de ruegos, ni de manifestaciones de dolor. Si podía, tenía la intención de tragar azufre líquido para morir más rápido. Bueno, un poco más rápido. Siempre era mejor que arder milímetro a milímetro de pies a cabeza.

—¿Crees que la jaula se va a balancear de nuevo? —gritó Beleth. Había recuperado la figura *con* cuernos y su voz retumbaba como un trueno lejano—. ¿Esperas una muerte más rápida? —Sonrió de oreja a oreja—. Me temo, príncipe heredero, que sufrirás una desilusión. Hice que la jaula bajase a más velocidad para poder presenciar tu fallecimiento antes de que yo...

Beleth se calló. Dentro de la jaula metálica, la figura de Pyrgus oscilaba como la luz de una vela en medio de un vendaval. Tan pronto se le veía el cuerpo como se convertía en un fantasma. Beleth se quedó boquiabierto. Pyrgus no estaba allí. Sí, sí estaba. No, no estaba. Sí... Pyrgus había desaparecido por completo. Primero estaba acurrucado, envuelto en gases y en humo, pero de pronto la jaula se había quedado vacía, vacía del todo.

Beleth soltó un gruñido. No se trataba de un error: Pyrgus no estaba allí. El príncipe de los demonios giró en redondo y fulminó con la mirada a sus súbditos, como si tuviesen ellos la culpa. Pero los demonios que trabajaban en la cueva de azufre parecían tan asombrados como él.

—¿Dónde está? —Beleth agarró al demonio que tenía más a mano, lo sacudió hasta que le rompió el cuello, y arrojó el cuerpo a un rincón—. ¿Dónde está el príncipe Pyrgus? —gritó.

Se le ocurrió una idea: ¡invisibilidad! ¡Tenía que ser eso! El chico se había escondido en una espiral de invisibilidad que le envolvía el cuerpo. No había huido. ¿Cómo iba a huir? Era imposible escapar de allí. ¡Pyrgus seguía dentro de la jaula!

Podía sentir dolor, y arder, y ser aplastado...

Beleth se metió en el estanque de azufre. La lava derretida lamió sus pies como si fuera agua tibia. Al ir hacia la jaula su pie tropezó con algo que había debajo de la superficie y se tambaleó. Su enorme brazo se movió y chocó contra la Bomba del Juicio Final, que se cayó del soporte y empezó a rodar.

—¡Noooo! —aulló Beleth, alarmado.

Fue como si todo se ralentizase: la Bomba del Juicio Final rodaba centímetro a centímetro hacia el estanque; uno de los demonios intentó agarrarla, pero no lo logró; Beleth se abalanzó hacia ella, y tampoco pudo frenarla; suavemente, muy suavemente, la bomba se deslizó en el estanque de azufre.

El grito de Beleth reverberó en la cueva. En la superficie del estanque, explotó una burbuja como si fuese un eructo gigantesco, y sobre el azufre líquido serpentearon enormes fugas de energía elemental. De algún lugar muy profundo, surgió un retumbo que se convirtió en estruendo. Aunque Beleth corrió, no fue lo bastante rápido ni se alejó lo suficiente, de modo que el estanque de azufre produjo una inmensa explosión que le arrancó todos los miembros al demonio. En una fracción de segundo, la cueva entera se derrumbó, y enterró a todos los seres vivientes que estaban en ella.

Mucho más arriba de la cueva, la gran ciudad de metal resonó como una campana, antes de que los edificios empezaran a caerse y a hundirse.

\* \* \*

Las dudas de Henry desaparecieron de repente. Del mismo modo la inseguridad había dejado paso a una oleada de confianza que se apoderó de él. Notó que estaba un poco más erguido, su voz parecía más fuerte, y sintió, sí, sintió claramente cómo brotaba en su interior una fuente de energía que transportaba sus palabras más allá del espacio, del tiempo y de las dimensiones extraterrestres. *El Libro de Beleth* temblaba en sus manos.

—¡Ven con nosotros, Pyrgus, ven! —Había un poder en la habitación—. ¡Ven, Pyrgus, ven!

Pero aquella criatura no era Pyrgus, y tampoco estaba atrapada dentro del triángulo. A través de las espirales de humo del incienso, Henry distinguió un ser que parecía salido de una pesadilla. Tenía forma humana: dos brazos, dos piernas, tronco y cabeza, pero no había nacido del seno de una mujer. Era pequeño, delgado, pálido y gris, y tenía unos enormes ojos negros y las extremidades flacuchas, como los insectos.

—¡No lo mires a los ojos! —gritó Holly Blue, con una voz que parecía llegar desde muy lejos.

Era la fotografía borrosa de un periodicucho, el dibujo de la cubierta de un libro sobre platillos volantes. Se parecía a lo que habían analizado después de los sucesos de Roswell, y que según decían sólo era un muñeco de goma. Era como los extraterrestres que viajaban en los ovnis, pero Blue creía que se trataba de un demonio. Y Henry lo había llamado con un rito mágico que se utilizaba para invocar a los demonios. El señor Fogarty tenía razón. Había tenido razón desde el principio: ¡los extraterrestres y los demonios eran la misma cosa con diferente nombre!

—¡No lo mires a los ojos!

La criatura parecía confusa. Caminaba por la habitación en zigzag, y se paraba de vez en cuando, se volvía e incluso retrocedía algunos pasos. Su boquita se abrió:

—¡Matad al emperador! —dijo en tono de mando, y añadió con una vocecilla quebrada—: ¡Vienen a por mí! ¡Todos vienen a por mí!

Henry pensó que tal vez estuviese ciego.

La criatura extendió las manos como si fuese un niño mendigando comida.

—Tenéis que matar al emperador —gimoteó—. Si no, Beleth me castigará. —Sus negros ojos ciegos pestañearon—. ¡Sal de mi cabeza, tío! ¡No soporto que estés ahí! —Giró la cabeza hacia un lado como si quisiera mirar hacia atrás—. Es el gobierno, ¿sabes? El gobierno y la CÍA. Tienen máquinas para controlar la mente.

Aquello sonaba muy familiar, sobre todo lo que se refería a la CÍA. ¿Qué podía saber un demonio del reino de los elfos sobre la CÍA? Henry reflexionó rápidamente y lo comprendió.

—¡Blue! —gritó—. ¡Éste es el demonio que se apoderó del señor Fogarty!

La criatura se volvió hacia Henry al oír el nombre.

—Lo siento, Beleth —dijo el ser en tono lastimero—. Él no va a hacer lo que le hemos ordenado. La mente del viejo era tan escurridiza que no pude apropiarme de ella. Era imposible. Tenía que luchar contra toda la CÍA.

Se tambaleó hacia Henry con los brazos extendidos. Llegó al borde del círculo protector y dejó de existir, como si alguien hubiera apagado una luz.

Del triángulo surgió un sonoro rugido. Henry se dio la vuelta; sabía que Beleth estaba allí, y las tripas se le encogieron. Había algo agazapado en el suelo.

—¡Pyrgus! —chilló Blue.

—No salgas del cír... —gritó Henry, pero era demasiado tarde. Blue atravesó la habitación corriendo.

Pyrgus estaba encorvado en el triángulo, con la cabeza enterrada entre las manos. Por algún extraño motivo salía humo de la suela de sus botas. Se quejó otra vez.

Blue se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Pyrgus! ¡Oh, Pyrgus! —Se volvió sin soltarlo—. ¡Ha funcionado, Henry! ¡Ha funcionado!

«¡Qué más da!», pensó Henry, y salió del círculo mágico. La criatura demoníaca

no reapareció, y Henry fue hacia la figura que estaba en el triángulo.

—¡Mi cabeza! —se quejó Pyrgus.

Blue lo soltó y hurgó en un bolsillo.

—Puedo hacer algo para remediarlo, pobrecillo. —Sacó una jeringuilla del bolsillo, la destapó y hundió la aguja en el muslo de Pyrgus—. Ya está —dijo Blue—. Lo llevo encima desde que me enteré de que te habían envenenado. Es el antídoto. Pronto estarás bien.

Volvió a acunar a su hermano entre los brazos.

Blue tenía razón. Mientras Henry lo miraba, Pyrgus dejó de moverse adelante y atrás y apartó los brazos de la cabeza. Entonces, Blue lo soltó y se puso de pie sonriendo. Pyrgus se levantó y miró a su alrededor.

—¡Hola, Henry! ¿Qué haces aquí? —Se puso a brincar y se arrancó las botas—. ¡Maldito azufre! —siseó.

Blue se lo contó todo de un tirón.

—Pyrgus, nuestro padre ha muerto... Lo han asesinado. Ahora eres tú el Emperador Púrpura. El bando de la noche nos ha atacado y cuentan con refuerzos de los demonios. ¡Nos están invadiendo!

—¡Destruye el libro! —le ordenó Pyrgus.

Henry pensó que su amigo no había reaccionado ante la muerte de su padre, como si ya lo supiera.

—¡Destruye el libro! —repitió Pyrgus.

De pronto, Henry se dio cuenta de que hablaba con él.

—¿Qué?

—Lo que tienes en la mano es *El Libro de Beleth*, ¿verdad?

Henry contempló el libro que tenía en las manos.

—Sí... —respondió no muy seguro, y luego, añadió más convencido—: Sí, es cierto.

—¡Destruyelo! —le gritó Pyrgus, y le arrancó el volumen de las manos—. ¡Fíjate! —Desgarró la asquerosa piel que recubría las tapas. Debajo se retorcieron gusanillos de luz azul que formaban una especie de circuito impreso. Pyrgus tiró el libro al suelo con rabia—. ¡Písalo! —le ordenó a Henry—. ¡Hazlo pedazos! —Henry lo miraba atónito—. ¡Por Dios, Henry! —le gritó Pyrgus—. ¡No tengo las botas puestas!

Henry venció la parálisis que lo inmovilizaba y le dio un pisotón al libro. El circuito impreso se desgarró enseguida, y Henry sintió una ligera descarga eléctrica en la punta de los dedos. Entonces recogió los pedazos del libro y los arrojó al brasero. Al caer al fuego resplandecieron, y una extraña luz verde inundó la habitación. Henry se volvió para mirar a Pyrgus. Su amigo parecía más alto, más dominante.

—Tengo que ver a Tithonus ahora mismo —dijo Pyrgus.

—Está en la sala de control —le informó Blue que miraba a su hermano con cierto temor—. Tras la muerte de nuestro padre, es el regente de Comma. Nadie sabía dónde estabas... bueno, ya me entiendes. —Se encogió de hombros—. Comma es el siguiente en la línea sucesoria, y Tithonus se ha encargado de todo, de la guerra y de todo lo demás, mientras tú no has estado aquí.

—Pero ya he vuelto —comentó Pyrgus, muy serio. Luego su expresión se suavizó un poco y esbozó una sonrisa—. Os doy las gracias a los dos. —La sonrisa desapareció—. ¡Vamos! Aún tenemos trabajo que hacer.

\* \* \*

Los guardias se quedaron asombrados cuando Pyrgus, Henry y Blue salieron del cilindro de suspensión, pero se pusieron firmes inmediatamente.

—¡Príncipe heredero Pyrgus! —exclamó uno.

—Te diriges a tu emperador —lo corrigió Pyrgus con tranquilidad.

—¡Majestad! —reconoció el guardia.

Con Pyrgus a la cabeza, los guardias los escoltaron por el pasillo hacia la sala de control. Los guardias de la puerta se pusieron firmes al verlos llegar. A Henry le parecía que Pyrgus estaba muy seguro de sí mismo; era todo un emperador. Las puertas se abrieron de golpe y entraron.

Henry creyó ver unas esferas de cristal con figuras en movimiento en su interior, así como una enorme mesa sobre cuya superficie había algo que parecía la maqueta de un paisaje.

—Los hemos detenido definitivamente —dijo la voz de un hombre uniformado, de anchos hombros, al que Henry no reconoció—. Los demonios no volverán más.

—¡No pueden haberse detenido! —exclamó otra voz.

—Se han detenido para siempre, Tithonus —afirmó Pyrgus.

Tithonus giró en redondo, con una expresión incrédula en el rostro.

—¡Pyrgus! —Reaccionó y añadió en tono más protocolario—: Príncipe heredero. ¡Qué bien que...!

—Ya no soy el príncipe heredero —lo corrigió Pyrgus fríamente—. ¿Reconoces a tu nuevo emperador?

—Yo..., naturalmente, Pyrgus, yo... Majestad...

Pyrgus lo interrumpió volviéndose hacia uno de los hombres que vestían uniforme militar.

—General Ovard, ¿reconoces a tu nuevo emperador?

—Por supuesto, Emperador Púrpura —respondió Ovard inmediatamente.

—General Ovard, te ruego que pongas bajo arresto al Guardián Tithonus —

ordenó Pyrgus.

—¡Pyrgus! —exclamó Blue.

—Como ordenéis, Emperador Púrpura —asintió Ovard con gesto inexpresivo. Le hizo una señal a los guardias, que avanzaron y rodearon a Tithonus.

—¡Pyrgus! —farfulló Tithonus—. Majestad, ¿qué significa esto?

Pyrgus se adelantó hasta que estuvo a menos de medio metro de Tithonus.

—Eres un traidor, Guardián —le dijo sin alterarse.

—¡Pyrgus, es Tithe! —gimió Blue.

—Era necesario que adoptase el título de regente, Majestad. Habíais desaparecido, y Comma es demasiado joven. El reino sufría un ataque, y hacía falta que alguien se pusiese al mando.

Una escalofriante sonrisa bailoteó en los labios de Pyrgus.

—Beleth me lo contó todo mientras me tenía colgado en su jaula —afirmó—, incluyendo tu traición.

—¿Traición? —repitió Tithonus, y se volvió hacia el general Ovard—. ¡No puedes creer semejante cosa! —Sus ojos se posaron en los demás militares—. Creerful, Vanelke, tenéis que comprender que es una locura.

Todos lo miraron sin decir palabra.

—Lleváoslo —ordenó Pyrgus.

Los guardias arrastraron a Tithonus, que se resistía, fuera de la habitación, y estuvieron a punto de atrepollar a Comma, que entraba en el momento en el que ellos salían.

\* \* \*

Comma miró alternativamente a Pyrgus y a Blue, luego se fijó en Henry y volvió a mirar a Pyrgus.

—¿Qué pasa? ¿Qué le van a hacer a Tithonus?

—Es un traidor —se limitó a decir Pyrgus—. Fue él quien intentó matarme y quien planeó la muerte de nuestro padre.

Los ojos de Comma parpadearon mientras miraba la puerta. Parecía culpable y asustado al mismo tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Beleth. Cuando creyó que yo ya no podría escapar e iba a morir, me lo contó todo para hacerme sufrir —explicó Pyrgus en tono serio.

—¿Y qué te dijo de mí? —se apresuró a preguntar Comma.

—Nada, hermano —le contestó mirándolo con expresión severa—. ¿Acaso tenía que haberme dicho algo?

—No. No, claro que no. —Comma movió negativamente la cabeza con gran

energía—. Yo... sólo estaba...

—¿Te estabas preguntando? —Pyrgus lo ayudó a terminar la frase.

Comma tenía pinta de conejo atrapado, pero no dijo nada. El silencio de la habitación se hizo insostenible.

—¿Por qué? —preguntó Blue para acabar con la tensión—. ¿Por qué nos ha traicionado Tithonus? Nos conoce desde que éramos pequeños. Conocía a nuestro padre desde siempre.

—Sus simpatías estaban con el bando de la noche —afirmó Pyrgus—. Creía que tenían posibilidades de vencer. —Suspiró—. Beleth le prometió que sería emperador.

—¿Tithonus? ¿Emperador?

—No te alteres tanto —le aconsejó Pyrgus—. También le prometió a Hairstreak que sería emperador, y a Silas Brimstone, y seguramente a cien más que no conocemos. Beleth les mintió a todos; era su manera de ser. Lo que de verdad quería era quedarse él con el reino de los elfos, pero Tithonus era la clave. Él era el Guardián, en el que nosotros confiábamos.

—Me cuesta creerlo —comentó Blue.

—Tithonus tenía un demonio escondido en el palacio —explicó Pyrgus—. Lo utilizaba como mensajero para que le llevase recados a Beleth. Así planearon la invasión de los demonios.

—¿Y cómo se paró la invasión de los demonios? —preguntó Henry con curiosidad.

—Tú la paraste, Henry —afirmó Pyrgus.

Henry miró a Pyrgus, luego a Blue, y por último volvió a mirar a Pyrgus.

—¿Yo?

—La paraste cuando pisoteaste *El Libro de Beleth* — aclaró Pyrgus—. El libro era el control principal del portal que había entre el infierno y el reino de los elfos. Cuando lo destruiste, los demás portales dejaron de funcionar.

—¿Y qué pasa con el que hay entre este mundo y el mío? —preguntó Henry, alarmado.

—No, con ése no sucede nada, sólo ha afectado a los portales que hay entre este mundo y el de los demonios —aseguró Pyrgus—. Beleth instaló el mecanismo de control hace siglos y lo ocultó en un libro para que nadie pudiese clausurarlos. Los ritos eran dispositivos psicotrónicos que se utilizaban para hacer conjuros, aunque su verdadero objetivo era mantener los portales abiertos para que los demonios entrasen sin dificultad en nuestro reino.

—¡Caramba! —exclamó Henry.

—Debe de haber sido el demonio de Tithonus el que hizo que el amigo de Henry matase a papá —observó Blue.

—¡Aaaayyyy! —gritó Henry dando un brinco.



Todos se volvieron asustados.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

—¡El señor Fogarty! —exclamó Henry—. Han pasado tantas cosas que me olvidé de él por completo. Lo dejamos en la celda, ¡a punto de que lo colgasen!

—Entonces tenemos que sacarlo de allí —dijo Pyrgus volviéndose hacia uno de los edecanes que rondaban en torno a ellos sin intervenir en la conversación—. Vete a ver.

—Sí, Majestad.

Su amigo era emperador, pensó Henry. El nuevo Emperador Púrpura.

—Fue culpa mía —le dijo Blue a Henry, apenada—. Tú querías que yo lo soltase, pero creí que era un asesino.

—Eso era lo que tenías que creer —le explicó Pyrgus—. Tal vez el señor Fogarty haya sido el autor material del asesinato, pero fue el demonio quien lo empujó a hacerlo.

—No creo que el señor Fogarty haya matado a tu padre, ni siquiera que haya sido el asesino material —repuso Henry—. Pienso más bien que se esforzó en combatir al demonio.

Los dos hermanos se volvieron hacia Henry.

—¿Por qué dices eso, Henry? —le preguntó Pyrgus en tono grave.

—Antes de que tú... bueno, de que aparecieses en el triángulo, surgió ese demonio...

—Me olvidé de decírtelo —comentó Blue.

—Me asusté mucho al verlo —afirmó Henry—, pero el demonio estaba confuso y daba la impresión de que no veía bien. Durante un rato estuve convencido de que ese ser estaba hablando con Beleth, pues insistía en decir que no había podido obligar a alguien a que hiciera lo que le había mandado. También dijo un par de veces: «Mata al emperador». Me parece que era el demonio que Tithonus tenía escondido en el palacio el que debía obligar al señor Fogarty a matar a tu padre, y supongo que cuando intentó apoderarse de la mente de Fogarty, éste se volvió loco. Es un poquito raro... el señor Fogarty. —Henry acabó de hablar casi sin fuerzas.

—Es un hombre sabio y poderoso —anunció Pyrgus, convencido—. Tengo intención de pedirle que se quede conmigo como mi nuevo Guardián.

—Si tu amigo no mató a nuestro padre, ¿quién lo hizo? —preguntó Blue—. El demonio no estaba allí en realidad, ¿o sí?

—Apuesto por Tithonus —apuntó Henry—. El señor Fogarty no se hallaba en situación de hacerlo porque estaba luchando contra el demonio que le dominaba la mente. Cuando Tithonus vio que el señor Fogarty no iba a hacerlo, tomó la escopeta,

le disparó a vuestro padre y luego le echó la culpa al señor Fogarty, que estaba demasiado perplejo para llevarle la contraria.

—Estoy seguro de que así fue —puntualizó Comma de pronto, y casi logró sonreír—. Estoy seguro de que todo fue culpa de Tithonus, sólo de Tithonus y nada más que de Tithonus.

\* \* \*

Pyrgus estaba imponente con todos los atributos de ceremonia propios del Emperador Púrpura: la gruesa vestimenta y la impresionante corona mitrada hacían que pareciese mucho más alto de lo que era, mientras que el ornamentado y multicolor Trono del Pavo Real le daba una sorprendente dignidad. Holly Blue estaba sentada a su lado, en un trono más pequeño, vestida de blanco y con un aspecto absolutamente... Henry tragó saliva y apartó la vista. Ya había tenido bastantes problemas por comerse con los ojos a la princesa real. De todas formas, Blue le dedicó una sonrisita alentadora.

El salón del trono estaba adornado con banderas doradas, y se hallaba atestado de cortesanos vestidos con trajes preciosos. Un batallón de guardias de rostros pétreos, con uniformes de gala, formaban una columnata que recorría el centro de la estancia. Henry tenía que caminar entre ellos y la idea lo aterraba.

—¡Vamos allá! —murmuró Fogarty empujándolo por la espalda.

El anciano se había puesto algo que se parecía muchísimo a la ropa de un mago: un traje con estrellas bordadas y un sombrero puntiagudo, pero había conseguido que le resultase bastante cómodo. Llevaba una banda cruzada sobre el pecho, adornada con la insignia de Guardián.

Henry dio un traspie, recuperó el equilibrio e inició el largo camino hasta el trono. Le resultaba de lo más incómodo que los guardias lo saludasen al pasar y los cortesanos lo aplaudiesen. Se puso colorado como la grana, pero no podía evitarlo. Clavó la vista en un punto del suelo a dos metros de distancia y siguió caminando. Le pareció que el camino duraba años, pero al fin llegó a los escalones que estaban ante el trono. Se acordó entonces de una indicación que le había hecho el señor Fogarty e hizo una reverencia. Cuando se enderezó, vio a Pyrgus y a Blue que descendían por los escalones con paso majestuoso. Henry cerró los ojos, preguntándose cómo diablos se había metido en aquel lío. Cuando los volvió a abrir, Blue le dedicó una amplia sonrisa, pero fue Pyrgus el que tomó la palabra.

—¡Arrodíllate! —le ordenó con una voz que resonó en todo el salón.

Henry dobló una rodilla.

«Como los caballeros del rey Arturo», le había dicho el señor Fogarty, pero él no se sentía en absoluto como un caballero, sino más bien como un imbécil. Inclino la

cabeza otra vez para disimular su vergüenza.

Un silencio absoluto dominó la estancia.

—Que se enteren todos los aquí presentes —declamó Pyrgus con aquella admirable voz de tono oficial que había adoptado— que como agradecimiento por sus valientes y generosos servicios al reino de los elfos y al Emperador Púrpura, a este ciudadano del Mundo Análogo, Henry Atherton, se le concede en esta ceremonia el nobilísimo y meritorio título de Caballero Comendador de la Daga Gris, la orden de caballería más antigua de nuestro reino, y desde ahora se le conocerá entre nosotros por su nombre de elfo ¡Hombre Férreo!

Un lacayo le entregó un cojín morado con una daga gris, y Pyrgus se la dio a Henry.

—Por supuesto, seguiremos llamándote Henry en privado —susurró Pyrgus.

—Gracias —murmuró Henry.

—¡Levántate, Hombre Férreo! —ordenó Pyrgus.

Mientras Henry se levantaba sonó una fanfarria de trompetas y una oleada de ovaciones.

—Y ahora —anunció Pyrgus—, tú y yo debemos ir a un lugar.

\* \* \*

Se encontraban en un callejón que se llamaba Seething Lane, pero en esa ocasión, afortunadamente, Henry no era el centro de atención. Pyrgus estaba a su lado, vestido igual que cuando Henry lo había conocido. En torno a ellos se alineaba una compañía integrada por los soldados más fuertes que Henry había visto en su vida.

—Aquí es —dijo Pyrgus, haciendo un gesto de asentimiento—. Mi padre no quiso cerrarla por cuestiones políticas, pero el bando de la noche está al margen de la ley, así que considero que puedo hacer lo que me dé la maldita gana.

A Henry le pareció horrible la fábrica de pegamento que estaba al fondo del callejón. Estaba cubierta de mugre y eructaba humo, y resultaba el grupo de edificios más deprimente que había visto jamás. Pyrgus hizo una señal y los soldados empujaron una enorme máquina de madera con cuerdas enrolladas, que a Henry le recordó una catapulta romana. El capitán de la guardia se encargó personalmente de rebobinar la lanzadera.

—¿Han evacuado a todos los animales? —preguntó Pyrgus.

—Sí, Señor —respondió el capitán.

—¿Y a la gente?

—Sí, Señor.

Pyrgus se volvió hacia Henry.

—Hemos metido en la cárcel a uno de los propietarios, Chaikhill. Se quedará allí

mucho tiempo. El otro, Brimstone, está escondido, pero acabaremos por encontrarlo, te lo prometo —afirmó con seriedad.

Henry se relamió. Lo fascinaba la gigantesca catapulta. Cuatro soldados llevaban rodando un gran pedrusco hacia la base de lanzamiento.

—¿Habéis aplicado los complementos? —preguntó Pyrgus.

—A conciencia, Señor —le aseguró el capitán.

El pedrusco estaba colocado en la base de lanzamiento y los soldados retrocedieron, jadeantes y sudorosos. El capitán terminó de rebobinar las cuerdas e inmovilizó la rueda con una cuña para que no se soltase.

—¡Listo, emperador! —gritó.

Pyrgus recorrió con la vista Seething Lane hasta llegar a la sombría fábrica.

—¡Fuego! —ordenó sin inmutarse.

El capitán retiró la cuña y retrocedió de inmediato. Henry sintió una ráfaga de aire en la cara cuando la catapulta experimentó una violenta sacudida. El enorme brazo saltó hacia delante con una fuerza increíble. Henry vio cómo el tremendo pedrusco formaba un arco sobre los tejados, y luego caía como un meteoro sobre la fábrica.

Impacto en medio del tejado del edificio principal, a un lado de la humeante chimenea, aplastó la construcción y la convirtió en astillas. Durante un segundo el silencio fue total, luego se dispararon los complementos mágicos.

Desde los lados de la catapulta surgieron cortinas de fuego que arrasaron los edificios de la fábrica, hicieron añicos las ventanas y las paredes, hundieron los tejados, y lanzaron al aire fragmentos de cantería y vigas ardiendo. El ruido fue ensordecedor y los hechizos explosivos continuaron incesantes. Henry contempló cómo se desplomaban las chimeneas, cómo se retorcían las verjas de hierro y se convertían en escoria, y cómo las máquinas derretidas quedaban al descubierto de repente al desaparecer sus tenebrosos caparazones. En unos momentos todo se había acabado. En el lugar que había ocupado la fábrica del pegamento milagroso de Chalkhill y Brimstone había un humeante terreno baldío que llevaba a Wildmoor Broads.

—Éste es el castigo por los gatitos —murmuró Pyrgus.

\* \* \*

El señor Fogarty dijo que no tenía importancia dónde utilizara el cubo, pues de todas formas abriría el portal, aunque era mejor activarlo al aire libre. Así que decidieron despedirse en los jardines del palacio.

—Échale un vistazo a la casa —le pidió Fogarty, que llevaba un increíble traje ribeteado de armiño, que según él era el uniforme oficial de su nuevo cargo—. Me dejaré caer por allá de vez en cuando, pero quiero pasar casi todo el tiempo aquí. —

Alzó la vista al cielo un momento y añadió muy serio—: Las agencias de vigilancia aún no saben cómo llegar a este mundo, así que podré estar tranquilo durante una temporada.

—Lo haré —respondió Henry refiriéndose a la casa. Tendría problemas con sus padres, pero no le importaba—. Puede confiar en mí.

Pyrgus le puso una mano en el hombro.

—Y yo también. —Miró directamente a los ojos de Henry—. Henry —le dijo—, quiero darte las gracias. Te debo la vida.

Henry se puso colorado.

—¡Oh, nada de eso! —repuso, avergonzado—. Me refiero a que yo... —se calló, sin saber qué decir. Tras unos momentos, lo que dijo fue—: Bien, supongo que es mejor que me vaya.

—¿Henry? —reclamó Blue.

Henry sacó el cubo del bolsillo mientras se volvía hacia ella. Era la primera vez que Blue le hablaba desde que él se había puesto su antigua ropa, y se preguntaba si no le hablaba porque creía que parecía idiota.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de que me dijiste que habías tenido la desgracia de verme desnuda?

Henry se puso aún más colorado que cuando Pyrgus le había dado las gracias, tragó saliva y asintió.

—Sí. ¿Por... porqué...?

—¿Fuiste sincero cuando afirmaste que yo era hermosa? —le preguntó Blue con una tímida sonrisa.

Aunque había estado fuera una sola noche, Henry esperaba un follón de órdago cuando le preguntaran dónde se había metido y había preparado una coartada: había ido a ver a Charlie y sus padres lo habían invitado a pasar la noche. Intentó llamar por teléfono a casa, pero la línea no funcionaba. Sonaba bastante convincente, pues ya se había quedado con los Severs muchas veces, salvo que sus padres hubiesen llamado a casa de Charlie, cosa que muy bien podían haber hecho. Si habían llamado, lo tenía claro. Y lo tenía el doble de claro porque entonces sabrían que mentía para ocultar sus correrías. Pero ¿qué podía hacer? No se le ocurría una historia mejor.

A pesar de que llegó a casa hecho un manojo de nervios, los encontró demasiado metidos en sus propios asuntos para ocuparse de él.

—¡Hola! —gritó Henry al abrir la puerta principal. Deseaba con todas sus fuerzas acabar de una vez—. Siento mucho haber pasado la noche fuera, pero el teléfono no funcionaba. Me quedé a dormir en casa de Charlie.

Henry esperó. Si habían llamado a los Severs, lo iba a saber al momento.

La cabeza de su madre asomó por la puerta de la cocina, frunciendo el entrecejo ligeramente.

—¡Oh, Henry! —Parpadeó—. Supusimos que estabas allí. ¿Podrías venir un momento?

Henry gruñó para sus adentros. Se sentía muy aliviado porque su madre se había tragado el cuento, pero se avecinaba otra de aquellas odiosas conferencias en la cocina. Rezó para que durase poco. Lo que de verdad le apetecía era meterse en la cama.

Se le encogió el corazón cuando vio que su padre también estaba en la cocina, aunque a aquellas horas tendría que estar en el trabajo. Otra campanada. Lo único bueno era que Aisling no estaba. Henry permaneció en la entrada y esperó.

—Henry —comenzó su madre; siempre era su madre la que tomaba la palabra en aquellas felices reuniones familiares—, tu padre se marcha.

—Ya lo sé. Me lo dijiste —asintió Henry, aturdido.

—No, no me refiero a dentro de unas semanas o de uno o dos meses —dijo su madre haciendo un gesto negativo—. Ha encontrado un piso. —La mujer miró a su marido, que esbozó una ligera sonrisa—. Tras hablarlo detenidamente, hemos decidido que no tiene sentido prolongar la agonía, y por eso se marcha este fin de semana. Quería decírtelo para que sepas que esto no alterará nada tu... digamos, situación. Seguirás aquí, tendrás tu habitación y tus maquetas. Y también tu colegio. Aisling y tú estaréis juntos como una familia y, como ya os dijimos el otro día, tu padre vendrá de visita a menudo, así que no hay ningún problema...

—Mitad y mitad —dijo Henry.

—¿Qué? —Su madre pestañeó.

—No creo que sea justo que estemos siempre contigo —afirmó Henry—. Quiero pasar seis meses del año con papá. —Se volvió hacia su padre—. Es lo correcto, ¿verdad? ¿Tienes sitio?

—¡Ah! Yo... pues sí. Sí, claro, es lo correcto —confirmó su padre con una expresión llena de sorpresa—. Sí, si eso es... en fin, si eso es lo que quieres.

—Eso es lo que quiero —declaró Henry—. Creo que Aisling también debería hacerlo, pero es cosa suya.

—Un momento, Henry —se apresuró a decir su madre—. Podría resultar incómodo. Piensa en el colegio y en el asunto de...

La expresión de Henry la hizo callar.

—Estoy seguro de que lo arreglarás —le dijo Henry al salir de la cocina—. Se te dan muy bien esas cosas.

\* \* \*

El cerdo volador estaba sobre la mesa de su habitación. A primera vista le pareció más alienígena que todo lo que había visto en el reino de los elfos. Giró el resorte de cartón, y el cerdo despegó de la base batiendo las alas con fuerza.

«Los cerdos vuelan».

Henry movió la cabeza y sonrió. Lo que había pasado era increíble, sorprendente, impensable. Sacó una decorativa daga del bolsillo y la contempló mientras recordaba. Luego miró a su alrededor. En la parte superior de su armario había un estante donde guardaba sus herramientas de hacer maquetas, dentro de una caja de zapatos. Nadie tocaba esas cosas. Abrió el armario y dio un paso atrás porque cayeron unos trastos; luego se estiró para alcanzar la caja de zapatos. Cuando quitó la tapa, notó un ligero olor a pegamento, que le recordó Seething Lane.

Henry sacó el cubo del bolsillo. Tenía la impresión de que volvería a utilizarlo pronto, pero de momento debía esconderlo en un lugar seguro. Guardó el cubo y la daga en la caja, y la ocultó en el estante del armario. A pesar de todo, la vida iba a ser mejor.

«Hombre Férreo —pensó—, caballero Comendador de la Daga Gris».

Y Holly Blue le había sonreído.`